**Julio Chevalier, un Hombre con una Misión  
 (E. J. Cuskelly MSC)**

Introducción

Si este libro tuviera un subtítulo, podría ser: "Presentación del P. Julio Chevalier". Eso es lo que pretende ser, ni más ni menos. Los miembros del Consejo General, pensaron que algunos de nuestros jóvenes y futuros miembros, necesitarían tal presentación y sugirieron que yo acometiera tal trabajo, porque ya tenía cierta experiencia de escritor en mi haber.

Mi objetivo ha sido tratar de dar una imagen del espíritu y personalidad del Fundador. Tuve que resistir la tentación de tratar de escribir una historia de los Misioneros del Sagrado Corazón (MSC) y la otra tentación de conceder demasiado tiempo a ciertos acontecimientos particulares, aunque fueran muy interesantes. Algún día, alguien más calificado y con más tiempo disponible que yo, escribirá esta historia. Sin embargo, puesto que el P. Chevalier hizo muchas cosas y vivió durante unos años y unos acontecimientos muy interesantes, hay el riesgo de que el hombre quede difuminado detrás de sus obras y detrás de dichos acontecimientos. Es seguramente lo que él hubiera deseado.

No obstante, para nosotros que pertenecemos a la Congregación que él fundó, existe el deseo de conocer la clase de hombre que era... Y como así lo espero, lo que estas páginas nos mostrarán, servirá al conocerlo de inspiración para todos. Hubo momentos muy difíciles en la historia de la Congregación M.S.C. Como estos tiempos no hace mucho que pasaron, extenderemos un velo de secreto, sobre algunos acontecimientos, con el deseo de no herir a ciertas personas que aún viven. Pero como desafortunada consecuencia de ello, puede que la persona del P. Chevalier quede también un poco oscurecida por el secreto. Es una lástima. Porque fue una persona atrayente y singular. Ha sido para mí una experiencia consoladora el tener que rebuscar en los Archivos y descubrir algo del atractivo personal y fortaleza espiritual de ese hombre, cuyo carisma tenemos la dicha de compartir.

Mi deseo es, que los que lean estas páginas, experimenten esta misma sensación de descubrimiento.

Si este libro tuviera una dedicatoria, sería para los miembros de la comunidad MSC de la Casa Generalicia de Roma. Si algunos no me hubieran apremiado, este libro no se hubiera empezado nunca. Sin su apoyo, no se habría continuado. Sin su consejo y ayuda (particularmente la del P. Bertolini, un "extraordinario archivero") nunca se hubiera terminado.

E. J. CUSKELLY, MSC

(Superior General)

Roma, 1975.

Julio Chevalier, un Hombre con una Misión (E. J. Cuskelly MSC)

1

La persona y el lugar

1. ISSOUDUN

Si partes de París hacia el sur, atravesando la ciudad de Orleáns, llegarás después de pocas horas (o menos, si conduce un francés) a la ciudad de Issoudun. La mayoría de los días es una población tranquila, a 300 kilómetros de París y apartada de la ruta turística, en los ondulantes labrantíos del departamento del Indre. Pero hay días en que se vuelve sorprendentemente activa, porque es hoy un centro de peregrinación de toda Francia. Si no conoces su historia te preguntarás a qué se debe esto. También te preguntarás por qué, para miles de sacerdotes, hermanos y religiosas esparcidos por más de 30 países del mundo, Issoudun es considerado como el lugar de su origen y en cierto sentido como su casa.

La respuesta a estas preguntas sin formular, la encontramos en el hecho de que en la cripta de la Basílica del Sagrado Corazón está la tumba del Padre Julio Chevalier, que realizó aquí el sueño de su vida, durante un período de más de 50 años. Preguntamos, pues, cual fue su sueño y por qué fue aquí el lugar que eligió para realizarlo.

El P. Julio Chevalier llegó a Issoudun en 1854, a la edad de 30 años, ordenado hacía ya tres años y nombrado coadjutor de la parroquia. El intuyó que aquí, en este lugar inverosímil, podría comenzar realmente la verdadera obra de su vida.

Quizá sea inexacto hablar de su "sueño"; porque él fue un joven con sentido de misión. Se puede exponer fácilmente la concepción que él tenía sobre su misión, pero el llevarla a cabo supuso un camino arduo y tortuoso. Se puede exponer con sencillez, porque él siempre la vio con claridad y sencillez. La mayor necesidad del hombre, si ha de encontrar sentido y felicidad en su vida, es aprender a creer en el amor que Dios le tiene y dejar que transforme su vida. La obra entera de Cristo, para la que fue enviado por el Padre, fue llevar a los hombres a esta creencia. Julio Chevalier tenía el convencimiento de que estaba llamado a compartir esta misión de hacer que el mundo conociera el amor de Dios. Vio que en su época la devoción al Sagrado Corazón era el medio más eficaz para proclamar con fuerza y claridad este mensaje. Había hablado con los compañeros de sus años de seminario de formar un grupo de sacerdotes que fueran misioneros del amor de Cristo, para disipar la indiferencia religiosa que oprimía grandes partes del mundo, tanto en la misma Francia, como en los países extranjeros. Cuando se preguntaba por dónde comenzar, pensaba como es muy natural en las regiones de tanta indiferencia religiosa que él ya conocía --la región de Berry y en su área: "Issoudun vino al instante a mi mente.''

Esta fue la visión que se formó en su mente, en los últimos años de sus estudios sacerdotales en el Seminario Mayor de Bourges. Que nosotros sepamos, no había cruzados entre sus ascendientes; él era solamente el hijo de un panadero. En los años anteriores a su entrada en el Seminario Menor, a la edad relativamente avanzada de 17 años, era solo un aprendiz de zapatero. Pero había algo de espíritu de cruzada en su carácter; y, como aquel fabricante de tiendas mucho antes que él, tenía un contagioso entusiasmo por la causa de Cristo. Tenía también ciertas dotes, que conseguirían que otros aceptasen su liderato. En aquellos días de seminario, organizó una asociación entre los estudiantes más fervorosos, que se llamó la asociación de los "Caballeros del Sagrado Corazón" (Chevaliers du Sacré-Coeur). Esto era más que un juego de palabras con el nombre "Chevalier" era una indicación de en qué consistía dicha asociación. Señalaba los altos ideales y el entusiasmo de los jóvenes que estuvieran dispuestos a luchar por la causa de Cristo: "ondeando la bandera de la cruz cristiana contra los paganos negros, turcos y sarracenos". Pero su bandera llevaba el símbolo Corazón de Cristo; sus enemigos eran "los males de nuestro tiempo, el indiferentismo, la incredulidad, los abusos". Ellos irían al mundo para luchar contra todo lo malo e indigno de un cristiano y harían esto con dedicación y olvido de sí mismos.

Había mucho de romanticismo en todo esto, no se puede negar. Pero también había realismo, como demostrarían los años venideros. Y había la convicción y el entusiasmo que se necesitan, si uno ha de hacer algo que valga la pena.

Chevalier estaba convencido de tres cosas:

1. Regiones de Francia y del mundo adolecían de una falta de fe viva, de indiferentismo. Los males morales emanaban de esta falta de fe.

2. La doctrina y la devoción al Sagrado Corazón eran un medio maravillosamente eficaz, para predicar el mensaje evangélico del amor y de la solicitud de Dios por los hombres y para excitar en los hombres una respuesta religiosa. Esta respuesta solamente podía redundar en una mayor felicidad y en un mayor bien de la humanidad.

3. Un grupo de "sacerdotes misioneros", ferviente y bien formado en su propia vida espiritual, podría ser una fuerza muy eficaz para lograr los resultados que esperaba.

"Reflexionando un día sobre las dolencias que inficionan nuestro mundo", hubo de escribir más tarde, "tuve -la idea - o más bien Dios me inspiró el pensamiento de fundar una comunidad de sacerdotes misioneros que los sanarían... Cuanto más lo pensaba, más me dominaba este pensamiento... Pero, ¿dónde podría comenzar esta comunidad? Inmediatamente vino a mi mente Issoudun, con sus 14.000 almas y sus tres sacerdotes". Vino a su mente porque tenía una reputación de gran indiferencia religiosa, incluso para la vieja provincia de Berry, que en aquella época no se distinguía ya por su fervor religioso.

Todos los miembros de la asociación del seminario compartían una ambición común: crecer espiritualmente por la práctica de la devoción al Sagrado Corazón. Pero el plan particular de Chevalier--fundar un grupo de sacerdotes misioneros--mientras que en general era aceptado como una fantasía muy interesante, no fue considerado como muy viable.

Sin embargo, en la mente de Julio Chevalier era más que una fantasía de la imaginación y tenía ya escogido en su mente a dos jóvenes, a quienes le gustaría tener consigo en su empresa. Pero no tuvo valor para hablarles de esto. Uno era Emilio Maugenest; el otro era Carlos Piperon. Maugenest era un joven de talento, con una personalidad agradable, celoso y entusiasta. "Tenía una memoria prodigiosa y era un eminente orador. Sus palabras eran sencillas y a menudo elocuentes. En sus pláticas evitaba los defectos de la vulgaridad y la afectación. Por lo general, hablaba más al corazón que a la inteligencia. Tenía el talento nada común de valorar las cosas pequeñas y de cautivar a su audiencia, dejándoles siempre favorablemente impresionados".

Carlos Piperon no tenía, ni la elocuencia, ni la personalidad de Maugenest; no obstante el P. Chevalier vio en él las cualidades de dedicación y lealtad, que habían de informar su vida entera. Pasó el tiempo. Los jóvenes siguieron soñando, pero cada uno siguió su camino. Maugenest se fue a San Sulpicio para continuar sus estudios, con la idea de ingresar en aquella comunidad. Piperon, necesitando de descanso, fue a su casa, interrumpiendo sus estudios. Julio Chevalier fue ordenado sacerdote el 14 de julio de 1851. Luego, dedicó los primeros años de sacerdocio a atender a sacerdotes diocesanos enfermos o entrados en edad. Tuvo tres destinos en muy poco tiempo: Ivoy-le-Pré, Chatillon-sur-Indre, Aubigny-sur-Nere. Finalmente, en octubre de 1854, fue trasladado a Issoudun como coadjutor.

¡Issoudun! Con este nombramiento los recuerdos de los sueños del seminario afluyeron a su mente y corazón. ¿Era, pues, ésta la señal de que él había intuido todo el tiempo con claridad su misión? Después de vagar de un lado para otro, ¿es que había llegado por fin a su propia tierra a la que el Señor le había destinado? Mientras ponderaba en su mente estas preguntas, llegó a Issoudun y allí se encontró con otro coadjutor, nombrado tres meses antes: ¡Sebastián Emilio Maugenest! En San Sulpicio el confesor de Maugenest había creído que era voluntad de Dios que volviera a trabajar en la arquidiócesis de Bourges y se lo había aconsejado.

Esta coincidencia de encontrarse en Issoudun él y Maugenest juntos como coadjutores, le pareció a Chevalier una señal evidente de que era voluntad de Dios poner en práctica su plan, largamente acariciado, de formar un grupo de misioneros del Sagrado Corazón". Después de un mes de reflexión, mencionó el tema por primera vez a Maugenest y tuvo la gran alegría de comprobar, que éste compartía su entusiasmo por la idea. Este entusiasmo, de hecho, databa de los días en que había sido planeado en el círculo de Caballeros del Sagrado Corazón.

Pero los jóvenes entusiastas nada podían hacer sin el consentimiento de su párroco, el P. Crozat, a quien tuvieron que confiar sus planes. El P. Crozat era un hombre anciano, que había largamente deseado y orado por la conversión del pueblo de Issoudun. Su salud no era vigorosa. Esto, unido a cierta timidez de carácter, significaba que carecía del particular tipo de energía que habría sido necesaria para efectuar cambios a gran escala e importantes, entre un pueblo tan indiferente. Cuando sus dos jóvenes y entusiastas coadjutores le hablaron de sus planes, sintió que su entusiasmo y energía juveniles significaban que aún había esperanza para Issoudun. "No sólo comparto vuestros sentimientos", dijo, "sino que os ayudaré todo lo que pueda a fundar la casa de Misioneros del Sagrado Corazón en Issoudun; si lográis fundarla yo podré cantar mi Nunca Dimitís".

Incluso con el apoyo de su apreciado párroco, ellos constataban su pobreza y su impotencia. Sintieron la necesidad de una seguridad de que Dios realmente quería su obra. Esto era a finales de noviembre de 1854 y la Iglesia Católica en todo el mundo, se preparaba para la definición papal de la doctrina de la Inmaculada Concepción de María el 8 de diciembre. Por esta razón decidieron hacer una Novena para terminar el 8 de diciembre. Pedirían a María obtener de su Divino Hijo una señal de que su obra era según su voluntad, y que Él les concediera los medios para lograrlo. La Novena concluyó en la iglesia parroquial con entusiasmo y cierta originalidad. El P. Maugenest pintó un cuadro especial para esa ocasión--que atrajo este picante comentario de un experto: " ¡Si Nuestra Señora escuchó sus oraciones, no fue ciertamente por amor al arte!".

"Si nuestra súplica es atendida", prometieron, "nos llamaremos misioneros del Sagrado Corazón. Nuestra misión particular será rendir un culto especial de adoración, homenaje y reparación al Corazón de Jesús, trono de sabiduría, de amor y de misericordia; extender esta devoción por todas partes; hacer conocer a los hombres, cuanto podamos, los tesoros de santificación que él contiene; y hacer también que María sea conocida y honrada de un modo especial--por todos los medios posibles". Su oración fue atendida y desde entonces, el 8 de diciembre de 1854, ha sido considerado como el día que comenzó a existir la Congregación de Misioneros del Sagrado Corazón. Después de haber terminado la celebración de la Santa Misa en la iglesia, se acercó al P. Chevalier, el señor Petit, uno de los pocos parroquianos fervorosos, con una carta de un tal señor Felipe de Bengy. Su mensaje era: un bienhechor anónimo quiere donar 20.000 francos para una obra para el bien espiritual del pueblo de Berry; tendría su preferencia por una casa de misioneros. La única condición era, que la obra tenía que tener la aprobación del Cardenal Arzobispo de Bourges.

Los dos jóvenes sacerdotes estaban prácticamente delirantes de alegría y cantaron himnos de acción de gracias. Su anciano párroco compartió su fe y su gratitud, pero comenzó a pensar en planes prácticos para lograr la aprobación del Cardenal. Dejó pasar un mes antes de enviar al P. Chevalier a ver al Cardenal, llevando una carta que él había redactado larga y cuidadosamente. El Cardenal Dupont manifestó que estaba dispuesto a aceptar su idea de una fundación misionera. Pero pensó que ellos debían tener recursos más concretos que los estipendios de las misas y su confianza en la Providencia. Autorizaría la obra cuando tuvieran la seguridad de un suficiente apoyo económico. Y añadió: "podéis pedir a la Bienaventurada Virgen que lleve a buen final lo que Ella ya ha comenzado". El P. Chevalier regresó a casa y él y el P. Maugenest decidieron comenzar una segunda Novena, que ter­minaría el 28 de enero de 1855.

El P. Crozat no desconfiaba de las Novenas--después de todo acababa de ser testigo de la sorprendente respuesta a la primera de ellas. Sin embargo, esta vez decidió poner algo también de su parte. Se puso a mendigar. El 28 de enero comunicó ya a sus coadjutores, que otro bienhechor anónimo (que de hecho era un miembro muy conocido de la nobleza francesa, la Vizcondesa de Quesne) había prometido darles una cantidad anual de mil francos. Esto les permitiría vivir. El Cardenal se convenció de que “el dedo de Dios está aquí”. A pesar de la oposición del Consejo diocesano, aprobó la obra de los PP. Chevalier y Maugenest. "He prometido a estos dos sacerdotes», dijo, "que si me traían una nueva señal de la voluntad de Dios hallando recursos, yo aprobaría su proyecto. Lo han conseguido y yo estoy obligado. Autorizo a estos dos sacerdotes de Issoudun a que se junten y empiecen su obra. Por tanto, nombremos a sus sustitutos “.

Ahora busquemos un poco entre bastidores. Hemos visto la historia tal como los PP. Chevalier y Maugenest la habían vivido. Para ellos todo era providencial. Pero la divina Providencia se sirve de instrumentos humanos y no es sustraer nada a la divina Providencia, buscar instrumentos humanos, tras las coincidencias extraordinarias y el dinero caído del cielo.

En toda esta escena había de hecho dos principales instrumentos de la Providencia (además y por encima de la Vizcondesa de Quesne y el anciano y práctico párroco, que había ido a pedir su ayuda). Eran el P. Pedro Gasnier y el P. Fernando de Champgrand. El primero, el P. Gasnier, entró en escena como Superior del Seminario Mayor de Bourges y como consejero del Cardenal por ser miembro de su Consejo Diocesano. Cuando Julio Chevalier estaba en el Seminario, Gasnier había sido Profesor de Teología Moral. Parece muy probable que conociera la idea del P. Chevalier, de comenzar un grupo de misioneros para el Berry. Ciertamente favoreció la idea. Parece pues probable que sirviera de instrumento para que fueran destinados a Issoudun los dos jóvenes, que él ya sabía eran igualmente partidarios de la idea.

El P. Gasnier conocía al P. de Champgrand, que en aquella época era Profesor en el Seminario Mayor de Burdeos. Ambos eran sulpicianos y buenos amigos. El P. Champgrand procedía de una familia muy pudiente de Berry y era un hombre generoso. Muchas fueron las fundaciones religiosas y benéficas, a las que él ayudó durante su vida. Respondió con vivo interés cuando Gasnier le consultó sobre la idea de sacerdotes misioneros para el Berry. El señor Felipe de Bengy, cuya carta al P. Chevalier anunciaba un donativo de 20.000 francos, era cu­ñado del P. de Champgrand. Como vivía en Issoudun, era natural que él fuera encargado de llevar la noticia de un donativo de un "bienhechor anónimo" que de hecho era su propio cuñado.

Había pues dos pares de sacerdotes (Chevalier y Maugenest, Gasnier y de-Champgrand) que, por diferentes caminos, habían llegado a la misma idea: la de formar un grupo de sacerdotes, que serían misioneros para el pobre y religiosamente ignorante pueblo de la comarca del Berry. De Champgrand había prometido el dinero para comenzar la obra, si el Cardenal la aprobaba. Chevalier y Maugenest se habían ofrecido a realizar la obra. Parecía una feliz coincidencia. Pero entonces se vio claro que el pensamiento de los dos grupos no coincidía exactamente. En efecto, había marcada oposición en un punto muy fundamental. El P. de Champgrand había estado pensando en un grupo de sacerdotes diocesanos que se uniría para realizar una obra concreta. El P. Chevalier creía que la obra no podía ser realizada eficazmente, a no ser por una congregación religiosa; su idea era fundar una congregación religiosa de misioneros. De Champgrand se oponía firmemente a la idea de fundar nuevas congregaciones, e incluso habló de retirar la oferta de ayuda financiera, ya que ésta no era su intención.

En este punto es donde el P. Crozat, el humilde y práctico cura párroco de Issoudun, echó una mano de nuevo. Recordó a de Champgrand que una promesa era una promesa; y sugirió que la cantidad debería ser aumentada de 20.000 a 25.000 francos; indicó que la única condición establecida se había cumplido--el Cardenal había dado su aprobación. También sugirió un sistema práctico con el que el P. de Champgrand podía asegurar su inversión: él mismo, de Champgrand, sería el dueño de la propiedad comprada con su dinero para el grupo misionero. Si salía bien, él podía entonces cederla a la nueva congregación, con el claro convencimiento de que estaba ayudando a una obra nueva y estable. Si no salía bien, se podría vender la propiedad--y él recobraría su dinero al que podría dar entonces un mejor destino.

De Champgrand por fin accedió a cumplir su promesa y a ayudar con su dinero al nuevo grupo, aunque desaprobaba algunos aspectos del proyecto.

De esta manera, pues, los PP. Chevalier y Maugenest estaban ahora en condiciones de poner en práctica su plan. Esto era en 1855. Adelantándonos un poco al futuro, notemos que hacia junio de 1856 un tercer miembro había venido a unirse a su comunidad. Era el P. Carlos Piperon.

2. JULIO CHEVALIER

"Inspiraba confianza, pero una confianza que infundía respeto. Era de mediana estatura, bien proporcionado, con una actitud erguida y abundante cabellera. Tenía agradable presencia, con una voz cálida y un hablar un poco lento. Su modestia, su celo, su esmerada atención al deber, su afable piedad y su prudencia en las relaciones con los demás eran cosas que llamaban la atención''.

Este era el Chevalier a quien vio Issoudun en 1854. Pero, ¿por qué caminos había venido? ¿Y de qué manera se había convertido en esta clase de persona que inspiraba confianza, que estaba seguro de que con la ayuda de Dios triunfaría en la empresa que había emprendido?

El joven que vino a Issoudun como coadjutor en 1854, había recorrido ya un largo y penoso camino. A lo largo del camino aprendió una porción de cosas, que hicieron de él lo que fue. Él había aprendido que un esfuerzo determinado y perseverante, incluso frente a los obstáculos y a la oposición, daría finalmente resultados. Había aprendido que si el esfuerzo se hace abnegadamente, en una actitud de voluntariedad en buscar y aceptar la voluntad de Dios, entonces Dios hará las cosas posibles, aunque no las haga fáciles. Pero, ya que abnegadamente es aquí una palabra clave, se requería continuamente un esfuerzo ascético para dicha abnegación.

Chevalier nació en Turena, en la pequeña población de Richelieu (2.500 habitantes), a cierta distancia al oeste de Issoudun. Sus padres eran pobres, y su padre, al menos, no era muy piadoso. En aquellos tiempos, la piedad era en realidad una cosa rara entre la gente de aquella parte de Francia, ya que en los turbulentos tiempos después de la revolución francesa, la educación religiosa había sido más bien rudimentaria. Sin embargo, Juan Carlos Chevalier era un hombre bueno, un católico bautizado, que recibiría los sacramentos en el momento de su muerte. Se casó con Luisa Ory el 22 de enero de 1811. Él tenía 28 años, ella tenía 18. Sus dos primeros hijos fueron Carlos y Luisa. El tercero, Julio, nació el 15 de marzo de 1824.

Su madre era más piadosa, como tienden a ser las madres, y le educó bien en los valores cristianos y humanos. Por ejemplo, le enseñó a no robar--y esto de un modo muy efectivo. Una vez cuando era muy joven, había acompañado a su madre al mercado y, mientras ella estaba de espaldas, él había sustraído una manzana del puesto de un comerciante. Cuando regresaron a casa, su madre le vio dar el primer bocado a la fruta robada. Ella le hizo volver al mercado, pedir perdón y devolver la manzana robada, mordisqueada y todo como estaba. Este ejemplo consignado y nunca olvidado, es indicación de un buen sentido pedagógico, que su hijo apreció más adelante.

Ella también le enseñó otras cosas--cómo dominar el carácter más bien apasionado e impetuoso que él había heredado de su padre, junto con el buen humor que pudo aprender de ella y por el valor y la firmeza que la vio practicar en situaciones difíciles. Ella le comunicó una inclinación a la práctica de su religión. Julio mismo, atestigua este hecho en un pequeño poema que escribió años más tarde:

“Corazón de Jesús, yo era muy joven aún

Cuando mi voz infantil aprendió a vocalizar tu nombre.

Apenas había llegado al uso de razón,

Cuando ya aprendí a bendecirte y amarte.

...Mi buena y tierna madre me decía:

Hijo mío, deja que el Corazón de Jesús

Sea tu apoyo, tu tesoro, tu luz.

Le gustaba a ella llevarme a menudo a tu templo”.

Por lo demás, Julio pasó su infancia en aquel mundo especial en que viven los niños, con su mezcla de accidentes y bromas pesadas, sus momentos de reír sin ton ni son y sus tiempos de tragedia pueril, la seriedad de ser monaguillo, y la irresponsabilidad de ser un niño en el juego. Contar cualquier incidente particular nos apartaría del maravilloso y a la vez ordinario mundo de la infancia.

A la edad de doce años, se exigió de Julio que abandonara el mundo de su infancia. Su familia era pobre. En realidad su padre tenía vocación para una profesión liberal, pero su indigente situación le obligó a montar un comercio. Primero organizó un negocio de granos y después se hizo panadero. Su negocio no marchaba del todo bien y su familia tenía apenas lo suficiente para cubrir las necesidades elementales de la vida. Luego, Julio poco después de hacer la primera Comunión el 29 de mayo de 1836, dio a conocer su decisión (en la que había estado pensando por algún tiempo) de hacerse sacerdote. Pidió a sus padres que le llevaran al Seminario Menor de Tours, donde ya habían ido algunos de sus primos y amigos. Su madre tuvo que explicarle que la familia no podía afrontar los gastos de sus estudios. Le aconsejó que tomara una profesión y que dejara el futuro en manos de Dios, quien, si era su voluntad, de alguna manera haría posible que Julio llegara a ser sacerdote. Julio lloró desilusionado, pero añadió: "Está bien; me dedicaré a un oficio ya que no me queda otro remedio. Pero cuando tenga bastantes ahorros iré a llamar a la puerta de una casa religiosa pidiendo ser admitido en ella, para poder terminar mis estudios y ser sacerdote"." Su madre sonrió y los amigos que oyeron la historia, a menudo le preguntaban socarronamente, durante los años que siguieron, cuándo se iba a aquella casa religiosa.

Julio empezó un oficio ya que no tenía más remedio. Se hizo aprendiz de zapatero; más interesado en ahorrar dinero para sus estudios que en hacer y reparar zapatos. Se ha constatado que Julio se había vuelto más serio en esta etapa de su vida--y con razón. Él aportó el ansia de un niño a la tarea de un hombre, y afrontó la doble tarea de aprender un oficio y tratar a la vez de prepararse para el sacerdocio. Como parte de esta preparación, sentía que no debía tomar parte en las "diversiones mundanas" de sus compañeros, tales como beber vino en los cafés. Él pasaba gran parte de su tiempo en la parroquia y ayudando a los pobres. Y comenzó a estudiar latín, levantándose temprano y acostándose tarde para poderlo hacer, y dedicando a esta tarea su tiempo libre del domingo. Como es natural, los otros chicos le tomaban el pelo por esto, pero él lo aceptaba con extraordinario buen humor y serenidad.

Él arrostró esta difícil fase de su vida con el valor y el temperamento de un combatiente. Nos ayudará a comprender su carácter, si recordamos dos ejemplos de cómo se manifestaba su temperamento belicoso en ciertas circunstancias. Uno de los muchachos de servicio en la tienda del Sr. Delamotte (con quien estaba de aprendiz), se mostraba singularmente antipático hacia Julio --tanto, que los vecinos se quejaron y Delamotte aconsejó a Julio que le diera una buena lección. Julio no hizo ningún caso hasta que una noche no pudo aguantarse más. "Oye, tu”, le dijo, “si sólo levantara un dedo ya pedirías auxilio, diciendo que te estaba matando". "Si es así», dijo el otro, “te voy a enseñar una o dos cosas", y sin más pegó a Julio, cuya reacción fue rápida, con los reflejos muy buenos. El muchacho recibió como respuesta un terrible directo en la cara y comenzó a echar sangre: "Auxilio, me están matando", gritó. Unos días más tarde (la historia suele ser la misma en todo el mundo) el muchacho que perdió la pelea, invitó a Julio a ir a encontrarse con su hermano mayor que tenía que decirle cuatro cosas. A lo que Julio respondió, que a él no le asustaba ningún hermano, ni grande ni pequeño. Entonces el hermano pequeño ¡le invitó a un trago en el café!

Al llegar a este punto avancemos unos años más para comentar el otro incidente pugilístico, consignado en la historia de Chevalier. Fue en el seminario Menor y en la capilla, en concreto. Julio estaba de rodillas en la capilla; detrás de él había dos de sus compañeros de seminario, de los que les gustaba molestar a los recién llegados. Le empujaron un par de veces para que perdiera el equilibrio y se cayera de manos en el suelo. Entonces uno de ellos lo repitió por tercera vez. Según escribió Julio más adelante: "En lugar de levantarme v salir fuera, como tenía que haber hecho, me volví y le di tal bofetada en la mejilla que lo recordó para siempre y jamás intentó de nuevo la misma travesura’’.

En sus días de seminario, Julio calificó esta tendencia a reaccionar ante la provocación, como un defecto que tenía que corregir, si quería ser buen sacerdote. Fue para combatir este defecto que se controlaba a sí mismo, siendo seminarista, con una disciplina rigurosa. No pensaba que tal severidad tuviera mérito alguno; sabía que él necesitaba una disciplina especial para controlar su temperamento. En los últimos años de su vida se le tildó a veces de ser duro. Posiblemente lo fue--porque a eso le habrían inclinado su fuerza y su debilidad. En otras ocasiones fue una repetición de lo que sucedió aquí--había un límite en la cantidad de acción abusiva, que él se creía obligado a soportar.

Al principio de 1841, un hombre llamado señor Justo, pasó por Richelieu. Normalmente no hacía este itinerario, ya que la población estaba fuera de su ruta. Esta vez vino por casualidad. Sin embargo, si creemos que la Providencia determina acciones fortuitas, veremos aquí algo providencial. Entre otras cosas, el señor Justo era administrador de una zona forestal situada cerca de Vatan, 21 kilómetros al norte de Issoudun. Hizo saber entonces, que estaba buscando un hombre que quisiera trabajar para él como guardabosques. En Richelieu el hombre que le habían recomendado--y que aceptó el empleo--fue Juan Carlos Chevalier. Al ofrecerle el puesto, el señor Justo dijo: "Creo que usted tiene un hijo que quiere ser sacerdote; si usted lo desea yo estaré encantado de encargarme de su ingreso en el seminario...''.

Si Dios quiere algo, hará que sea factible, aunque puede que no lo haga fácil.

La familia Chevalier dejó Richelieu y se trasladó a Vatan en marzo de 1841. Para ser más exactos, se trasladaron a una casa a 4 millas de esta población de 3.000 habitantes. Vivían en la casa reservada para el guardabosque. Julio hacía a pie las cuatro millas hasta la población y regresaba cada día, para poder continuar sus lecciones de latín bajo la tutoría del coadjutor, el P. Deldevese. En octubre de aquel año, a la edad de 17 años, ingresó en el Seminario Menor de San Gaultier.

Se le había hecho posible comenzar su curso del seminario, pero los principios no fueron fáciles. Era un muchacho de diecisiete años, entre chicos cuatro o cinco años más jóvenes que él. Había venido de Richelieu y no de Berry; era un intruso por su origen y edad. Hay poca variedad en la vida de seminario; puede ser terriblemente aburrida, especialmente si no tienes compañeros de tu edad o aficiones. Chevalier confesó más tarde que éste fue el único momento en que tuvo serias dudas sobre su vocación; estuvo muy tentado de dejar el seminario y marcharse a casa. Pero con el buen consejo del Superior superó la crisis y terminó sus estudios pasando al Seminario Mayor de Bourges.

Ya hemos visto algo de las cosas más trascendentales que tenía que descubrir en Bourges. Fue considerado por todos como un seminarista muy bueno, virtuoso, sincero y trabajador. Es interesante leer los diferentes informes. Todos ellos señalan que aunque puede que no fuera el estudiante más brillante, trabajaba con infatigable tesón y tenía hermosas cualidades de carácter. Incluso los informes más extensos, en realidad no dicen más que lo que este nos dice: --gran elocuencia dentro de la suma brevedad--"Excelente en la piedad, mediano en la inteligencia’’.

En diez años de seminario un hombre de piedad, decisión y generosidad puede llegar muy lejos. Un hombre de estudio y oración puede llegar muy cerca de Cristo. Julio Chevalier fue esta clase de hombre. Tratar de dar una relación de todas las fases de su desarrollo espiritual, significaría querer penetrar todos los aspectos de la vida espiritual. Digamos simplemente que Julio Chevalier fue la clase de hombre que llegó muy lejos en sus esforzados años de seminario, un hombre que, en aquel momento llegó a estar muy cerca de Cristo. Llegó a ser, con todo su corazón y toda su alma, lo que pronto llegaría a ser de nombre y de hecho: un misionero del Sagrado Corazón.

Julio Chevalier, un Hombre con una Misión (E. J. Cuskelly MSC)

2

Las tres primeras obras

l. MISIONEROS DEL SAGRADO CORAZÓN

Era el año 1855. El domingo, 9 de septiembre, fiesta del Santo Nombre de María, los misioneros fueron instalados oficialmente en su primera residencia, por su Eminencia el Cardenal Dupont, y recibieron el nombre de Misioneros del Sagrado Corazón.

Esta acotación del P. Chevalier es verídica, sólo que deja cosas por decir. En primer lugar, no es el Cardenal en persona el que les instala, puesto que se hallaba enfermo, sino el Vicario General. Conviene añadir en segundo lugar, que era sólo un pajar. A decir verdad, el pajar estaba habilitado en forma de capilla, pero realmente no dejaban de ser bien humildes comienzos. Con los pocos fondos de que disponían, no podían permitirse el lujo de escoger. Compraron una casa que llevaba varios años abandonada, junto con un pajar o almacén. Ambos edificios estaban situados en una huerta con una viña al lado. Enseguida se pusieron a transformar esta propiedad en la primera casa de su comunidad religiosa.

No fue nada fácil la transformación. Todo el dinero de que disponían los jóvenes sacerdotes había sido empleado en la compra de la propiedad. Contaron con la ayuda de un hombre de la parroquia, un tal señor Voisin. Un hijo de este señor había sido condiscípulo del P. Chevalier en el seminario y su hermano era sacerdote también. El señor Voisin había ayudado ya al P. Chevalier a encontrar y adquirir la propiedad, prestándole incluso 5.000 francos. Se vieron obligados a hacer los necesarios reajustes y reparaciones. También en estos trabajos les ayudaba el señor Voisin, como buen carpintero que era. Con esta ayuda hicieron reparaciones en los edificios; quitaron tabiques en el pajar para conseguir una sala más amplia, y disimularon lo viejo de las paredes a base de pintura roja y blanca. Cuando terminaron estos trabajos, el P. Chevalier no tuvo más remedio que reconocer que "tal capilla improvisada tenía el privilegio de una extrema pobreza y una ruinosa apariencia".

El grupo de Misioneros se había puesto en marcha. Iban a necesitar un enorme esfuerzo para mantenerse a flote. Ya hemos mencionado antes, las cualidades de lucha del P. Chevalier y su perseverancia indomable. Alrededor de un mes después de instalarse, aquella "ruinosa capilla" estuvo a punto de caerse sobre su cabeza. De hecho, comenzó a derrumbarse al lado de la estatua de San José. Los tabiques que habían quitado, sostenían las paredes maestras y una de las paredes laterales comenzaba a derrumbarse. El señor Voisin, tan buen vecino como el nombre indica, acudió de nuevo en su ayuda. Contrató algunos obreros para detener el derrumbe y reparó la pared. Las reparaciones fueron costeadas por algunos amables bienhechores. Lo que quedaba claro era que el viejo edificio no ofrecía muchas garantías y había que pensar en construir una nueva iglesia.

Pasaron unos años en tal situación, hasta el que Cardenal Arzobispo de Bourges ordenó el cierre temporal. Le habían dicho que era un peligro público, a punto de derrumbarse. No dudó pues en mandar que se cerrara. Solamente permitiría abrirla de nuevo al culto si un reconocido arquitecto daba su visto bueno y declaraba que no se vendría abajo. En consecuencia se solicitó la ayuda de un arquitecto, que después de nuevas reparaciones, declaró que podía abrirse nuevamente al público sin peligro alguno.

Como resultado de este incidente, decidieron lanzarse a la obra de construir una iglesia que valiera la pena. Para tal empeño lo primero que se imponía era la adquisición de un trozo de terreno contiguo para ubicar la nueva iglesia. Para ello recurrieron al P. de Champgrand, su primer bienhechor. Les ayudó a la compra de la nueva parcela. Los padres se lanzaron a recolectar fondos para la nueva construcción. Les llegó algo de dinero en forma de donativos y algo más lo obtenían con la venta de imágenes del Sagrado Corazón. El resultado de la campaña fue suficiente para animarles a poner los cimientos en marzo de 1959. La primera piedra se bendijo el 26 de junio del mismo año. El P. Piperon hacía colectas en sus sermones, en la diócesis y fuera de ella. Incluso se fue al Mediodía de Francia y a la Savoya para recoger fondos para la iglesia. El nuevo Arzobispo de Bourges, de La Tour d'Auvergne, nombrado en 1861, les animó en el trabajo. De hecho, estaba llamado a ser un gran amigo y valedor de los M.S.C. durante toda su vida. El 2 de junio de 1864 el Arzobispo consagraba solemnemente la iglesia que es hoy la Basílica del Sagrado Corazón.

No todos sus esfuerzos se limitaban a la construcción del edificio material. Eran "misioneros" y, como tales, se dedicaban a su trabajo. No les preocupaba mucho la pobreza de la primera capilla, al constatar la buena asistencia de la gente. Les preocupaba más el hecho de que eran muy pocos los hombres que asistían a los cultos. Debido a esto, el P. Chevalier decidió fundar la "Liga de Hombres del Sagrado Corazón". Poniendo en marcha la idea en octubre de 1856, visitó a las familias y estableció muchos contactos personales. Después de pocos meses ya tenía inscritos en la Liga a 30 hombres. Puso una misa para hombres un domingo al mes. Fue todo un acontecimiento el conseguir que 30 hombres oyeran misa, hombres de la calle: viñadores, granjeros, obreros, etc. Por pascua de 1857 se acercaron a comulgar alrededor de 50 hombres. Fue la primera comunión pública de hombres en Issoudun desde comienzos de siglo. Al terminar el año había 300 hombres enrolados en la Liga del Sagrado Corazón.

El P. Maugenest era muy apreciado como predicador y por lo mismo se le reclamaba por todas partes. Entre los dos, él y el P. Chevalier, contribuían de una manera decisiva a la vida cristiana de Issoudun y parroquias vecinas. Al mismo tiempo se afanaban en la organización de su propia comunidad religiosa. Querían que su primer año fuera su año de noviciado, así que dedicaron mucho tiempo a la meditación y al estudio. También tenían que trabajar manualmente, ya que no podían contratar obreros, que lo hicieran por ellos. Ellos mismos hacían la limpieza de la casa y arreglaban la comida. Cada congregación religiosa tiene sus propias constituciones o reglas y el P. Chevalier, en lo que llamó ensayo provisional, redactó las "Reglas de los M.S.C.”. Él era el superior religioso a la vez que rector de la capilla pública. Se ocupaba de los servicios religiosos, mientras el P. Maugenest se dedicaba a la predicación por las iglesias vecinas.

A finales de 1856 dieron por finalizado su noviciado y por Navidad de ese año, emitieron sus votos religiosos. Eran votos privados puesto que no habían sido reconocidos Oficialmente como congregación religiosa. Desde luego que no necesitaban el reconocimiento oficial, para sentirse Obligados en conciencia por sus votos. En su profesión tuvieron como único testigo al P. Carlos Piperon, m amigo de los días de seminario, que vino para juntarse ellos. El P. Piperon había sido ordenado sacerdote el 10 de junio de 1854 y más tarde fue nombrado capellán del hospicio Y de la cárcel de Bourges. Dentro de la pequeña comunidad se ocupó de las finanzas--si es que podían llamarse así. También hacía de capellán en el hospital.

La joven comunidad religiosa de misioneros iba tomando forma cuando surgió un grave contratiempo. La causa de ello fue el Cardenal Arzobispo de Bourges. Ya hemos visto que se había mostrado favorable a la empresa, no obstante, cuando se vio en dificultades de encontrar un sacerdote, para un puesto importante de la diócesis, tomó la decisión que la urgente necesidad requería. No encontraba un sacerdote para arcipreste de la parroquia de la catedral y deán de la ciudad de Bourges. Mientras trataba de hallar solución a esta dificultad, llegó a Bourges el P. Maugenest a predicar un sermón de Adviento en la iglesia de San Pedro. Su oratoria, como siempre, causó una impresión profunda. El Arzobispo, conociendo sus muchas dotes de sacerdote y predicador y creyéndole más viejo de los 28 años que contaba, le hizo saber que iba a ser nombrado arcipreste de la catedral.

El P. Maugenest puso objeciones, lloró y sugirió otras soluciones. Habló del trabajo en Issoudun, que su marcha podría hacer tambalear. No había nada que hacer. Autoritariamente, el Cardenal se expreso así: "Soy su Arzobispo y, como tal, su superior; me debe obediencia". El P. Chevalier, cuando a su vez fue a interceder delante del Arzobispo para que le dejara al P. Maugenest a su lado, encontró la misma inflexible actitud. Si el golpe fue amargo para el P. Maugenest, lo fue aún más para el P. Chevalier. El Cardenal no solamente había reducido a dos miembros la pequeña comunidad: les había arrebatado al más dotado del grupo. El P. Maugenest, con su encanto personal, sus dotes de elocuencia que causaban tanta impresión y al mismo tiempo su humilde y modesta personalidad, era el que daba a los PP. Chevalier y Piperon las mayores esperanzas de que su comunidad llegaría a ser algo. Fácilmente se entiende el amargo desengaño del P. Chevalier y que el P. Piperon pudiera escribir: "Le quitaron el único con quien podía contar. ¿Qué podía hacer en adelante con un solo compañero y este de tan poco valor?”

Lo que ambos hicieron fue encaminarse a la Trapa de Fontgombault, para hacer un retiro. Volvieron del retiro resignados de su pérdida y convencidos de que la voluntad de Dios era de que continuaran con su trabajo.

Las palabras del P. Piperon, arriba citadas, ya revelan lo que siempre fue, es decir, un hombre genuinamente humilde e intensamente dedicado al P. Chevalier y su obra. Habría de ser, de muy diferentes maneras, con su palabra y sus escritos, el mejor intérprete de las ideas y espíritu del P. Chevalier. Trabajaría con él con la mayor lealtad toda su vida. Fue el perfecto "subalterno", sin aspirar nunca a mandar, sino a obedecer, convencido siempre de que tenía poco que dar y estaba siempre dispuesto a darlo todo. Pero aquello que podía dar quería darlo dentro de una comunidad religiosa y no puramente en un ministerio parroquial. De hecho, cuando el P. Chevalier, después de lo ocurrido con el P. Maugenest, sugirió que tal vez el Arzobispo los pondría un día a trabajar en una parroquia, Piperon le aseguró: "En ese caso buscaré una congregación religiosa que me admita. Iré hasta el fin de la tierra antes que aceptar una parroquia".

De él escribió más tarde el P. Chevalier: "El querido y venerado P. Piperon... piadoso, bueno, celoso, caritativo y dedicado al trabajo, sin temor a las fatigas ni a las privaciones. "

En 1859 el P. Chevalier comenzó a dar señales de cansancio. Vivía pobremente y trabajaba mucho. Los esfuerzos y sinsabores de los últimos años, habían agotado sensiblemente gran parte de sus energías físicas. Habiendo perdido al P. Maugenest y habiendo tenido problemas con el Arzobispo, se encontraba en una situación en la que se sentía solo y como "desasistido" en sus esfuerzos. Volvió a vivir una vez más, aquel momento de sus primeros días en el seminario, cuando se sintió tan solo. Y fue entonces cuando recibió aliento de diferentes sectores.

Un amigo suyo sacerdote, le llevó consigo de vacaciones la primera quincena de julio. El 14 del mismo mes, tuvo el consuelo de entrevistarse con el Cura de Ars, Juan María Vianney. Este santo hombre le dijo que a pesar de que tendría nuevas pruebas en su camino, su nueva congregación sería bendecida por Dios y haría mucho bien en la Iglesia. Animado con estas palabras y la promesa de que haría una novena, unido en espíritu a la comunidad de Issoudun, el P. Chevalier volvió a casa. Más tarde, en el mismo año una visita que hizo a la Basílica del Sagrado Corazón de Paray-le-Monial, le confirmó en su vocación.

A la vuelta de Paray, dice de él el P. Piperon que "era otro hombre". Desaparecieron sus preocupaciones, para dar paso a una aceptación tranquila de lo que fuera la voluntad de Dios. Al mismo tiempo su confianza en el éxito de su obra era mayor que nunca. En sus conversaciones y en su predicación, aparecía claro cómo había sacado de Paray nueva inspiración y se reafirmaba aun vez más en su espiritualidad del Corazón de Jesús.

En agosto de 1860, otro amigo sacerdote le llevó a Roma donde obtuvo una audiencia privada con el Papa Pío IX, a quien habló de su congregación religiosa y la clase de trabajo que pensaba realizar con ella. El Papa le escuchó con cariño, encomiando el ardor que ponía en extender la devoción al Sagrado Corazón y concediéndole la bendición para su obra.

Con el nombramiento del Arzobispo de la Tour d'Auberne como coadjutor de Bourges y la subsiguiente toma de posesión de la diócesis el 10 de diciembre de 1861, el P. Chevalier se dio cuenta que tenía en casa un sólido amigo y mantenedor.

Con nuevos ánimos y esperanzas se dedicó a llevar adelante su obra. Subió al púlpito que el P. Maugenest dejara vacante, aunque no lo hiciera tan bien.

El P. Piperon, con su deliciosa manera de decir las cosas, sin apreciar el alcance de su significado, escribió: “A veces... era realmente elocuente”. Y cuando no lo era tanto, tenía una voz fuerte y agradable y arrebataba a la audiencia con su celo y sinceridad, especialmente cuando hablaba de la "infinita misericordia del Corazón de Jesús y la grandeza de María.

Nada dice el P. Piperon de su propia predicación, a pesar de que él también predicaba por todas partes, recaudando fondos para la iglesia del Sagrado Corazón y extendiendo la devoción a Nuestra Señora.

2. NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN

Si miramos atrás a lo largo de algo más de un siglo, podríamos caer en la tentación de pensar, que el P. Chevalier y sus misioneros emplearon un tiempo excesivo en propagar la devoción a Nuestra Señora. También pudiera uno inclinarse a creer que se había desperdiciado mucho tiempo del "trabajo misionero", en la organización de la archicofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Antes de deducir estas conclusiones y para entender el crecimiento de la Obra del P. Chevalier, necesitamos ver las cosas con las perspectivas de la piedad en el siglo XIX. Tengamos en cuenta que era bajo ese ambiente que se desarrolló su vida espiritual e hizo su trabajo. Era aquella una época de devoción mariana. "A Jesús por María", rezaba el viejo adagio cristiano, que había penetrado la vida del pueblo, y que respondía con más facilidad a las devociones en honor de María, que lo hubieran hecho a prácticas que hoy se piensan tal vez más "teológicas y litúrgicas”. Jesús y María, aparecían mucho más unidos en cualquier oración y en muchas prácticas religiosas de piedad.

"Poco después de que me bautizaran, mi madre me llevó a la iglesia y me consagró a la Virgen Santísima y al Corazón de Jesús. Muchas veces, sobre todo en sus últimos años, a ella le encantaba contarme una y otra vez la entrañable escena, a la que su mente y corazón revestían de un colorido realmente poético.

El P. Chevalier consignó en sus escritos el recuerdo de esta consagración con todos los visos de autenticidad. Cuando de estudiante fundó una asociación de seminaristas le puso por nombre "Caballeros del Sagrado Cora­zón y de María”. También comenzó una novena a Nuestra Señora con el P. Maugenest, cuando pensó que era la voluntad de Dios el formar un grupo de misioneros. En esta ocasión hicieron una promesa en el caso de que su oración fuera oída: propagarían la devoción al Corazón de Cristo y harían “por todos los medios posibles, que María fuera conocida y amada de una manera especial”. Hemos visto como ya en otras dos ocasiones, al terminar la novena a la Virgen, obtuvieron dos generosas promesas de ayuda que hicieron posible su obra. Es natural que anos más tarde pudiera decir: "Nuestra Señora lo ha hecho todo en nuestra congregación”.

También resultaba lógico que, contra las ideas de aquella época, y sus propias experiencias personales, recurriera a María en busca de ayuda para llevar a los hombres el amor del Corazón de Cristo y hacer que los hombres creyeran y respondieran a ese amor. Y fue consecuencia de estas circunstancias que él y sus compañeros comenzaran a pensar y a hablar de María como "Nuestra Señora del Sagrado Corazón”. En aquellos tiempos las nuevas advocaciones y devociones especiales tuvieron un relieve más peculiar que ahora, en la práctica religiosa del pueblo. Se advierte cierto aire de excitación en los relatos sobre el descubrimiento del nuevo título y el establecimiento de la nueva devoción. Toda nueva devoción, tenía que tener la aprobación de la Santa Sede; y por ello había muchos observadores cautelosos, que estaban en guardia contra las innovaciones que fueran sospechosas en su doctrina o en la práctica. Esto lo aprendió muy bien el P. Chevalier por propia experiencia. Las mismas razones le hicieron pensárselo bien y rezar mucho, antes de decidirse a lanzar la idea.

Durante el verano de 1857, en un tiempo de descanso con sus compañeros, discutían planes e ideas sobre la nueva iglesia en construcción y les preguntó sobre lo que pensaban acerca de la advocación con que la Virgen debiera ser venerada en la nueva iglesia. Hubo varias proposiciones. Claro está que él les estaba conduciendo hacia la proposición, que hacía tiempo ponderaba en su mente, que era honrar a la Virgen bajo el título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Explicando su idea, decía que el título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón indicaba a Aquélla que había sido bendita entre todas las mujeres por el Corazón del Dios amante. Al mismo tiempo la señala como la Madre de los hombres, cuyo único deseo es el llevarlos al Corazón de su Hijo. Por último, este nombre nos hace comprender que nuestra Madre Celestial, participando del triunfo de Cristo en la gloria eterna, es para siempre nuestra poderosa abogada cabe el Corazón de su amante Hijo.

La idea era bien simple y clara. Todos se sintieron entusiasmados con ella. A principios de 1861, cuando se hacían los preparativos para la inauguración de la primera parte de las obras, el P. Chevalier quiso que se pusiera en una ventana una vidriera policromada con la imagen de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. La primera imagen (al igual que la idea misma), fue el resultado de la simple superposición de una imagen de María y otra de Cristo. Primero una imagen de la Inmaculada con las manos extendidas hacia la tierra, - significando el río de gracias que nos viene a través de ella. Delante de esta imagen colocó la de Cristo niño con la mano izquierda señalando su Corazón y con la derecha a su Madre, como diciendo: "por medio de mi Madre se derramarán sobre la tierra los tesoros de mi corazón”.

La devoción arraigó inmediatamente. De seguro que no todos apreciarían el contenido teológico que le daba el P. Chevalier. Muchos se interesaban principalmente en su «poder de intercesión. Pero aún eso, podía ser el comienzo de una inteligencia menos egoísta de la devoción y el descubrimiento de las insondables riquezas del Corazón de Cristo. Preocupado en conjurar la indiferencia religiosa de la comarca del Berry, el P. Chevalier no había dejado un momento de idear diferentes caminos, para poder conseguirlo. Así la “archicofradía” era un medio viejo y eficaz de alimentar la vida espiritual de los laicos, si se podía conseguir que los laicos se interesaran en hacerse socios.

Estas “hermandades”, o asociaciones espirituales, tienen su historia. San Bonifacio ya las había hecho funcionar como grupos de espiritualidad y de caridad. Era la manera de hacer que los valores cristianos impregnaran la vida de los seglares. Al aceptar un "reglamento de vida, los miembros de la asociación encontraban un camino práctico para estar seguros de que rezaban y de que guardaban en el corazón las verdades eternas. En los primeros siglos se acentuaba el esfuerzo en obras de caridad, a la manera que más tarde lo hiciera la Acción Católica. Luego se dio más acento al aspecto de la oración y la piedad en la vida espiritual.

Antes del siglo XIII eran raras las cofradías marianas. En ese siglo florecieron en Italia y de allí se extendieron a otros países de Europa. Estas cofradías crecían en la medida en que alimentaban la piedad popular.

Había claramente un buen número de factores que apoyaban el establecimiento de una cofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Lo apoyaban, no como algo diferente de la obra principal del P. Chevalier, sino como un medio extremadamente eficaz para conseguir lo que él intentaba. Recordemos que era un tiempo en que la gente acudía “a Jesús por María”, una época en que las cofradías expresaban y alimentaban la espiritualidad del laicado. El pueblo dio enseguida señales de responder con entusiasmo a esta nueva devoción que "en una manera en la que no habían pensado”, unía a Cristo, María y los hombres en unos lazos de amor, que era tierno y compasivo. Incluso los temerosos y los indiferentes podrían ser atraídos hacia la amistad y confianza con Cristo, aquellos que no habían respondido a la llamada de sus deberes religiosos, cuando les eran presentados de otra forma.

La conclusión a que llegaron los MSC era obvia: trabajar en la extensión de la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón y establecer una cofradía con el mismo título. Quedó enseguida claro, que habían logrado el medio más efectivo de llevar a cabo su misión de acercar a los hombres con fe y amor al Corazón de Cristo.

El P. Piperon tuvo una gran parte en esa publicidad de la nueva devoción. En los años 1862 y 63 viajó mucho predicando, con el propósito de recabar fondos para la nueva iglesia de Issoudun. A los sacerdotes con los que tropezaba en sus viajes, les hablaba de la nueva devoción y se la explicaba con la ayuda de estampas que luego repartía. Uno de estos fue el famoso jesuita P. Ramière, editor de la revista "El Mensajero del Sagrado Corazón". El P. Ramière publicó un pequeño artículo sobre la devoción, que le había entregado el P. Piperon. De esta forma fue conocida en toda Francia y aun más allá de las fronteras.

La difusión de la devoción fue realmente extraordinaria. A cualquier lugar donde iban los MSC en los años siguientes, encontraban que la nueva devoción les había precedido. El fenómeno fue debido en parte al P. Ramière con sus publicaciones y el hecho de que los jesuitas daban a conocer la devoción en sus actividades apostólicas.

Una persona que se interesó intensamente por la devoción, fue el señor Arzobispo de la Tour d'Auvergne y se mostró ansioso de que se fundara una cofradía y pidió al P. Chevalier que escribiera unos estatutos para la asociación. Estos estatutos fueron aprobados por el Arzobispo el 29 de enero de 1864 y quedó fundada solemnemente la cofradía el 6 de abril del mismo año, en la iglesia del Sagrado Corazón. El Arzobispo inscribió su nombre como primer miembro de la cofradía. Hubo miles de inscripciones en las primeras semanas. Tal fue el aluvión de solicitudes para nuevas inscripciones y para la formación de cofradías filiales, que se recurrió a Roma para convertir la asociación en archicofradía. De las filiales una fue establecida en Sittard (Holanda), varias en Bélgica, como la de Amberes, y otras en Italia. Esta propagación de la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, fue uno de los motivos que impulsaron a un cierto número de jóvenes extranjeros, a pedir su admisión en la congregación de los M.S.C.

3. SACERDOTES SECULARES DEL SAGRADO CORAZÓN

Acontece que un hombre se puede ver tan ocupado por su obra propia particular, que no tiene ojos para ver la importancia de otras obras similares. Es sabido que a veces los religiosos se preocupan más por el bien de su propio grupo, que por el de toda la Iglesia. La idea del P. Chevalier, no obstante, era tan amplia como la misma Iglesia y el mundo: "Que el Corazón de Jesús sea amado por todas partes". Su grupo de misioneros, tal era su esperanza, aportarían una contribución importante para conseguir ese objetivo. Pero existían también otros que trabajaban con el mismo fin.

En la campiña francesa, su primer campo de trabajo, había ya un grupo de sacerdotes operando. De ordinario vivían solos y siempre con cierta independencia de sus compañeros. No siempre tenían el éxito que ansiaban en el fomento del fervor cristiano. A veces se descorazonaban y desanimaban. El P. Chevalier creyó que podrían ser ayudados y animados en la renovación de su espíritu y de sus ministerios. Como intento de ayuda para su vida espiritual y su apostolado sacerdotal, se lanzó a la fundación de una Asociación de Sacerdotes Seculares del Sagrado Corazón. No era una idea nueva; existía ya cierto número de tales asociaciones a través de Francia. Ahora que muchos de estos grupos necesitaban ciertamente alientos de vida nueva. El P. Chevalier esperaba conseguir darles esa nueva vida a base de confederar los diferentes grupos existentes, centrándolos en Issoudun. El corazón de esta hermandad más amplia sería el grupo central de los religiosos M.S.C. Todo el que compartiera el espíritu de los fines de los M.S.C. formaría parte de esta más amplia hermandad. Al mismo tiempo esta hermandad podría y debería extenderse incluyendo a los seglares, que participaran de la misma espiritualidad apostólica del Sagrado Corazón. Encontramos, pues, que en este momento determinado, ve a su Instituto como abarcando tres categorías: la primera formada por religiosos en sentido estricto; la segunda por sacerdotes afiliados (Sacerdotes del Sagrado Corazón) y la tercera por terciarios.

Para el P. Chevalier, si esta asociación con los M.S.C. llegaba a tener los efectos deseados, aportaría ayuda espiritual y renovado celo apostólico a los hombres consagrados al apostolado. De conseguirse tal efecto, sería, además, una consecuencia natural que algunos sacerdotes pensaran que aun sería mayor la ayuda espiritual que recibirían, haciéndose miembros del grupo religioso. Es lo que en realidad iba a suceder. La previsión de esta posibilidad le planteó un problema al P. Chevalier. Su grupo tenía como fin el trabajo misionero en los campos de acción, ¿estaría pues justificado el apartar de su trabajo a estos hombres para insertarlos en su comunidad religiosa? Su respuesta fue--ya en el año 1863--que estos sacerdotes podrían ser miembros de su congregación religiosa, sin abandonar las necesidades pastorales. Así sucedió muy pronto con el P. Guyot, párroco de San Pablo de Montluçon y el P. Durin, párroco de Nocq-Chamberat.

Esta obra de contribuir al bien espiritual de los "sacerdotes seculares afiliados" resultó ser un gran trabajo, y muy intenso por cierto. De hecho, demasiado amplio para ser llevado con eficacia por los M.S.C. de Issoudun, en aquellos momentos en su fase de desarrollo. En realidad el grupo no tenía suficiente personal para dar a aquellos sacerdotes desperdigados, el apoyo pastoral y espiritual que en justicia esperaban de su asociación. Por esta razón y alguna otra más, los lazos de estos sacerdotes con los M.S.C. tendieron a desaparecer. La otra razón era que no aparecía con demasiada claridad, en qué consistían exactamente tales lazos. ¿Eran miembros reales de un instituto más amplio o estaban simplemente asociados con él? Cuando fue aprobado el texto básico (Formula Instituti) de los M.S.C. en 1869, las otras dos “ramas”, sacer­dotes seculares y terciarios, fueron aprobadas tan sólo "como obras de la congregación".

El P. Chevalier y sus misioneros llevaron adelante, durante bastantes años, este apostolado de animación espiritual del grupo de Sacerdotes Seculares del Sagrado Corazón, afiliados con los M.S.C. Les escribían cartas y circulares. Al ingresar en la congregación, el P. Delaporte fue el encargado responsable de esta obra. Editó una revista destinada a ellos y redactó una serie de reglas. El número de afiliados aumentó bastante e incluso se extendió a otros países, como por ejemplo, Suiza.

En el entretanto, también otras congregaciones optaron por la constitución de grupos similares de sacerdotes afiliados. Así se formaron otras asociaciones bajo el patronato y nombre del Sagrado Corazón. Aun en nuestros días perduran en Francia e Italia "Uniones Apostólicas" de sacerdotes del Sagrado Corazón. De todas formas este particular grupo asociado con los M.S.C. dejó de existir como asociación específica.

Ha de tenerse en cuenta, no obstante, que la obra del P. Chevalier con los sacerdotes seculares, llegó a tener una notable y vital repercusión en su propia Congregación. Le ayudó a idear el estilo de vida que debía imprimir a su propio grupo religioso; no llevaría el signo monacal, pero tampoco seria una mera asociación sacerdotal.

De la división antes anotada en tres grupos, son "los religiosos los que forman el cuerpo selecto (la élite). Pueden ser sacerdotes o laicos (clérigos, hermanos coadjutores y estudiantes no clérigos), viviendo en comunidad o bien dispersos por el mundo, cumpliendo con las obligaciones asignadas. Tendrán por nombre el de M.S.C. o religiosos del Sagrado Corazón".

“Harán los votos de pobreza, castidad, obediencia y estabilidad. Renovarán los votos cada año durante cinco años para hacer entonces profesión perpetua. Nadie se verá obligado a la profesión perpetua, aunque para los principales cargos de la congregación serán escogidos miembros que tengan profesión perpetua''.

A los miembros religiosos en sentido estricto se les exigía los votos que desde el año 1869 hasta 1877 eran perpetuos, ya en la primera profesión. Los sacerdotes afiliados eran libres de emitir votos o no. Estos votos no eran considerados como profesión religiosa.

Este trabajo con los sacerdotes seculares del Sagrado Corazón llevó al P. Chevalier a establecer contactos con otros sacerdotes, que estaban animados de los mismos ideales que los suyos. Esto hizo que algunos ingresaran en la congregación.

Parece oportuno el hacer aquí un par de observaciones, que en un momento u otro deberían hacerse en algún sitio de esta obra.

En primer lugar, advertir como se ensancha la visión del P. Chevalier sobre su obra. Observar cómo a estas alturas es bien poco el trabajo que se dedicaba a la comarca de Berry; cómo mucha de su preocupación con la asociación de sacerdotes seculares y la cofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, se extiende más allá de los límites de una provincia; cuán pocos de sus sacerdotes - aún en estos primeros diez años, del 1860 al 1870 provienen del Berry o realizan en él su ministerio.

Pudiéramos tomar como fecha de referencia en la historia de los M.S.C. el año 1876, ya que ese año tuvo lugar la fundación de la segunda casa y establecimiento de la segunda comunidad, la escuela apostólica en Chezal-Benoît.

Era esta la lista de los M.S.C. a comienzos de ese mismo año:

1. P. Julio Chevalier, radicado en Issoudun, y trabajando principalmente en la iglesia del Sagrado Corazón.

2. P. Carlos Piperon, trabajando con Chevalier y predicando también por infinidad de lugares.

3. Antonio Mousseaux. Vino a Issoudun para unirse a los M.S.C. en 1863, sustituyó al P. Piperon como capellán de los hospicios.

4. Juan Bautista Guyot, párroco de Montluçon

5. P. José Durin, párroco en Nocq-Chambérat.

6. Luis Bezire (normando). Trabajaba en Issoudun en las oficinas de la asociación de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

7. El P. Víctor Jouët procedía de Marsella. Permaneciendo en la diócesis de Marsella, se hizo editor de los Anales.

Estos cuatro últimos padres se hicieron M.S.C. en 1864.

8. En 1865 llegó un bretón, el P. Paulino Georgelin, el cual en 1867 era profesor en una escuela católica de Rimont.

9. Juan María Vandel, procedía de la diócesis de Lausana. Fundador de "La Obra de Campaña" Continuó con este trabajo y viajó por muchas partes de Francia.

10. Pedro Malabat, predicador y escritor.

11. Celestino Laporte, procedente de la diócesis de Tours.

Hemos hablado de un "ensanchamiento de la visión" del P. Chevalier sobre su obra, no de un cambio y esto nos lleva a nuestra segunda observación. La fundación de una congregación religiosa no es obra de un día, es un proceso progresivo, que dura lo que la misma vida activa del fundador. El fundador no tiene una visión total, clara y detallada, en los mismos comienzos. Tiene, sí, conciencia de una misión y se ve urgido por ella. Ya será otra cosa la forma cómo su misión se plasmará en la práctica y esto sólo lo conocerá a través de los encuentros con las diferentes situaciones y su adaptación a las mismas. El lema base para el P. Chevalier que jamás abandonó era "que el Corazón de Jesús fuera amado por todas partes". Aunque razones prácticas le hacían hablar y ocuparse del Berry, el hecho de la rápida y extensa propagación de la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón y su cofradía, hizo que traspasara enseguida los límites de la comarca. Lo mismo ocurría con su obra de los Sacerdotes Seculares del Sagrado Corazón, que también le llevaron rápidamente lejos de las fronteras de la provincia.

De hecho, cuando era estudiante, le habían aconsejado que limitara sus miras al Berry. Le atraían mucho entonces las misiones entre infieles. Lo observaremos luego al hablar más adelante de las misiones, como una de las obras más principales de los M.S.C. No obstante él procedía de un seminario diocesano y había empezado a trabajar en su diócesis. A pesar de su atracción por las misiones, era comprensible que su director espiritual le indicara que las olvidara, para preparar un trabajo en la diócesis que pedía a gritos una acción misionera. Limitó, pues, su visión a la diócesis siguiendo aquellos consejos.

El curso de los acontecimientos de su vida, rompería aquellas limitaciones que le fueran impuestas y le obligaría a una visión más amplia de aquello en lo que su grupo M.S.C. trabajaría: QUE EL CORAZÓN DE CRISTO FUERA AMADO EN TODAS PARTES.

Julio Chevalier, un Hombre con una Misión (E. J. Cuskelly MSC)

3

He aquí mis amigos

1. CARLOS PIPERON

Ya hemos dicho algo del P. Piperón anteriormente. El libro versa sobre el P. Chevalier y nos es imposible hacer plena justicia a la vida y personalidad de sus fieles colaboradores. No obstante algo tenemos que decir de ellos, aunque sólo sea someramente. Entre aquellos viejos y fieles adictos del P. Chevalier, si alguno merece ser destacado, es, sin duda, el P. Carlos Piperón. Nació el 26 de julio en Vierzon, en el año 1828. El 10 de junio de 1854 era ordenado de sacerdote y en 1856 se juntó con el P. Chevalier como M.S.C.

La muerte del P. Piperon ocurrió el 16 de febrero de 1915 después de casi 60 años en la Congregación, a la que sirvió fielmente de muy diversas e importantes maneras. Él fue quien llevó el pequeño grupo de M.S.C. a Holanda, con ocasión de la primera expulsión de Francia. Desde 1880 hasta 1889 ocupó el cargo de Maestro de Novicios y fue Asistente General de 1869 a 1905.

Muchísimas cosas podríamos decir del P. Piperon, pero nada sería más ajustado que lo que sobre él escribió el P. Emilio Maugenest. Pero hay otra razón para que le dejemos la palabra, él fue cofundador de los M.S.C. y solamente circunstancias excepcionales impidieron que él mismo fuera durante toda su vida uno de los colaboradores del P. Chevalier. A pesar de todo, se mantuvo siempre buen amigo del P. Chevalier y de los M.S.C.

Le llegó la noticia de la muerte del P. Piperon cuando se encontraban en Thuin (Bélgica) y escribió lo que sigue, con fecha 5 de marzo de 1915:

. "Hoy, primer viernes de mes, celebré la santa misa en honor del Sagrado Corazón pidiéndole que por sus infinitos méritos se abran las puertas del cielo a nuestro querido P. Piperon, que amó tantísimo al Corazón de Jesús y le sirvió tan bien, y durante sesenta años trabajó tanto para su gloria.

"Se volcó por el Sagrado Corazón en sus palabras y su oración; con su colaboración en la fundación; con el aliento que prestó al progreso de la gran Obra de los M.S.C. de Issoudun. Por encima de todo, con su ejemplo contribuyó poderosamente al establecimiento y continuidad de la Obra y a la formación espiritual de sus miembros. El espíritu de vuestra Congregación había de ser, en efecto, la realización del gran mandato del Sagrado Corazón: "Aprendan de mí que soy manso y humilde de Corazón". Gracias a Dios, los M.S.C. practican sobre todo y en el más alto grado, las virtudes de este adorable Corazón. También por encima de cualquier otra cosa, esta es su fuerza; en esto se basa su ejemplaridad y es lo que les gana la admiración, la estima y confianza de los hombres; es lo que atrae las bendiciones de Dios sobre sus empresas, sus trabajos y sus ministerios. Estas abundantes bendiciones aparecen presentes en la inmensa propagación de la Archicofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, en la sorprendente vitalidad de sus Escuelas apostólicas, en la rapidez y desarrollo de las conquistas de su celo apostólico, en vuestras misiones de Oceanía.

"Si es de tan alto valor el espíritu de vuestra Congregación, ¿qué más podemos decir para gloria del humilde P. Piperon, sino es saludar en su vida admirable el perfecto ejemplo de este espíritu, que no es otro que el del Sagrado Corazón?

"Ciertamente, si el mérito y gloria del P. Chevalier es la fundación de vuestra Congregación con la fuerza de su genio creativo, el mérito y gloria del humilde P. Piperon es, el daros su mismo espíritu por la práctica de las virtudes del Sagrado Corazón. Durante más de 60 años fue el modelo de esas virtudes delante de vuestros mismos ojos.

"Yo le quise mucho y le admiré aún más. No he conocido a otra persona más humilde, ni alguien que me pareciera marcado en el mismo grado con un verdadero sello de santidad".

Seguía el P. Maugenest expresando su deseo de que, después de la guerra, el cuerpo del P. Piperon fuera llevado desde Bélgica, donde murió, a Issoudun para ser enterrado en la cripta de la Basílica del Sagrado Corazón, al lado de los PP. Chevalier y Vandel.

"Ese es su lugar, continúa diciendo, y si para entonces aún estoy en este mundo, tan fuerte como hoy, el deseo de besar las reliquias de este venerable sacerdote, tal vez me haga recorrer una vez más, antes de morir, la ruta de Issoudun''.

Ante la petición de que se extendiera más en su testimonio sobre el P. Piperon, el P. Maugenest escribió más tarde:

"Una sola cosa de su vida me conmovió, y me conmovió tan fuerte y profundamente, que tengo la plena seguridad de haberle conocido bien y haberle apreciado de verdad. Cofundador con el P. Chevalier de los M.S.C. fue el prototipo perfecto del espíritu y virtudes propias de vuestra Congregación. Fue manso y humilde de corazón en todas partes, en todas las cosas, con todo el mundo y siempre".

Su mansedumbre

"El P. Piperon disponía de una voluntad fuerte, tenía gran fortaleza de carácter y lo probó de verdad con su perseverancia en la vocación, con su fidelidad a la Obra del P. Chevalier, en aquellos momentos de prueba en los comienzos de la fundación, cuando todos los compañeros del fundador... le abandonaban. En todo lo que hizo, en todos los trabajos que se le encomendaron, en todas las dificultades, siempre dio pruebas de esta fortaleza moral. De manera que su delicadeza o mansedumbre no eran, en su caso, algo de temperamento; eran la consecuencia de su virtud. Su gentileza envolvía y ocultaba a la par, su fuerza de voluntad y fortaleza de carácter, de tal forma que la opinión general de aquellos que le conocían, era ver en él, más que la virtud de la mansedumbre, la naturaleza bondadosa de un temperamento pacífico... ¡Qué equivocados estaban! Su gentileza era ciertamente la virtud de la mansedumbre de la que brotaba caridad, bondad, dedicación...; la afabilidad brotaba en todos sus contactos con los demás: con sus superiores, con sus iguales, con los enfermos en el hospital, con los niños de la Pequeña Obra, con los fieles confiados a sus cuidados y su celo. Jamás oí a nadie decir que le hubieran visto enfadado, impaciente o de malhumor.

"Bajo este aspecto de la mansedumbre yo mismo lo he encontrado siempre constante, sin jamás un fallo, incluso en circunstancias en que la contradicción puso a prueba su paciencia".

Su humildad

"Mi larga vida me ha puesto en contacto con sacerdotes buenos y religiosos santos, y ninguno me ha parecido jamás tan humilde como el P. Piperon. Cierto que sólo Dios ve lo profundo del corazón. Juzgando, no obstante, por sus palabras, actos, conducta y, en pocas palabras, por toda su vida, el P. Piperon era realmente humilde de corazón. De verdad que era la suya una humildad de corazón: concebida, inspirada y producida en su corazón, hasta destacarse como la característica más saliente de su vida. Hasta tal punto era así, que esta humildad total era lo primero que impresionaba, a cualquiera que se encontrara con él. Era humilde en todas, partes y en todas las cosas.

"Era humilde en su actitud reservada, en su modesto comportamiento, en su rapidez para ocupar el último puesto en cualquier parte. Era humilde en sus palabras. A pesar de ser inteligente y cultivado, conociendo bien lo que sabía y adornado de un juicio seguro y sólido, aparecía, sin embargo, como tímido y reservado, especialmente en conversaciones y discusiones.

"Fue humilde en su vida oculta de convento durante los primeros años de la fundación. El convento del Sagrado Corazón era tan pobre, que los mismos padres tenían que ocuparse de las faenas caseras.

"Tendríais que haberle visto, para tener una idea, de su alegre y caritativa prontitud con que tomaba para sí las cosas más dificultosas y los más bajos quehaceres. Hacía de sacristán, jardinero y cocinero, todo al mismo tiempo, y parecía feliz barriendo el suelo o fregando los platos.

"Era humilde en su vida pública y en su ministerio. Tenía buen acopio de doctrina y hablaba con facilidad. Le tocaba hablar muchas veces y por lo demás tenía tantas cosas que hacer en aquellos primeros años, que se veía obligado muchas veces a subir al púlpito sin preparación y por lo tanto, a improvisar. Sin embargo, la simplicidad con que aparecía en tales circunstancias, no importándole la opinión de la asamblea, demostraba que su humildad en la predicación no era inferior a su celo.

"Era humilde en las mismas humillaciones. Las sobrellevaba sin alterarse, sin preocuparse o entristecerse ni revelarse; sin amargura contra los que las causaban, lo que tal vez sea la mejor prueba de una verdadera y sincera humildad. El P. Piperon poseía en alto grado esta cualidad de la humildad.

"Mencioné antes sus improvisaciones en el púlpito. Muchas veces resultaron ser verdaderos fracasos oratorios y él aceptaba la humillación con perfecta serenidad. También tenía defectos naturales exteriores, que no disminuían su afabilidad pero que hacían su conversación menos placentera de lo que pudiera ser y conducían a criticismos, tomaduras de pelo y burlas por parte de sus cohermanos, especialmente entre los del clero secular. Mantenía siempre el mismo buen humor y la misma facilidad de perdonar, propia de la humildad de los niños. Tal es la humildad más perfecta, la que Jesús nos dio como modelo nuestro." Así era «el querido y venerado P. Piperon», del P. Chevalier.

2. JUAN MARIA VANDEL

La devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, llegaría con el tiempo, a influir en la incorporación de jóvenes en la Congregación. La obra de los Sacerdotes Seculares hizo que cierto número de ellos ingresaran en la Congregación. Uno de estos, aportaría consigo la idea e iniciativa que haría posible la admisión y formación de chicos más jóvenes. Fue el P. Juan María Vandel.

Fue el interés común que tenían tanto el P. Chevalier como el P. Vandel por los curas de zonas rurales, lo que los unió. De hecho el P. Vandel había fundado en 1857 la "Obra de Campaña"; una obra para las zonas rurales. Sobre este tema el P. Vandel había escrito un libro, que llegó a las manos del P. Chevalier por medio del jesuita P. Enrique Leblanc. Este mismo jesuita puso al P. Vandel al tanto de la obra similar que realizaba el P. Chevalier. La Obra para las zonas rurales" interesaba a una parte de la nobleza y de la gente acomodada con deseo de ayudar a los sacerdotes en las parroquias rurales más pobres. El P. Vandel quería ampliar su trabajo, fundando un grupo de “Misioneros del Campo”. La idea era que la obra sostuviera a estos misioneros. No obstante, el Con­sejo Superior de la obra no aceptó la idea como parte de su programa. El hecho predispuso favorablemente a Vandel hacia el grupo de misioneros, que estaba fundando el P. Chevalier; y cuando los dos es encontraron en 1865 convinieron en que era mucho lo que tenían en común. El P. Chevalier trató por todos los medios, de palabra y por cartas, conseguir que Vandel se uniera a su grupo. Había quedado profundamente impresionado--como tantos otros--, por el celo de Vandel, su santidad, su sabiduría y experiencia. Poseía desde luego bastante más experiencia que el P. Chevalier.

Nacido en la aldea de Nernier de Savoya en noviembre de 1808, fue ordenado de sacerdote en 1846 en la diócesis de Lausana, más allá de la frontera suiza, que lindaba con su pueblo natal. Antes de ordenarse pasó unos años como prefecto en una escuela-internado de jesuitas en Chambery (Francia) y en Friburgo (Suiza). Había pasado otro par de años con los jesuitas de Aviñón.

Obligado a salir de Suiza por las dificultades políticas que allí pasaba la Iglesia, fue acogido en Lyón por Pauline Jaricot, famosa por su trabajo en la obtención de ayudas materiales para las misiones entre infieles, a través de la "Obra de la Propagación de la Fe». Durante un tiempo el P. Vandel sopesó la idea de dedicarse a este apostolado. Sin embargo, el hecho de poder volver a Suiza cuando otros sacerdotes no podían, le hizo pensar que su deber estaba allí. Fue nombrado párroco de Nyon (1848-1856). Su floja salud le obligó a abandonar la parroquia y "retirarse" a Francia. Su "retiro" resultó más bien activo, porque en 1857 ya estaba ocupado en el trabajo a favor de los curas rurales.

También motivos de salud fueron la causa de que se volvieron a encontrar el P. Chevalier y él, ocho años más tarde. El duro trabajo y el vivir pobremente habían minado la salud del P. Chevalier. En 1865 le afectó una pertinaz laringitis y los médicos le ordenaron que fuera a un balneario, cosa muy común en aquella época para alivio de las molestias físicas. En uno de estos balnearios, Mont-Dore, se encontró con el P. Vandel. Olvidaron ambos sus dolencias para pasar largas horas discutiendo ideas sobre l trabajo que los dos trataban de realizar.

Al año siguiente, 1866, el P. Vandel llegó a Issoudun para integrarse en la joven comunidad de los M.S.C. Los miembros de la "Obra de Campaña" hicieron lo que pudieron para retenerle en París. Temían que su marcha significara la ruina de la Obra. Les aseguró que haría por ellos lo mismo que había estado haciendo y aún más tal vez, como Misionero del Sagrado Corazón. Y ciertamente cumplió su palabra.

Además de su conocimiento del trabajo en favor de los curas de parroquias pobres, el P. Vandel traía un par de cosas más en el campo de conocimientos, que le permitirían aportar una muy importante contribución a la joven Congregación a la que se unía. En primer lugar, habiendo trabajado con los jesuitas en Aviñón y conociendo a muchos de ellos por la temporada que había pasado en Friburgo, sabía de una obra que un sacerdote jesuita, el P. de Foresta, comenzaba por entonces en Aviñón. Se trataba de la fundación de una "escuela apostólica". Percatándose de lo mucho que ya se hacía en el sentido de recabar medios económicos para las misiones extranjeras, el P. de Foresta pensó que se podía hacer mucho más por las misiones si se les proporcionaba material humano. Puso manos a la obra para encontrar la manera de preparar jóvenes con destino al sacerdocio misionero. Al lado mismo del Colegio Jesuita de Aviñón, fundó una escuela para chicos que demostraran interés por el sacerdocio misionero. Se abrió en el otoño de 1865 y fue cosa bien natural el ponerle por nombre "escuela apostólica".

Sabemos como el P. Vandel había trabajado con Pauline Jaricot, por lo tanto conocía muy bien la idea que ella había ideado en favor de las misiones, es decir, que si logras que un gran número de personas den una pequeña cantidad de dinero, terminarás por disponer pronto de una suma considerable. Tal fue la idea de los cinco céntimos por año, el "sou" francés, la perra chica.

El P. Vandel unió las dos ideas: primero fundar una escuela para niños con ganas de hacerse sacerdotes misioneros en la Congregación de los MSC y en segundo lugar, con objeto de sufragar los gastos, hacer una llamada a todo el mundo por la insignificante limosna de cinco céntimos por año. El P. Chevalier aceptó la idea y enseguida fue lanzada. Debido a la pequeña cantidad que se pedía, se denominó Pequeña Obra a todo el plan. Así pasó a diferentes lenguas la manera de nombrar al seminario menor: "Pequeña Obra". En otras se llama "Escuela Apostólica".

La primera Pequeña Obra se abrió en 1867. El lugar fue Chezal-Benoît, muy cerca de Issoudun. Como el mismo nombre "Benoît" sugiere, había sido en otro tiempo una abadía benedictina. Clausurada durante la revolución francesa, había sido convertida en colegio o instituto que adquirió renombre a finales de la década de 1840 y comienzos de la siguiente. (Como dato curioso hay que anotar que el P. Maugenest, siendo niño, había ido a esa escuela.) El Arzobispado de Bourges había adquirido la propiedad de la antigua abadía con el objeto de que continuara como escuela católica (1860). Era un problema perpetuo el dotarla de personal docente y en ese sentido la diócesis había solicitado la ayuda de los MSC. El señor Arzobispo y el P. Chevalier llegaron a un acuerdo en 1867 con beneficio para ambas partes. La comunidad MSC proporcionaría algún profesor y, en cambio, los estudiantes MSC tendrían acceso a las clases y habitarían en alguno de los edificios secundarios. No faltaron peticiones de ingreso en la Pequeña Obra; aquel año llegaron a las 150. Naturalmente, eran sólo relativamente pocos los admitidos. La escuela se abrió con 14 chicos el 10 de octubre de 1867. Al terminar el curso escolar fueron 27 los que habían ingresado y algunos que se habían ido. Uno de los que vino y se mantuvo fue un niño de Issoudun, de 12 años, que se llamaba Arturo Lanctin. Había de llegar a ser el segundo Superior General de la Congregación de los M.S.C., primer sucesor del P. Chevalier.

En el entretanto se ponía en marcha el programa de cinco céntimos al año, para el sostenimiento de los niños. El P. Vandel había publicado el plan. El boletín de la "Obra de Campaña" le dio publicidad y muchos amigos y bienhechores de esta obra apoyaron este nuevo proyecto del P. Vandel, a quien tenían en alta estima. Los Anales de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, que habían visto la luz recientemente, ayudaron lo suyo a extender la idea que se dirigía a toda clase de gente. Entre los primeros que encabezaron las listas de bienhechores, hay que citar al director y estudiantes de la Escuela Apostólica de Aviñón.

Este programa para el sostenimiento de la Pequeña Obra, fue recibido por la gente con tal cariño y el dinero tan estupendamente administrado por el P. Vandel, que durante toda su vida no necesitó ninguna ayuda diferente, para mantener en marcha su aventura. De hecho aún le alcanzaba para ayudar de vez en cuando a la Congregación.

El padre Vandel no vivía en la Pequeña Obra, sino en Issoudun. El encargado de los niños en Chezal-Benoît, era un padre joven llamado Remy Ledoux. Uno de los "vigilantes" era un joven que se llamaba Remigio Cramaille. Sin ser estudiante entonces, pasó a la posteridad como el "primer sacerdote de la Pequeña Obra". De los niños de aquel primer año, 8 llegaron al sacerdocio: 3 fuera de la Congregación M.S.C. y 5 M.S.C. Durante todo el siglo subsiguiente y en todas las provincias de la Congregación, sería la Pequeña Obra la que proveyera la mayoría de las vocaciones sacerdotales.

En la mañana del 26 de abril de 1877 el P. Vandel fue encontrado muerto en su celda. Había dado más de diez años de su vida sacerdotal, a la Congregación de Misioneros del Sagrado Corazón. Diez años que contribuyeron de una manera considerable a la estabilidad de la Obra y a su vida, con el éxito de su plan de la Pequeña Obra. Dio al grupo la ayuda de sus sabios consejos, fue, de hecho, uno de los primeros Asistentes Generales. El P. Chevalier sintió hondamente su falta. Habían existido entre ellos fuertes lazos de amistad y él contaba con el P. Vandel, con entera confianza en su visión y su juicio. Cuando años más tarde escribía o hablaba acerca de él, siempre lo hacía diciendo: "el bueno del P. Vandel" o "el santo P. Vandel" como de un hombre cuya memoria era amada y venerada.

El P. Vandel tenía 57 años cuando ingresó en la Congregación de los M.S.C. A una edad así parecía un tanto sorprendente que ingresara, especialmente si se tiene en cuenta que ya tenía su quehacer definido como fundador de la "Obra de Campaña". Por lo demás el grupo al que se había unido contaba con pocos padres. Había cinco en Issoudun, todos bastante más jóvenes que él. No obstante él se unió a este grupo y se sintió inmediatamente identificado con él. Ayudó a que el grupo aumentara con la fundación de la Pequeña Obra (en la misa de los funerales, celebrada por el P. Chevalier, fue asistido por dos sacerdotes procedentes de la Pequeña Obra).

De él se dijo en muchas ocasiones que era el segundo fundador de la Congregación. No sólo por lo que hizo, sino por lo que era en su vida y persona. En sus anotaciones privadas dejó escrito lo siguiente:

“Soy un Misionero del Sagrado Corazón en todo, en cuerpo, alma, corazón, pensamientos, palabras, acciones, en mis sufrimientos, en mi manera de ser, en mis relaciones con los demás... que Dios sea bendito”.

En un sentido real y verdadero, cuando Juan María Vandel se hizo Misionero del Sagrado Corazón, lo que hacía era dar nombre oficial a lo que ya era por dentro. Esto explica la facilidad con la que encajó dentro del pequeño grupo de Issoudun, encontrándose en su propia casa. Esto explica también como se ganó inmediatamente el respeto y el afecto de los sacerdotes y niños entre los que trabajaba.

Su vida espiritual personal, la tenía centrada en el Corazón de Cristo desde mucho antes y la devoción a María era esencial en su vida. El mismo celo misionero, la misma preocupación por la gente (afectada de indiferentismo y falta de fe) que inspiraba a los M.S.C., inspiraba su trabajo en la Obra de Campaña. Aunque su celo y dedicación se mantenían fuertes y constantes dentro de él, la edad y las enfermedades debilitaban su fuerza física. Los sacerdotes, que él encontró en Issoudun, estaban animados por un celo semejante al suyo. Eran más jóvenes que él y él encontraba ayuda en su fuerza y energía, lo mismo que en su amor de hermanos. Y al mismo tiempo que él encontraba un espíritu y una espiritualidad que armonizaban con los suyos de manera tan cabal, ellos encontraban en su persona la clase de sacerdote a la que aspiraban llegar. Parecía haber modelado en su propia vida y actitudes y acciones una cierta encarnación de la "bondad de Dios", aquella "misericordia", que el Corazón de Cristo simboliza y sugiere.

No hay mejor manera de mostrar lo que esto significaba, que usando sus propias palabras. Cuando trazaba los proyectos de lo que él deseaba que fuera su Obra de Campaña, lo que deseaba para sus sacerdotes, inconscientemente (según la opinión de los que le conocían) se describe a sí mismo, aunque en su humildad hubiera pensado que se hallaba muy lejos de tal ideal.

Las virtudes características de los sacerdotes de la Obra de Campaña serán:

"Humildad de niño, que es siempre sencillo y alegre: «Nisi efficiamini... »

"Una bondad compasiva que se manifiesta en felicidad a la vista del niño, del pobre, del enfermo, del viejo, del infeliz peregrino...

"Un espíritu de piedad que santifica nuestras relaciones de caridad y que suple las austeridades y los largos ejercicios de oración, a través del sentimiento habitual de la presencia de Dios Nuestro Padre y María nuestra buena Madre... y de nuestro ángel de la guarda. El Padre Nuestro, algunas jaculatorias cortas, algunas cuentas del rosario, serán parte del respirar del misionero en sus idas y venidas.

"Una modestia franca y natural, como la de un padre o una madre que temen a Dios y no toleran ni en ellos mismos ni en otros, cualquier cosa que pueda ofender los oídos o la vista de sus niños. Bajo este aspecto la prudencia del misionero debe hacer que su conducta sea tan irreprochable como la de Nuestro Señor entre los judíos; en su ir o venir, comiendo o conversando, en público o privado. El entró en casas, se paró al lado del camino, visitó, curó, consoló al enfermo, habló con todo el mundo, comió con el rico y con el pobre, permaneció con sus amigos, escuchó peticiones y preguntas, conversó con la mujer pecadora, con la de Canaán, la samaritana, Marta y María, curó a la suegra de San Pedro, a la hija de Jairo..., jamás una palabra de condena fue dicha contra El por su conducta... excepto por los fariseos. Ahí está nuestro modelo, nuestra regla, nuestra vida.

"Una paciencia que sabe esperar, que puede parecer que no hace nada, que siempre tiene esperanza, que no se desconcierta, que aguanta innumerables inconveniencias, que reconoce como buen empleo del tiempo, el simple dar un objeto de piedad, o hacer que algún niño rece o que alguna persona entre en la iglesia... Y, finalmente, una paciencia que sabe resignarse a no haber hecho nada. Nuestro Señor no fue siempre afortunado en su misión”.

Aún podemos traer una nota más característica del P. Vandel: fue su espíritu de gratitud, lo que representa una cierta delicadeza de carácter. Aquellos que años más tarde le recordaban, hacían hincapié en el hecho de que siempre era agradecido, por mínimo que fuera el favor que se le hiciera y llegaba casi a llorar, conmovido por la generosidad de la gente que le ayudaba en sus trabajos.

Poco después de su muerte, una persona que le había conocido durante 24 años, escribía: "Su sencillez, su humildad, su tacto delicado hacían de él una persona que impresionaba a cualquiera. Las personas mayores palpaban su santidad; a los pequeños les cautivaba su caridad”.

El autor Luis de Wohl escribió libros sobre San Agustín y sobre Santo Tomás. Al primero le llamaba "La llama viviente" y al segundo "La luz quieta". Es más fácil escribir sobre una llama viviente: el movimiento y el color atraen la mirada y mantienen el interés. La luz quieta puede ser de más valor y tener más mérito por su estabilidad y consistencia, pero resulta más difícil el escribir profusamente sobre ella. Siguiendo esta línea de pensamiento, el P. Jouët de quien hablaremos en seguida, podría ser la llama viviente, mientras el P. Juan María Vandel es la luz quieta. En su quietud producía y daba confianza y la entereza de su fuerza sostuvo a muchos que le conocieron. La luz de su ejemplo, su fe, caridad y paciente delicadeza, inspiraron a muchos y les dejaron inolvidables recuerdos de "el santo P. Vandel", segundo fundador de la Congregación de los M.S.C.

3. VÍCTOR JOUËT

Si el joven grupo de los M.S.C. había de recibir en el P. Vandel su elemento estabilizador, recibirían con el P. Víctor Jouët elemento dinámico. Se podría discutir quien de los dos contribuyó más a la obra, porque ambos dieron mucho y la discusión no tendría fin, ya que dieron cosas diferentes. Con personalidades totalmente distintas, pero con una misma generosidad llegaron ambos a la joven comunidad por caminos bien diferentes. El primero en llegar fue Víctor Jouët. Apareció en Issoudun en un frío día de diciembre de 1864, como una tibia brisa provenzal. Era un hijo del Sur, un sacerdote de la diócesis de Marsella. Venía de la tierra de los trovadores, y algo de trovador lo tuvo siempre consigo. Esto queda ya claro en la relación que da de su llegada. Puedes leer tú mismo su propia versión en el testimonio de un ex-voto de la Basílica de Issoudun:

"Peregrino de un solo día

Es aquí que aprendí tu título glorioso,

¡Oh Soberana del Corazón de Jesús!

Caí a los pies de tu hermosa imagen

Y me levanté tu misionero para siempre.

En un segundo... ¡Qué gracia! ¡Qué vocación!

28 de diciembre de 1864. V. J. Miss. del S. C.".

Tal es lo que poéticamente dice de sí mismo. De hecho ninguna relación sobre el P. Jouët puede ser prosaica. Nacido en Córcega de padre francés y madre española, era exuberante y entusiasta, muy inteligente y de gran atractivo personal. Se ordenó de sacerdote con destino a la diócesis de Marsella en junio de 1862, cuando contaba 23 años. El movimiento de Sacerdotes Seculares del Sagrado Corazón le puso en contacto con los M.S.C. Pero fue la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón lo que le mantuvo como tal. Su Obispo, Mons. Cruice, habiendo tenido noticias de la nueva Congregación, le mandó a Issoudun a investigar, pensando que tal vez tuvieran algo que ofrecer para la revitalización de la asociación de "Sacerdotes del Sagrado Corazón", de Marsella.

Es mejor dejar al P. Piperon que nos describa su llegada a Issoudun.

"...El P. Jouët legó un día, después de Navidad, a las cuatro de la mañana con una atmósfera helada. Venía directamente de Marsella, vestido al estilo de la gente del Sur, sin haberse preocupado de tomar precaución alguna contra el frío del invierno. Apenas llegado, nos dimos prisa en llevarle a la mejor habitación y encenderle un fuego. En este cuarto había una imagen de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Tan pronto como la vio, totalmente excitado, preguntó de qué Virgen se trataba. «Es Nuestra Señora del Sagrado Corazón, le dijimos». «¿Y qué significa Nuestra Señora del Sagrado Corazón?, siguió preguntando». «Oh, nosotros honramos a la Virgen bajo ese título y tenemos una Asociación en su honor». «¿Cuánto tiempo lleva funcionando la Asociación?» «Empezó este mismo año, en abril, y ya tiene alrededor de dos mil socios». «¿Tenéis un altar de Nuestra Señora del Sagrado Corazón?» “Desde luego, en la iglesia que más tarde le enseñaremos». «¿Podré celebrar la misa allí?» «Seguro». «¿Puedo decirla ahora mismo?» «Espere un poco, déjeme que le encienda el fuego y, cuando se caliente un poco, iré y prepararé el altar». «Pero el caso es que me gustaría celebrar misa inmediatamente».

"Con estas palabras dejamos a nuestro huésped, para ir a buscar leña. Cuando volvimos, unos minutos más tarde, le encontramos de rodillas, llorando, en un estado de exaltación. María había conquistado esta alma ardiente. El se había consagrado a ella, sin reserva. Desde entonces, como a él mismo le gustaba decir, fue el «juguete» (en francés jouët) de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. No quiso esperar más tiempo.

"«Ya no tengo frío, dijo, llevadme a la iglesia, quiero decir la misa en el altar de Nuestra Señora del Sagrado Corazón». Tuvimos que rendirnos ante su insistencia. Rápidamente preparamos el altar y los ornamentos sagrados y enseguida comenzó el Santo Sacrificio. Jamás olvidaré la profunda emoción con que pronunciaba las palabras de la sagrada liturgia, ni el acento lleno de piedad de su voz. Cuando hubo terminado su acción de gracias, que fue más bien larga, le llevé otra vez a su cuarto para que pudiera calentarse. Hizo un montón más de preguntas sobre Nuestra Señora del Sagrado Corazón y no supo hablar de otra cosa que de la nueva devoción».

Ciertamente, el P. Piperon y los otros padres de Issoudun no eran parcos en su entusiasmo por la nueva devoción. Pero este hombre de Marsella les preocupó un poco: "En aquellos momentos no entendí aquella manera de proceder y me preguntaba si aquel joven sacerdote no estaría algo desequilibrado y aquel entusiasmo extraordinario no fuera tal vez fruto de alguna enfermedad.”

Más tarde el P. Jouët le confesaría, que entonces había recibido una extraordinaria luz de la gracia, que le hizo ver muy claramente que había de dedicar su vida al servicio de Nuestra Señora.

No hay que concluir de todo esto que el P. Jouët fuera sólo un entusiasta piadoso. "Nadie como el P. Jouët para superar los obstáculos más difíciles. Con fuego en el alma, espíritu activo y voluntad enérgica, sabía cuando actuar y cuando resultaba mejor el dejarlo para más tarde. Era un hombre de fe ardiente y de completa abnegación de sí mismo. Nunca pensaba en sí mismo."

"El P. Chevalier encontró en él el trabajador más activo, el más abnegado y, al mismo tiempo, el más útil para sus trabajos. A él le debemos el éxito de los mismos"

Estos últimos testimonios del P. Piperon completan la descripción de su carácter. Este fue el Víctor Jouët que llegó a Issoudun a finales de 1864 en busca de información sobre la obra de los M.S.C. para los sacerdotes de las parroquias, y se volvió a Marsella con esta información y con su nuevo entusiasmo por la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Y él fue quien dio a conocer la devoción en Marsella.

En septiembre de 1865 emitió sus votos privados como miembro de la Congregación de los M.S.C. Poco más pudo hacer en algunos años, puesto que el nuevo Obispo de Marsella, Mons. Place, era enemigo declarado de las nuevas Congregaciones religiosas y se resistió siempre a las súplicas del P. Jouët, para que le permitiera dejar la diócesis y unirse a la comunidad de los M.S.C. Obligado a permanecer alejado, ello no le impidió el trabajar por la obra, especialmente dando a conocer la devoción a Nuestra Señora. Fue idea suya la publicación de los Anales de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, cuyo primer número apareció en enero de 1866. En medio de sus otras preocupaciones y actividades editó la revista durante 17 años. Teniendo en cuenta que sus actividades eran muchas, esto resultaba una verdadera hazaña. Fue él quien empezó lo que luego arrastraría hasta Issoudun muchedumbres de peregrinos: la procesión de Nuestra Señora del Sagrado Corazón del 8 de septiembre.

El P. Chevalier animaba al P. Jouët para que continuara insistiendo a su Arzobispo, para conseguir el permiso de dejar la diócesis. En 1869 cayó enfermo y tuvo que tomarse un año de descanso para un tratamiento. Un tratamiento estilo Jouët. Después de una corta estancia en Suiza, se sintió mejor y pasó algún tiempo en Issoudun. Luego se fue a España para propagar la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Tenía el propósito de ir a Tarragona y Barcelona, donde vivían algunos familiares suyos que hablaban francés. Al llegar a la frontera tuvo una de esas curiosas experiencias, que sólo suceden a personas como él. Como no sabía el español, rezó a San José para que le sacara del atolladero y le proporcionara un lugar donde pasar la noche. Cuando descendió del tren se le aproximó un cochero que le dijo: "¿Es usted el misionero francés?" "Sí, así es". "Venga conmigo, Padre, el coche está esperando". El coche se detuvo delante de una hermosa casa. El dueño se acercó y dijo: "Bienvenido, Padre... pero... usted no es el sacerdote que esperaba. ¿No ha visto a otro sacerdote en el tren?" "No había otro". "Es igual, es usted bienvenido de todas formas. Tiene que ser mi huésped durante esta noche". Al día siguiente llegó una carta del huésped esperado, comunicando su imposibilidad de llegar. El P. Jouët continuó su viaje a Tarragona, convencido más y más de que San José tenía interés en aquel viaje. En Tarragona fundó una asociación de Nuestra Señora del Sagrado Corazón y comenzó a reunir gente que difundiera la devoción por toda España.

Después del año de "tratamiento" pidió a su Arzobispo otro año de "convalecencia". Lo empleó para viajar por Savoya, Issoudun, Bélgica y volver a España. En estos viajes editó los Anales en cada país. En 1871 entró en la comunidad de Issoudun y en 1872 se fue a Roma con el P. Chevalier. En Roma aprovechó la ocasión para suplicar al Papa Pío IX, que le permitiera dejar la diócesis y unirse a la Congregación de los M.S.C. Avalaba su petición una carta del Arzobispo de Bourges. Como era ilegal la oposición de un Obispo, a que uno de sus sacerdotes ingresara en una Congregación religiosa, el Papa Pío IX accedió a la petición del P. Jouët. Le dio por escrito un permiso de dejar la diócesis por un período de siete años. Allí mismo, en la presencia del Papa, emitió sus votos públicos, como misionero del Sagrado Corazón y se volvió a Issoudun. El 5 de noviembre de 1875 fue elegido Asistente General.

Por esas fechas se fue a Roma para aclarar un asunto relacionado con la Archicofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Se había fundado en Roma una cofradía y no aparecía muy clara su conexión con Issoudun, ni la que debía ser la central y primera de todas. El Padre Jouët no tenía intención de quedarse en Roma, pero se alargaban las negociaciones y luego quedó encargado de tratar de encontrar una casa para los estudiantes M.S.C. que habían de cursar sus estudios allí. Cuando llegaron los escolares en diciembre de 1875, se le pidió al P. Jouët que se quedara allí como superior de la nueva casa M.S.C. En febrero de 1876 fue nombrado Procurador, teniendo por cometido la representación de la Congregación M.S.C. en todas las relaciones con la Santa Sede. Desempeñaría este cargo durante muchos años y le daría ocasión de hacerse con muchos amigos en Roma. Esto último no es sorprendente, ya que el P. Jouët poseía la gracia de hacerse con amigos en todas partes.

Dejamos otra vez que el P. Piperon nos hable de cosas interesantes del P. Jouët, en Roma o en otras partes: "Llevó hasta el límite su espíritu de pobreza. Prácticamente le tenías que obligar a renovar su vestuario. Le hemos visto muchas veces pedir audiencias con gente importante, llevando sólo una sotana vieja e incluso rota. Encima de la sotana ponía un abrigo que estaba por el estilo. Un día teníamos una audiencia con el Papa. Cuando llegó la hora para ir al Vaticano, me fui a su cuarto y le encontré vestido como siempre.

"--¡Bueno!, le dije, es la hora de irnos y tú sin arreglar...

"--Estoy preparado.

"Cogió su abrigo, que estaba roto y su sombrero, amarillo de viejo.

"--Vámonos, dijo, no hay tiempo que perder...

"--Pero... ¿vas a ir así a la audiencia? Mira tu sotana... está toda rota.

"--Eso no es nada. De todas maneras lo taparé con el abrigo.

"--Pero si tu abrigo se cae a pedazos. Mira...

"Riéndose feliz, me dijo:

"--Ves, tú no entiendes. Fíjate ahora a ver si mi abrigo no vale.

"Cogió la parte rota en la mano y la cubrió con su sombrero desastroso.

"--¡Hale!, vámonos. Ahora ¿vale?, ¿no?

“Así nos fuimos. En el camino olvidó su lamentable apariencia y así fue presentado ante el Papa.

"Lo que aquel día hizo en Roma lo repetía en todas partes. A pesar de todo, era bien recibido donde fuera. Su facilidad de maneras, su circunspección y sobre todo su placentera sonrisa, su ingenuidad, su «savoir-fair”, encantaban a cualquiera que encontrase. En su presencia uno se olvidaba enseguida de la extraña pobreza de su vestido, de su apariencia externa, para advertir sólo sus prendas de mente y corazón.

“He aquí otro botón de muestra, tomado entre miles:

“Acababa de llegar de un largo viaje. Observé que traía unos zapatos prácticamente sin suela, lo que permitía entrar la humedad y el barro. Le reñí por ello.

"--¿Por qué no cambias los zapatos?, ¿quieres caer enfermo?

“-- Es que no tengo otros--me dijo con toda sencillez.

"--Y, claro, no has dicho nada sobre ello.

“- Pero... ¿qué tienen de malo estos zapatos? No necesito pedir otros.

“Sin ninguna otra formalidad, mandé al zapatero que le hiciera un nuevo par.

“Al día siguiente, el P. General decidió hacer un largo viaje y llevarse con él al P. Jouët. Habían de salir por la mañana. Olvidado del estado ruinoso de sus zapatos, el P. Jouët estaba dispuesto a partir. Así que le compramos un nuevo par. A su vuelta se encontró que disponía de dos pares, un par nuevo y los otros suyos antiguos arreglados. En seguida le vi que se me acercaba con los dos pares de zapatos en las manos.

“ Oye, han convertido mi habitación en una tienda de zapatos. ¿Qué hago con esto?

"--Guárdalos, que bien los necesitarás, viajando tanto.

"--No, no; que es contra la pobreza. Me sobra con un par. Da los otros a alguien que los necesite”.

El 25 de febrero de 1877, previendo la posibilidad de dificultades políticas en Francia, se reunió en Issoudun el Consejo General de los M.S.C. Se temía que los sacerdotes pudieran ser encarcelados. Para prever cualquier eventualidad de persecución, redactaron el documento que insertamos a continuación, el cual fue firmado por los padres Chevalier, Vandel y Guyot.

"Habiendo pedido la luz del Espíritu Santo, la ayuda del Sagrado Corazón de Jesús y la intercesión de Nuestra Señora del Sagrado Corazón y de San José, amigo del Sagrado Corazón, el Superior General expuso al Consejo que para prevenir los serios acontecimientos que podían ocurrir en Francia, la prudencia sugería oportunos medidas, que proveyeran a la seguridad de la Congregación y de sus miembros. La cura de almas, que le retiene como arcipreste de Issoudun hace imposible en la eventualidad de una persecución violenta, el trasladarse de allí a un lugar más seguro. Por lo tanto, ha quedado acordado que si la muerte o el encarcelamiento (quod Deus avertat) privara al Instituto de su venerable cabeza y no pudiera convocarse un Capítulo General conforme a las reglas, el gobierno general de la Congregación pasará inmediatamente, ipso facto, al P. Víctor Jouët, Procurador General de la Congregación, en calidad de Vicario General’’.

Es muy interesante este documento: muestra por un lado lo serio de las aprehensiones de los M.S.C. por la situación en Francia. Por otro lado hace surgir la pregunta: ¿Por qué el P. Jouët? La respuesta obvia es otra pregunta: ¿Por qué no? Había una sencilla razón: viviendo en Roma quedaba al margen de toda persecución en Francia. Otra razón la encontramos en las palabras del P. Piperon: "El P. Chevalier encontró en él (P. Jouët) un trabajador muy activo, con toda dedicación y al mismo tiempo el más útil para sus obras. A él le debemos los éxitos que alcanzaron. En mi humilde opinión, en la de todos nosotros, él era el hombre de la Divina Providencia, la mano derecha de nuestro venerado Fundador.’’

Nos encontramos muchas veces con el P. Víctor Jouët en el transcurso de esta historia.

Conclusión

Piperon, Vandel, Jouët... tales fueron los más fieles y constructivos colaboradores del P. Chevalier durante estos años vitales. También fueron sus amigos más antiguos en los que más confiaba. Hay un proverbio que dice: Muéstrame tus amigos y te diré quien eres. Habla muy alto en favor de Julio Chevalier el haber podido conseguir tales hombres y haber sabido conservar su amistad. Y, hablando de amistad, Maugenest tiene derecho a ser nombrado con los demás. Aunque tuvo de seguir un camino diferente, todos sabían y reconocían que cumplía con ello la voluntad de Dios. Permaneció unido a ellos con los lazos de una profunda amistad. Y todos ellos ofrecieron al P. Chevalier una vida entera de lealtad y cariño.

ulio Chevalier, un Hombre con una Misión (E. J. Cuskelly MSC)

4

Ametur ubique

1. CONSOLIDACIÓN

Son las personas, quienes constituyen una Sociedad y le dan su espíritu: hombres como Chevalier, Piperon, Vandel, Jouët y los demás. Estos hombres habían tomado como lema: "Amado sea en todas partes el Sagrado Corazón de Jesús » (Ametur ubique terrarum Cor Jesu Sacratissimum).

Sin embargo, antes de poder trabajar eficazmente "en todas partes", tenían que consolidar el propio frente doméstico. Y la consolidación del grupo MSC, iba estrechamente unida a la evolución en otros dos campos:

- la situación de los M.S.C. en Issoudun.

- la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Necesitamos considerar brevemente el desarrollo de estas dos obras:

a. Los MSC en Issoudun

Como se ha visto, cuando los Padres Chevalier y Maugenest comenzaron la tarea de fundar su grupo de misioneros, dejaron la parroquia de St. Cyr y establecieron su propio centro, conocido como El Sagrado Corazón. aunque no era parroquia, se convirtió en centro de devoción para muchos de los feligreses de Issoudun. Con el clero secular en St. Cyr y los misioneros en el Sagrado Corazón, existía la posibilidad de una cierta división en la parroquia. Podía argumentarse, que tanto el trabajo parroquial, como el apostolado de los misioneros se habrían remediado dando St. Cyr a los MSC; pero también tenía validez lo contrario: que los misioneros estarían más libres para entregarse a su apostolado, no estando atados a la cura de almas en la parroquia.

En 1861 se hizo lo que parecía el arreglo ideal. El P. Maugenest después de haberlo solicitado largo tiempo, volvió a Issoudun. Ahora se le nombraba párroco de St. Cyr. El P. Chevalier estaba encantando que se hubiera confiado la parroquia "a uno de los nuestros". Podría esperarse que Maugenest y Chevalier reanudarían la colaboración donde la habían dejado, y que seguirían laborando como cofundadores de la nueva Congregación. Pero durante siete años ambos hombres habían seguido caminos diferentes; no podían volver sobre sus pasos.

Los dos factores principales de trabajo en la vida de Maugenest habían sido la predicación - para la que estaba magníficamente dotado y su deseo de vida religiosa. Era, pues, una consecuencia muy lógica que se sintiera llamado a ingresar en la "Orden de Predicadores", los Dominicos. Parece seguro que el P. Vandel, como confesor suyo, le había aconsejado, que éste era su verdadero camino. El 31 de diciembre de 1871 dejó Issoudun para entrar en el noviciado de la Orden Dominicana. Pasaría el resto de su vida como dominico. Antes de dejar Issoudun, hizo donación de su biblioteca personal a la Comunidad MSC, y siguió en amistosa relación con los MSC hasta su muerte, en 1918. De vez en cuando volvía a Issoudun para predicar en St. Cyr o en el Sagrado Corazón, y en 1904 estuvo al lado de Chevalier para celebrar las Bodas de Oro de la Congregación MSC.

Es sumamente interesante resaltar que antes de ser nombrado párroco de St. Cyr, había requerido fuertemente al Rvdo. Crozat para que cediese su parroquia a favor de los MSC. Ahora, con su propia marcha hacia el noviciado de los dominicos, la parroquia de Issoudun se quedaba sin arcipreste; el camino quedaba expedito para lo que él mismo había propuesto.

Fue entonces cuando el Arzobispo propuso que los M.S.C. se hiciesen cargo de la parroquia. En las sesiones del Consejo General se discutieron los pros y los contras; y como el P. Chevalier aún dudaba, el Arzobispo insistió. Hizo notar que se aproximaban para Francia días difíciles, en los que un párroco aprobado por el gobierno, tendría una situación más estable que un religioso. En tal caso, decía, pudiera ocurrir muy bien que la parroquia de Issoudun sirviese como "tabla de salvación" para la joven congregación religiosa. Viendo la sensatez de su razonamiento, y agradecido por el interés del Arzobispo por el bienestar del Instituto MSC, el P. Chevalier aceptó y fue nombrado Arcipreste de St. Cyr, Issoudun, en marzo de 1872. Había intentado con todas sus fuerzas que el P. Piperon aceptara la proposición, pero Piperon rehusó. Y siguió negándose, diciendo que no podía aceptarlo en conciencia, por la sencilla razón de que no estaba hecho para la responsabilidad. El P. Chevalier, sin embargo, le nombró vicario suyo, y Piperon se hizo cargo de gran parte del trabajo pastoral en al parroquia.

Entretanto, "El Sagrado Corazón", iba siendo muy conocido por toda Francia. Cuando la iglesia fue erigida en basílica menor en 1874, esta acción por parte del Papa fue como una ratificación final de aprobación y distinción. Gracias al entusiasmo y espíritu emprendedor el P. Jouët, Issoudun se convirtió rápidamente en centro de peregrinación. Ya habían tenido lugar la peregrinación nacional de 17 de octubre de 1872, y la Peregrinación Católica del 8 de septiembre de 1873, con 30.000 peregrinos y muchos obispos y sacerdotes, incluso del extranjero. La peregrinación del 8 de septiembre se convertiría en el más importante acontecimiento anual de Issoudun, y lo sigue siendo hoy día.

b. Nuestra Señora del Sagrado Corazón

Estas peregrinaciones eran, en su mayor parte, en honor de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Como ya se dijo, el crecimiento de la Congregación MSC estaba ligado, en buena parte, a la expansión de la nueva devoción. Era obvio, por consiguiente, que todo lo que afectase a la devoción, favorable o desfavorablemente, tendría repercusiones parecidas en la nueva Congregación. Y si a veces nosotros, que miramos hacia el pasado con diferente mentalidad y desde un punto de vista lejano, advertimos que existieron ciertas rivalidades ridículas, recordemos que ya entonces, la devoción y su conexión con Issoudun y los M.S.C., eran consideradas como lo más importante, hasta para él, propio crecimiento de la Congregación. Si la devoción era sospechosa, lo eran también los M.S.C. Si la devoción, su difusión y sus Asociaciones, pasaban a manos de otras congregaciones, la joven comunidad M.S.C. perdía uno de sus trabajos importantes y una de sus razones de su existencia. La coronación canónica de la estatua de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, el 8 de septiembre de 1869, fue uno de los momentos culminantes de aquella primera época. Por aquellos días era ésta una solemne ceremonia, sobre todo si se desarrollaba con la delegación especial del Papa; equivalía a estampar solemnemente un sello como garantía del valor de la devoción, mediante la aprobación del Papa en persona. Aquel 8 de septiembre, el Arzobispo de Bourges había sido delegado por el Papa para llevar a cabo la ceremonia de la solemne coronación de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Había miles de peregrinos. Estaban presentes quince obispos; las ceremonias se desarrollaron con pompa y esplendor.

Pero justo en aquellos momentos tenía su comienzo el problema con el que tendría que habérselas el P. Chevalier por algún tiempo: objeciones del Santo Oficio o, por lo menos, la petición de una aclaración. Aunque la cadena histórica de los hechos es un tanto complicada, los factores principales son bien sencillos. Eran días en que abundaban las exageraciones piadosas en oraciones, predicaciones, himnos y escritos espirituales. Eran también días en que el Santo Oficio se mantenía ojo avizor sobre las posibles aberraciones doctrinales. Y cuando la vigilante mirada de la ortodoxia tropieza con exageraciones piadosas, los conflictos y malentendidos son una consecuencia irremediable. Esto es, exactamente, lo que ocurrió con la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, que daba, al menos en su expresión popular, cierto énfasis al poder maternal intercesor de María. Teológicamente no presenta problemas; pero las exageraciones piadosas los provocaron. Expresiones como "Reina del Sagrado Corazón", "Soberana del Sagrado Corazón", "Soberana Dueña del Sagrado Corazón" suscitaron recelos. Y cuando surgen sospechas, éstas son difíciles de contener; más bien, se extienden. Hemos visto la absoluta sencillez de la idea del P. Chevalier al situar juntas las estatuas de Jesús y de María, con el niño, de pie, delante de su Madre. Pero una vez descendió la nube de la sospecha, hasta la estatua parecía ominosa: ¿es que no se estaba presentando una Virgen grandiosa, sobreponiéndose a un Cristo pequeño?

Mientras tenían lugar las fiestas externas de la Coronación de la estatua de Nuestra Señora del Sagrado Corazón -8 de septiembre de 1869- el P. Chevalier se hallaba en plena agitación interna. Aquella misma mañana había recibido un "Haga el favor de aclarar" del Santo Oficio. El Arzobispo le había informado, que había recibido en el correo de la mañana una petición de enviar al Santo Oficio, una relación completa de todo cuanto se había escrito sobre la nueva devoción. Esto y otros problemas que surgieron más tarde, fueron momentos de preocupación para el P. Chevalier, ya que, como hemos indicado, la condenación de la devoción tenía todas las probabilidades de ser un golpe fatal para la nueva Congregación.

La devoción no fue jamás condenada, afortunadamente; pero el P. Chevalier y otros miembros de la Congregación tuvieron que emplear mucho tiempo, durante varios años, aquietando las sospechas de Roma, o las sospechas transmitidas a Roma por otros. Tuvieron también que observar instrucciones detalladas sobre las fórmulas que no podían usarse al hablar o escribir sobre la devoción. Tuvieron que seguir normas sobre las imágenes de Nuestra Señora. Todo ello provocó molestias innegables y acarreó a los primeros M.S.C. mucha incertidumbre y aprensión; pero no es necesario que nos extendamos aquí en los detalles.1

En estos años, desde que se estableció en Issoudun la Cofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, las Asociaciones de Nuestra Señora habían aparecido por diversos sitios. Varias de ellas estaban en Italia: en Osimo, Anagni, Bolonia, Florencia, etc. En 1872 se erigió una Cofradía en Roma; el P. Chevalier había dado su apoyo a la petición de dicha institución. Pero cuando se estableció la Cofradía, la imagen era distinta de la de Issoudun y estaba siendo dirigida con independencia de la de Issoudun. El P. Chevalier estaba preocupado por ello y envió a Roma al P. Jouët para examinar el asunto. Como se ha mencionado anteriormente, y debido a las circunstancias de aquellos tiempos, les parecía especialmente importante a los M.S.C., que todas las Cofradías de Nuestra Señora del Sagrado Corazón estuvieran vinculadas a ellos y relacionadas con Issoudun. No querían dos Cofradías distintas y separadas. La Cofradía romana se convirtió en Archicofradía en 1873. Hubo entonces un período de polémicas y rivalidades y de mucha acción diplomática por parte del P. Jouët, en Roma. Todo concluyó en 1879, al promulgarse un decreto de unión y encomendando a los Misioneros del Sagrado Corazón la Archicofradía universal de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, con su sede en Roma.

Esto resultó más fácil por la adquisición, en pleno centro de Roma, en la Plaza Navona, de una iglesia que se convirtió en la Iglesia de Nuestro Señora del Sagrado Corazón. Era un viejo templo conocido por "Santiago de los Españoles", en mal estado de conservación. El Gobierno Español de Madrid, no tenía ya interés en conservarlo para uso de los católicos españoles en Roma, y quería venderlo. El Ayuntamiento de Roma pensaba comprarlo para usos profanos. También pensó adquirirlo un grupo de protestantes para tener una iglesia protestante en el corazón de Roma. El recién elegido León XIII no favorecía ni la finalidad profana, ni el proyecto protestante; al oír que los M.S.C. buscaban un lugar en Roma, les instó a que salvaran este edificio para la Iglesia Católica. De este modo los M.S.C. se hallaban doblemente presionados: por un lado su propio deseo de establecer en Roma un santuario de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, que fuera el centro de la Archicofradía universal, y por el otro el Santo Padre, que les urgía a adquirir esta propiedad. Incluso ofreció prestarles 100.000 francos.

Los M.S.C. compraron el templo el 13 de julio de 1878, con la ayuda del préstamo papal. Tras ser restaurado, fue abierto el 23 de mayo de 1879, en que fue consagrado a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Al tiempo que se restauraba la iglesia, se construyó una planta superior para residencia de la comunidad M.S.C. en Roma.

c. La Congregación M.S.C.

El P. Chevalier había realizado su primera visita a Roma en 1860. Allí habló con Pío IX del nuevo grupo de misioneros del Sagrado Corazón que había iniciado en Issoudun. El Papa le dijo: "--incremente y multiplique; y predique la devoción al Sagrado Corazón por todas partes. Espero que, antes de morir, tendré la oportunidad de dar la aprobación canónica a su Congregación".

Esa oportunidad se presentó en 1869. El P. Chevalier había trabajado durante años en redactar una Regla, o Constituciones, para su Congregación Religiosa. A este fin consultó a muchos sacerdotes y fue ayudado por los jesuitas, en especial el P. Ramière. En 1868 tenía listas esas "constituciones" bajo el titulo de "Fórmula Instituti". Al presentarlas en Roma para su aprobación tenía que ofrecer también una exposición del estado de la Congregación: el número de miembros y las posesiones materiales, como también cartas testimoniales de Obispos. Cuando envió su petición -fechada en 25 de diciembre de 1868- a Roma para la aprobación, la acompañaba con cartas testimoniales de veintiocho obispos, a las que seguirían algunas más. En febrero de 1869 fue recibido por el Papa, después de entregar su documentación a la Sagrada Congregación de Obispos y Religiosos. Esta Congregación dio su "Decretum Laudis" - Decreto de Alabanza - a la Congregación M.S.C., el 8 de marzo. Las Constituciones fueron posteriormente aprobadas para un periodo de experimentación. En consecuencia, la Congregación de los Misioneros del Sagrado Corazón era ya una congregación religiosa de "Derecho Pontificio". Jurídicamente, por tanto, ya no estaban sometidos al Arzobispo de Bourges, sino sujetos directamente, a la Santa Sede. Aunque el P. Chevalier había presentado su plan para la congregación con las tres ramas, la respuesta se refería sólo a la congregación religiosa estrictamente dicha. Los votos se subrayaban como esenciales.

Más tarde, se convino que hacia el final de aquel mismo año, todos los miembros de la comunidad M.S.C. que pudieran, se reunirían para hacer un retiro; lo hicieron en septiembre, en Issoudun, bajo la dirección del P. Ramière, 5. J. Al final del retiro, el 26 de septiembre, eli­gieron Superior General y Asistentes. Hicieron también su profesión perpetua pública. Algunos de los que no pudieron estar presentes, participaron en la elección con voto por correo. El P. Chevalier fue elegido Superior General, con el P. Piperon como Asistente primero. Los otros Asistentes fueron los PP. Vandel, Bazire y Guyot.

Como hemos indicado, el "Decreto de Alabanza" tenía un carácter provisional; en él se señalaba que, después de un tiempo de experimentación y tras un mayor estudio de las Constituciones, se daría la aprobación definitiva a la nueva Congregación. Esta aprobación definitiva llegó de Roma el 20 de junio de 1874

Pero para que crezca una nueva congregación, naturalmente, se necesitaba recibir nuevos candidatos y formarlos bien. La Congregación M.S.C. ya había establecido su seminario menor, o "escuela apostólica", en Chezal-Benoît. Este fue el gran trabajo del P. Vandel. Aunque tuvo que cerrar sus puertas durante la guerra franco-prusiana (1870-1871), se reabrió poco después. Entre los estudiantes de la posguerra (1872-1874), había nombres que reaparecían en la historia posterior de la Congregación:

Enrique Verius, F. X. Klotz, Emilio Merg, F. Barral y E. Meyer, de Francia, aunque había también otros que le daban un carácter internacional. Estaban Fuera, de España, Ilge, de Alemania, y Peeters, de Holanda. Hubo aún otros, un italiano y dos irlandeses, cuyas carreras como M.S.C. fueron muy breves. La Escuela Apostólica seria, en Francia y fuera de Francia, fuente de vocaciones durante más de un siglo.

Después de la Escuela Apostólica los jóvenes aspirantes deberían hacer un año de noviciado. Antes de obtener el "Decretum Laudis", sobre todo habida cuenta que la mayoría de los que se agregaron eran ya sacerdotes, se había considerado suficiente un año de probación, generalmente en Issoudun. Pero ahora era preciso hacer las cosas más sistemáticamente y montar un noviciado regular bajo la dirección de un maestro de novicios. El primer noviciado se erigió en Montluçon, siendo el primer maestro de novicios Oficial el P. Guyot, que era el pastor de aquella parroquia. Parece que el P. Guyot estuvo siempre bastante más interesado en el ministerio pa­rroquial que en el cargo de Maestro. Se le dio, desde los mismos comienzos, un "Socio", que hizo, prácticamente, la totalidad del trabajo de adiestrar a los novicios en los principios y la práctica de la vida religiosa. El primero de ellos fue el P. Remigio Ledoux. El Noviciado fue bendecido en agosto de 1969 y se abrió el 12 de septiembre. Se suspendió por la guerra y se reanudó en 1871. Esta vez le tocó al P. Miniot ser Socio. En el verano de 1873 fue trasladado el noviciado a St. Gérand-le-Puy. Un tercer Socio fue nombrado en 1875: el P. Ramot. Luego fue nombrado sucesor del P. Guyot como Maestro de Novicios, pero no sólo de nombre, sino de hecho.

Al final del Noviciado, los jóvenes hacían su profesión religiosa. Los que pensaban seguir hacia el presbiterado debían hacer sus estudios filosóficos y teológicos. Las primeras disposiciones tomadas, en orden a los estudios de los seis jóvenes, que profesaron en otoño de 1874, fueron bastante improvisadas. Tres de ellos, Grom, Lanctin y Berthon, fueron a Chezal-Benoît, donde trabajaron como profesores y vigilantes, asistiendo ellos, a su vez a algunas clases, dadas por los PP. Marie y Captier. Los tres restantes, Barral, Postal y De Mondion, fueron hospedados provisionalmente en Issoudun, donde les dieron clase algunos sacerdotes de la comunidad. Poco a poco, se organizó en Issoudun un escolasticado con un equipo de profesores y un régimen especial. Hacia 1879 funcionaba ya bastante bien.

Simultáneamente se enviaban algunos escolares a Roma. Sabemos que el gobierno M.S.C. estaba preocupado por la Cofradía de Nuestra Señora del Sagrado Cora­zón. Asentada allí, el Consejo General estimó que los intereses de la Congregación estarían mejor servidos teniendo, de una manera permanente, algunos de sus miembros en Roma; más aún, cuando por aquellas fechas, el Santo Oficio estaba teniendo -y causando- nuevas preocupaciones sobre la ortodoxia de la devoción, surgidas esta vez por algunas exageraciones en Polonia. El P. Jouët fue enviado a Roma para tratar de despejar los problemas sobre Nuestra Señora del Sagrado Corazón y para sondear, a la vez, las posibilidades de enviar allí algunos estudiantes. Tras un primer contacto con el Seminario Francés, pareció más aconsejable enviar a los estudiantes al Colegio de Propaganda Fide, puesto que muchos de ellos serían el día de mañana misioneros en el extranjero. En agosto de 1875 el Consejo General decidió establecer en Roma una comunidad, que incluía cinco estudiantes. Estos llegaron allí en diciembre de aquel año.

Con todo, el P. Jouët no había encontrado hasta el momento una residencia disponible, apropiada para la fundación. Ofreció al P. Chevalier una solución, que éste admitió temporalmente: aceptar la hospitalidad que ofrecía el P. Régis, Procurador General de los Trapenses. Escribía el P. Jouët: "El P. Régis nos ofrece gustosamente la hospitalidad de su Procura, que está entre San Juan y el Coliseo, cerca de San Clemente. Vive allí con su secretario, un hermano y un obispo retirado. Tiene dos capillas y nos cedería el uso de una de ellas. Hay un enorme dormitorio en el que podríamos ocupar las celdas que necesitásemos; tendríamos suficiente sitio en el comedor; el hermano que cocina para ellos, lo haría también para nosotros. Tendríamos un salón grande y caliente, que quedaría reservado para nuestras actividades. - Pero como las camas de los Trapenses son un poco duras, necesitaríamos comprar otras. - El P. Régis nos aprecia, conoce totalmente nuestra historia y también nuestra devoción y su imagen, y ha colocado nuestra estatua en San Pablo, Tre Fontane..."

Los PP. Chevalier y Jouët encontraron más fácil ponerse de acuerdo sobre la casa que sobre el superior de la comunidad. El P. Chevalier había propuesto al P. Ariëns, el primer M.S.C. holandés. El P. Jouët se oponía a la elección; quería que fuesen el P. Ramot o el P. Miniot. El P. Chevalier no creía apropiado al P. Miniot, "con sus ideas de una comunidad como no existen en sitio alguno "; el P. Guyot quería que el P. Ramot le sucediera como Maestro de Novicios.

Por fin, se encontró otra solución: el P. Jouët, continuando como Asistente General, sería nombrado superior de la casa de Roma y Procurador "por el momento" (momento que duraría diecisiete años). El P. Miniot iba a ser enviado como segundo de a bordo y se cuidaría de los escolares. Esta solución fue un gran alivio para el P. Jouët, ya que había recibido del P. Chevalier ciertas instrucciones que encontraba difíciles de realizar: "Se encargará Vd. mismo de llevar a los estudiantes al Seminario de Propaganda y de traerlos a casa. Puede pedir al Superior un cuartito donde trabajar, mientras ellos están en clase...” ¡Eso sí que no! Víctor Jouët no era hombre para estar todo el día sentado e inmóvil, haciendo de niñera para cinco escolares. Por tal razón, estuvo la mar de contento al recibir al P. Miniot, cuando llegó, el 8 de abril de 1876.

Más tarde, cuando hubieron adquirido su nueva residencia en la plaza Navona, los M.S.C. trasladaron la comunidad, escolares y Cofradía a esta única casa central. Más tarde se convirtió en escuela apostólica y escolasticado, para los estudiantes italianos de la Congregación.

1879 fue el año de las Bodas de Plata de la Congregación M.S.C. Fue también el año del primer Capítulo General, que será mencionado de nuevo más tarde. La Congregación M.S.C. había conseguido cierto carácter y cierta estabilidad. Tenía casas fuera de Francia, en Roma y en Watertown (USA). Puede ser interesante dar los nombres de los miembros de la Congregación por aquel tiempo.

SACERDOTES

Issoudun (S. Cyr) desde 1872

Año de

Nombre nacimiento Profesión Presbiterado

Chevalier 1824 1856/69 1851

Piperon 1828 1864/69 1854

Hamel 1828 1864 1860

Hériault 1851 1872 1877

Vatan 1853 1877 1878

Issoudun (S. C.) desde 1855

Morisseau (sup.) 1829 1873 1854

Marie (Thorey) 1836 1871

Cramaille 1843 1871 1875

Postal 1855 1874 1878

Papin 1856 1879

Bátard 1847 1871 1873

Baltzer 1820 1877 1878

Lavialle 1840 1873 1854

Chezal-Benoît desde 1867

Lanctin (sup.) 1855 1874 1878

Maillard 1851 1875 1878

Berthon 1855 1874 1878

Barral P. 1855 1874 1879

Roma desde 1875

Jouët 1839 1865/72 1862

Miniot 1830 1868/69 1854

Casas 1851 1877 1878

Año de

Nombre nacimiento Profesión Presbiterado

St. Gérand-le-Puy desde 1873

Guyot 1827 1865/69 1850

Ramot 1846 1874 1870

Arles desde 1878

Deidier 1836 1878 1859

Albert 1831 1869 1866

Chappel 1817 1870 ?

Navarre 1836 1878 1872

Watertown desde 1876

Durin 1836 1865/71 1859

Ariëns 1817 1875 1845

Grom, Ignacio 1855 1874 1878

ESCOLARES

Año de

Nombre nacimiento Profesión Residencia

Grom, Benjamín 1857 1875 Watertown

Bizeuil 1856 1875 Issoudun

Carriére 1857 1875 Roma

Thomas 1854 1876 Issoudun

Letonnelier 1846 1876 Issoudun

Giraux 1854 1876 St. Gérand

Klotz 1858 1877 Roma

Hartzer, Fernando 1858 1877 Issoudun

Tréand 1856 1877 Issoudun

Thev'enot 1857 1877 Watertown

Van den Bosch 1858 1877 Issoudun

Brunet 1845 1877 Chezal-Benoit

Ceyssat 1854 1877 Issoudun

Legros 1853 1878 Issoudun

Venus 1860 1878 Issoudun

Peeters H. 1860 1878 Issoudun

Merg. E. 1860 1878 Issoudun

Fora 1859 1878 Roma

Meyer 1861 1878 Roma

Védére 1859 1878 Roma

Ilge 1860 1878 Issoudun

Hartzer, Leopoldo 1860 1878 Arles

Chétail 1859 1878 Chezal-Benoit

Vandel, Julio 1860 1878 Roma

Sahut 1854 1878 Chezal-Benoit

Véron 1849 1878 Chezal-Benoit

O'Mahony, Cornelio 1859 1878 Chezal-Benoit

Neenan, Guillermo 1862 1878 Chezal-Benoit

Roux 1855 1878 Issoudun

HERMANOS

Barbier 1814 1872/79 Issoudun

Delimoges 1858 1875 Issoudun

Bono, Carlos 1831 1876 Watertown

Romain, Alejandro 1852 1876 Chezal-Benoit

Fromm, M. 1860 1878 Roma

La Congregación entera contaba, en septiembre de 1879, con 29 presbíteros, 29 escolares y 5 hermanos, que arrojaban un total de 63 miembros profesos.

Ya habían fallecido cuatro sacerdotes -Sauret, Juan María Vandel, J. M. Neenan y Georgelin- y dos escolares -Jorge Meyer y Estanislao Lecorre.

Julio Chevalier, un Hombre con una Misión (E. J. Cuskelly MSC)

d. ¿Por qué Watertown?

Watertown no es una de las ciudades realmente famosas de los Estados Unidos, como Nueva York, Chicago o Los Ángeles. La verdad es que habrá más de un americano, que no tenga ni idea de dónde está. Y, con todo, es el lugar de la primera fundación M.S.C. fuera de Europa - y vale la pena visitarla -. Es lógico que alguien se pregunte por qué escogimos Watertown y cuáles fueron los hechos históricos que condujeron a la Congrega­ción M.S.C. a empezar allí su primera fundación en el Nuevo Mundo.

Un inicio de respuesta a tales preguntas se basa en la rápida propagación de la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón por Canadá y los Estados Unidos. El conocimiento de la devoción les condujo al conocimiento de su origen: Issoudun y la Comunidad M.S.C. En 1864, Mons. Charbonnel, el primer obispo de Toronto y a la sazón predicador de sermones y retiros, llegó a Issoudun, donde se le pidió que predicase un sermón especial sobre Nuestra Señora del Sagrado Corazón. A partir de entonces predicó sobre el mismo tema fuera de Issoudun, y siguió visitando con frecuencia a la comunidad M.S.C., a la que habló mucho sobre Canadá suscitando, sin duda, un vivo interés por aquella parte del mundo. Sabemos que en 1870 se estaban haciendo tentativas, de acuerdo con el Obispo de Ottawa, para enviar tres "misioneros a su diócesis. Antes de poder llegar al acuerdo final se produjo la guerra franco-prusiana. Después de la guerra se recibió una solicitud del Arzobispo Lynch, de Toronto, para que le enviaran personal. La petición iba apoyada por un tal Mr. L. Gibra, que parece había sido un antiguo seminarista condiscípulo de los P. P. Chevalier y Piperon. Este señor fue bastante exuberante en sus promesas, acerca de lo bien que serviría Toronto como trampolín para las obras de la Congregación M.S.C. en el Nuevo Mundo.

En 1873 el Consejo General decidió enviar alguien a Toronto, para ver de cerca las posibilidades reales y cuáles eran las esperanzas de expansión hacia el futuro. El P. Chappel, sacerdote de cincuenta y cinco años, con muy poco conocimiento del inglés, salió hacia Toronto el 21 de julio de 1873; le acompañaba el Hno. Enrique Dechátre. Debido a su escaso conocimiento de la lengua, no se expresaba claro sobre el tipo de trabajo permanente que podría desarrollar, y el Arzobispo parecía también compartir tal incertidumbre. Incluso la misma visita del Arzobispo Lynch a Issoudun, camino de Roma y en su viaje de regreso, no aclaró la situación gran cosa. Chappel, cada vez más impaciente, se fue a Montreal y envió al Hno. Enrique de regreso a Francia. En Montreal trabajó durante algún tiempo como vicario en una parroquia.

A finales de 1875, el Obispo de Ogdensburg, en los Estados Unidos, pidió ayuda al Arzobispo de Montreal. ¿ Conocía algún grupo de sacerdotes francoparlantes que pudieran cuidarse de los católicos franco-canadienses en Watertown? El nombre del P. Chappel fue sugerido in­mediatamente, y así fue que hacia los últimos días de 1875 estaba ya en Watertown. Desde allí escribió al P. Chevalier sobre las posibilidades concretas de establecer un centro para los M.S.C. y sus actividades en Watertown, Estado de Nueva York.

El Consejo General aceptó su recomendación y el 20 de abril de 1876 se celebró una "despedida de misioneros" en Issoudun, para el primer grupo de M.S.C. que iban a marchar como "misioneros" hacia el Nuevo Mundo. El P. Durin, nombrado superior de la nueva fundación, y dos escolares, Benjamín Grom y J. B. Métayer, salieron para Watertown. Hay, además, un par de hechos que deben mencionarse, puesto que enlazan con otros puntos de este relato. Watertown tiene unos cuantos "pri­meros" en su haber. Fue la primera casa M.S.C. fuera de Europa. Su primer superior, el P. Durin, llegaría a ser, en 1881, superior del primer grupo de misioneros M.S.C. en Oceanía; le sucedió en Watertown el P. Ramot. A la comunidad de Watertown fueron también destinados el primer M.S.C. holandés, P. T. Ariëns, y el primer sacerdote irlandés M.S.C., P. J. M. Neenan. El primero dejaría pronto la Congregación. El segundo, a los pocos meses de llegar, fue el primer M.S.C. que murió en América.

2. EXPULSIÓN Y EXPANSIÓN

El año 1879 la comunidad M.S.C. llevaba veinticinco años de existencia. Y en 1879 subieron al poder los Re­publicanos en Francia; lo que significaba dificultades para la Iglesia. "La ofensiva contra el «clericalismo» se desató en dos ocasiones diferentes -1879/1886 y 1898/ 1907- con tan ciega furia, que los católicos tuvieron la impresión de que era un esfuerzo de descristianización, inspirado por el espíritu de la Revolución".

1879-1886 es el periodo que vamos ahora a considerar, y 1898-1907 fueron los últimos años en la vida del P. Chevalier.

Puesto que la Congregación M.S.C. se vio seriamente afectada por estos ataques contra la Iglesia, creo que deberíamos dar una visión condensada de lo que fue todo este asunto. En 1879 las relaciones entre la Iglesia y los republicanos no eran cordiales en modo alguno, "tanto por culpa de los creyentes, como de sus adversarios. Ante todo, los enemigos tenían entre sus hombres más poderosos -como Julio Ferry, Ministro de Instrucción Pública- hombres de tendencia secularizante, en el sentido de que intentaban aniquilar la religión. Ferry, en concreto, había declarado que su objeto era "organizar la Humanidad sin Dios". Muchos de estos hombres eran francmasones, y la francmasonería era, en aquella época, atea y reciamente opuesta a la Iglesia. Consecuentemente, el "anticlericalismo" de muchos de estos hombres era algo profundo y letal. No era pura oposición a la excesiva interferencia, por parte de los obispos y sacerdotes: era una hostilidad real, hacia la Iglesia, en cuanto religión. Era aquel "espíritu laico que rechaza en la teoría y en la práctica la fe y cuanto de ella procede". Atacaban por con­siguiente, las organizaciones que instruían en la fe, viendo en ellas la influencia más poderosa en contra suya. Atacaban a los institutos religiosos, con preferencia a los jesuitas, y a todo lo que era recluta para el estado clerical.

La culpa era "también de los creyentes". Con su temor y oposición a estas "tendencias laicas", los católicos eran incapaces de apreciar, que en el movimiento republicano había muchas cosas inevitables, y otras muchas positivamente buenas. Los gobiernos del Estado tenían que llegar a su mayoría de edad, sin interferencia por parte de la Iglesia; las clases humildes no tenían la menor esperanza de justicia social, a no ser con un nuevo régimen político. Errando en la apreciación de estos hechos, muchos católicos, y la mayoría de los obispos, cerraron filas con el partido monárquico. Raros eran los obispos que advertían que "es disparatado uncir la religión a un partido político" (Mont. Guibert) o que declarasen, como Mons. Besson, que "no somos hombres de un partido, somos ministros de Jesucristo". La mayor parte de los católicos eran agresivamente monárquicos, llegando incluso a boicotear a los republicanos, denunciándolos a las autoridades por cantar la Marsellesa y con otros pequeños detalles de persecución mezquina.

Era inevitable que si los republicanos accedían al poder, la Iglesia habría de recoger las consecuencias de la reacción. Y así sucedió. Los republicanos llegaron al poder en 1879 y Julio Ferry se dispuso a organizar su "Humanidad sin Dios". Como ministro de Instrucción Pública podía, e hizo promulgar leyes, que atacaban de lleno a las órdenes de enseñanza y a la recluta para el clero. Tales leyes obligaron a los M.S.C., lo mismo que a otras congregaciones, a llevar a sus estudiantes al extranjero, si querían seguir formándoles para el sacerdocio y la vida religiosa.

El 5 de noviembre de 1880 - Primer Viernes, por añadidura - el P. Chevalier "vio, en un solo día, a todos sus religiosos expulsados de sus casas en Francia por la Policía y las fuerzas armadas; se colocaron innobles sellos en las puertas de la Basílica de Issoudun y de las otras capillas de nuestras casas...”. Las puertas de la Basílica fueron cerradas y selladas, impidiendo todo acceso. En la preciosa capilla de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, las lámparas votivas quedaron inatendidas; las llamas parpadearon y murieron. No hubiera resultado extraño, en una situación así, que se hubiera tambaleado la fe del mismo P. Chevalier, o que hubiera renunciado a cualquier esperanza para el porvenir. Muchas órdenes religiosas que tenían entonces provincias en Francia, no tienen hoy ninguna. Los M.S.C. pudieron mantener una casa abierta en Francia: 4a de la parroquia de Issoudun, que fue respetada por no aparecer tan manifiestamente como casa "religiosa". Los expulsados dependían de Francia en su crítica situación económica. Apenas tenían un pie a tierra en España; en cuanto a Watertown, era una casa pequeña y muy lejana. Roma, con los estudiantes, era más una casa para mantener que para ayudar al resto de la Congregación. El P. Chevalier había comenzado su empresa con un compañero; ahora tenía alrededor de sesenta. Empezó con un pajar que había convertido en una hermosa basílica; ahora se la habían arrebatado. Pero lo que no pudieron arrebatarle fue el ánimo y la resolución que eran cualidades tan singulares de su carácter; tampoco pudieron privarle de la entrega y la lealtad de un Piperon, un Jouët y la mayor parte de los hombres que se le habían unido. En realidad, ya había entrevisto la posibilidad de estos desgraciados sucesos; lo había previsto, y en la medida en que se lo permitían sus escasos recursos, había hecho sus planes para tal eventualidad. Si tuvo dudas, nadie lo supo jamás. Habían empezado con un pajar; si era necesario, él y sus compañeros lo volverían a hacer de nuevo, veintiséis anos mas tarde.

Si miramos hacia adelante, al cabo de dos años justos, y a la distancia de unos pocos cientos de kilómetros al norte, encontraremos a los M.S.C. de nuevo en plena actividad... ¡en una fábrica, esta vez! Habían comprado en Tilburg, Holanda, una vieja fábrica de confecciones y la habían convertido en una fábrica de producir M.S.C. En los años sucesivos y con mejor emplazamiento, seguiría produciendo casi exclusivamente, M.S.C. holandeses, para la provincia que se convertiría en la mayor de la Congregación, digna de elogio por su contribución a la Iglesia local y por sus logros misioneros. Por aquellos días, en cambio, tenía también M.S.C. franceses, alemanes, suizos, irlandeses y belgas. Con todo lo grande que era la fábrica, pronto se halló rebosando de novicios, muchachos de la Escuela Apostólica, escolares y aspirantes a hermanos; y con una oficina para los Anales holandeses de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. También estaban, por supuesto, los sacerdotes necesarios para llevar adelante todas esas actividades. Y al frente de esta activa y complicada empresa, como responsable de todas sus diferentes secciones, se hallaba... "el hombre que, sencillamente, no estaba hecho para responsabilidades", ¡Carlos Piperon!

Si retrocedemos un par de años, encontraremos al P. Chevalier escribiendo al arzobispo de Bourges en febrero de 1876: "Las últimas elecciones deben ponernos muy en guardia a los religiosos... Humanamente hablando, nos hallaremos indefensos dentro de más o menos tiempo. Permítame exponer a Su Excia. las medidas de prudencia que las circunstancias parecen aconsejar... Previendo la posibilidad de que no se nos permita seguir en Francia con la Escuela Apostólica, Noviciado y Escolasticado, pienso que deberíamos trasladar, durante los años críticos dichas obras a Inglaterra, Bélgica u Holanda, donde tenemos muchos asociados y algunos buenos bienhechores. Voy a mandar con tal propósito al P. Durin - hombre de orden, virtud e inteligencia - antes de que salga para América, a visitar estos diferentes países, para que nos asegure un refugio, caso de que lo necesitemos "

Tras los funestos sucesos del 5 de noviembre de 1880, el P. Chevalier llevó a cabo sus proyectos. En cuanto a los escolares, la solución inmediata era relativamente fácil; se fueron a Roma, donde fueron bien acogidos por los estudiantes M.S.C. que ya estaban allí. En Issoudun, varias familias se habían ofrecido a alojar a los sacerdotes, que el P. Chevalier quería que le hicieran compañía durante aquel tiempo. Los muchachos de la Escuela Apostólica de Chezal-Benoît fueron trasladados a Issoudun y divididos en grupos pequeños. Habían preparado dormitorios para ellos en puntos diferentes de la villa, y durante el día seguían con sus clases en otros lugares.

"Nuestros padres esperaban que les sacarían de sus celdas el viernes, 5 de noviembre; y eso es lo que sucedió exactamente. El Sagrado Corazón permitió que sus misioneros fuesen expulsados el día que le estaba consagrado. Todos notaron la coincidencia y se sentían felices de sufrir algo por el Sagrado Corazón..."

"Por la mañana temprano, cuando los chicos estaban en la cripta..., en la meditación, llegó el P. Chevalier a avisarles que se retirasen a la sala de estudio del externado. La policía estaba ya llamando a la puerta principal de la casa... Mientras los padres eran desalojados, los escolares de Issoudun y Chezal, vestidos de paisano, se sentaban junto a nosotros en el estudio como si pertenecieran a nuestro grupo... La policía pasó varias veces por delante de nuestra puerta, sin detenerse... La Basílica fue cerrada, sellando todas sus puertas, pero nadie cayó en la cuenta de la cripta! El P. Chevalier había

tomado la precaución de situarse delante de la escalera que conducía a la cripta, tapando así la entrada... Estaba tranquilo, como de costumbre, incluso sonriente..."

"Los padres fueron a encontrar refugio en la ciudad. Con los chicos, sólo se quedaron el P. Laviale y los otros que habían estado en Chezal. Con todo, la existencia de la Escuela Apostólica no era desconocida en Issoudun. Las autoridades podían haber causado disgustos; por lo cual se decidió que fuéramos considerados como externos. En consecuencia, tuvimos que pensar en desalojar la casa del Sagrado Corazón e ir a comer y dormir en la ciudad. Aquella tarde del viernes dormimos por última vez en el Sagrado Corazón". "Sábado, 6 de noviembre de 1880. Se empleó la mañana entera llevando camas a tres casas diferentes, en la ciudad: señora Du Quesne, que había puesto a nuestra disposición una casa entera; familia Des Meloizes; y la señora de Verneuil, a quien el buen P. Vandel llamaba siempre «la abuela de la Escuela Apostólica». También otras familias habían ofrecido sus casas, pero nos limitamos a estas tres familias para que los muchachos no estuviesen demasiados diseminados...".

"En cuanto a las comidas, las Hermanas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón nos cedieron parte de su casa...

De este modo los chicos de la Escuela Apostólica pudieron continuar en Issoudun. Los novicios y los estudiantes no pudieron quedarse en Francia. Tenían que marcharse; pero su marcha no tenía sentido a menos que algunos sacerdotes les acompañasen, para continuar la formación M.S.C. en otra parte.

Mientras sus hermanos "tomaban el camino hacia el exilio", el P. Chevalier se quedaba atrás, en Issoudun, trabajando y orando para que, a pesar de tan rudo golpe, se salvase la joven congregación. "Fui a echarme a menudo a los pies de Nuestro Señor - escribía -, y le dije: Mi divino Salvador, soy yo, sólo yo, por mis pecados, la causa de este trastorno. Golpéame; yo lo merezco, pero ten compasión de mis hermanos y salva del naufragio a esta pequeña congregación totalmente entregada a tu divino Corazón..." "Con la gracia de Dios hice cuanto pude para extender nuestras obras y hacerlas prosperar, para procurar algunas fuentes de ingresos y atender a las necesidades de nuestros hermanos desterrados. Cuántas preocupaciones y que cúmulo de trabajos, día y noche! "

HOLANDA

Los novicios estaban a punto de salir hacia Holanda y no transcurriría mucho tiempo antes de que tuviera que seguirles parte de la Escuela Apostólica.

Como iban a demostrar los acontecimientos, Holanda era una buena elección. La comunidad M.S.C. tenía por este tiempo varios contactos con Holanda. En primer lugar estaba el Santuario de Nuestra Señora del Sagrado Corazón en Sittard, donde se había creado ya en 1866 una Asociación de Nuestra Señora -en la capilla del convento de las Ursulinas- que se había hecho muy famosa. El P. Chevalier había predicado allí en diciembre de 1873, cuando el Obispo de Roermond coronó la estatua, en nombre del Papa Pío IX. Ya había, por entonces, algunos escolares y alumnos de la Escuela Apostólica holandeses. El P. T. Ariëns, profesor antes del Seminario Menor de S'Hertogenbosch, había profesado como M.S.C. en abril de 1875. Aunque había abandonado la Congregación por estas fechas, proporcionó en cambio un nuevo lazo con la diócesis a la que se había trasladado el Noviciado, desde Francia. El P. Jouët fue requerido como de costumbre para estos asuntos de relaciones públicas.

Ya había sido enviado una vez antes a Holanda, a Sittard, en agosto de 1871. Había sido una salida imprevista de Issoudun, con una notificación a última hora, que echaba por tierra algunos planes hechos por Jouët. "De modo que -escribía- se me envía a hacer unos cuantos días de retiro en un queso holandés... Oh, santa obediencia, cuán amable eres". Un mejor contacto con el queso y el pueblo de Holanda hicieron que escribiese con bastante mayor entusiasmo, el 10 de octubre de 1880:

"Todo marcha bien en esta parte del mundo... El ratón de la fábula, que se retiró un día al interior de un queso holandés, debe haber sido muy inteligente, pues no pudo haber hallado lugar más delicioso ni más favorable a la paz y bienestar de la religión. Desde que estamos aquí hemos encontrado la mejor buena voluntad hacia nuestra Congregación.”

Halló al obispo de S'Hertogenbosch muy cordial y generoso. No sólo recibió a los M.S.C. en su diócesis, sino que les permitió usar una casa perteneciente a su Seminario, llamada Huize Gerra. Y allí se llevó el P. Piperon a sus novicios, a fines de 1880.

Ya tenían una casa; pero muy poco más. No tenían calefacción y sufrían frío y humedad. Su pobreza se vio aliviada por la generosidad de los profesores del Seminario y sus amigos, pero era duro a pesar de todo. La salud de más de uno de estos primeros novicios resultó crónicamente dañada; pero tenían un espíritu que les hacia seguir adelante.

Noviembre de 1881 fue el mes en que profesaron los primeros novicios formados fuera de Francia. Entre ellos había nombres que más tarde se harían famosos dentro y fuera del ámbito de la Congregación: Bontemps, fundador de la misión de las Islas Gilbert; Couppé, primer obispo de Nueva Bretaña, Linckens, fundador de la provincia alemana y de las Religiosas M.S.C., y Reyn, a quien volveremos a hallar en los últimos capítulos. Era toda una galería de "fundadores". Esta profesión planteó de inmediato un nuevo problema de planificación: ¿debían los jóvenes estudiantes reunirse con los escolares de Roma, o convenía tomar otras medidas al respecto? Quizá se intuyó que la fe y la generosidad de la comunidad católica holandesa, significaba una auténtica promesa para el futuro de los M.S.C. Sea lo que fuere, decidieron que los estudiantes permanecieran allí. Tal decisión fue favorecida por el ofrecimiento del Director del Seminario, de que los jóvenes M.S.C. serían bienvenidos para proseguir sus estudios en el Seminario.

La casa de Gerra era pequeña y la comunidad iba creciendo. El P. Chevalier escribía desde Francia: "La Escuela Apostólica no puede seguir a salvo en Issoudun; en cualquier momento podríamos recibir orden de enviar los chicos a sus familias. Haga, pues, el favor de buscar una casa que pueda admitir tanto a los chicos como a novicios y escolares. Y apúrese; no hay tiempo que perder"

Así pues, el P. Piperon compró la fábrica en Tilburg. A quien visite Tilburg hoy en día, un M.S.C. holandés le enseñará el lugar en que se alzaba el viejo edificio. Actualmente se asientan allí un banco y una librería. Por motivos sentimentales fue comprado posteriormente por Jan Brocken, hermano del primer Superior General holandés M.S.C., para que, de alguna manera, guardase algo de relación con los M.S.C. Pero el tiempo rueda y las razones sentimentales se debilitan con los años, para dar paso al crudo realismo de los negocios; y nuestra fábrica se nos fue para siempre.

En 1882 Tilburg estaba en marcha como fundación M.S.C., con alumnos apostólicos, novicios, estudiantes y un grupo muy prometedor de jóvenes, que aspiraban a ser Hermanos en la Congregación. Fue aquí donde el estamento de los hermanos M.S.C. experimentó su primer arranque realmente vital. Tilburg estaba en marcha y cre­cería y prosperaría hasta convertirse en la casa central de una floreciente provincia holandesa.

Tras los estudiantes y novicios, llegaron los Anales de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Existía en aquella época la impresión de que los M.S.C. no estaban realmente asentados en cualquier país, hasta que no daban a conocer a Nuestra Señora por medio de los Anales. Por entonces ya se publicaban en Francia, España, Roma y Watertown. En Tilburg fue el P. Barral quien logró ponerlos en marcha. Era un hombre joven e inteligente, lleno de energía y libre de toda suerte de inhibiciones. El hecho de proceder de Savoya y de tener que desenvolverse en holandés no supuso ningún problema para él; escribía los Anales en francés y hacia que se los tradujesen algunos hermanos profesores. Llegó incluso más lejos, hasta el punto de que, con la autorización del obispo de Colonia, publicaba también por el año 1884, unos Anales alemanes.

De esta suerte, la Congregación de los M.S.C. fue mejor conocida, allegando amigos y protectores en diferentes regiones. Así fue como el daño hecho a la Congregación M.S.C. en Francia quedó compensado en un tiempo relativamente corto. La estabilidad de la fundación, que había sido amenazada por las persecuciones francesas, quedó restablecida, y el futuro se presentaba lleno de promesas.

ESPAÑA

En esta época la comunidad M.S.C. estaba bien establecida en Roma como ya hemos visto, e Italia se convertiría en provincia aparte a su debido tiempo. Como consecuencia de los tempranos viajes del P. Jouët a España, se había organizado en Tarragona una Asociación de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, y así se ofrecía a los M.S.C. una oportunidad, si se decidían a realizar la fundación en España. El P. Jouët actuando como hombre de relaciones públicas, había puesto mucho cuidado en que la mayoría de los obispos tuviesen conocimiento de la Congregación. Por otra parte, al erigir la Asociación de Nuestra Señora, había tomado la precaución de que se firmase un acuerdo, por el que el centro de dicha Asociación sería transferido a la casa M.S.C., en cuanto la Congregación se decidiese a abrirla en España.

Con las persecuciones de 1880 se comprobó que había llegado el momento de tener una base sólida en España. Por estas fechas no había más que un M.S.C. español, el P. V. Casas, ordenado hacia dos años y con residencia en Roma. Recibió allí instrucciones del P. Jouët y puso enseguida manos a la obra para llevar la Congregación M.S.C. a su tierra natal, empezando una fundación en Barcelona. De momento se alojó con las Religiosas de la Presentación, cuidó de la edición de los Anales y esperó a que se le agregara un grupo de compañeros franceses. Llegaron éstos el 10 de noviembre. Venia como superior el P. Deidier, que hubo de abandonar la casa de Arles al ser cerrada por la fuerza; le acompañaban dos jóvenes escolares: Enrique Verius y Guillermo Neenan. Consiguieron una casa para residir y los escolares iban al Seminario Mayor para proseguir sus estudios. En una modesta capilla que erigieron en la casa, atendían también espiritualmente a algunos de los emigrantes franceses. Posteriormente adquirieron un viejo hospicio de San Juan de Dios, con una capilla pública que se convirtió en Santuario de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Esta fundación, sin embargo, no hizo los mismos progresos que la del Norte. Quedó estancada algunos años, bajo superiores faltos de empuje y de dinamismo. Comenzó solo a prosperar después de 1901, y más tarde se convirtió en la provincia española.

Hubo, desde luego, cierta expansión inicial fuera de Francia antes de la expulsión de las órdenes religiosas. En este primer crecimiento hemos consignado antes, la fundación de la casa M.S.C. en Roma, y hemos hablado ya de Watertown, la primera fundación M.S.C. fuera de Europa.

Julio Chevalier, un Hombre con una Misión (E. J. Cuskelly MSC)

INGLATERRA E IRLANDA

El P. Juan María Neenan, el hombre que moriría como joven sacerdote en Watertown, había llegado a la Congregación M.S.C., de la diócesis de Cork, en Irlanda. Ya estaba ordenado cuando entró en el noviciado en 1876, para hacerse miembro abnegado de la comunidad M.S.C. Era tan entusiasta de la Congregación que convenció a dos de sus hermanos para seguirle fuera de Irlanda; primero Guillermo y luego Daniel. De camino hacia Watertown logró nuevos refuerzos para los M.S.C. en Irlanda e Inglaterra, y consiguió cinco candidatos más para la Congregación; tres de Irlanda y dos de Inglaterra. Parecía ser cualidad propia de estos primeros M.S.C. irlandeses, el convertirse en ardientes reclutadores en pro de la Congregación. En 1881 Miguel Tierney, escolar profeso, fue a su casa de vacaciones y trajo, al regresar, nuevos can­didatos consigo.

Este fluir de vocaciones del otro lado del Canal y del Mar de Irlanda -justo en el momento en que la posición en Francia se presentaba menos prometedora- animó al P. Chevalier a mirar en aquella dirección con vistas a una nueva fundación. Mirando retrospectivamente, deberíamos lamentarnos que no se hiciese inmediatamente una fundación en Cork, Irlanda, de donde procedían muchas de aquellas primeras vocaciones y en donde, aún hoy, tiene su residencia la Casa Provincial de la provincia irlandesa. Hubo un intento inicial para abrir una casa en Irlanda, que resultó fallido. O más bien que, mientras los primeros sondeos M.S.C. se recibían con la típica precaución irlandesa, llegaban algunos ofrecimientos con­cretos de Inglaterra; y uno de ellos fue aceptado. Y así fue como la primera fundación M.S.C. al otro lado del Canal se hizo en Inglaterra, y no en Irlanda. Durante algún tiempo Issoudun mantuvo correspondencia con diócesis de Inglaterra, en relación con la devoción de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. La devoción se habla difundido rápidamente por Inglaterra y el Arzobispo Manning la había aprobado para la Arquidiócesis de Westminster. Luego, en 1876, el duque de Norfolk, jefe de esta familia ducal inglesa, tan firmemente católica, había escrito a Issoudun con vistas a una posible fundación en Inglaterra. El P. Jouët fue enviado allá para examinar éste y otros ofrecimientos, y el propio P. Chevalier hizo un viaje, atravesando el Canal, en 1882.

A continuación de la visita del P. Chevalier tuvo lugar un comienzo en Madeley -Shropshire-. El P. Deidier llegó de España para iniciar el trabajo, con Santiago Lynch, que fue cocinero y "factotum" por algún tiempo. En Madeley había una amplia casa rectoral, un hermoso santuario de la Virgen... pero muy pocos católicos. Puesto que no había posibilidad de muchos candidatos por aquellos contornos, pensó en buscarlos más lejos. Miguel Tierney, que ya había demostrado sus cualidades para la recluta, fue enviado a Irlanda en busca de vocaciones. Y él también llegó a Madeley, en donde se abrieron la Escuela Apostólica, el centro para la Cofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón y una oficina editorial para los Anales en inglés.

Pronto hubo dieciséis chicos en la Escuela Apostólica; había un gran entusiasmo por la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. En 1886, se trasladó la fundación a Glastonbury, donde el colegio tendría más espacio para ampliarse. Esto se realizó bajo la dirección del P. Pedro Treand, que sustituyó a P. Deidier..., y el futuro se hizo muy prometedor.

Las promesas, sin embargo, se desvanecieron por algún tiempo. El P. Treand fue destinado en 1891 a Sidney, donde realizaría un estupendo trabajo organizando la Provincia Australiana. Pero lo que ganó Australia, fue una pérdida para Glastonbury, donde la obra decayó tras su partida. Pero la promesa temprana nunca murió; con todo, no llegó a cobrar vida pujante hasta después de la apertura de la casa de Cork, en 1909.

3. MISIONES EXTRANJERAS Y ULTERIOR EXPANSIÓN

El 1 de septiembre de 1881 fue un día histórico y significativo en la vida de la Congregación M.S.C., pues fue el día de la primera salida de un grupo de misioneros hacia "tierra de infieles". Aquella mañana, en la pequeña capilla de Barcelona, había tenido lugar una conmovedora ceremonia de despedida. Por la tarde embarcaron en el buque "Barcelona" y partieron hacia los mares del sur, hacia "la misión de Melanesia y Micronesia", hacia Nueva Guinea sobre todo. Un telegrama de Roma les trajo un animoso mensaje de despedida:

"Su Santidad, el Papa León XIII, bendice cordialmente al P. Durin, a sus compañeros, bienhechores, y a toda Melanesia y Micronesia consagradas al Sagrado Corazón"

Los compañeros del P. Durin en este primer grupo misionero que capitaneaba eran los P. P. Luis Andrés Navarre, Teófilo Gramaille, y los Hnos. Mesmin Fromm y Jorge Durin. Su campo de acción era una vasta área de Oceanía, aunque, de hecho, los M.S.C. se concentrarían posteriormente en Papua, Nueva Guinea y las Islas Gilbert. En la Fiesta del Sagrado Corazón, 24 de junio de 1881, un decreto de Roma había confiado oficialmente al cuidado de los Misioneros del Sagrado Corazón el "Vicariato de Melanesia y Micronesia".

Este fue el comienzo de muchas páginas gloriosas de nuestra historia misional, de viajes difíciles, de sufrimiento y sacrificio, de hombres que murieron muy pre­maturamente por la fiebre y los efectos de la pobreza. Pero el esfuerzo abnegado de la larga lista de hombres que navegaron hacia el Sur y el Este desde Europa, tuvo como efecto la edificación de la Iglesia en muchas tierras: en Papua-Nueva Guinea, las Islas Gilbert, Indonesia y Filipinas.

Aquel 1 de septiembre fue un día histórico y significativo, que vio llevado a la realidad el espíritu que había alentado durante largo tiempo en la Congregación MSC. Este espíritu había surgido primeramente en el alma de Julio Chevalier, seminarista: "Leyendo los Anales de la Propagación de la Fe, sentí que el deseo de las misiones extranjeras nacía en mi interior. Me sentí dispuesto a hacer cualquier sacrificio, para llevar la luz del Evangelio a los infieles".

Este deseo tendría que ser refrenado por largo tiempo; primero, porque el Rector del Seminario le dijo que no volviera a hablar de ello; más tarde porque, en los días tempraneros de la fundación de los M.S.C., el bienhechor de quien dependía su obra, pensaba exclusivamente en términos de tarea misionera dentro de la misma Francia. A pesar de todo, el "en todas partes" del lema de la Congregación siempre fue tomada en serio: "Amado sea en todas partes el Sagrado Corazón de Jesús”. Además, como ya hemos visto, las Escuelas Apostólicas M.S.C. estaban parcialmente inspiradas en la idea del P. Foresta SJ., cuya "escuela apostólica" fue fundada para proporcionar sacerdotes a las misiones extranjeras. En el mismo primer año de la Escuela Apostólica M.S.C., el espíritu y la intención de la misión en el extranjero, respira en las cartas de los chicos; vg.: "Dejé a mis padres... principalmente para adquirir los conocimientos y la piedad que necesitan los muchachos destinados, como nosotros, a propagar la fe y el conjunto del cristianismo en lejanas tierras, salvajes y subdesarrolladas".

"Cuando hablamos del futuro... algunos dicen: Yo quiero ser misionero en China, otros en Japón, otros en Australia, etc" "Trabajar entre los infieles" figuró pronto en las Constituciones - o Formula Instituti- como una de las tareas para las que existía la joven Congregación. Y aún cuando alguien pueda pensar que no era exactamente lo mismo, o que difícilmente podría considerarse como "trabajo entre infieles", lo cierto es que cuando el pequeño grupo M.S.C. salió hacia Watertown, recibió una verdadera despedida misionera. Por idéntica razón, cuando los estudiantes fueron a estudiar a Roma, declinaron el ofrecimiento de asistir al Seminario Francés aceptando el de Propaganda, puesto que en éste podrían prepararse mejor como futuros misioneros.

Por tanto, para un grupo animado por tal espíritu, el problema no era si debían ir a misiones o no, sino cuándo se hallarían en situación de aceptar tal trabajo, con la conciencia de tener los recursos suficientes para hacerlo con éxito. Cuando a comienzos de 1879, se propuso a los M.S.C. que se hicieran cargo de la misión de Auckland, en Nueva Zelanda, hubo, naturalmente, un gran revuelo por toda la Congregación. El Cardenal Simeoni, Prefecto de Propaganda Fide, se había dirigido al P. Jouët, Procurador M.S.C. en Roma, y le había pedido que escribiera al P. Chevalier hablándole del asunto. Chevalier deseaba muchísimo aceptarlo. El mismo P. Piperon escribía: "Si fuera joven solicitaría el honor de estar entre los primeros en ir”. Se hicieron novenas; se pidieron opiniones; hubo largas discusiones sobre personas y posibilidades. La gran duda era si se pudiese prescindir en las obras de Europa de los hombres que podrían garantizar el éxito de la misión. A pesar del "No" tajante de algunos, sobre todo del P. Guyot, miembro del Consejo General, el Padre Chevalier no pudo resignarse a la negativa. Sin embargo, pidió a Roma que le diese tiempo para estudiar bien la situación y sopesar todos los detalles cuidadosamente. Pero Propaganda encontró al cabo de poco tiempo otra solución y, hasta el presente, no hay fundación M.S.C. en Nueva Zelanda.

El año 1880, con la expulsión de Francia, el P. Chevalier tenía muchas otras cosas en que pensar; pero las persecuciones no pudieron sofocar su celo misionero. En febrero de 1881, apenas había muerto el anciano Mons. Steins, que había sido nombrado obispo de Auckland, el P. Chevalier escribió al P. Jouët: "¿Cree que volverán a ofrecernos esa misión? " Pero ya había tomado la delantera un grupo de benedictinos que había ido a Auckland con Mons. Steins, y el P. Jouët contestó: "El Prefecto de Propaganda tiene gran deseo de que aceptemos la grande y hermosa misión de Nueva Guinea e islas adyacentes... Podemos empezar poco a poco... y Dios dará el crecimiento

Volvieron, pues, las discusiones y recomenzaron las novenas, pero esta vez para decidir si la pequeña Congregación M.S.C. debía aceptar la misión de Nueva Guinea o "Melanesia y Micronesia". El P. Chevalier sabía dos cosas con mucha claridad: una era que el P. Guyot se opondría a la aceptación de la misión; la otra era que no permitiría que la oposición le detuviera.

La oposición del P. Guyot está ligada a un número de factores personales concernientes a su carácter y a sus relaciones con el P. Chevalier. Estas habrán de ser consideradas en un capítulo posterior. Al presente, bástenos notar que la oposición de Guyot, miembro del Consejo General, amenazaba con poner en peligro este proyecto misionero. Por ello, el P. Chevalier se dispuso a soslayar el peligro y escribió a su fiel aliado en Roma, el P. Jouët: "Tenemos que aceptar esta hermosa e importante misión. Las circunstancias no serán nunca tan favorables... Y el anuncio de esta misión atraerá grandes bendiciones y numerosas vocaciones a nuestra Congregación. Tal es mi convicción...

Luego empieza a asegurar la aceptación de los miembros del Consejo: "Esto es lo que usted debe hacer. Debe escribirme una carta que yo pueda enseñar al Arzobispo de Bourges -quien, evidentemente, no estará en favor de la misión- y a los sacerdotes de nuestro Consejo. Ud. debería decirme en esta carta que el Santo Padre ha hecho saber, a través del Cardenal Simeoni, que quiere que aceptemos la misión de Nueva Guinea..., que deberíamos complacerle, que es un nuevo servicio que solicita de nosotros, que nos protegerá, etc., etc. El Cardenal Simeoni debería escribirme también una carta en la que venga a decir lo mismo. Pero que diga claramente que la Santa Sede nos confía esta misión.

"De este modo, no habrá más oposiciones por parte del Arzobispo, ni por parte de nuestros padres, que se inclinarán ante el soberano deseo del Santo Padre...

Y más adelante: "Cuanto más reflexiono más me convenzo de que debemos aceptar... Todos los padres piensan como nosotros, excepto los padres del Consejo... Si el Papa expresa un deseo real y silo da a conocer por escrito, creo que la causa está ganada... "

Cuando un Fundador se encuentra con que su Consejo tiene menos visión e intrepidez que él, se ve obligado a esta clase de maniobras. Cuando llegó la petición de Roma, les dijo piadosamente que debían repetir las palabras de Pedro, a despecho de las dificultades: "Porque tú lo mandas, echaremos la red." Sintió en este momento que estaba usando su derecho, como Fundador, de interpretar el significado de su propio Carisma y los deseos de la mayoría de los miembros de la Congregación.

¿Y Guyot? Dio su "placet" de bastante mala gana: "Esta mañana, después de misa, me vino el pensamiento de que, desde el punto de vista humano, hemos cometido bastantes disparates que, sin embargo, han servido para glorificar al Sagrado Corazón, y nuestra aceptación de la misión de Nueva Guinea podría dar el mismo resultado... ". Los otros fueron más generosos en dar su conformidad y la misión fue aceptada. Aún así, el nombramiento del P. Durin como superior de la misión, reavivó el rescoldo del resentimiento del P. Guyot, que escribió a Roma dando todas las razones por las que no se debería confiar tal misión a los M.S.C. Se necesitó una cierta dosis de relaciones públicas, a cargo del P. Jouët, y la Santa Sede, a pesar de las razones aducidas por el P. Guyot, siguió adelante con el plan. Como iban a demostrar los hechos, Guyot no necesitaba haberse preocupado tanto por el P. Durin, puesto que enfermó en la larga travesía a Nueva Guinea y hubo de volver a casa, dejando al P. Navarre para que le reemplazase como superior de la misión.

Por fin llegó el día por el que tanto había suspirado el P. Chevalier: un grupo de Misioneros el Sagrado Corazón se embarcaban rumbo a las misiones de Oceanía. Sintió muy hondamente no poder estar en persona en Barcelona, para darles su bendición y despedirles; pero en aquellos días de persecución de las órdenes religiosas, tenía que actuar como si fuese "un simple sacerdote secular de la diócesis de Bourges". Escribía: "¡Me es imposible estar presente en la partida de nuestros queridos y heroicos hermanos que van a llevar el amor del Sagrado Corazón y de Nuestra Señora a Oceanía! ¡Oh, cómo les envidio! Qué sacrificio para mí no poder bendecirles y abrazarlos en esta hora solemne! Tenga a bien presentar mis excusas a estos hombres privilegiados... ¡Ah, cómo sufro por no poder estar presente en Barcelona, en esta hora solemne! "

Esta carta fue escrita desde el Seminario de Bourges donde el P. Chevalier se hallaba participando en la "retraite pastorale" (el retiro pastoral).

A lo largo de los años, dio siempre a sus misioneros el más total apoyo, enviándoles hombres y dinero tan generosamente como le era posible, animando, aconsejando, mostrándoles su aprecio y escribiendo a menudo cartas como ésta: "¡Cuide su salud! ¡Modere su celo! No se exponga innecesariamente al peligro ni a la fatiga extrema... ". (A Mons. Verius).

La historia de estas misiones tiene muchos capítulos heroicos. Han sido escritos con afecto y admiración en más de un relato, en los Anales, en libros y artículos, y siguen todavía hoy escribiéndose en la vida diaria de cientos de M.S.C. que viven y trabajan en "Melanesia y Micronesia", en Indochina, Filipinas, África, Ibero América y Japón.

Ulterior expansión

AUSTRALIA

Este esfuerzo misionero en Oceanía sería ocasión de un más amplio desarrollo de la Congregación M.S.C. Ante todo era necesario para ellos tener una base en Australia. El Cardenal-Arzobispo de Sidney, Cardenal Moran, interesado personal y vivamente en la evangelización de las islas, dio a los misioneros ayuda y aliento. Se estableció una base para las misiones en Sidney y, como más amplia ayuda, el Cardenal dio a los M.S.C. las parroquias de Botany Bay y Randwick. A partir de estos comienzos en 1884 y 1885, y debido sobre todo a la influencia del P. Pedro Tréand, se desarrolló una provincia australiana, que fue oficialmente constituida en 1905.

El Cardenal Moran estaba de visita en Roma en 1885, cuando el P. Jouët le invitó a visitar la comunidad M.S.C. de Piazza Navona. Hablaron de las misiones y discutieron la posibilidad de fundar un "seminario para las misiones" el algún punto de Europa; sería parecido al seminario que los Padres de Scheut habían fundado hacía poco para las misiones de África. El cardenal escribió al P. Chevalier sugiriéndole la idea y el P. Jouët dio publicidad a la iniciativa en varias ediciones de los Anales. El P. Chevalier y el Consejo General aprobaron la idea.

Quedaba el asunto de dónde habría de establecerse el seminario. Francia estaba, evidentemente, fuera de consideración, debido a su situación política. Mientras tanto, había entrado en juego un nuevo factor que afectaba a la planificación misionera: se trataba de que en 1884 Alemania estaba colonizando en el Sur del Pacífico, anexionándose Nueva Bretaña y el norte de Nueva Guinea. Aunque Alemania no se oponía al envío de misioneros a sus colonias, tampoco era muy favorable, en aquellos momentos, a los misioneros franceses. Por consiguiente, el P. Chevalier empezó a pensar en una fundación que pudiera proporcionar a su Congregación novicios alemanes. Sin embargo, Bismarck no era más favorable a las fundaciones religiosas, que el propio régimen francés.

BÉLGICA

Por fin quedó decidido que se abriese el seminario misionero en Amberes. Con su importante puerto, era un centro internacional donde tanto franceses como belgas, alemanes y holandeses se sentirían de algún modo en su tierra. En enero de 1886 el Arzobispo de Malinas -Mechlin- dio permiso para que parta de la comunidad M.S.C. se trasladase de Tilburg a Amberes. Se consiguió una propiedad en Borgerhout y el P. Piperon se trasladó allí en 1886 con sus novicios. El P. Klotz, joven sacerdote asumió el cargo de superior de Tilburg. (Su nombre debe destacarse, pues jugará un importante papel en un capítulo posterior de la historia de la Congregación). Dado que la finalidad de esta fundación en Amberes era ganar más vocaciones para la joven congregación misionera, al comenzar el curso escolar 1887-1888, se instaló allí la Escuela Apostólica. Desde los mismos comienzos hubo ya algunos estudiantes alemanes.

AUSTRIA

Con todo, puesto que una de las razones muy especiales para esta fundación era conseguir estudiantes de Alemania, el curso normal de las cosas pedía, que se pensase en una fundación en el propio territorio alemán. Ya dos años antes habían sido enviados para investigar las posibilidades de tal fundación dos sacerdotes: el P. Ilge, alemán, y el P. Baltzer, alsaciano. Se habían establecido en Berlín, pero con Bismarck las perspectivas no eran halagüeñas y parecía más prudente buscar un clima más amistoso. Lo encontraron en Austria. Los PP. Ilge y Pedro Barral fueron enviados a tantear el terreno y encontraron una propiedad en Liefering, a las afueras de Salzburgo.

Realizadas con éxito las negociaciones, y a pesar de ciertos recelos, de que la Congregación estaba tal vez efectuando demasiadas fundaciones, la casa de Salzburgo quedó oficialmente erigida en 1888. El P. Klotz fue nombrado superior y a los dos años había ya veinticinco estudiantes en la Escuela Apostólica, mientras que el noviciado de hermanos, iba también muy bien.

De estos comienzos se desarrollarían las dos provincias alemanas M.S.C.: una en el norte, y otra englobando Austria y Baviera.

Los años entre 1881 y 1888 fueron de mucho movimiento interno en la Congregación: el desarrollo misionero tomaba un aspecto importante y complejo, y tenían lugar una serie de nuevas fundaciones. Dar tales pasos suponía una fe sólida en la futura expansión de la Congregación, puesto que ello exigía dispendios de hombres y dinero. Por supuesto, el P. Chevalier pensó siempre de una manera positiva y creía que era bueno seguir los rayos de esperanza, donde quiera que brillaban. Opinaba, que, supuestas una serie reflexión y planificación, se podía asegurar el éxito del futuro por medio de una actuación decidida y la confianza en la Providencia. No todos entre sus compañeros compartían su confianza; muchos de ellos eran más cautos y calculadores y quizá un poco temerosos de las nuevas exigencias, que un tan amplio crecimiento causarían. La verdad es que abrigaban cierta inquietud sobre si la Congregación pudiese realmente sostener todos los compromisos que había aceptado. En consecuencia, no siempre se sentían tranquilos con las decisiones tomadas.

Sin embargo, la historia evidencia que el valor del Fundador quedó bien galardonado, puesto que todas estas decisiones tuvieron resultados muy positivos para la vida y el trabajo de su Congregación.

Julio Chevalier, un Hombre con una Misión (E. J. Cuskelly MSC)

5

Espiritualidad, carisma, misión

Julio Chevalier, fue más que un hombre de acción. Fue ciertamente un hombre muy activo y todo relato de su vida, tiene que estar en gran parte dedicado a lo que hizo. Pero puede que exista el peligro de que al considerar sus obras, perdamos de vista al hombre y no quisiéramos que esto sucediera. Para comprender en qué consistió su obra, tenemos que tratar de entender algo de los profundos motivos, que le movieron y de su reciedumbre espiritual. Sólo estas profundas realidades explicarán lo que aparece en la superficie, de un modo tan sorprendente. Lo que primero aparece es una gran serenidad de fe, que le daba el convencimiento de que, pasara lo que pasara, Dios estaría con él, y segundo, la sosegada confianza de que estaba destinado a una misión especial dentro de la Iglesia.

Ocasionalmente sólo, en muy raras veces y a causa de severas emociones, llegaría a vacilar su confianza, y aún entonces su serenidad quedaría imperturbable. Porque sabía que aunque pudiera equivocarse en sus ideas sobre lo que Dios quería de él, su confianza en Dios no quedaría jamás confundida. Más aún, su confianza en su misión quedó inalterable en las grandes dificultades externas, como en la persecución francesa. Sólo en dos ocasiones percibimos un poco de vacilación: primero, durante aquellos largos años en que el P. Piperon era su único compañero y nadie se unía a su grupo; y segundo, durante el último período de la crisis interna de la Congregación de los M.S.C.

Nadie puede conseguir esta firmeza en la fe y esa fidelidad a la voluntad de Dios, sin abundantes dones de gracia y sin su propia y generosa cooperación. Ciertamente Julio Chevalier disponía en su propio carácter de un gran caudal de determinación. Pero en su caso, era un hombre que había ido mucho más allá de sus propias cualidades naturales, para estar totalmente entregado a Cristo, con una espiritualidad sólida y abnegada. Si observamos la forma como se forjó esta espiritualidad, comprenderemos mejor el espíritu que trató de infundir a los varios grupos que nacieron de su inspiración.

ESPIRITUALIDAD

Podemos decir que una espiritualidad se forma. Pero podemos decir, con más veracidad aún, que el hombre espiritual se ve forjado por diferentes agentes que llegan a influir en él, hasta que queda totalmente transformado en un instrumento de la voluntad de Dios. Consideremos brevemente este período de formación en la vida de Julio Chevalier. Pero antes, notemos que una espiritualidad no se elabora fría y tranquilamente en una mesa de trabajo, combinando cuidadosamente distintas muestras de espiritualidad. La experiencia personal es el factor decisivo lo que a un hombre le toca vivir- de tal forma, que esa intuición céntrica y esa experiencia vivida, se apoderan del alma y del corazón, hasta transformar la vida. Cuando esto sucede, nada es desechado para el camino espiritual, de lo que es esencialmente cristiano. Lo esencial es común a todas las espiritualidades o escuelas de espiritualidad. Las diferentes escuelas resultan sólo de un acento diferente dado a uno u otro de los elementos comunes -como por ejemplo la insistencia que daría San Francisco, a la imitación de Cristo en su pobreza.

Entonces, cuando se da en la vida de un hombre una experiencia personal o una intuición céntrica, ella transforma bajo su luz especial todas las demás cosas que constituyen su vida espiritual. No se elimina nada que tenga valor alguno, pero el valor de todas las cosas se hace relativo al referirlo al principal y más dominante valor de su vida. Muy rara vez, la experiencia espiritual de un hombre es un acontecimiento aislado, desconectado de otros factores. Se sobrepone sólo a lo que ha pasado antes; y lo que ha pasado antes, bajo la providencia de Dios, es un camino de preparación. Todo el proceso es como quien enciende un fuego. La chispa o la llama son el elemento característico y energético. Pero no se enciende en el vacío, sino que se aplica a materiales existentes y acumulados. Una vez se inflama, la llama avanza transformando y difundiendo luz al conjunto.

La chispa transformadora apareció en la vida del Padre Chevalier con el hallazgo de la devoción al Sagrado Corazón. Sin embargo, este descubrimiento no es algo desconectado de sus previas experiencias espirituales, sino algo que se posesionó y transformó mucho lo que ya estaba allí.

Existía ya en la vida de Chevalier un precedente de fidelidad a las exigencias de Dios y a su propia vocación, en una medida que era ciertamente fuera de lo común. Esto aparece en su generosa respuesta en todo lo que consideraba era requerido por su vocación al sacerdocio -una vocación de la que nunca dudó, a pesar de los muchos obstáculos encontrados. Era muy asiduo en la práctica de la oración- no porque recibiera en ella muchas luces, sino porque creía que era algo que tenía que hacer. Trabajó como aprendiz, durante un tiempo, que se le tuvo que hacer larguísimo, estudiando sólo en los ratos libres y esperando que Dios le proporcionara la oportunidad, de la que él estaba seguro que vendría. Se mantenía apartado de los niños de su edad y de sus alegres diversiones, porque juzgaba que así se mantenía más fiel a su vocación.

Fidelidad, generosidad, ideales, son muy hermosas cualidades cuando se ponen de todo corazón al servicio de Cristo. De que lo estaban, aparece claro en su propia afirmación, en la carta dirigida a sus familiares, cuando ya era seminarista: "Quiero ser sacerdote, no para estar al servicio de la familia, sino de Dios; para ganar almas para Cristo, no para enriquecer a mis parientes". Sus compañeros de seminario, confirmaron también esa entrega total.

Es habitual en la literatura clásica de la espiritualidad, denominar la "segunda conversión" al hecho de moldear un sólido camino espiritual. Este proceso se llama así, por su paralelismo con la primera conversión a la fe. Consiste en una entrega renovada a Dios y a su voluntad. Para merecer este nombre, debe ser generosa, decidida, firme y constante. A veces se presenta de repente, a veces gradualmente, pero hay ciertos factores, que sea en el conjunto, sea uno por uno, suelen estar siempre presentes en el proceso. Tres de esos factores, mencionados en tratados de espiritualidad, aparecen de un modo particular en la vida del P. Chevalier. Será por lo tanto útil mencionarlos, para ver enseguida como se realizaron en su vida. Son:

a) Una revelación repentina de la vanidad de las cosas humanas, junto con la consiguiente constatación de que Dios lo es todo. Esta fue, por ejemplo, la experiencia de San Francisco de Borja, ante la tumba de Isabel; y puede provocar la decisión de entregar totalmente la vida a Dios.

b) De igual forma una conversión a Dios, puede provenir como consecuencia de una difícil victoria sobre sí mismo -una victoria que viene a veces acompañada de una luz intensa y un impulso de la gracia. Un ejemplo sorprendente lo tenemos en San Francisco de Asís. Y no es difícil comprender por qué tiene que ser así: una renuncia generosa por amor de Dios, es un don de sí mismo a Dios y puede conmover al alma de una forma muy profunda.

c) Un retiro, con sus tiempos de silencio y serias reflexiones y oración, es también a menudo (como S. Ignacio repetía), un tiempo de gracia y conversión.

Ahora bien, sea que Chevalier fuera más difícil de convertir que otros, o bien que su conversión fue lenta, el caso es que no se aviene exactamente a las teorías aludidas -porque todas tres experiencias existieron en su vida espiritual de sus días de seminario. La primera -una especie de revelación de la vaciedad de las cosas humanas, delante de Dios- le ocurrió después de caerse en un precipicio. Otros seminaristas se han caído, antes y después, en precipicios. Pero si la crónica de todos los seminaristas caídos en precipicios, se escribiera, la de Chevalier constaría entre las más sorprendentes.

Era un día de invierno, probablemente 1842, cuando Chevalier estaba aún en el seminario de San Gaultier y los estudiantes fueron a pasear por las riberas del Creuse, cerca del castillo de Conives. Tres de los más audaces, decidieron tomar el camino más escarpado para bajar una montaña. Sus pies resbalaron en la nieve, dos consiguieron salvarse, agarrándose a unos arbustos, unos treinta o cuarenta metros sobre el abismo. Chevalier continuó bajando dando tumbos y cuando le recogieron en el fondo "no tenía ninguna señal de vida, tenía todas las apariencias de la muerte, tanto que el sacerdote que les acompañaba en la excursión, pensó que ya era demasiado tarde para darle la absolución. Todos pensaron que era ya cadáver. Le llevaron al castillo vecino, encendieron dos velas a su lado, mientras que los que velaban el "cadáver", decían el rosario para el descanso de su alma”. El rector del seminario, al notificarle su "muerte", quedó profundamente apenado; envió a un médico con un carruaje para recoger el “cadáver”. Y entonces el "muerto" dio un gran suspiro, que asustó a los que le velaban, y de esta forma, ya vivo, fue trasladado al seminario. Entretanto, el pobre rector había congregado a los estudiantes en la sala de estudios, donde recitaron el "De profundis" y leyó un pasaje sobre la muerte repentina. Oyendo el ruido del coche que se acercaba, salió para recibir el cuerpo del estudiante que creía muerto, tremendamente emocionado por el suceso. Quedó totalmente asustado cuando oyó a Chevalier gritando que no estaba muerto. El pobre hombre estuvo enfermo durante varios días; él fue la única víctima del violento accidente.

Tales son los cómicos detalles de todo el suceso, pero nadie podía difícilmente imaginar que esta experiencia influyera en la total conversión de Chevalier. Hay que reconocer, que fue una profunda y emotiva experiencia para él y puesto que había estado tan cerca de la muerte, de entonces en adelante se volvió más serio, viviendo más de cara a la fe.

Otro paso importante fue cuando se vio obligado a hacer una generosa renuncia, muy personal. Externamente el incidente parecerá pequeño y el mismo Chevalier no dio gran importancia espiritual al hecho. Se trataba solamente de renunciar a una amistad particular con un compañero seminarista. Era una amistad simple y normal; sin embargo, Chevalier creyó que su interés por este amigo, le impedía el esfuerzo continuado de aproximación a Cristo y el progreso hacia la virtud, que le exigía el camino del sacerdocio. Y consideró como una gracia de Dios, el que comprendiera la necesidad de renunciar a dicha amistad, antes de que fuera un obstáculo a su vocación.

La siguiente gracia a destacar, fue la que consideraba había recibido durante un retiro en Bourges, predicado por el P. Mollevaut, de San Sulpicio. "Sus palabras, sencillas pero ardientes y llenas de fe, me causaron una profunda impresión en el alma. Salí de esos ejercicios «convertido» y deseoso de ser un seminarista ejemplar".

Preparado por esos y otros incidentes y por las gracias que le produjeron, Chevalier se entregó generosamente a la voluntad de Dios, su alma bien abierta a la divina influencia. Al mismo tiempo, es estaba formando en la Escuela Francesa de Espiritualidad, enseñada y practicada por su director el P. Ruel y por los otros Padres sulpicianos, que dirigían el Seminario de Bourges. Esta espiritualidad era esencialmente cristo-céntrica y sacerdotal, viendo en Cristo al Sumo-Sacerdote, que por excelencia rendía gloria a Dios y cumplía la voluntad del Padre. Se ponía un fuerte acento en la virtud de religión (a Cristo se le llamaba el "perfecto religioso de Dios") y en la adoración debida a Dios. La obra de un sacerdote, como Julio quería serlo, era en esencia participar y continuar la obra de Cristo. Cristo tomaría posesión de él y viviría en él: De esta forma el sacerdote se olvidaría de sí mismo, moriría a sí mismo, dejando que Cristo viviera en él, trabajara por medio de él, de tal forma, que toda su vida y actividades se dirigieran a la gloria de Dios. Su vida se centraría en la Eucaristía y el sacrificio de la Misa. Porque es ahí donde Cristo continúa principalmente su obra de dar gloria a Dios y llevar a término la redención del hombre.

Se ponía mucho énfasis, en el esfuerzo para reproducir en sí mismo, los "estados interiores de Cristo, en los diferentes misterios de su vida Los dos textos favoritos de la Escritura eran: Vivo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí" y "Entonces dije Heme aquí que vengo, según está escrito en el principio del libro, para cumplir, Oh Dios, tu voluntad". Si Cristo tiene que vivir con nosotros, tenemos que morir a nosotros mismos. En esto, Cristo es de nuevo nuestro modelo, anonadándose en la Encarnación, al sacrificarse en la Cruz y en la Eucaristía.

Centrada en Cristo, el Sumo-Sacerdote y Mediador, esta espiritualidad tiene por necesidad que considerar el doble aspecto del sacerdocio: Cristo dando suprema gloria y adoración a Dios y Cristo dando la vida y la salvación a los hombres.

Su método específico de orar era también cristo-céntrico, resumiéndose en esas tres actitudes: Cristo ante nuestros ojos - meditación reflexiva, adoración; Cristo en nuestros corazones - nuestra respuesta afectiva, comunión; Cristo en nuestras manos - unión con Cristo en la acción.

La eficacia de este método de oración, es que podemos estar unidos con Cristo en su adoración al Padre y en su obra por la salvación de los hombres.

Durante toda su vida, Julio Chevalier amó esos textos de la carta a los Hebreos (12,3 y 3,1) que nos invitan a poner nuestros ojos en Cristo, apóstol y sumo-sacerdote de nuestra religión. Podemos resumir todo el proceso de formación de la vida de Julio Chevalier de esta manera:

a) Su propio temperamento y formación familiar, le habían dado un sentido del deber y de la constancia. Mostró gran generosidad y fidelidad en desarrollar y dirigir sus cualidades naturales, al servicio de Dios.

b) La caída del precipicio, le había dado la perspectiva de la supremacía divina y la total dependencia de las criaturas.

c) La renuncia generosa de aquella amistad natural, le había dado un gran desasimiento, dejando a su corazón libre, para entregárselo a Dios.

d) Aquel retiro especial le había dado la gracia de una decidida entrega a lo sobrenatural, preparándole para responder completamente a las exigencias de la voluntad de Dios.

e) San Sulpicio le había dado una espiritualidad Cristo-céntrica, desasida de sí mismo, fortaleciendo su deseo de vivir y trabajar con Cristo, para la gloria de Dios y salvación de los hombres.

f) Por razones naturales y sobrenaturales, había desarrollado una profunda preocupación hacia la gente afligida por los "males de la sociedad moderna".

g) Y entonces llegó a descubrir la devoción al Sagrado Corazón, que se convirtió en la chispa que inflamó su vida, transformándola y dándola unidad y objetivo.

EL CARISMA

Por medio de todas estas influencias, se estaba formando un Fundador. Pero tal vez, de un interés más práctico que ese proceso formativo, está lo que llamamos el carisma del Fundador. El carisma, ha sido objeto de discusión e investigación, especialmente desde el Vaticano II, de cara a la renovación y puesta al día de Los Institutos religiosos. Sin querer ahondar en los orígenes y significado de la palabra "carisma", podemos decir, que para nuestro propósito, puede definirse así:

"Un don del Espíritu dado a un individuo, para el bien de otros... le conduce (al fundador) a centrar su atención en algún aspecto particular de la vida de Jesús, impulsándole a un seguimiento de Jesús y por su amor servir a los demás de un modo especial".

El carisma del P. Chevalier, fue una gracia que recibió, dándole una visión personal y dinámica que exigía una respuesta determinada. Si tratamos de describir su carisma, tan acertadamente como sea posible, nos encontramos con una doble dificultad. Primero -de su vida de más de cincuenta años de sacerdocio y de todo lo que escribió- ¿cómo encontrar ese elemento dinámico que constituye su carisma? Y segundo, ¿cómo distinguir lo que le es esencial, de entre los elementos ligados a una época y a unos condicionamientos culturales, que a la fuerza tendrían que haber afectado la expresión del mismo?

Obviamente, se requiere análisis e investigación histórica. Pero esto tiene también, de por sí, una dificultad intrínseca. Porque "un investigador es a su vez una persona condicionada histórica y culturalmente. El observa con ojos limitados e influenciado por su época, a la obra del fundador, que es también limitada e influenciada por su época. Nadie puede hoy conocer la forma exacta como el fundador mismo pensaba y sentía, sobre la vocación y la dinámica y la vida de su comunidad religiosa".

Afortunadamente, podemos comparar el resultado de la investigación con la experiencia de las comunidades religiosas actuales. Porque "el carisma del fundador de una comunidad religiosa, será este carisma tal como se vive ahora. No existe en el aire... es lo que son estos individuos, personas concretas, y no otras, que en este momento comparten y viven dicho carisma

El carisma es una gracia concedida para otros. Esto no quiere decir que podemos leer la Historia hacia atrás o poner en boca del fundador cosas, que en la práctica ni pensó. Pero en la expresión actual del carisma de un Instituto, tenemos un punto de referencia con el que podemos homologar las conclusiones de nuestra investigación histórica. Esto a la vez evita el que los lectores se vean sumergidos en la maraña de análisis de textos, preguntándose a donde conduce todo ello. Podemos, por lo tanto, mirar primero a algunas de las actuales expresiones oficiales de su carisma, tal como es vivido en los Institutos religiosos existentes. Sólo entonces, intentaremos analizar la propia experiencia de Chevalier.

Existen tres congregaciones religiosas que deben su origen al P. Chevalier, o a lo menos su inspiración: Los Misioneros del Sagrado Corazón, las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón y las Misioneras del Sagrado Corazón de Hiltrup. Si estudiamos las expresiones más recientes del "espíritu" de dichas Congregaciones, podemos presumir que encontraremos ciertas notas características y comunes, apuntando todas ellas al carisma de su fundador. Echemos una mirada.

En los documentos del Capítulo General de los Misioneros del Sagrado Corazón, 1969, encontramos los textos siguientes:

1. "Nuestro espíritu, está configurado por un amor a la justicia y a un interés hacia todos especialmente los más pobres." "Para llevarles... un mensaje de esperan­za, particularmente a aquellos que buscan el sentido de la vida: para los que viven en condiciones infrahumanas, para aquellos cuyos derechos no son reconocidos."

"En cada hombre que espera, en cada hombre que se busca a sí mismo y tiene ansias de unidad, en un mundo de justicia y paz; en cada hombre que está oprimido, nosotros descubrimos a Cristo."

2. "Cuando dio la vida por sus amigos, cuando su costado fue traspasado, Cristo nos dio su Espíritu. Este Espíritu pone amor en nuestros corazones y nos da el deseo de servir. Mirando al que fue traspasado en la cruz, vemos el corazón nuevo que Dios nos ha dado y deseamos mostrarlo a todos los hombres. Descubrimos el amor del Dios hecho hombre por los demás y creemos en ese amor. Queremos proclamarlo, junto con la nueva vida, hecha factible para todos."

3. "El nuestro, es un espíritu de familia y un espíritu de fraternidad. Está elaborado con caridad, amabilidad, humildad, sencillez, hospitalidad y buen humor."

Las Hijas de Nuestro Señor del Sagrado Corazón, escribieron:

1. "Su interés se extiende a todo hombre de cualquier raza, credo y condición."

2. "Ven en su corazón traspasado y glorioso, el símbolo del amor del Dios encarnado." "La congregación da a conocer las sobreabundantes riquezas del amor de Dios, revelado en Cristo."

“..... consagradas a una especial participación en su misión salvadora... De la forma como Él fue enviado por el Padre, así son ellas enviadas por la Iglesia para dar a conocer, que Él es la revelación de la infinita caridad de Dios hacia los hombres; que Él les ama con un corazón humano; que Él es la respuesta a sus esperanzas, a sus interrogantes, a todas sus necesidades."

3. “Ellas buscan entrar en (su) disposición de humildad... Se esfuerzan en manifestar en toda su vida la caridad, amabilidad y bondad del Señor, que fue manso y humilde de corazón”.

En estas dos relaciones, se aprecia una clara coincidencia en tres puntos:

1. Una profunda solicitud hacia todos los hombres.

2. Una creencia en el amor de Dios, revelado en Cristo, junto con la convicción de que los hombres pueden hallar en Él, la respuesta a sus necesidades más profundas. Como consecuencia de tal constatación, emana la misión de llevar este amor a los hombres.

3. Este amor debe ser revelado mediante la caridad, la amabilidad y la bondad, de aquellos que están llamados a participar en la misión de Cristo, de “revelar la bondad de Dios”.

El mismo énfasis, aparece en los documentos de las hermanas Misioneras del Sagrado Corazón.

Están llamadas -"a amar al pobre con la ternura del corazón de Cristo", reconociendo que "en el mundo de hoy encontramos pobreza de muchas y diversas formas, como son: la inseguridad, el sufrimiento, la soledad, discordias entre naciones, falta de objetivo en la vida, injusticias, opresión, esperanzas fallidas, desesperación, falta de vivienda, hambre y otras formas de necesidad".

- Ellas han aprendido a mirar a la Persona de Cristo, en el que "las ansias del hombre y la bondad de Dios se juntan en una encarnación redentora". Su misión es, proclamar "que Dios en su amor misericordioso está siempre presente en el mundo con Cristo", su servicio consiste en "servir e instruir, animar y consolar, ayudar y sanar”.

"Están llamadas a vivir en una caridad que se traduce siempre en bondad, con un cariño genuino y humano hacia los demás, que muestra siempre respeto hacia su dignidad como personas". Su tradición ha insistido siempre en la virtud de la mansedumbre y de la humildad, que es la verdadera pobreza de espíritu: "Todo lo que somos y tenemos es un don suyo, y así ante Dios nos sentimos conscientes de nuestra nada, totalmente abiertos a Él y dependiendo de su benevolencia”.

Vemos, pues, como convergen las maneras de pensar de las tres ramas. Aceptando las diferencias naturales en el énfasis, notamos que hay tres constantes interés por la Humanidad; creencia en el amor bondadoso de Dios revelado en Cristo; y la llamada a dar a conocer nuestra afabilidad, nuestra "humanidad', por medio de nuestras actividades y de nuestra caridad vivida. Ahora bien, si el carisma del Fundador está vivo en las congregaciones que él fundó, concluimos que el carisma del Fundador contiene de alguna manera esas tres constantes subrayadas.

De hecho, la búsqueda histórica indica que estos eran los constituyentes de la propia visión de su vocación. Los vamos a considerar individualmente, recordando que es a través de la experiencia vivida de un hombre, que se transparenta su inspiración y que se configura su carisma. No hay necesidad de seguir un orden lógico o teológico.

1. Preocupación de Chevalier por la Humanidad

Los documentos más antiguos de la Congregación M.S.C., reflejan la preocupación que sentía Chevalier por "los males de nuestra época" (Le mal moderne). Y fue al ver en la devoción al Sagrado Corazón "un remedio para los males de nuestro tiempo", que se desvivió en organizar una asociación de sacerdotes, para combatir tales males. En su Fórmula Instituti y en sus primeras Constituciones, explicando la oportunidad y los fines de su nueva Sociedad, insiste en que: "La Devoción al Sagrado Corazón se ha revelado como un remedio eficaz, para sanar los males del mundo, que va creciendo en frialdad y se ve afligido por serias dolencias”.

Un documento editado en 1866, como propaganda de los Misioneros del Sagrado Corazón, es muy instructivo en este particular. Las primeras dos páginas y media, están dedicadas a:

I. LE MAL MODERNE (El mal moderno); y le sigue

II. LE REMEDE AU MAL (El remedio a dicho mal).

Los males de la sociedad son enumerados como Protestantismo, Jansenismo y Racionalismo. Sería un error, sin embargo, considerar a estos "ismos" como sistemas impersonales. Él los vio como afectando a personas concretas, dando valores falsos que conducían a un olvido de Cristo y de su amor, conduciendo al rigorismo y a la infelicidad. Detrás de estos sistemas veía "almas muy amadas de Cristo".

Sería también un error creer que Chevalier estaba primariamente preocupado por tales sistemas. En nuestra época de ecumenismo, se nos hace difícil clasificar al Protestantismo como "uno de los males de los tiempos modernos". Estaríamos más preocupados por el materialismo, que por el racionalismo; y aunque coletee el jansenismo, no es una de las mayores preocupaciones de los que se esfuerzan en trabajar para el reino de Dios. Chevalier veía más allá de todo sistema específico, al egoísmo y a la indiferencia", a los que se había propuesto combatir. El egoísmo e indiferencia hacia Dios y los derechos del hombre, tienen hoy día otras manifestaciones externas. Todo el que sienta "interés por la humanidad", sabe donde buscarlas.

El joven Chevalier sentía interés por la gente que sufría de los males de su época. Estaba preocupado por los males sociales de entonces. Sentía especial interés por los pobres, en su "doble indigencia, material y espiritual”, porque ellos son "los amigos privilegiados del Corazón de Cristo". Esos "amigos privilegiados" no son los únicos amigos y el P. Chevalier jamás pensó en limitar el apostolado de su Congregación a aquellos con auténtica pobreza "espiritual y temporal". Porque él sentía que las vidas de todos, pueden quedar enriquecidas por la espiritualidad del Corazón de Cristo.

2. Su descubrimiento (en la devoción al Sagrado Corazón) del «Cristo compasivo», preocupado por la Humanidad

Julio Chevalier se había aprovechado de sus estudios en el Seminario; la escuela francesa de espiritualidad le había ayudado mucho. Pero ni los estudios, ni la espiritualidad habían sido capaces de provocar en su alma la llama que transformaría una respuesta ordinaria y generosa en una gracia carismática. Fue el vivo contacto con la devoción al Sagrado Corazón, lo que la provocó. Antes de este momento había imaginado la práctica de la religión, como un mero deber de la virtud de religión. Era un deber sublime, a la vez que un privilegio singular, que exigía nuestra gratitud y una generosa correspondencia. Sin embargo, la transformación de su propia vida y su inspiración espiritual y apostólica, surgieron sólo cuando "descubrió" la devoción al Sagrado Corazón. Cuando su profesor de teología expuso su tesis sobre el Sagrado Corazón, "con tanta piedad y competencia... esa doctrina fue derecho a mi corazón. Cuando más lo consideraba, más atractiva se me hacía".

Fue mucho más que una reacción emocional a una "devoción privada", cómo algunos están inclinados a pensar, si lo consideran sólo desde el punto de vista de una evolución teológica y bíblica más importante. Para Chevalier fue una experiencia espiritual muy profunda. Unas breves consideraciones nos ayudarán a comprender por qué fue así. Primero, en aquellos días, en muchos seminarios,

- La catequesis se dedicaba al “conocimiento” de las verdades de la fe y a la enseñanza de la observancia religiosa.

- La práctica religiosa, era considerada como un deber consiguiente de la virtud de religión.

- El estudio escriturístico, se dirigía más a la exégesis de los textos, que a los grandes temas bíblicos.

- La teología dogmática hablaba de muchas verdades que debían ser creídas, pero sólo la devoción al Sagrado Corazón daba una visión de toda la religión, porque era el amor revelado de Dios, para que los hombres correspondieran con amor.

Julio Chevalier había aprendido a mirar constantemente a "Jesús que nos guía en nuestra fe y la lleva a la perfección". Había aprendido a admirar a ese Cristo como "luz radiante de la gloria de Dios, y la perfecta reproducción de su naturaleza". Y es ahora solamente que aprendió que la naturaleza de Dios era amor. Fue sólo entonces que llegó a comprender que su único Hijo, concebido desde toda la eternidad por el Corazón de Dios Padre, es el resplandor de su caridad entre los hombres". Y era entonces que "la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador, hacia la Humanidad, fueron revelados " a Julio Chevalier. Había aprendido a conocer a Cristo, el Adorador del Padre; ahora había encontrado a Cristo, "que tenía compasión de las multitudes"; el Cristo que era "capaz de sentir nuestras miserias con nosotros.

Sus nuevos vislumbres, no negaban el conocimiento adquirido previamente. Lo complementaban. Jesús es todavía el único que da una perfecta adoración a Dios.

"El corazón es el punto central de su divina humanidad. Es ahí, en este altar sagrado, donde Jesús ofrece a Dios, su Padre, una adoración que es permanente y digna de su grandeza... Y así es como este divino Corazón es el glorificador por excelencia de la divina Majestad." La religión continúa siendo un deber del hombre y "Jesús es la religión por excelencia". Sin embargo "si la religión es un vínculo, ¿no es acaso un vínculo de amor el único que puede conseguir una unión espiritual? Y si tomamos la palabra «religión» en el sentido de una alianza rota y recobrada, pregunto: ¿no es el amor el que nos ha dado este vínculo, que ha unido los dos extremos que estaban separados... ?

Esta revelación de Cristo en su amor, que era como "la expresión última de todas las cosas", le vino en el momento que estaba más abrumado en su preocupación por los hombres, debido a su indiferencia y frialdad, su temor de Dios. Y es entonces que descubrió a Cristo, que estaba aún más preocupado que él por la humanidad. "Durante su vida mortal, se sentía feliz de prodigar toda la ternura de su corazón sobre los pequeños, los humildes, los pobres, los que sufrían, los pecadores -sobre todas las miserias de la Humanidad. La vista de un infortunio, de una infelicidad, de una pena, despertaba en su corazón la compasión”.

Y así, para él, el Sagrado Corazón estaba lleno "de amor y misericordia”. "El Corazón de Jesús es esencialmente misericordioso.", "La misericordia divina aparece en cada página del Evangelio. "A Chevalier, le atrae especialmente la idea de Cristo como Buen Pastor. Dedica un número de meditaciones a diferentes aspectos de este tema y propone a sus misioneros el espíritu y el ejemplo del Buen Pastor.

A Chevalier le hubiera parecido sin sentido la distinción hecha posteriormente entre ir directamente a la persona de Cristo, o ir a Cristo a través de su corazón. Como hemos mencionado antes, vivió en una época en que el Sagrado Corazón, y solamente Él, reproducía al Cristo compasivo de los Evangelios. Vivió también en una época en que la gente era más sensible a los simbolismos -el símbolo conducía inmediatamente a lo simbolizado aunque en sí mismo no fuera un objeto que llamara la atención. "El Sagrado Corazón es el resumen y expresión viviente de su divina Persona. ¡Oh Dios mío! Vuestro corazón sois Voz. Así pues, su Corazón y el mismo son la misma cosa”.

“Esta divina caridad, considerada en toda su extensión, o sea, en sí misma y en sus diferentes manifestaciones, es el objeto formal... el objeto primario y espiritual del culto al Sagrado Corazón".

Para él no había problema -el pensaba en Cristo, cuyo corazón sentía compasión por las multitudes, el Cristo que porque "era manso y humilde de corazón" podía aliviar la carga de aquellos que recurrían a él, para encontrar descanso para sus almas. Pero un Jesús manso no es un Jesús débil; el Corazón de Jesús posee en grado perfecto las virtudes de "valor, fortaleza, constancia y generosidad”.

Julio Chevalier había descubierto su carisma:

"Una manera particular de mirar a Jesús en los Evangelios, una especial atención o énfasis sobre ciertas maneras de seguirle y un modo concreto de servirle en los demás ". Hemos considerado precisamente su manera particular de mirar al Jesús de los Evangelios. Hemos visto como encajaba con su preocupación por los hombres. El tercer aspecto del carisma de Chevalier podría expresarse así:

3. Una misión de amor; manifestando la bondad de Dios

Esta misión se lleva a cabo, en forma de servicio, y por la manera de servir; con amor y bondad.

a) El servicio. - Consiste en ser misioneros del amor de Cristo, trabajando para liberar a los hombres de los males de su tiempo. Al exponer las razones de la existencia de sus Misioneros del Sagrado Corazón, el P. Chevalier propuso un doble motivo: "Por un lado, la excelencia (de la devoción al Sagrado Corazón) y por el otro la amplitud del mal, del cual es el remedio”. Él creía que este doble motivo justificaba "la fundación de una Congregación especial, cuyos miembros por gusto, por atracción y particular vocación, se consagraran especialmente al servicio del Sagrado Corazón, llegando a ser sus apóstoles, con el fin de aplicar un remedio y propagar sus beneficios”.

Esto puede ser considerado como un doble objetivo, o más bien podríamos considerarlo como la pretensión de concretar todo el mensaje cristiano del amor salvador, en toda la vida del hombre, tanto personal como social. En su libro sobre el Sagrado Corazón, Chevalier da algunas indicaciones de como la devoción al Sagrado Corazón es el remedio de los males de su tiempo. Cita a Mons. Baudry: "Al egoísmo de nuestra época, a sus tendencias sensuales, a su indiferencia religiosa, contrapone el culto que es más abnegado, más puro, más desinteresado, el más tierno y compasivo.

Haciendo una aplicación más concreta, el P. Chevalier indica como su presentación de un Cristo humilde, doblega el orgullo; la obediencia de Cristo, totalmente sometido a la voluntad de su Padre, hace frente al espíritu de total independencia del hombre; la inmensa caridad de Cristo y su deseo de unidad, supera el espíritu de división; y finalmente "la noble y generosa fortaleza de Cristo" nos libra del espíritu de servilismo hacia el Estado, cuando este hace demandas injustas. Mientras se ha de dar al César lo que es del Cesar, los cristianos tienen que tener la valentía de defender las exigencias de la verdad y de la justicia.

b) La manera de servir - en amor y bondad

La primera respuesta a nuestra visión de Cristo en su amor, será naturalmente un amor de reciprocidad hacia El y la participación de su amor con los demás. Le serviremos practicando sus virtudes: su celo por la gloria de Dios, su paciencia, su caridad hacia los demás, su amabilidad, su humildad, su espíritu de pobreza.

"Dios, que es la misma bondad (Deus charitas est), cuyo corazón está lleno de amor por los que lloran, gimen y sufren, quiere ver a sus hijos semejantes a Él. Y cuando encuentra un alma compasiva de verdad, le concede gracias abundantes... "

Como le gustaba a Chevalier la imagen de Cristo como Buen Pastor, es natural que la usara para explicar la manera como sus misioneros debían servir "con la caridad operativa de Cristo hacia los hombres, y especialmente con su inmensa compasión hacia las ovejas extraviadas". "Bondad, caridad, compasión, estas son las virtudes que el Espíritu Santo nos recomienda incesantemente."

¡Una "inmensa compasión", sí, pero que se exprese de la forma más sencilla y humana: una palabra salida del corazón, dicha con interés, con amor, con una bondad compasiva "

"Debemos practicar especialmente la mansedumbre que se nos ha enseñado, prescrita por Jesucristo, como la virtud privilegiada de su corazón... Esta virtud es indispensable... con ella tenemos todas las demás. De hecho, no podemos ser mansos, sin ser humildes, caritativos, pacientes, mortificados, dueños de nosotros mismos y de nuestras pasiones."

La palabra "mansedumbre" no llega a expresar la virtud total que Chevalier tuvo en su cabeza. Fue la fortaleza, lo que nos permitió dominar el orgullo, la impaciencia, la fatiga; es estar poseídos por la fe, de que cada hombre es "mi hermano, en el pleno sentido de la palabra", y entonces dirigirse a él con inagotable bondad y la aceptación total de su persona. Esto no se encuentra expresado en ningún lugar mejor que en el texto de las Constituciones M.S.C.: "A fin de mostrarse verdaderos discípulos de Aquél, que se proclamó a sí mismo manso y humilde de corazón, unirán la máxima mansedumbre hacia sus prójimos, con una profunda humildad y completo olvido de sí mismos. En nada pondrán tanto interés como en persuadir a los hombres de que el yugo de nuestro amantísimo Salvador es suave y su carga ligera. Siguiendo las huellas del Buen Pastor, ganarán a sus ovejas con bondad, atrayéndolas con los lazos del amor. Si fuera necesario las cargarán sobre sus hombros. Impugnarán con todas sus fuerzas, el espíritu opuesto de temor y rigorismo, con el que Jansenio hizo tanto daño a la Iglesia. "

Aunque todas estas cosas fueron escritas más tarde, no son más que la expresión de lo que vio en esencia, cuando siendo seminarista, descubrió el carisma de su propia vida. Es muy significativo el ver como carácter de Chevalier quedó' de repente poseído de este carisma, y su conducta enteramente informada por él. La doctrina del Sagrado Corazón, él había dicho, fue derecha a mi corazón. Pero no fluyó inmediatamente de su corazón, para traslucirse al exterior de su persona. En sus esfuerzos para vivir su vida espiritual, se volvió severo, "serio, tieso como un palo en sus relaciones con los demás, taciturno”. Fue entonces cuando hizo el retiro para la ordenación de subdiácono y se operó aquel pequeño milagro ante los ojos de sus compañeros de seminario. "El día de su ordenación, escribió el P. Piperon, aún sorprendido, apareció completamente transformado... un hombre enteramente renovado, un subdiácono jovial, amable y siempre sonriente. Nos maravillamos de un cambio tan súbito, operado en aquellos pocos días de retiro y por la gracia de las Sagradas Ordenes. El Rdo. Chevalier había comprendido que para hacer el bien, hay que hacerlo de un modo atrayente, por medio de la bondad acompañada de santa alegría, y trato agradable. Una vez tomada esta resolución, la mantuvo con su habitual determinación, sin un solo fallo. Desde este momento creció su influencia. Los que antes le habían esquivado, se sintieron ahora atraídos hacia él, por su jovialidad y conversación amable, que él siempre sabía derivar hacia Dios para el bien de los oyentes."

Después de cincuenta años, la sorpresa de esa transformación y su constante continuidad, persistía aún en la mente de Piperon: "Todavía hoy, escribió, después de cincuenta años, le encontramos siempre bueno, compasivo, amable con todos los que se acercan a él. Se ha hecho todo a todos, a fin de ganarles a Cristo. Este es el gran secreto de como atrae hacia sí tantas almas de todos los países. Nadie se aparta de él, sin llevarse consigo una palabra amable o consoladora y una determinación de ser más bueno.

Durante sesenta años, el P. Chevalier vivió "su carisma de bondad".

ESPIRITUALIDAD DEL P. CHEVALIER

Un carisma se expresa viviendo íntegramente la espiritualidad cristiana. A la vez que da un tono especial a su visión del misterio cristiano y destaca ciertos acentos y prioridades en la práctica de la virtud cristiana, tiene que abarcar todo el conjunto. No puede excluir nada que fuere vital o esencial a la espiritualidad cristiana. A los maestros de novicios y educadores en la espiritualidad, les es necesario precisar todos los detalles. Pero no es necesario, ni nos es posible hacerlo ahora. Además, como ha advertido un autor espiritual, existen tantas espiritualidades, como seres humanos. Incluso dentro de una congregación religiosa, cada miembro aportará a la espiritualidad del Instituto sus propios dones espirituales. Además, toda tentativa de reunir todas las consecuencias de la espiritualidad derivada del carisma de Chevalier, sería o reiterativa, o incompleta.

Hay, sin embargo, algunos puntos especiales, que nos parece importante tratar brevemente. Primero la cuestión de la:

Misión

Para su propio Instituto, el P. Chevalier escogió el título de Misioneros del Sagrado Corazón y no fue escogido a la ligera. Al descartar otros títulos posibles, como Sacerdotes del Sagrado Corazón, estaba tratando de expresar una visión especial de su carisma. No usó el término en sentido restrictivo de una misión hacia aquellos que aún no han recibido el Evangelio, o para las iglesias de otros países. Este sentido más estricto del apostolado misionero, ya lo tenía en su mente desde los días en el Seminario, y ha sido considerado como un apostolado especialmente importante de la congregación, que él fundó. Sin embargo, él usó el término misionero, en el sentido más amplio de ser enviados a los que tienen necesidad, para llevarles "los tesoros de amor y misericordia del Corazón de Jesús».

Sin embargo, yo me refiero a un aspecto de esta "misión", que se dirige a Aquél que envía a los misioneros (porque "misionero" significa "el que es enviado"). Aquí, creo yo, el P. Chevalier tenía ya cierta intuición de una verdad, que ha sido acentuada por los teólogos del pos-concilio, sobre la vida religiosa activa.

"Toda comunidad apostólica, tiene que basarse y conformarse más en el ejemplo del mismo Jesús, en el cumplimiento de la misión que recibiera como Hijo del Padre.»

"Los religiosos apostólicos son como Cristo, enviados por el Padre, unidos a Él por la acción y oración, movidos por su Espíritu. "El P. Chevalier había escrito: "Él, Jesús es el primer misionero del Sagrado Corazón. Él fue el primero que dio a conocer a los hombres el amor que sentía por ellos. En todo lugar, siempre, en todas sus acciones. Él está entregado a esa misión, que ha venido a cumplir en la tierra."

Al considerar su vocación al apostolado, el P. Chevalier examina el origen de su misión -la misión de Cristo, en la que está invitado a participar. Para él, esto era más que una especulación teológica de la verdad. Era un convencimiento de la realidad en la que se había formado.

Empezó (como muchos de sus contemporáneos habían empezado), por una profunda preocupación por los hombres, por su falta de fe y amor y valores cristianos. Pero durante cierto tiempo no veía la manera de atender efectivamente a tales necesidades. Entonces descubrió a Cristo que era compasivo, que más intensamente que él, había sentido esta preocupación por la humanidad. Y mientras constataba que su propia preocupación era impotente, comprendía que el amor de Cristo era Redentor:

"Su amor ha salvado al mundo, su sangre lo ha purificado, su gracia lo ha transformado y su ternura lo conserva.” Su propia sensación de impotencia, desaparecía con la sensación de que estaba llamado a trabajar como instrumento del poder salvífico de Cristo, para ser enviado, como Él fue enviado, con el poder y el amor del Padre.

"Esto es lo que Jesucristo hace para la conversión de las almas: nos invita a todos a unir nuestros esfuerzos a los suyos, para que trabajemos con Él, para convertir a las almas que están descarriadas." De esta forma nos elevamos por encima de un esfuerzo meramente humano. "Nos esforzamos en reproducir en nuestros corazones, los sentimientos del Corazón de Jesús... ella (la vida interior) reproduce a Jesucristo en nosotros de un modo más total, nos hace vivir con su espíritu y con su vida.” Esto no es meramente para la vida personal del individuo, sino también para el ministerio del apóstol, donde "no es el hombre, sino Dios mismo quien actúa, habla y santifica ".

Muchas de esas verdades eran reminiscencias de lo que había aprendido en la Escuela Francesa de espiritualidad. Gradualmente fueron hallando su sitio en su espiritualidad del Corazón de Jesús. Así fue como su preocupación por la humanidad, se transformó en misión. Ese interés humano por los demás, el deseo de hacer algo para su bienestar, es en sí un don de Dios. Pero fácilmente podría reducirse a una preocupación demasiado humana, sobrecargada de ansiedad, insatisfacción e incluso desaliento, al no conseguir resultados. Para Chevalier, la realización de las verdades que hemos consignado, transformó su preocupación humana, por medio de su valuación de la naturaleza de la misión de Cristo, a la que estaba llamado a participar. Él entrevió, que si Jesús hubiese alguna vez dejado de vivir su íntima relación personal con su Padre celestial, su "trabajo apostólico", hubiera sido inútil. Su obra fue salvífica, porque unido como estaba con el Padre en divina Filiación, atrajo a los hombres al Padre, al atraerles hacia sí. Era sólo por medio de su unión con el Padre, que él sería el dador del Espíritu. Todo apostolado es una participación en la acción apostólica de Jesús, originada en el Padre y con la fortaleza del Espíritu. Así también, todo religioso activo, necesita un gran caudal de oración y contemplación, que le mantengan en contacto constante y viviente con Aquel, que es la fuente de su misión. Si no, aunque puedan ser operarios independientes, nunca serán misioneros en el verdadero sentido de la palabra.

Fiel a su tradición sulpiciana, el P. Chevalier sabia que si sus Misioneros querían que Cristo trabajara por medio de sus manos, ellos debían tenerle a Él delante de su vista y en sus corazones, por medio de la oración y contemplación. Sólo entonces se sentirían seguros de que habían entrado en su misión, dejándole que amara a través de sus corazones, dejando que su afán por la Humanidad, resplandeciera a través de su bondad humana.

Por esto escribiría que sus misioneros deben "unirse al Corazón divino, dejarse penetrar de sus sentimientos, cooperar como dóciles instrumentos a los designios de misericordia... Hablando de su propia misión, Cristo había dicho: “El que me envió está conmigo, nunca me ha dejado solo... No estoy solo porque el Padre está conmigo.” Por eso, para el P. Chevalier la necesidad de no quedarse solo, la necesidad de tener a Cristo consigo, era vital según su concepción de Misión.

Cuando llegó a comprender lo ancho y profundo del amor redentor del Padre, revelado en Cristo, la Persona de Cristo (vista a través del símbolo evocador y bíblico de su corazón), dominó su visión de una forma nueva. Esto no significa que los hombres contaran menos, sino que Cristo significaba más. Su interés por los demás no disminuyó, pero tenía menos ansiedad sabiendo que el interés de Cristo desbordaba el suyo. Aumentó su confianza, porque vio que lo que había sentido, era sólo una parte del interés de Cristo por la Humanidad; y lo que pudo haber sido una preocupación exclusivamente humana, lo convirtió en misión, porque lo vio como una vocación, el dejar que Cristo amara a través de su corazón humano y trabajar y vivir y orar, para que todos pudieran ver como Dios amó al mundo.

Con esto, todo estaba ya a punto para buscar que otros se unieran a él. Porque incluido en su carisma de Fundador, había el impulso y la habilidad de conseguir que otros participaran de su idea y respondieran a ella. A pesar de la oposición del P. Champgrand, su primer bienhechor, fue intransigente sobre el punto de que su vocación era la de fundar una "congregación religiosa", no meramente una agrupación de sacerdotes... Aquí, pienso, yo, va contenido un elemento de la doble intuición que tenía, al insistir que la suya, sería una congregación de misioneros. Por un lado, (como tuvo que insistir ante las quejas de un miembro) "somos misioneros, no contemplativos". Y por el otro (como los teólogos defenderían después) una profesión religiosa es "consagrarse a una misión". Quería compañeros que fueran más que hombres de acción; quería hombres que se dejaran atraer hacia Cristo, para participar de su interés por los demás, de tal forma que su propio deseo de ayudar a otros y su preocupación humana, pudieran ser asumidos por Dios y convertirse en Misión. Su interés y ansia de acción, serían así purificados y fortalecidos, al quedar consagrados por la profesión religiosa.

"Conságralos en la verdad... Como tú me enviaste al mundo, así yo les he enviado también al mundo y por su causa me consagro a mí mismo, para que ellos sean también consagrados en la verdad." Es más cierto decir que en la profesión religiosa Dios nos consagra a Él, que decir que nosotros consagramos nuestras vidas a su servicio. Igualmente en la cuestión de misión, ciertamente podemos decir que hemos sido enviados por Cristo, pero aún es más exacto decir que hemos sido llamados a participar de Su misión, en el amor del Padre -de tal forma que nuestra misión es real en la medida que Cristo vive en nosotros y trabaja a través de nosotros. Parece que fue en esta perspectiva, como el P. Chevalier vio su propia misión y la de los miembros de su congregación misionera.

Parece que hubo dos etapas sucesivas en la visión espiritual de Chevalier. (Anotemos inmediatamente, que son complementarias y no contradictorias). En la primera etapa, lo que parece dominar, es el interés por la Humanidad, la preocupación por "el mal moderno". En la segunda la Devoción al Sagrado Corazón. En esta segunda etapa, a veces da la impresión que siente mas compasión por el pastor abandonado, que por la oveja descarriada.

"El Sagrado Corazón, fuente de Luz, de Verdad y de Vida, no es suficientemente conocido, ni suficientemente amado. " Es natural que Cristo llegue a adueñarse de la vida de todo apóstol verdadero, como dominó la vida de Pablo. Esto no le hace menos apóstol. Y no es que la gente llegue a contar menos, es sencillamente que Cristo cuenta mucho más. Y el carácter complementario de las dos etapas es evidente, si recordamos, que el Cristo que dominaba la visión de Chevalier, era el Cristo compasivo con las muchedumbres, Cristo el Buen Pastor, el Cristo cuyo corazón estaba lleno de amor y misericordia por la Humanidad. Ahora se siente menos apremiado hacia el hombre -pero se siente apremiado inexorablemente por la "caritas Christi", para consumirse por la causa de Cristo.

La urgencia de este impulso aparece en las palabras escogidas y hasta en cursiva, en el siguiente texto, que trata de la nota característica de la Congregación M.S.C. (palabras que por sernos tan familiares, puede que hayan perdido algo de su fuerza):

"Un amor verdadero, sincero y siempre ferviente hacia el Verbo Encarnado (en cursiva en el texto), que mientras será para todos los miembros el sello de su santidad, les impulsará a revestirse de los sentimientos y virtudes del divino Corazón y les comunicará la caridad operativa de Cristo para con los hombres y especialmente aquella inmensa misericordia hacia las ovejas perdidas." En una respuesta ferviente al Evangelio, todo amor por Cristo debe conducir a un interés por la Humanidad, y todo interés cristiano hacia los hombres, nos acercará a Cristo. He aquí porque yo pienso, que se pueden tener dos apreciaciones de la espiritualidad M.S.C. y eventualmente veremos como las dos se confunden en una sola.

La primera empezaría con el texto de San Juan: "Hemos llegado a conocer el amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él.

La segunda es una respuesta a la exhortación de San Agustín en sus confesiones: “Regresa a tu corazón y encuéntralo allí." Partiendo del pensamiento de San Juan, podemos establecer una espiritualidad M.S.C., en cuatro aspectos diferentes de la fe en el amor de Dios:

1. Hemos creído en el amor que Dios nos tiene a cada uno de nosotros. Esta es una viva experiencia de fe, que ha provocado la entrega de nuestros corazones a Cristo. De esto fluye una vida de entrega personal a Cristo y a su reino.

2. Hemos creído en el amor de Dios hacia los hombres -un amor que daría a sus vidas significado y finalidad, si lo aceptaran. Y ahí está la fuente de todo esfuerzo misionero y apostólico.

3. Porque creemos en este amor de Dios hacia todos los hombres, que Dios quiere que se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, porque creemos que ese amor actuará por medio de aquellos que le consagren su vida, tenemos la confianza de que si trabajamos con determinación y perseverancia, Dios dará el incremento.

4. Y si nosotros formamos un grupo, que se ha congregado porque todos sus miembros "han creído en su amor", reinará entre nosotros una caridad fraternal.

Estas verdades pueden enumerarse fácilmente. Pueden ser vividas superficialmente; pero pueden constituir una espiritualidad fuerte y satisfactoria, si nos hemos tomado la molestia de "ponderar estas cosas en nuestro corazón". Con S. Agustín, tenemos que volver a nuestro propio corazón, para encontrar a Dios; y tenemos que haber escuchado los gritos de tantos corazones humanos y las profundas necesidades del hombre: los interrogantes, la ansiedad, la necesidad desesperante de un sentido de la vida, de un amor que sea real, ennoblecedor y enaltecedor. Tenemos que haber comprendido como la duda y la oscuridad oprimen, a veces, pesadamente, el espíritu humano.

Y cuando decimos, que hemos aprendido a creer en el amor de Dios, manifestado en Cristo, expresamos la convicción de que este amor es capaz de dar sentido y finalidad a toda vida humana, que puede ser la respuesta a los profundos interrogantes del hombre y el descanso del inquieto corazón humano.

Esto implica que vivamos lo que yo llamaría una espiritualidad del corazón". Esto significa que:

a) Tenemos que bajar a las profundidades de nuestra propia alma, con la constatación de nuestras profundas y personales necesidades, de vida, de amor y de verdadero sentido de la vida.

b) Tenemos que encontrar en el Corazón de Cristo, por medio de la fe y de la reflexión, la respuesta a nuestros interrogantes, es decir, en las profundidades de su personalidad, donde las ansias del hombre y la benignidad de Dios se encuentran en una encarnación redentora.

c) Y así, conformados por estas fuerzas, nuestro corazón será un corazón compasivo, que estará abierto, que vibrará, que se entregará a nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

d) No nos descorazonaremos, ni desanimaremos, delante de las dificultades. Seguimos a Cristo que amo con un corazón humano", como nos recuerda el Vaticano II; Él compartió nuestra Humanidad, para que podamos conocer, que por encima de nosotros todos está el infinito amor del Padre. El día escogido por Dios, el amor omnipotente de Dios triunfará. Es en este amor, en el que hemos aprendido a creer.

Valor

"Valor, fortaleza, constancia", estas eran las virtudes que Chevalier consideraba como virtudes del Corazón de Cristo, porque expresan las verdaderas cualidades del amor. El mismo tuvo esa valentía de acometer, por la causa de Cristo, empresas difíciles -era una valentía basada en "la creencia en su amor". Por ejemplo, a la propuesta de aceptar la vasta misión de la Micronesia y Melanesia, escribió el 25 de junio de 1881, refutando las objeciones del P. Guyot:

"Nuestros religiosos... sin ser águilas, ni santos... están lejos de ser inferiores a otros, en devoción, obediencia... Aceptaremos esta misión, porque el buen Dios siem­pre bendice y recompensa la obediencia y el sacrificio."

Tenía la valentía de ser constante y de perseverar en medio de las múltiples dificultades encontradas en el curso de su vida.

Tenía la valentía de confiar, aunque otros no lo hacían y a pesar de que otros creían que no había futuro para la vida religiosa, a lo menos en Francia. El 4 de abril de 1906, escribía al P. Carriére, Provincial de Francia:

"...la fe no está muerta... ¿De dónde ha sacado el P. Meyer la idea de que a las Ordenes Religiosas, ya les ha pasado su época, o que no pueden revivir de nuevo? Olvida que la vida de perfección, es una parte esencial de la Iglesia...

Obediencia y mutua caridad

Esta yuxtaposición de ideas, puede parecer poco ortodoxa. En consecuencia, los que tienen una pasión por una clasificación más adecuada, han tratado de mejorar el texto de Chevalier, considerando a la obediencia como parte de los votos, mientras que dejaban a la mutua caridad, como parte del espíritu de la Congregación, o parte de la vida de comunidad. Al hacer esto, quitamos parte del sentido y valor de lo que Chevalier quería decir. Para él, la obediencia estaba íntimamente relacionada con su carisma y "obediencia en la mutua caridad" es el punto fuerte de su concepción de la vida religiosa.

De la Escuela Francesa había aprendido a saborear el texto de la carta a los hebreos, donde Cristo dice, que ha venido al mundo: "para hacer, Oh Dios, tu voluntad”, y el Salmo 40, al que se refiere: "Me complazco en hacer, Dios mío, tu voluntad, tu ley está dentro de mi corazón."

Tanto por las mismas palabras, como por el contenido, estos textos encajarían fácilmente en su visión del Corazón de Cristo. La obediencia, al igual que la humildad, mansedumbre, caridad, fue considerada como virtudes características de los que aspiran a ser Misioneros del Sagrado Corazón. Tenían que tener siempre presente el ejemplo de Jesús, que fue obediente hasta la muerte.

El P. Chevalier escribió: "Los que entran en nuestra Sociedad, pueden permitir que otros les superen en ciencia, mortificación, pobreza; pero cuando se trata de obediencia y mutua caridad, no permitirán que nadie sea mejor que ellos. "Primero, toma un texto de San Ignacio y lo altera de tal suerte, que haría estremecer a un jesuita (porque, ¿cómo podría un jesuita consentir por las buenas ser un segundón en ciencia?). San Ignacio exigía la obediencia y negación de su propia voluntad y juicio, dos cosas que tienen obviamente el mismo sentido. Pero mucho menos lo tienen "la obediencia y la mutua caridad". Sin embargo, el P. Chevalier no estaba aquí cosiendo un parche nuevo en una prenda de diferente color prestada por los jesuitas. Él intentaba establecer un punto bien definido.

Para valorar lo que era dicho punto, necesitamos comprender, que en aquel momento estaba reduciendo su dependencia de los jesuitas. Les había pedido ayuda para fundar y configurar su nuevo Instituto. Se la habían prestado generosamente y su asistencia fue invaluable. Naturalmente Chevalier tuvo que pasar por la fase de imitar mucho de lo que ellos hacían, copiando sus reglas y prácticas. Pero si su Instituto tenía que progresar, su propio carisma tenía que expresarse más claramente, dando forma a sus documentos y constituciones. Creciendo, pues, en la independiente conciencia de su propia identidad, incluyó acentos nuevos, y sustituyó viejas expresiones. Es claramente evidente la eliminación de todas las imágenes militares. "El ejército bien disciplinado", se convirtió en comunidad apostólica, unida y vivificada por el amor. Los miembros comprendieron que el ondear de una bandera militar espantaría a las ovejas, en lugar de atraerlas "con los lazos del amor".

Es a la luz de esta transición, como comprendemos porque Chevalier une la obediencia con la mutua caridad. "Entendemos que el P. Chevalier insistió mucho en la importancia de la obediencia, sobre todo en un instituto en que el fin primario no es el servicio (en el específico sentido ignaciano), sino el amor de Dios, si es que este Instituto tiene que perdurar y llevar a cabo su misión. Porque si otros Institutos cuentan además de su espíritu, con una rígida organización para el servicio de Dios, en cambio un Instituto como el suyo, tiene que encontrar su fuerza por encima de todo en su verdadero espíritu. "

"Comunidad", para un instituto apostólico, nunca puede consistir sólo en una agrupación de personas, que son amables mutuamente. Hace falta que estén fuertemente unidos en la caridad de Cristo. Hace falta que puedan contar con la generosa cooperación de sus miembros en la "obediencia y mutua caridad". Para ello, únicamente se sentirán ayudados, si viven para Cristo, que vino no para hacer su voluntad, sino la voluntad del Padre.

Renuncia

"El elemento que se ha comprobado es el único que constituye la verdadera esencia de toda espiritualidad, es el ritmo vital compuesto de renuncia y positiva unión... Ninguna espiritualidad puede ser real fuera de este ritmo (manifestado por estas palabras de Cristo: "Si alguno quiere ser mi discípulo, que renuncie a sí mismo y tome su cruz", lo cual constituye el lado negativo, "y que me siga", en que consiste el lado positivo)".

Hemos visto los elementos positivos del carisma del P. Chevalier. Pueden aparecer muy atrayentes. Pero también pueden ser tremendamente exigentes; y esto, el lado negativo de la renuncia, no debemos olvidarlo. Si no, convirtiésemos las enseñanzas de Chevalier en algo parecido al "algodón dulce", esa golosina que tanto aman los niños, que es todo dulzura, pero sin sustancia.

La suya tenía que ser una congregación basada en la caridad y en una obediencia modelada en la de Cristo, obediente hasta la muerte. Él sentía una viva preocupación hacia los hombres, que se traducía en una total disponibilidad, en la diaria y constante entrega a su apostolado.

Se sentía fascinado por el amor de Cristo, pero era solamente al mirar la profundidad de la herida del costado de Cristo, que uno podría valorar su amor.

El suyo, era un carisma de bondad. Esto exigía mucho más que ser amable con la gente simpática: "Existen dos clases de amabilidad, que no debemos confundir. Una, deriva de la gracia y de los esfuerzos hechos para conseguirla. La otra procede de la naturaleza y es resultado del temperamento. Esta última, si no se la perfecciona por medio de una seria virtud, degenera fácilmente en indiferencia. Hace al carácter, blando, indolente, apático. El alma queda sin fuerza y energía... lo llamado ser de "buena pasta", es una falta contra la que debemos reaccionar, no es una virtud. En cambio, la virtud que el Señor nos recomienda, es muy diferente: es el fruto de la oración y de generosos esfuerzos; caracteres vivos e impacientes, tienen que hacerse violencia para conseguirla... Esta virtud no es connatural al hombre, hacen falta constantes esfuerzos para conseguirla, con la ayuda de Dios. De nacimiento somos violentos, irritables, inclinados a dejarnos llevar... La oposición nos irrita, la resistencia nos inflama y la contradicción nos enoja. ¿Por qué? Porque nuestra naturaleza está viciada y nuestro corazón está lleno de orgullo. Es imposible para un hombre orgulloso ser amable, como lo es para un irascible ser humilde.

"Esta es la razón por la que Nuestro Señor une la bondad con la humildad y recomienda estas dos virtudes, de un modo especial: Discite a me quia mitis sum et humilis corde. Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón."

No hay necesidad de especificar los detalles de la renuncia, que exigía la espiritualidad de Chevalier. Pero para decirlo todo de una vez, hemos de notar, que lo consideraba como un principio siempre en vigor.

¿Devoción al Sagrado Corazón?

Hemos visto el carisma del P. Chevalier, que consistía en:

a) Ver a Jesús en los Evangelios, desde un ángulo muy peculiar: el Jesús compasivo, el Buen Pastor, el que revela el amor de Dios hacia nosotros, y

b) Un acento especial en la forma determinada de seguirle, de servirle, en la persona de los demás: como misioneros de su amor, en caridad y amabilidad.

La visión total y respuesta nuestra, han quedado indicados en las páginas precedentes.

Para el P. Chevalier, todo esto era vivir la devoción al Corazón de Cristo y ser un apóstol de su devoción. Pero queda el interrogante: ¿Hasta qué punto la devoción al Sagrado Corazón es parte de su carisma? ¿Hasta qué punto esta devoción es tal vez, sólo "la expresión condicionada histórica y culturalmente, en su propio lenguaje, en su propia época” de unas realidades bíblicas y espirituales, que podrían ser expresadas de otra manera? Estas son las cuestiones que pueden ser contestadas solamente por los miembros de su Congregación, que viven hoy su carisma. Recientes documentos e investigaciones, parecen dar la respuesta a esos interrogantes. Sería una pena, sin embargo, que la discusión de esos puntos, oscureciera la luz de la visión de Chevalier, o disminuyera el dinamismo del carisma que era tan peculiarmente suyo.

Reparación

¿Qué lugar ocupa la reparación, en la espiritualidad del P. Chevalier? Antes de contestar a esta pregunta, debemos responder a otra: ¿ Qué lugar le corresponde a la reparación en la devoción al Sagrado Corazón? Desde el tiempo de Santa Margarita María, se dio mucha importancia a la reparación. En cambio se dio poco valor a la distinción hecha en la teología dogmática, entre gracias místicas y gracia carismática. Esta última se recibe para el bien de los demás. Las primeras se dan a un individuo, para ayudarle a responder a una vocación particular. Cada místico es una persona especial, con una muy especial y a veces muy singular vocación en la Iglesia. Mucho de lo que Santa Margarita María escribió, no era más que la relación de las gracias místicas particulares -muy diferente del contenido de las "revelaciones" que contenían el mensaje para todos. Sus gracias especiales y privadas, no eran para el uso común. Sin embargo, debido a la gran avidez de gracias místicas en aquella época, no hubo la suficiente selectividad al publicarse el mensaje de Paray-Le-Monial. Tenemos, pues, que hacer algunas distinciones:

1. La invitación a "consolar al Corazón de Cristo", envuelto en un lenguaje muy común a los místicos, fue dirigida a la generosidad de la misma Santa. Los conatos para introducirlo en la piedad "ordinaria", han producido a menudo complicadas y sentimentales expresiones con relación a Cristo. Este aspecto no es ciertamente parte de "la Devoción al Sagrado Corazón", incluso en la forma como lo enseñó Santa Margarita María.

2. Hay, además, el aspecto jurídico: "esto viene más del jansenismo que de las revelaciones de Paray... alguien debe tomar el puesto del pecador y merecer su salvación, con sus oraciones y sufrimientos. Tal concepto de reparación olvida la insistencia y las larguezas del amor misericordioso. Para insistir mejor en el precio que hay que pagar, dan demasiada importancia al pecado”.

3. "Nos equivocaríamos pues, si hiciéramos consistir la reparación en la contemplación de un Cristo dolorido, seguido de ejercicios especiales de reparación".

4. Nuestra devoción es en sí misma una AUTENTI­CA REPARACIÓN, pues es la entrega de nuestra persona al Corazón de Jesús, por la fe en su misericordia, con la paz de un alma que se abandona a Él; es, sobre todo, el mismo Corazón de Jesús, víctima por nuestros pecados, pero también satisfacción por nuestros pecados. Él y solo Él, puede reparar por nosotros. Esta reparación se consigue en el sacrificio de la Misa. Cristo, allí, se ofrece a sí mismo al Padre; nosotros le ofrecemos; y nos ofrecemos a nosotros mismos con Él. "

Esta ofrenda significa (siempre como parte de una "auténtica reparación"), que en nuestra vida cotidiana debemos vivir el misterio del "Cristo total" o del Cuerpo Místico.

- Uniendo nuestras penas y alegrías a las del Señor.

- Orando, asociándonos a los otros hombres en el "perdona nuestros pecados" y

- Combatiendo el pecado, en nuestra propia vida y en la del mundo que nos rodea.

Es suficientemente claro, que esta es la sola "reparación auténtica", que está de acuerdo esencialmente con la espiritualidad del P. Chevalier. Naturalmente, en su época, él citaría a Sta. Margarita María en sus libros y otros escritos. Sin embargo, en la devoción de Paray: "El aspecto esencial es el amor del Corazón de Cristo, que procede de la contemplación y adoración de su imagen simbólica, seguida de la consagración de nuestra vida, como respuesta a este amor. El aspecto de la reparación, se ha añadido sólo como filigrana en el conjunto de la devoción. (Esto, repitamos, en lo que se refiere a nosotros; para Sta. Margarita María era completamente diferente)". Este aspecto de la devoción, coincide con la visión que le inspiró el deseo de llegar a ser un apóstol del Corazón de Cristo. Este deseo, dice él, le vino después de leer la vida de Sta. Margarita María, escrita por Mons. Languet y que le entregó su confesor. Dicho libro tiene una hermosa nota introductoria sobre la Devoción al Sagrado Corazón, y que aún hoy día da gusto leer. Esta llena del gozo que proviene del descubrimiento del amor de Dios, revelado en Cristo y de la "infinita ternura hacia nosotros de este Dios encarnado, para nuestra salvación". Cada hombre, al expresar sus sentimientos, reflejará la cultura de su época. Y el P. Chevalier, no pudo siempre hacer la distinción entre las gracias místicas de Sta. Margarita María y su mensaje para el gran público. Podemos fácilmente dejar de lado las cosas accidentales, procedentes de la cultura de su época. Porque está bien claro, que el P. Chevalier no era un "místico de la consolación"; fue un místico de la misión de amor y misericordia. Y fue también por el influjo continuado de la Escuela Francesa, un místico del culto, de la adoración y de la alabanza.

Nota sobre Nuestra Señora del Sagrado Corazón

La devoción del P. Chevalier a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, ocupa un lugar relevante en su vida y en su obra. Escribió un libro sobre Nuestra Señora del Sagrado Corazón y no hay necesidad aquí de escribir otro. Señalaré solamente, lo que se puede deducir de dos hechos. Primero, su "visión» fue la del Sagrado Corazón, o Cristo en su amor y el mundo en la indigencia. María encontraría naturalmente su lugar en el conjunto de esta visión: próxima a Cristo y entre El y el mundo necesitado. Si concentramos nuestra atención sobre Cristo, en el misterio total de su amor "en todas sus manifestaciones", veremos a María como afectada también por el resplandor de todo ello. Si miramos hacia el mundo necesitado, vemos que María, participando en la solicitud de su Hijo por el mundo, atraerá sobre el mundo necesitado, todas las gracias y el amor, que está capacitado para recibir.

Por eso es fácil entender, como algunos deducirían que la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, consistiría principalmente en su oficio de mediadora de la gracia y ayudando a la Humanidad. Pero es también fácil constatar, como esto provenía de ver sólo la mitad del cuadro, que integraba la visión total del P. Chevalier. Dentro de esta visión, María es obviamente la Mujer "revestida con el esplendor" de las múltiples manifestaciones del amor del Dios revelado en el Corazón de Cristo.

Julio Chevalier, un Hombre con una Misión (E. J. Cuskelly MSC)

6

Un espíritu compartido

1. LAS HIJAS DE NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN

En París, 1865, una comunidad religiosa de mujeres se desgajó del instituto de origen, haciéndose independiente. Lo hizo con el consejo y la aprobación del Arzobispo Darboy, de París. La nueva comunidad adoptó el titulo de Hermanas del Santo Nombre de Jesús, con residencia en la Rue de Vanves, París. La razón de tal acción había sido, que el Instituto de origen, las Damas de Jesucristo, estaba infeccionado de jansenismo. La nueva comunidad, con la Madre María Francisca -Francine Lefebvre-Duruflé- como superiora, cultivó una fuerte devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. El Padre Víctor Jouët fue a presidir la erección de su estatua en la capilla del jardín. La comunidad se hizo muy amiga de los Padres M.S.C.: hicieron estandartes para la peregrinación a Issoudun del 8 de septiembre y se volvieron celosas promotoras de la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

No obstante, descubrieron que resultaba más fácil romper con una vieja forma de vida, que encontrar un puesto, totalmente nuevo, en la Iglesia y en el mundo.

Las hermanas estaban dudosas en cuanto a su futuro. En su búsqueda de un camino más seguro, estaban considerando un detalle informativo, que una de ellas había recibido del P. Piperon. Se trataba de que el P. Chevalier abrigaba esperanzas de fundar algún día un grupo de hermanas dedicadas a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. ¿Por qué no pedirle que las aceptase como los primeros miembros de su nueva Congregación? Y esto es lo que decidieron hacer finalmente.

Esto parecía que daba por fin al P. Chevalier, la solución de un problema que le había preocupado durante algunos años. Hacía tiempo que había deseado ver establecido un instituto femenino, paralelo a su instituto de hombres. Pero un hombre no puede convertirse en Madre Superiora; tiene que encontrar a alguien que pueda serlo. En el difícil periodo de los primeros años de un Instituto, todo depende de la figura central del Superior. En gran medida su poco éxito se debía a no encontrar tal persona, lo que causó el fracaso de anteriores tentativas de llevar a buen término la Congregación que deseaba. Ahora, parece que había encontrado en la Madre María Francisca, la persona adecuada y en su grupo de Hermanas, el núcleo ya organizado, para una nueva Congregación religiosa.

El P. Chevalier aceptó, en consecuencia, la proposición de la comunidad parisina... pero con unas condiciones muy precisas. Serían los primeros miembros de una congregación nueva: las "Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón". Debían, por tanto, aceptar cualesquiera cambios que les fueran exigidos en su espíritu, regla y actividad. Las hermanas ya profesas, habrían de pasar un período de formación para reajustarse a las circunstancias de su nuevo estilo de vida. Las postulantes y novicias recomenzarían "da capo" el postulantado y noviciado, respectivamente. Las hermanas se hallaban tan felices de ser aceptadas y ayudadas por el P. Chevalier, que abrazaron con alegría estas condiciones como primeros pasos para adquirir su nueva identidad.

Entre los muchos talentos del P. Chevalier, se contaba el don de hacerse amigo de condes y condesas. Uno de tales amigos era la condesa Pirinoli, de Turín, a quien decidió invitar por este tiempo, para que asistiera a la peregrinación a Issoudun. Al venir ella, le habló de las cosas que allí se estaban realizando. Le explicó también que, aunque tenía las monjas para su nueva Congregación, no tenía todavía convento. Tenía echado el ojo a una casa muy apropiada, el número 10 de la plaza Vouet, pero no tenía dinero para comprarla. Conforme había espera­do que sucediera, la condesa le ayudó a resolver su problema financiero.

Tenía las monjas y el convento; y también un apostolado muy apropiado para sus hermanas. Una joven de Issoudun, Luisa Baptiste, quería entrar en la nueva Congregación y que las hermanas dirigiesen el internado de chicas que hasta el presente había estado a su cargo.

El domingo, 30 de agosto de 1874, los fieles de la misa de 8 en la Basílica quedaron bastante sorprendidos al descubrir que una nueva congregación religiosa había surgido en medio de ellos. Vestidas con su nuevo hábito, blanco y azul, se dirigieron a misa en grupo. El P. Chevalier explicó al pueblo que el arzobispo había aprobado la fundación de una nueva Congregación de Religiosas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, y que los primeros miembros de la misma estaban siendo oficialmente presentados, en esa misa del 30 de agosto. Entre ellas estaba la condesa Pirinoli, que era viuda y sin lazos familiares, y sintió que estaba también llamada a ingresar en el nuevo Instituto. No habían venido todas las hermanas de París; algunas se habían quedado allí para seguir con la residencia de chicas y niños que tenían en la calle Vanves. La Superiora, Madre María Francisca, repartiría su tiempo entre los dos conventos.

La nueva Congregación religiosa había emprendido su camino con cierta exuberancia; pero aquella marea que había subido con fuerza empezó luego a ceder. Los Misioneros del Sagrado Corazón tuvieron sus comienzos lentos y dificultosos; después hubieron de atravesar un periodo de crisis. Las Hijas de Nuestra Señora vieron alternarse las dos cosas, la crisis y desarrollo lento, en un vaivén continuado, que duró una serie de años. El primer reflujo de la marea se produjo al salirse Luisa Baptiste de la comunidad. Y se llevó consigo su internado, privando a las Hermanas de lo que tenía que haber sido su principal campo de apostolado en Issoudun. De este modo, las antiguas religiosas del Santo Nombre que habían esperado con ilusión ampliar su apostolado mediante el traslado a Issoudun, se vieron limitadas a la atención de ejercitantes y peregrinos y al cuidado de la ropa de altar en las dos iglesias de la ciudad.

En un capítulo anterior hemos visto que los ataques a la ortodoxia de la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón eran un duro golpe para el P. Chevalier. Fue también un golpe aún más demoledor para la nueva Congregación. Habiendo huido de la influencia jansenista, se encontraban ahora sospechosas de estar tocadas con una nueva herejía. Algunos de los sacerdotes amigos, les aseguraban que los M.S.C. habían caído, efectivamente, en el error.

Una nueva complicación era, que la Superiora, Madre María Francisca, no se hallaba bien de salud. El clima de Issoudun le resultó difícil y su médico le aconsejó que no tuviera allí su residencia habitual; en consecuencia, se quedó en París. Sinceramente preocupada por los juicios adversos sobre la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, determinó que sería más prudente para la comunidad de París separarse de Issoudun y volver a su título anterior. A las monjas de Issoudun les dio completa libertad para escoger. Ella había rezado pidiendo luz... con el "Acuérdate" de San Bernardo, no el de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Cuando la Madre María Francisca se retiró a París, dejó a la condesa Pirinoli al frente de Issoudun. La condesa, conocida en religión por Hermana Felicitas, era una buena mujer, por quien las hermanas sintieron un verdadero afecto a lo largo de los años; así y todo, no era la persona idónea para ser la Superiora de aquella comunidad tan joven. Pero, como no había nadie más para relevaría, siguió de Superiora. Había nueve monjas en total cuando el P. Chevalier les habló, en la Fiesta del Sagrado Corazón de 1875, insistiendo mucho que la gran tarea de organizar una nueva congregación pesaba ahora sobre ellas.

Pero la Hermana Felicitas parecía tener más empeño en reducir el grupo que en acrecentarlo. Fue causa de una dificultad muy peculiar el hecho de que estaba plenamente convencida de que, como Superiora, recibía privilegiadas comunicaciones de Dios, que debía seguir en conciencia. Estas luces especiales justificaban su inobservancia de las directrices dadas por el Fundador y por su Superior eclesiástico. Su estado mental queda reflejado en sus cartas. Por ejemplo: .... a mí, a quien, como Superiora, Dios asiste especialmente"; "Yo tengo siempre un gran temor de no seguir con exactitud la Voluntad de Dios, la cual jamás deja de manifestarse a través de circunstancias, que la Superiora tiene el derecho y el deber de considerar ante Él."

Era convicción suya, que aquella debía ser una comunidad contemplativa y que la educación no debía contarse entre sus actividades. En consecuencia, trató de desanimar en sus peticiones de ingreso a todas las que se sentían llamadas a la vocación de la educación cristiana. Aún más: sentía - de acuerdo con sus convicciones - que aquellas monjas de la comunidad, que eran favorables a dicho apostolado, estarían mejor en otro sitio. Ejerció presión sobre ellas y pronto la comunidad perdió tres de sus miembros más prometedores. La Congregación tenía su carta fundacional, trazada por el P. Chevalier y aprobaba por el Arzobispo de Bourges; la Hermana Felicitas configuró la suya propia. En ella escribió que “la educación de las jóvenes no está asignada por la Providencia a esta Congregación, que parece más bien destinada a la oración y a consagrarse a los niños pobres mediante la enseñanza del catecismo, dirección de guarderías, etc..." El P. Chevalier creía en la oración; creía en el trabajo para los pobres, pero siempre aspiraba a un apostolado más amplio para las congregaciones que fundara.

La Hermana Felicitas permaneció como Superiora hasta 1882. Durante todo este tiempo el P. Chevalier hizo pacientes pero infructuosos esfuerzos para hacerla trabajar a favor de la clase de congregación en que él pensaba, no en contra de ella. Alguien podría asombrarse de que el P. Chevalier consintiera que las cosas prosiguieran así durante tanto tiempo; probablemente pensaba que si la obra se venía abajo, nunca más volvería a recomenzar. Sin una Superiora, todo se vendría abajo; y, por el momento, no tenía a nadie que pudiera tomar el puesto de la condesa. Al menos ésta podría mantener la comunidad con vida hasta que apareciera la persona adecuada. Hay un proverbio que dice: "Mientras hay vida, hay esperanza"; la vida y la esperanza de esta pequeña comunidad residían en la lealtad y determinación de un grupo de tres hermanas coadjutoras: las Hnas. Magdalena, Emilia y Clara. Ahí estaban los fundamentos humanos de la esperanza del P. Chevalier. Pues, a pesar de todas las dudas y de las dificultades innumerables, ellas tres se guían creyendo en el futuro de una congregación de Religiosas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón; incluso cuando sus esperanzas se quedaron tan reducidas, que al final la comunidad consistía sólo en la Hermana Felicitas y ellas tres.

Además, él tenía una base espiritual para su propia fe y esperanza; porque veía esta obra como uno de los medios de cumplir la promesa que había hecho en su pacto de 1855, de conseguir que María fuese honrada de un modo especial.

Su actitud durante estos años está definida por las cualidades que hemos llegado a reconocer en él: una fe sólida, una paciente perseverancia en hacer lo que estaba en su mano, y la convicción de que, al llegar la hora de Dios, el trabajo sería bendecido. Pero tenemos que admirar aún más la fe de las tres hermanas, Magdalena, Emilia y Clara. Para él, por muy importante que fuera, la nueva congregación era una obra que se sentía llamado a realizar; para ellas en cambio era el compromiso de toda su vida.

Por fin, la mujer que había estado esperando llegó a Issoudun para unirse a la comunidad. Había tomado la decisión cinco años antes, cuando había pasado algún tiempo con los miembros del grupo. Era María Luisa Hartzer, joven viuda cuyos dos hijos, Leopoldo y Fernando, estudiaban para ser sacerdotes M.S.C. A partir de 1881 ninguno de los dos estaría ya bajo su responsabilidad: Fernando iba a ser ordenado en noviembre y Leopoldo no estaba lejos de la ordenación. Ambos vivían en Roma. La madre de María Luisa había muerto hacía poco. Sin más lazos familiares que la atasen a su pasado, quedaba ahora libre para dar cumplimiento a su deseo de hacerse Hija de Nuestra Señora. Llegó a Issoudun a primeros de septiembre de 1881. Allí tuvo momentos de vacilación al descubrir que la prometedora comunidad de nueve había menguado tanto; a pesar de todo decidió quedarse, pero insistiendo que quería permanecer como simple miembro de la comunidad.

Al entrar ella, la comunidad estaba atendida por una superiora temporal" que, en los planes del P. Chevalier, pronto cedería el puesto a la Hna. María Luisa Hartzer. En marzo de 1882 había decidido que era, por fin, tiempo de aceptar la renuncia que la Hna. Felicitas había ofrecido el año anterior. Lo había hecho muy amablemente, en vista de que sus esperanzas de una congregación puramente contemplativa no podían realizarse: "La gracia de preferencia que el Corazón de Jesús ha concedido a su Congregación, Reverendo Padre, al destinarla para las misiones extranjeras, tenderá, naturalmente, a ser compartida por las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, cuya Congregación está enlazada con la suya. Por lo tanto, puesto que el Instituto carece al presente de toda organización orientada a dicho fin, permítame rogarle que sea 10 suficientemente bondadoso para tomarlo a su cargo usted mismo. Permítame, al mismo tiempo, pedirle que acepte mi renuncia al cargo de Superiora. Esta retirada es indispensable de cara a las circunstancias por las que se conseguirá una mayor gloria de Dios y del Sagrado Corazón.

"Permítame también pedirle humildemente su perdón, Reverendo Padre, por todos los problemas que le he originado con mi inexperiencia y falta de espíritu religioso."

Aceptada su renuncia, la Hna. Felicitas volvió a su antigua condición de condesa.

Entretanto, la pequeña comunidad de Issoudun estaba al cargo de una tal Hna. del Calvario... a la que vamos a saludar y despedir con un par de frases; pues el P. Chevalier informó a la comunidad, el 7 de diciembre de aquel año, de que la hermana deseaba ser relevada de su puesto, y de que la Hna. María Luisa seria la nueva Superiora y Maestra de Novicias. Aunque reacia a ello, aceptó. Al escoger la víspera de la Fiesta de la Inmaculada para hacer tal anuncio, el P. Chevalier debió pensar, sin duda, en el significado de tal fiesta para su primera fundación de los M.S.C. De hecho, y debido al liderato espiritual que iba a ejercer, este nombramiento de la Hna. María Luisa como Superiora tenía en gran parte el significado de una verdadera fundación. Y si se consideran tanto las realidades espirituales como los hechos históricos, María Luisa Hartzer podría muy bien ser llamada cofundadora de la nueva Congregación, pues fue ella la que vio que el espíritu que el P. Chevalier quería que poseyera este grupo, era en realidad, parte de su propia vida y de su alma.

Él dedicó mucho tiempo y esfuerzo a la nueva comunidad, dando frecuentes consejos y conferencias; pero fue ella quien moldeó a sus miembros e hizo de madre y conductora de las Hijas durante muchos años.

Puesto que el Gobierno francés había comenzado su ataque a las congregaciones religiosas en 1880, con especial malevolencia hacia las órdenes decentes, no se podía plantear aun el asunto de la educación de las jóvenes tal como lo había previsto el P. Chevalier. Sin embargo, el mismo campo misionero que se abrió para los M.S.C. en 1881 estaba ahora abierto también ante las Hijas de Nuestra Señora. Los M.S.C. de Oceanía iban a pedir al P. Chevalier que las hermanas de la nueva Congregación se les unieran en los campos de misión. La Congregación tuvo sus primeras profesiones en septiembre de 1884 y algunas de las neoprofesas se encontraron convertidas enseguida en misioneras. Cinco semanas más tarde las cinco primeras misioneras partieron de Francia rumbo a Oceanía en compañía de cinco misioneros del Sagrado Corazón. Había futuros obispos entre los miembros del grupo M.S.C.: H. Verius y L. Couppé.

De ahora en adelante las dos congregaciones del P. Chevalier seguirían, tanto en las misiones como en Europa, caminos similares de expansión y encontrarían parecidas dificultades. La finalidad de este libro no es escribir la historia de ambas congregaciones, sino ilustrar la vida, obra y espíritu del P. Chevalier. Parte muy importante de tal obra fue la fundación de las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Él tuvo la intención de dar a esta nueva congregación el mismo espíritu que había tratado de dar a los M.S.C. Él llevó a esta obra el mismo afán de que otros compartiesen con él la misión de extender el amor de Cristo por todo el mundo. Él trabajó en ello, con idéntica repulsa a cualquier tipo de descorazonamiento ante las dificultades. Él insufló en ella idéntico espíritu de fe y sufrida y perseverante bondad. Finalmente, él recibió la recompensa de hallar otras personas con fe y valor parecidos a los suyos, con dotes propias para organizar comunidades, para hacer que también este sueño se convirtiese en realidad.

Estas hermanas habían de ser también misioneras, igual que "María fue el primer apóstol de la gracia del Verbo Encarnado, el primer misionero de su amor". Como María, ellas debían ser misioneras de su amor. Ese como María" debía quedar subrayado, ya que él quería darles a estas Hijas de Nuestra Señora una cierta dimensión de devoción mariana, que habría de ser muy fuerte en su espíritu y piedad. Esto debía consistir sólo en una mera diferencia en la tonalidad, ya que "las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón considerarán a los misioneros del Sagrado Corazón como a sus fundadores y estarán siempre, íntimamente unidas a ellos en el espíritu y las obras.

El P. Chevalier, como fundador y abnegado guía espiritual, representó un papel muy importante en la primera formación de la Congregación, mientras que la Madre María Luisa Hartzer absorbía con avidez cuanto él tenía que enseñar, para dárselo a sus hijas. Algunas de las propuestas del Padre parecían no estar muy apoyadas en su propia convicción, pero puesto que aquél era el modo como se hacían las cosas en la Iglesia en aquel entonces, éste sería también el modo como él las haría. Claro ejemplo a este respecto fue que introdujeron también la distinción, entre hermanas coadjutoras y coristas.

En su revisión de las Constituciones de las Hermanas, en 1889, propuso que el Superior General de los M.S.C. lo fuese también de las Hermanas. Aunque esto era una práctica muy común en la época, las hermanas, razonablemente, estaban "llenas de aprensión". No obstante, la Santa Sede se mostró más avanzada que los M.S.C. en cuanto al "movimiento feminista". Las normas para religiosos publicadas en 1901 determinaban que ninguna nueva congregación religiosa estaba obligada a seguir el ejemplo de las viejas en este sentido; lo cual ahorró a las generaciones futuras, sin duda alguna, muchos quebraderos de cabeza en todos los sentidos. Los futuros superiores generales podrían no haber limitado sus funciones a la de cariñoso y paternal consejero que el P. Chevalier demostró ser siempre, no interfiriendo nunca en la administración interna e insistiendo en que tampoco a los demás les estaba permitido hacerlo.

Él tuvo que realizar un importante cometido, trazan do las primeras Constituciones y fijando el espíritu de la Congregación. Quiso que el mismo espíritu fuese compartido por ambas congregaciones. Pero esto no significa en modo alguno imprimir idénticas series de constituciones con "ellos" en una y "ellas" en la otra. Hizo adaptaciones. Las primeras Constituciones de las Hermanas tenían prescripciones más apremiantes en cuanto a la práctica de la adoración y la reparación que las de los M.S.C.

Todo espíritu existe únicamente como encarnado en un grupo particular. El grupo tiene sus propias personas vivientes que reciben y viven el espíritu. El mismo espíritu será encarnado con diferentes énfasis, que sirven para informar el carisma vivo del grupo. Compartir un espíritu no significa uniformidad; lo que significa es, como la historia lo demuestra, una inspiración semejante y una "unidad en el espíritu y en las obras". En las misiones y en los demás sitios, el P. Chevalier hizo una notable contribución a la Iglesia, mediante los dos grupos fundados por él, y por la inspiración que les dio en su misión común, de ser apóstoles del amor de Cristo en un mundo tan necesitado.

Aunque podría escribirse mucho más sobre las Hermanas, serviría de poco al propósito fundamental de este libro, que consiste en tratar de ver, a través de las varias fundaciones, el espíritu y la personalidad del hombre que fue Fundador suyo y nuestro. El resto de este libro está escrito también para ellas.

2. LAS HERMANAS M.S.C.

El P. Humberto Linckens, M.S.C., es el fundador oficial de las Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón. Fue fundador a su pesar, obligado a tal función por las circunstancias. Las circunstancias fueron, la necesidad de hermanas alemanas en las misiones M.S.C., a lo que se sumaba la actitud del Gobierno alemán hacia las congregaciones religiosas extranjeras. Parte del vasto territorio de Oceanía confiado en 1881 a la atención misionera de los M.S.C., se convirtió, en 1885, en Protectorado alemán. Resultaba especialmente afectado, desde el punto de vista M.S.C., el Vicariato de Nueva Pomerania (Nueva Bretaña). La división colonial del Gobierno alemán exigía que, gradualmente, se enviasen sólo misioneros alemanes al Vicariato. Ya hemos visto cómo la Congregación tomó medidas con que hacer frente a la nueva situación.

En 1894, le fue confiada al P. Humberto Linckens la tarea de establecer una Casa para las misiones en Alemania. Al mismo tiempo se le nombraba Procurador de la Misión del Sagrado Corazón en Nueva Bretaña; como tal, tenía que representar también a la Misión en todas las tramitaciones ante el Gobierno alemán. Andaba muy atareado con las preocupaciones de establecer a los M.S.C. y la Casa misional en Alemania, cuando el Gobierno solicitó de él, una nueva petición: proporcionar hermanas alemanas para que reemplazasen a las de otras nacionalidades en Nueva Bretaña. Prometió que la Congregación M.S.C. examinaría el asunto a su debido tiempo; cuando estuviesen asentadas las demás obras. En 1898 los misioneros presionaron con más fuerza al P. Linckens, escribiéndole sobre la urgente necesidad de tener hermanas alemanas. Por fin, reconoció que no había más remedio que aceptar la responsabilidad de intentar ayudar a los misioneros en este asunto también.

En abril de 1898 empezó a ocuparse de los preparativos. Pensaba traer a las Hijas de Nuestra Señora, a fin de hacer en Alemania una fundación encaminada a la formación de jóvenes como religiosas misioneras. Se compró una residencia provisional, se trazaron los planos para un nuevo convento y se llegó a un acuerdo con las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. En este mismo momento, el Gobierno alemán, tiró por tierra sus estupendos planes, al insistir en que sólo aprobaría la fundación de un convento para hermanas misioneras con tal que no fuera un convento de ninguna de las fundaciones ya existentes.

Así las cosas, Linckens no tuvo más remedio que fundar una nueva congregación. Logró conseguir del Gobierno el permiso para que dos religiosas de otra congregación alemana ya existente, le ayudaran en la formación de las religiosas. Eran las Hermanas de la Divina Providencia;

Durante todo este tiempo, estuvo tratando el asunto con el Consejo General M.S.C. Está claro que el Consejo vigilaba atentamente esta nueva fundación. Dado que el P. Chevalier era todavía Superior General, y dado que era él el Fundador por excelencia, parece claro que fuese la suya la opinión prevaleciente. En cualquier caso, no existe duda de que la clara intención tanto del P. Linckens como del Consejo General era que, en la medida de lo posible, se comunicase el espíritu M.S.C. a la nueva Congregación.

Las Actas del Consejo General de 4 de mayo de 1899 dicen así: "con relación a una casa de religiosas cerca de la casa de Hiltrup, en Westfalia: una vez oídas las explicaciones del P. Linckens, provincial, y habiendo considerado las peticiones del Gobierno alemán y del obispo, el Consejo permite la erección de una nueva' casa que, en realidad será independiente, de la Superiora Generala de las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón en Issoudun; se podrá constituir también un noviciado con dos hermanas de la Divina Providencia. El Consejo pide, no obstante, que, en la medida de lo posible, las reglas, constituciones y tenor de vida se ajusten a las de las llamadas Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón... porque estas reglas, etc., son las más conformes a las nuestras. Cuide, además, el provincial de que dichas hermanas no se hagan fácilmente independientes de nuestros padres, puesto que ellos han proporcionado todo lo necesario para su establecimiento; por consiguiente, habría de mantenerse incluso una dependencia material."

El P. Linckens respondió por escrito diciendo que no había necesidad de preocuparse por el aspecto material de las cosas. Y seguía diciendo: "Así pues, ellas forman, por así decirlo, una parte de nuestra congregación, como la segunda orden, por entero a nuestra disposición... con relación al nombre, ustedes recuerdan sin duda mi anterior correspondencia... Igual que nosotros nos llamamos «Missionare vom hl. Herzen Jesu», M.S.C., las hermanas se llamarán «Missionsschwestern vom hl. Herzen Jesu» M.S.C.... El hábito será análogo al de las hermanas coadjutoras de Issoudun; en misiones será blanco, si el clima lo exige. Los detalles se los dejaré a la Superiora y a la Maestra de Novicias, pues ¿qué hombre conoce los detalles de la moda femenina? Las oraciones, constituciones y reglas, usos y costumbres son los mismos nuestros, con los cambios necesarios para el sexo femenino. Creo, pues, que habrá más uniformidad y semejanza entre ellas y nosotros que entre las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón y nosotros mismos, al menos en aquello de lo que estoy al corriente. "

Pero se podría añadir: ¿quién es el hombre que se arriesga a hacer comparaciones entre mujeres?

En una carta posterior escribió: "No tengo aún copias de las Constituciones de las Hermanas, ni nada parecido. La semana que viene, la Maestra de Novicias y la Superiora van a venir a organizarlo todo. Será, por tanto, necesario dejarles empezar con las Reglas de las Hermanas de la Providencia y luego, gradualmente, ir ajustando las cosas a las líneas deseadas." La carta estaba escrita al P. Meyer, que era por aquel entonces Secretario General. En el margen hay escrita una palabra a lápiz: ¡¡NO!! El P. Chevalier tenía el hábito constante de escribir sus comentarios en el margen de las cartas recibidas. El P. Linckens empezó a construir una casa para las nuevas religiosas. En agosto de 1899 se reunieron las primeras candidatas en una casa alquilada, donde fueron confiadas al cuidado de dos Hermanas de la Divina Providencia: Hermanas Servacia y Matilde. Se trasladaron a la nueva casa en diciembre, y la nueva congregación religiosa fue erigida canónicamente por el obispo de Münster el 6 de febrero de 1900. El P. Linckens escribiría más tarde que "el 25 de marzo está escrito con letras de oro" en la historia de las Hermanas M.S.C. Este fue el día de la toma de hábito. Había un considerable número de nuevas novicias, de las que profesarían diez. La ceremonia fue presidida, apropiadamente, por el obispo Couppé Vicario Apostólico M.S.C. en Nueva Pomerania - Nueva Bretaña -, su futuro campo de misión. Las primeras profesiones tuvieron lugar el 25 de marzo de 1901.

Esta congregación no comenzó con lentitud. Pronto hubo monjas y pronto salieron hacia misiones. En 1902 salieron cinco hacia las islas Marshall y otras cinco hacia Nueva Pomerania. Otras cuatro salieron hacia las Marshall el 8 de diciembre de 1903; y el 6 de febrero de 1904, seis más partieron a Nueva Pomerania.

Luego el 13 de agosto de 1904, cinco de estas jóvenes hermanas fueron asesinadas por los indígenas en los montes Baining, Nueva Pomerania. Fue un día trágico y glorioso en la historia de la Congregación, pues son conocidas como "las mártires de Baining". Las cinco hermanas muertas fueron: Ana Utsch, Inés Holler, Angela Balka, Sofía Schmitt y Agueda Rath. Al mismo tiempo, dos sacerdotes M.S.C. -M. Rascher y H. Rütten-, dos hermanos M.S.C. -E. Plaschaert y J. Schellekens- y el hermano trapense L. Bley fueron muertos también por los indígenas. Se dieron pasos, hace mucho tiempo, para introducir su causa de beatificación y canonización. En tal proceso, lo más difícil es probar si la matanza fue inspirada por "odio a la fe" o por otras razones. Sea lo que fuere, fue el amor a su fe lo que condujo a estas hermanas allí, prontas a dar sus vidas si era necesario. Y el mismo amor empujó a otras a ocupar sus puestos.

La Superiora, Hermana Servacia -de la Divina Providencia-, murió el 6 de abril de 1904. Fue reemplazada por Sor Matilde hasta que, en 1906, se hizo cargo del superiorato la primera Hermana M.S.C., Francisca Fleige, que había ido a misiones en 1902. El período fundacional, dijo el P. Linckens, ha terminado.

Sus Constituciones habían sido aprobadas el 1 de mayo de 1906 por diez años. Tenían su propia superiora M.S.C. A fines de aquel año tenían 104 "miembros": 14 postulantes, 9 novicias, 69 hermanas con votos temporales y 12 hermanas de votos perpetuos -con la Hna. Ana y sus cuatro compañeras intercediendo por ellas en el cielo. De verdad que se había hecho mucho en muy pocos años.

Los primeros años de esta congregación tiene algo de cuento feliz. Se ha dicho que mucha parte del éxito se debía al talento del P. Linckens para adaptarse a las circunstancias. Vio enseguida, que la división en coristas y coadjutoras no ayudaría nada... y prescindió tranquilamente de tal distinción. Tampoco le habría importado si las hermanas no hubieran tenido un hábito religioso particular, para no destacarse demasiado de la gente; y ciertamente las candidatas, "iban todas bien vestidas". En cambio, le encantaba tener "hermanas bonitas". Las hermanas son demasiado modestas para recordar si tuvo igual éxito en este deseo, que en el resto de su obra. Este sentido común y práctico le hizo ver asimismo que, con todo lo Fundador que era, no había necesidad de inventar ningún carisma nuevo. El que tenía ya le servia bien a él y a su Congregación. Sus conferencias, y también los registros históricos, muestran que era este espíritu el que estaba decidido a compartir con ellas; lo que explica por qué las llamó "Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón".

Nota estadística: En el Anuario Pontificio de 1975 se nos dan los números siguientes:

Misioneros del Sagrado Corazón: 2.771 miembros.

Hijas de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón: 1.886 miembros.

Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón: 1.702.

Las mujeres sobrepasan en número a los hombres.

3. LA TERCERA ORDEN

El lema del P. Chevalier era que el Sagrado Corazón de Jesús fuese amado en todas partes. Era su deseo que trabajase para tal fin el mayor número posible de gente, y de todos los modos posibles. Tomando como punto de partida a las antiguas Ordenes religiosas, con su Orden primera -la de los hombres-, el grupo segundo -el de las religiosas- y el grupo tercero -el de los piadosos seglares, no religiosos-, el P. Chevalier podía también hablar de una "Orden tercera del Sagrado Corazón". En los Anales franceses encontramos expresiones como ésta:

"Las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, u Orden Segunda fundada por los Misioneros del Sagrado Corazón". En este esquema mental la Orden Tercera es una tercera familia, cuyos miembros comparten la vida, méritos y favores de las dos Ordenes primeras a las que están unidos".

Por otra parte, el P. Chevalier, en su plan original, concebía su Congregación como formada por tres ramas: la primera, o sea, la de los religiosos M.S.C.; la segunda, es decir, la de los sacerdotes diocesanos afiliados; y la tercera, el devoto grupo de los seglares. De hecho, la Bula del Papa Pío IX que concede indulgencias a la Tercera organización la contempla precisamente en este encuadre. Pero esta doble visión hace que las cosas sean un poco complicadas. La historia es todavía más complicada. Comienza en 1864, cuando el P. Chevalier conoció a Luisa Teresa de Montaignac de Chauvance (1825-1885). Ella había empezado en Montluçon cierta fundación centrada en la devoción al Sagrado Corazón y dedicada a diferentes obras piadosas y caritativas. Había sido asistida por los jesuitas y pensó que una unión con los M.S.C., como Tercera la Orden -según el plan original del P. Chevalier-, podría darle a su obra vigor y reputación. En 1865 este grupo de Montluçon y otros grupos en conexión con la Srta. de Montaignac, se transformaron en Tercera Orden de los M.S.C., con ella al frente como superiora. Era una Tercera Orden sólo para mujeres, y sin votos. Los miembros no estaban obligados a vivir en comunidad, aunque algunas lo hacían.

Se progresó, aunque no sin dificultades, en muchas diócesis, incluso fuera de Francia -por ejemplo, el grupo de Catalina Volpicelli (1839-1894), en Nápoles-. Pero la fundación de la señorita Montaignac tenía su vida propia, que se desarrolló independientemente de los M.S.C Debemos confesar, con toda honradez, que los M.S.C. fueron de muy poca ayuda para ella y su grupo. La idea general era buena; el entusiasmo, muy bonito; pero la realización práctica se redujo a casi nada. Ella andaba tanteando su camino; y ellos tanteaban el suyo, y quizá estaban deseando recibir, tanto como dar. Quienes realmente ayudaron al grupo de Montaignac fueron los jesuitas. En consecuencia, la unión con los M.S.C. llegó a su fin en 1874. El grupo siguió adelante y se convirtió en "La Piadosa Unión de las Oblatas del Sagrado Corazón " El grupo de Catalina Volpicellí se convirtió en las "Siervas del Sagrado Corazón". Las causas de beatificación de ambas damas fueron introducidas; en 1911 -la de Volpicelli- y en 1914 -la de Montaignac

El P. Chevalier, sin embargo, pensaba todavía que había seglares que podrían beneficiarse por alguna especie de Tercera Orden, y se hizo una nueva tentativa. Después de 1874. Se redactaron nuevas Reglas y se buscó alguna forma de nueva organización. La idea permaneció en las nuevas Constituciones de los M.S.C. Para él, la Tercera Orden era claramente, para personas de ambos sexos que vivían en el mundo. Debían hacer un "noviciado" y una. "profesión" (o acto de consagración). Cuando el P. Chevalier envió a Roma una petición de indulgencias para la Tercera Orden, dijo: "Hace unos años, con la aprobación de Su Eminencia, el Arzobispo de Bourges, empezamos esta obra...; hoy en día cuenta con unos trescientos, extendidos por las provincias de Francia, y también en Italia, Bélgica, Inglaterra, Austria y Canadá; cada día se agregan nuevas personas."

Con todo, él mismo hubo de admitir: "Hasta el presente el progreso de la Tercera Orden del Sagrado Corazón ha sido bastante lento. Por una parte, la nueva Tercera Orden no era bien conocida y muchos fieles, hasta muchos asociados, estaban ignorantes de los beneficios espirituales concedidos por la Santa Sede. Por otra parte, la joven Congregación de los Misioneros del Sagrado Corazón, casi desbordada por el número de las importantes y numerosas obras a las que tenía que dedicar su atención, no podía consagrarse como debiera a la propagación de su Tercera Orden. Actualmente se está dando una cuidadosa atención a esta tercera y preciosa rama, de las tres plantadas en Issoudun el 8 de diciembre de 1854". Estas mismas palabras se repiten en la sexta edición de las Reglas para los Terciarios, publicadas en 1902.

Así y todo, la Tercera Orden siguió adelante y recibió a aprobación de cierto número de obispos. Los Anales la mencionan con frecuencia diciendo, en 1905, que” se ha desarrollado en casi todas las partes del mundo".

El P. Lanctin había sido más modesto en una instancia dirigida al Santo Padre en 1904, al hablar de "casi dos mil miembros esparcidos por la mayoría de los países católicos de Europa". Las Normas relativas a religiosos publicadas desde Roma en 1901, pusieron punto final al nombre. Los M.S.C. no podrían tener una Tercera Orden ni tampoco la Segunda. Y así, el 4 de octubre de 1904, la vieja Tercera Orden se transformó en el "Sodalitium Cultorum Sacratissimi Cordis Jesu" -Fraternidad de los devotos del Sagrado Corazón-. El título fue idea de Roma, pero podría mejorarse.

Su historia, a partir de entonces, sería excesivamente larga para consignarla aquí, y probablemente, de escaso interés. Por tanto, concluiremos este breve resumen con dos textos que indican como esa Tercera Orden, tal como la vio el P. Chevalier, entona bien bajo el epígrafe "un espíritu compartido". Tiene que tener, decía él: "un espíritu de amabilidad y humildad, de celo y caridad, de desasimiento y obediencia, de oración y mortificación, que cada cual tratará de adquirir tomando como modelo al Corazón de Jesús y estudiándolo con esmero."

Julio Chevalier, un Hombre con una Misión (E. J. Cuskelly MSC)

7

Algunas cosas dignas de mención

1. UN MAESTRO DE NOVICIOS DESGANADO

La mayoría de las personas propuestas para el cargo de Maestro de Novicios, suelen aceptar la designación con alguna reticencia. Sin embargo, difícilmente se encontrará a un hombre que, tanto antes, como durante y después de su período en tal cargo, haya considerado esta tarea con menos entusiasmo que el P. Guyot, el primer Maestro de Novicios M.S.C. Aún más, puede que sea él, el único hombre en toda la historia que haya pedido y recibido de sus superiores una cantidad en metálico para compensar los emolumentos, que dejó de obtener al tener que dar conferencias a sus propios novicios.

A pesar de su dilatada vinculación a la congregación M.S.C., resulta difícil llegar a un conocimiento del P. Juan Bautista Guyot, partiendo de los documentos. Y esto se debe, más que nada, a que en su testamento expresó la "firme voluntad" de que no debía aparecer en los Anales ninguna referencia biográfica suya después de su muerte. Nació el 23 de julio de 1827 en Gannat (Allier) de la diócesis de Moulins y fue ordenado sacerdote de la misma diócesis el 21 de diciembre de 1850. Recorrió los pasos normales: coadjutor, capellán y párroco, hasta que tomó posesión de la parroquia de San Pablo de Montluçon en 1861. En el año 1863, asistiendo a un retiro predicado a una asociación de sacerdotes del Sagrado Corazón, se sintió atraído hacia la vida religiosa con un deseo especial de entregarse al Corazón de Cristo. En ese mismo año asistió a unos ejercicios espirituales en Issoudun.

Pensó seriamente sobre esta inclinación suya hacia la vida religiosa; lo consultó con su director espiritual, el párroco de Arfeuilles y con dos jesuitas, los PP. Bertrand y Bieuville, que se pronunciaron unánimemente en el sentido de su incorporación a una comunidad M.S.C. Él expresó este deseo en una carta al P. Chevalier, la cual, creo yo, va a explicar muchas cosas de su vida y sus actividades en el futuro: "He pensado muchas veces, dice él, en las ventajas que su congregación ofrece: la de ser religioso, permaneciendo al mismo tiempo en el ministerio en el que, bien a pesar mío, me retienen las circunstancias, y que debo mirar como la expresión de la voluntad de Dios...".

Se sentía fuertemente atraído a hacerse religioso. Se diría que sentía la necesidad espiritual de la fortaleza y del apoyo, que la consagración religiosa le iba a ofrecer. Al mismo tiempo sentía que debía permanecer en el ministerio parroquial. No hay ningún indicio de que vacilara alguna vez en su fidelidad a su profesión religiosa y a su deseo de permanecer M.S.C. Pero ¡tampoco vaciló en su decisión de no vivir en comunidad!

El 6 de enero de 1865 hizo la profesión ante el P. Chevalier. Continuó como párroco de San Pablo de Montluçon. Al abrirse canónicamente allí el Noviciado el 12 de septiembre de 1869, el P. Guyot aceptó con disgusto la designación de Maestro de Novicios. Se le asignó como "socio", para ayudarle, al P. Ledoux. La guerra franco-alemana, al dispersar los novicios en septiembre de 1870, le alivió de la no muy deseada carga.

Una vez restablecida la paz, el noviciado se abrió de nuevo. En 1871 se rogó otra vez al P. Guyot que se hiciera cargo de los novicios, aceptando él la tarea con tan poco entusiasmo como la primera vez. Ahora también necesita un socio que le haga el trabajo y esta vez es el P. Miniot. (Como detalle de interés notamos que a ini­ciativa del P. Miniot se introdujo en el Noviciado el Culto Perpetuo, como una práctica de devoción en honor del Sagrado Corazón. En 1874 esta práctica fue aprobada oficialmente para toda la Congregación).

En 1873 el Noviciado fue trasladado al castillo de St. Gérand, también en los términos de la diócesis de Moulins. Las actas del Consejo General de aquel año con­signan lo siguiente: "A pesar de su insistencia en ser liberado de este cargo, se confirma, por unanimidad, al P. Guyot como Maestro de Noviciado, que debe trasladarse de Montluçon a St. Gérand".

Al año siguiente tenía un nuevo socio, el P. Celestino Ramot, quien acababa precisamente de salir del noviciado. A pesar de su inexperiencia tuvo que cargar con el peso principal en la formación de los novicios, porque el P. Guyot (que era considerado y, con razón, un buen orador) se dedicaba a predicar sermones, retiros y misiones en la mayoría de los lugares de Francia, siempre fuera del Noviciado. Finalmente, las expulsiones de religiosos de Francia en 1880 trajeron alivio, por lo menos, a un hombre, al P. Guyot, ya que al marchar los novicios a Holanda, él se quedó en Francia. En las Actas del Consejo General de 1872 leemos esta interesante referencia: "El Consejo concede, de buen grado, al P. Guyot la indemnización de 900 francos que él reclama para compensar los ingresos que dejó de ganar a causa de sus conferencias en el Noviciado".

Además del cargo de Maestro de Novicios el P. Guyot desempeñó, durante años, otro papel: el de "jefe de la oposición". En 1869, cuando el P. Chevalier fue elegido primer Superior General, se eligió al P. Guyot como uno de los asistentes, puesto para el que fue reelegido continuamente hasta que él mismo renunció en 1891. Sin embargo, siempre encontraba alguna razón para no ir a vivir a Issoudun. En 1883 fue a vivir a Vichy donde permaneció prácticamente todo el tiempo hasta su muerte acaecida el 14 de abril de 1914. Parece ser que el P. Chevalier estimó grandemente sus cualidades, y se esforzó siempre en obtener más bien su colaboración, que su oposición, que fue por desgracia lo más frecuente. Por ejemplo, lo que sigue es típico de lo que el P. Chevalier escribía a menudo al P. Jouët: "El buen P. Guyot no está satisfecho, y mientras está descontento todo le abruma. Está totalmente equivocado creyendo que el Consejo no tiene en cuenta las propuestas del P. Guyot. Él alude siempre a lo pasado y usa toda clase de excusas para recabar del Consejo la aceptación de su renuncia... Debemos hacerle ver con claridad que él siempre ha sido y, todavía es, uno de los hombres más influyentes de la Congregación y que si alguna vez no ha prevalecido su opinión, esto nunca fue por razones de tipo personal".

Los constantes esfuerzos del P. Chevalier consiguieron, sin duda, algún efecto, pero el P. Guyot se opuso a muchos de sus planes: a la compra de la iglesia de Santiago de los Españoles en Roma, las misiones de Auckland y a la de Oceanía... esto entre los asuntos más importantes. Parece cierto que cualquier M.S.C. joven con alguna queja solía ser escuchado con simpatía por el P. Guyot. No aparece, sin embargo, ninguna causa objetiva, que justifique su actitud de habitual oposición. En 1888 el Consejo General le nombró visitador de todas las comunidades M.S.C. Parece ser que esta decisión venía inspirada por el deseo de lograr sacarle de su aislamiento y de ponerle en contacto con las diferentes casas M.S.C. Ya que él no quería vivir en ninguna de ellas, ¡ algo se conseguiría haciéndole visitarías todas! De él nos volveremos a ocupar en el próximo capitulo.

2. UN INTELECTUAL Y UN CABALLERO

El P. Paulino Georgelin fue el primer latinista de la Congregación. Cuando ingresó en la misma ya llevaba detrás de sí una larga carrera de estudio y de docencia del Latín. Comenzó a estudiarlo a la edad de 7 años, a enseñarlo a los 12, cuando ya explicaba los autores latinos a los alumnos del colegio de su padre en Quintin. A los 13 años asumió la responsabilidad de toda una clase. Paulino Georgelin había nacido en 1810 en Saint Brieu (Costas del Norte) donde su padre había sido profesor de retórica, antes de que la familia se trasladara a Quintin donde llegó a ser el director del colegio. En los trabajos de la docencia el padre era ayudado por su hijo. El padre murió en 1826 y al año siguiente, después de superar brillantemente los exámenes, se rogó a Paulino que tomara el relevo de su padre como director del colegio. Era ayudado, a su vez, por su hermano Adriano, todavía más precoz que él, pues a los 8 años ya corregía los ejercicios de alumnos de quince años de edad. Cuando Adriano murió a los ocho años y medio, Paulino no tuvo ánimos para continuar; pasó algunos años enseñando en varias universidades hasta que fue como profesor al colegio de Vannes donde a la sazón vivía su madre, la cual, a raíz de la muerte de Adriano, se había retirado allí, su ciudad natal.

En 1834 hizo un retiro espiritual bajo la dirección del P. Leleu, SJ. Cuando éste le preguntó si no se le había ocurrido nunca el pensamiento de llegar a ser sacerdote, la sugerencia engendró en él el deseo del sacerdocio. Dos años más tarde, el obispo de Vannes le dio permiso para estudiar teología en el seminario, mientras continuaba su labor en la enseñanza. Sólo se le exigió pasar un año en el seminario (durante el cual, por cierto, acaparó todas las matrículas en teología) siendo ordenado sacerdote en 1838 y nombrado capellán del colegio en el que había estado enseñando. Poco después se asoció con los Fieles Compañeros de Jesús, trabajando como capellán y profesor en buen número de escuelas y orfanatos de los mismos. A causa de la Asociación, vivió en Suiza durante algunos años. Allí se encontraría con el P. Vandel. Volvió a Francia para seguir trabajando con los Fieles Compañeros en París. Aquí trabajó durante 15 años, hasta que en 1865 oyó hablar de la existencia en Issoudun de la reciente Congregación de los M.S.C. Durante muchos años sus anhelos espirituales le habían estado impulsando hacia la vida religiosa, juntamente con ideas sobre las misiones y una devoción ardiente al Sagrado Corazón. La suma de todos estos elementos le condujo a Issoudun donde, a pesar de sus 55 años, comprendió que ésta era la congregación que le convenía.

Una vez en la Congregación, era lógico que se le ocupara en la enseñanza. Primero explicó retórica y filosofía en Chezal-Benoît; luego, al interesarse los M.S.C., a iniciativa del P. Vandel, por la escuela clerical de Rimont, en Burgundy, el P. Georgelin se trasladó allá a finales de 1886. Se abrigaban fundadas esperanzas de formar allí una futura comunidad M.S.C. En aquellos primeros años de la Congregación se tenía una visión más amplia y no había distinción muy clara entre sacerdotes afiliados y religiosos propiamente dichos. Por eso, cuando el colegio de Rimont se fusionó con el de Tournus se hablaba de sacerdotes de Tournus, como miembros de la Congregación. El P. Georgelin, que había estado casi un año en Rimont, volvió a Issoudun, pero al comienzo del curso 1868-69, lo encontramos de vuelta en Tournus.

Durante la guerra de 1870-71 la invasión de Garibaldi obligó al P. Georgelin a refugiarse en Suiza. Se dirigió a Carouge (en las proximidades de Ginebra) donde ya había estado anteriormente con los Fieles Compañeros de Jesús. Estos le recibieron con los brazos abiertos, lo mismo que su antiguo monaguillo, que era ya obispo, y más tarde fue el Cardenal Mermillod. Este presionó al P. Chevalier para retener al P. Georgelin con él durante algún tiempo. Estuvo así en Suiza hasta 1872 en que se le llamó a Issoudun. Como por aquellas fechas el arzobispo de Bourges estaba insistiendo en que los M.S.C. se encargaran de la parroquia de Issoudun, el P. Chevalier necesitaba hombres que le ayudaran. El P. Georgelin parecía el más idóneo: podría trabajar en la parroquia y al mismo tiempo ayudar al P. Chevalier como secretario y como latinista.

"Era uno de esos hombres que honran automáticamente el cargo que ocupan y por eso no necesitan otros honores. El puesto más modesto era suficientemente bueno para él. Como capellán, como párroco, como director de un colegio o de una escuela privada, siempre hizo, con celo y piedad, todo lo que debía hacerse. Su virtud preferida fue siempre la entrega humilde y sin reservas". Fue siempre recordado como un sacerdote erudito y como todo un caballero, sencillo y amable, y contribuyó a crear, en la realidad de la vida de cada día, el espíritu M.S.C. que otros heredarían.

3. LOS HERMANOS M.S.C.

En los primeros tiempos de la Congregación no había ningún hermano M.S.C. Si hubieran existido, la capilla del P. Chevalier no se hubiese venido abajo. En realidad, él había soñado desde el primer comienzo con tener Hermanos en su Congregación no sólo para construir capillas en las misiones y otras partes, sino también para contribuir, de muchas maneras posibles, a los fines de la Congregación. En los primeros años, sin embargo, el Padre Chevalier se daba cuenta de que el objetivo prioritario era la recluta de sacerdotes. Sin embargo, el borrador de las primeras Reglas que redactó en 1855, muestra bien a las claras que su Congregación estaría naturalmente formada de Misioneros y de Hermanos del Sagrado Corazón:

1. Los hombres que pidan para hacerse hermanos del Sagrado Corazón han de ofrecer las mismas garantías que los novicios misioneros.

2. El tiempo de prueba y las condiciones de admisión serán las mismas.

3. En cuanto sea posible, los hermanos seguirán la regla general; además, se redactarán unas reglas particulares para ellos (del mismo modo que habrá unas reglas particulares para los novicios misioneros).

4. Los hermanos cuidarán de los aspectos materiales de la comunidad... cocina, enfermería, portería, huerto, etcétera.

5. Gozarán de los mismos privilegios y ventajas que los misioneros religiosos.

En la siguiente redacción de las Reglas, en 1857, se considera a los hermanos como ayudantes del Administrador de la Comunidad. Al redactarse la Formula Instituti, en 1869, se consideraba la enseñanza como una de las tareas de los hermanos. También por la misma época, ya se llamaba a todos los miembros, sacerdotes y hermanos, Misioneros del Sagrado Corazón; unos y otros llevarían hábito religioso, aunque anteriormente éste no era exigido por regla a los hermanos.

Miembros: En el primer grado estarán los Hermanos Coadjutores que se encargarán o de la enseñanza en las escuelas primarias o de los servicios materiales.

En aquellos primeros años de la Sociedad, si existían registros detallados, no han llegado todos hasta nosotros. La primera referencia escrita sobre la existencia de hermanos en la comunidad M.S.C., la encontramos en el diario del P. Vandel: "El P. Georgelin que tiene el titulo de Bachiller, junto con un hermano, va a marchar a Rimont (al colegio de Tournus)". "El P. Georgelin parte mañana para París con un hermano y al día siguiente para Rimont". Desconocemos el nombre de este hermano.

El P. Chevalier en su carta del 25 de diciembre de 1864, a la Congregación de Obispos y Religiosos, pidiendo la aprobación de su Congregación, afirma que hay tres hermanos entre los miembros. Nos consta que antes de 1869 (a partir de esta fecha ya se empiezan a escribir los registros más cuidadosamente) dos de los Hermanos eran Elzéar Penasson y Enrique Dechátre (ya hemos encontrado a este último en viaje a Canadá). Los hermanos provenían de los más variados caminos de la vida:

había por aquel entonces, un aspirante, Juan Pailloncy, que había sido anteriormente estudiante de la P. O. y otro que había sido militar, el sargento Laprade, conocido convenientemente por "el capitán".

La idea del P. Chevalier era que los Hermanos podían hacer gran variedad de trabajos. Una de sus primeras ocupaciones fue la Oficina de la Archicofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón en Issoudun, donde prestaron muy valiosos servicios. Uno de ellos, el hermano Alejandro Delimoges resultó un oficinista muy eficaz, llegando a ser el director del Bureau.

Ya hemos visto cómo, al refugiarse la Congregación M.S.C. en Holanda, comenzaron a entrar en ella jóvenes de aquella nación en número muy considerable, pidiendo muchos de ellos para ser hermanos. El primer hermano holandés fue Enrique Adan, nacido el 30 de agosto de 1850, profesó el 17 de octubre de 1885 y que moriría en Nueva Guinea el 7 de noviembre de 1931, pero antes de morir cooperó mucho en los trabajos misioneros con su oficio de carpintero. Con su constante buen humor contribuyó considerablemente a la vida de comunidad, haciendo llevaderas las dificultades de la primera época y ayudando a otros a hacer lo mismo.

Los lectores cuidadosos de las listas necrológicas de los nuestros habrán notado que, entre los hermanos muertos en las misiones, había un buen número de ellos nacidos en Volendam: J. Kras (1892), N. Kieft (1897), E. Zwarthoed (1898), C. Zwarthoed (1908), C. Hansen (1911), J. Poijer (1922). Volendam no es una ciudad grande; es una villa de pescadores en el norte de Holanda, pero es famosa en todo el mundo, no por su nombre, sino por ser la villa de los zuecos y gorros holandeses, tan apreciados por los turistas. Relacionado con Volendam existe uno de los relatos más interesante (e históricamente verdadero, en lo sustancial) referente a los hermanos M.S.C. En aquellos primeros años de la Congregación uno de los padres estaba haciendo un viaje de recluta para hermanos a través de Holanda. En alguna parte del norte alguien, que había oído hablar del objetivo de sus viajes, le aconsejó que debía ir a Volendam, que era una villa muy católica. Según cuentan los Anales holandeses, un buen día de verano se encontró el padre subiendo los peldaños de la casa parroquial de Volendam. Explicó el propósito de su visita al párroco, el cual, sin perder tiempo, fue directamente al grano. La flota pesquera acababa de llegar al puerto y la gente ya se estaba reuniendo cuando llegaron allí los dos sacerdotes. El padre M.S.C. se mantenía un poquito apartado, a la sombra del párroco. Este se abrió paso decididamente entre la multitud de pescadores que estaban gritando y voceando, se subió a la plataforma donde uno dirigía la licitación de los precios del pescado, pidió silencio y la concurrencia se calló. Los "queridos hermanos" se apiñaban llenos de curiosidad, alrededor del improvisado púlpito. Pronto se enteraron todos del tema: "este misionero necesita un buen grupo de jóvenes que estén prontos para ir con él, como hermanos, a trabajar en las misiones, ¿hay alguno dispuesto?". El misionero pensaba para sus adentros que aquello era una forma muy evangélica de buscar vocaciones (cfr. Mat. 4,18-20) pero se quedó más sorprendido cuando tres jóvenes, después de una breve explicación del párroco, se le presentaron diciendo que querían ir Se cumplía literalmente: "Seguidme y os haré pescadores de hombres... e inmediatamente, dejadas las redes le siguieron". Aquella misma tarde, tres jóvenes candidatos más, se presentaron en la casa parroquial. Al día siguiente, seis muchachos de Volendam, después de una rutinaria despedida de familiares y amigos, partían hacia una distante casa de misioneros, que sería para ellos el punto de embarque para las misiones.

Ignoro si estos seis son los mismos cuyos nombres hemos citado anteriormente. Pero ciertamente deberíamos tener más detalles sobre los nombres mencionados en la necrología.

Para terminar, hubo un hermano holandés, Van Heugten que cuidó con devoción del P. Chevalier en sus últimos años.

4. FUNDADORES EN ABUNDANCIA

Un fundador intenta transmitir su carisma a los miembros de su Congregación, sin querer, no obstante, transmitirles el carisma de ser ellos fundadores a su vez. Sin embargo, esto fue lo que hizo el P. Chevalier en más de una ocasión. El que fuera fundador de una congregación de religiosas no le supuso mayor dificultad, porque esto era compatible con su permanencia como miembro de la Congregación M.S.C. En el caso del P. Humberto Linckens que, siendo M.S.C., fundó la congregación de religiosas Misioneras del Sagrado Corazón, el posible punto de tensión se redujo al mínimo.

Pero cuando un hombre se cree llamado a fundar una asociación o congregación de hombres le es casi imposible identificarse, de una manera completa, con el nuevo grupo, mientras sigue siendo miembro de otro. La llamada a ser fundador de tal grupo lleva consigo, como exigencia psicológica, el abandonar el grupo anterior. Sus antiguos compañeros lamentarán que un elemento valioso les abandone, pero a la vez, se alegrarán pensando que su pérdida redundará en un mayor bien para la Iglesia. Dos de los primeros M.S.C. llamados a ser fundadores de otros grupos (y por el mismo hecho a dejar a los M.S.C.) fueron los PP. P. Barral y T. Reyn.

El P. PEDRO BARRAL nació el 6 de noviembre de 1855 en Moutiers, Saboya, y allí mismo moriría en 1929. Mientras estuvo en la Congregación fue un miembro muy activo, y decidió en 1891 que podría encontrar en otra parte objetivos mejores para sus actividades. A sus ojos, el P. Juan M. Vandel había sido el modelo de lo que debía ser un sacerdote, de ahí que la Pequeña Obra fuera también la imagen que guiaría su nuevo apostolado. En octubre de 1894 consiguió el permiso para comenzar un trabajo de este estilo en la diócesis de Basilea, en Suiza. Su obra se extendió más allá de Suiza, a Italia y Francia. Fundó el Instituto de Belén que más tarde se convertiría en la Congregación de Misioneros Extranjeros de Belén, en Suiza. Fundó también la Congregación de Hermanas Misioneras de Belén.

El P. TEOFILO REYN nació el 8 de marzo de 1860 en Bevery, cerca de Amberes (Bélgica). Al P. Reyn le encontraremos de nuevo en el capítulo siguiente. Ahora solamente nos interesa mencionar que siendo joven todavía, dejó los M.S.C. con vistas a fundar una congregación religiosa de sacerdotes para trabajar en el apostolado entre los obreros, en Bélgica. Tuvo una intuición profética de lo que más tarde iba a realizarse en mayor escala: la necesidad de un apostolado especial en este campo. Su Congregación de Los Limosneros del Trabajo fue fundada el 21 de noviembre de 1894.

Habría otras fundaciones realizadas por los M.S.C. en años posteriores al período que ahora nos ocupa. Pero sin salirnos de esta época consignamos otro "dato interesante" en lo que a fundaciones se refiere. Algunos hermanos M.S.C., para no ser menos que los padres, creyeron que también ellos podían estar llamados a trabajar en esta especialidad. El primero en intentarlo fue Pedro Onckel, de Arcen (Limbourg, Holanda), que había entrado en la Congregación en Tilburg, profesando el 4 de octubre de 1888. Parece que en 1896 pretendió fundar una orden de hermanos en Amberes (Bélgica). Otros hermanos M.S.C. se unieron a él. Intentaban un apostolado especial entre los hijos de los pobres. Sus intenciones eran, sin duda muy loables, pero la obra no perseveró.

5. LUCIANO CATTIN

La Escuela Apostólica M.S.C. se abrió en Chezal-Benoît en octubre de 1867. Para apoyar la financiación de la misma se lanzó una llamada para que mucha gente ayudaran dando un céntimo al año (un franco equivalía a 20 céntimos).

El primero de los estudiantes en llegar, fue un muchacho de 16 años del Jura (Suiza), llamado Luciano Cattin que traía orgulloso, "588 céntimos de 588 personas". Se trataba de gente de los alrededores de su casa a los que él había explicado el programa y que habían cooperado generosamente. Sus 29 francos 40 céntimos fueron anotados en los libros de cuentas y Luciano Cattin empezó a trabajar con los demás muchachos.

El P. Vandel nos va a contar en una forma sencilla y emotiva, el capítulo siguiente de esta historia: "La Pequeña Obra ha hecho el sacrificio de sus primeros frutos. El primer alumno que llegó y uno de los mejores de nuestros chicos ha manifestado, después de varios meses de estancia en la escuela de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, que se cree llamado a entrar en la Compañía de Jesús (los Jesuitas). No podíamos endurecer nuestro corazón ante este deseo, sino que viendo en ello la voluntad de Dios nos sentimos contentos de que María recogiera los primeros frutos de nuestra Pequeña Obra, para ofrecerlos a la famosa Compañía que lleva el nombre de su Hijo. Tenemos la esperanza de que la Pequeña Obra será bendecida por este sacrificio".

Cuando Luciano Cattin tomó el hábito como Novicio de la Compañía de Jesús, fue precisamente el P. Vandel quien se lo entregó. Años más tarde, en 1901, cuando la expulsión de religiosos de Francia, el P. Luciano Cattin, ya SJ., se ofreció para organizar una casa de estudios para los estudiantes M.S.C. en el Líbano pero dificultades políticas impidieron la realización de este plan. El P. Cattin conservó siempre a lo largo de los años su afecto hacia los M.S.C., y durante años también, fue un apóstol celoso de la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Decimos que su ofrecimiento venía desde el Líbano. Es que de hecho él había sido el fundador de las Misiones del Este de los Jesuitas, rector del Colegio de Alejandría (Egipto), Provincia Canciller de la Misión de Siria, Rector de la Universidad de Beirut y más tarde Caballero de la Legión de Honor. Murió en 1929.

6. JUAN CAPTIER

Por la Congregación M.S.C. han entrado y salido algunos tipos la mar de pintorescos. Uno de ellos fue un tal Juan Captier que llegó a ella después de haber recibido la tonsura en 1868. Por diversas razones, y principalmente por cierta clase de "enfermedad nerviosa" como se la denomina vagamente, no podía ser admitido a las Ordenes Mayores. Sin embargo, en 1871 se le admitió a la profesión temporal como hermano M.S.C. Enseñó durante varios años en la Pequeña Obra de Chezal-Benoît y allí estaba él cuando el arzobispo Lynch visitó el lugar mientras estaba en Issoudun en 1873.

El arzobispo andaba buscando hombres para su diócesis de Toronto, preferentemente que supieran hablar bien el inglés; viendo que Captier hablaba bastante bien este idioma, sugirió que podría regresar con él, para ser misionero, en la diócesis de Toronto. "Pero no soy sacerdote", interpuso él, "soy solamente hermano". El arzobispo Lynch insistió que quizá él podría ordenarle de sacerdote. Fue entonces cuando Captier le contó cómo hacía muchos años había ido a hablar con el cura de Ars, el cual le había dicho que algún día entraría en una congregación, que todavía no existía, que estaría compuesta de tres ramas. Esta predicción se había cumplido con su ingreso en los M.S.C. El cura de Ars también le había dicho que un día encontraría un obispo comprensivo que le ordenaría sacerdote -"Pues, acabas de encontrarlo", le dijo el arzobispo Lynch, y añadió: "Voy de camino para Roma y a mi vuelta te ordenaré de sacerdote, con el permiso que pienso obtener del Papa Pío IX."- (Se decía que Pío IX solía conceder permiso para hacer casi todo lo que se le pidiera). Lo cierto es que a su regreso de Roma, el arzobispo Lynch ordenó a Juan Captier de órdenes menores, de subdiácono, de diácono y de sacerdote todo dentro de una misma semana. Sin embargo, cuando el arzobispo marchó para Toronto no se llevó consigo al recién ordenado misionero. Quizá Captier se negó a ir, o tal vez, el arzobispo notó algún indicio del poco equilibrio que caracterizaba su personalidad. Sea lo que fuere, el caso es que dejó a Captier en Chezal-Benoît. Abandonó la Congregación M.S.C. en 1879, pero antes dé marcharse provocó una serie de jaleos. En octubre de 1876 envió al cardenal prefecto de la congregación de obispos y religiosos un Memorandum; un par de días más tarde enviaba otro, anulando casi por completo el anterior; pero el primero ya había causado su impacto porque el P. Jouët habiendo oído rumores había enviado una copia al P. Chevalier. Este y el arzobispo de Bourges prepararon una refutación del documento Captier y la mandaron a Roma.

El P. Captier pedía a la Santa Sede que autorizara una visita canónica de la Congregación M.S.C.; alegaba una lista de razones por las que debería hacerse: Al Instituto, decía, le falta estabilidad, no proporciona a sus miembros los medios para tender eficazmente a la perfección religiosa, la vida interior estaba relegada a segundo plano, la devoción al Sagrado Corazón no goza del puesto privilegiado que debería tener, la congregación estaba febrilmente comprometida en demasiadas actividades, que se había gastado demasiado dinero en la fundación de las Hijas de Nuestra Sra. del Sagrado Corazón y el P. Chevalier, en contra de lo prescrito en el Derecho Canónico, había asumido la dirección de este grupo de hermanas. Más aún, que el P. Chevalier había suprimido casi todas las prácticas de piedad en la Pequeña Obra. En este último apartado encontramos probablemente la razón verdadera de las quejas de Captier. El P. Chevalier había intervenido en la marcha de la Pequeña Obra, creyendo que la línea de formación que se llevaba era poco Sólida, por estar mezclada con un misticismo de poca base. Captier era un hombre de muchas cualidades y dones; era un "místico" y tenía un carisma especial para componer oraciones. (Es posible que sea él el autor del Acuérdate a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, que más tarde se extendió como la oración oficial de los miembros de la Archicofradía).

Después de dejar nuestra Congregación, Captier se incorporó al grupo que ahora es conocido como "Sacerdotes del Sagrado Corazón", fundado por el P. Dehon. Él fue una de las principales razones que motivaron la supresión provisional de esta Congregación; hasta que en 1883 se le rogó que la abandonara. Lo último que se oyó hablar de él fue que había intentado, sin conseguirlo, enrolarse en otro grupo de Religiosos en Marsella.

A pesar de todo, este "conflicto" redundó en bien de la Congregación pues hizo que el P. Chevalier y el Consejo General reflexionaran sobre la situación real, viendo lo que podía haber de verdad en las acusaciones de Juan Captier. Primeramente, provocó una clara declaración de principios acerca de la naturaleza de la Congregación: “Hemos entrado en este Pío Instituto para ser misioneros del Sagrado Corazón, esta palabra lo resume todo... nuestro Instituto de misioneros no puede transformarse en una orden contemplativa". En segundo lugar, en una reunión especial del Consejo General se estableció con toda claridad que debía prestarse la máxima atención y que todos debían esforzarse en vivir la vida religiosa con todo fervor, que se procurara una formación sólida, etc., etc.”

Nota: Parece ser que la frase "Nuestra Señora lo ha hecho todo en nuestra Congregación" era usada frecuentemente por el P. Chevalier y los primeros M.S.C. Su origen se debe a la visita de Juan Captier al cura de Ars, el cual le dijo que entraría en una congregación "de tres ramas, en la que Nuestra Señora lo haría todo". Ocurrió esto en 1852.

7. QUITO. EL SUEÑO DEL ELDORAD

Los conquistadores españoles penetraron en América del Sur para conquistar aquellas tierras y ponerlas bajo el dominio de su soberano. Con algunos elementos verídicos mezclados con otros de leyenda, forjaron la quimera del Eldorado, la tierra de riquezas fabulosas, que debía estar en alguna parte más adentro, esperando que la descubrieran.

Algo muy parecido a este espíritu de aventura animaba a muchos que se proponían "conquistar el mundo para Cristo". Esto aparece reflejado en muchos de los primeros documentos de nuestra congregación. Por ejemplo, el P. Jouët, refiriéndose a la primera fundación M.S.C. en Austria, escribía así: "¡Adelante!... con coraje y con confianza; conquistar Austria, Baviera, Hungría, Alemania, Rusia y todo el mundo para el Sagrado Corazón, y seréis los hombres más felices en la tierra y los más generosamente premiados en el cielo

Precisamente, de la mismísima tierra descubierta por los conquistadores vino a Europa un Arzobispo, con el plan de conquistar América del Sur para el Corazón de Cristo y con su sueño de erigir una magnífica Basílica del Sagrado Corazón, que se convertiría en un santuario maravilloso, fuente de luz y fe cristianas para millones de personas. El arzobispo José Ignacio Ordóñez, venía desde el Ecuador, la pequeña República que había llegado a ser conocida y amada en toda la cristiandad, por su presidente García Moreno, eminente católico. Muchos pensaban que se le debía canonizar dado que su asesinato en 1875, se consideraba como el martirio de un hombre que había sido profundamente cristiano y que se había empeñado en organizar una nación en la que presidieran los valores cristianos. La soñada Basílica del Sagrado Corazón iba a ser erigida en su memoria, en Quito, la capital de la nación. Se pensaba que dicha Basílica serviría como santuario no sólo para la República del Ecuador sino para los pueblos de toda Sudamérica. Precisamente como campeón de este proyecto venía a Europa el arzobispo Ordóñez de Quito, con la esperanza de conseguir un grupo de religiosos que se encargaran de este santuario nacional.

El 18 de enero de 1887 el arzobispo se encontró en el Seminario francés de Roma, con el P. Víctor Jouët, Procurador de los M.S.C. Como ya conocemos algo del carácter de este padre, nos resultará fácil comprender que al final de su conversación, el arzobispo concluyera: "Me parece que ya no necesito buscar más". El P. Jouët quedó fascinado con la idea de ese espiritual Eldorado, que él ya veía tan claramente con su vívida imaginación. Inmediatamente envió un telegrama al P. Chevalier. En Issoudun el proyecto pareció también atractivo. Había algunas razones de tipo emocional que inclinaban a los M.S.C. en favor de la aceptación. Primeramente, el 9 de octubre de 1873, García Moreno había proclamado oficialmente Patrono de la República del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús. En segundo lugar, él mismo se había asociado como miembro de la Archicofradía de Nuestra Sra. del Sagrado Corazón de Issoudun. Finalmente, el 1 de abril de 1874 había escrito pidiendo que "mi esposa, Mariana Alcázar de García Moreno y, si es posible, mi único hijo, Gabriel García Alcázar, de cuatro años" fueran inscritos en la misma asociación.

El Consejo decidió aceptar. Incluso el P. Guyot pensaba ir como superior llevando consigo al P. Klotz. Pero el arzobispo de Bourges y el P. Guyot insistían en que se redactara un contrato bien claro y que se dieran unas garantías serias. Ellos, por supuesto, no podían ni imaginarse, que "unas garantías serias" iba a significar cosas distintas para cada una de las partes firmantes.

El 21 de febrero se firmó el contrato entre el arzobispo Ordóñez y el P. Chevalier. Cada uno se comprometía a pagar la mitad del importe del viaje de los misioneros. Se daría a éstos, una vez llegados a Quito, vivienda y la Iglesia del Sagrario, situada en la parroquia de la catedral. Esta Iglesia serviría provisionalmente de Iglesia del Sagrado Corazón y de centro de peregrinaciones hasta tanto se construyera la nueva Basílica.

Los M.S.C. llevarían la dirección espiritual de esta nueva Basílica, cooperando con un comité que debía constituirse. Cualquier conflicto que surgiera, se recurriría al Papa para que lo solucionara.

El primer grupo partiría el 10 de mayo acompañando al arzobispo en su viaje de regreso. Estaba formado por: el P. Morisseau, como superior; el P. Caër (de 58 y 52 años respectivamente); iban además, dos sacerdotes jóvenes los PP. Derichemont y Francisco Barral, y dos hermanos. Zarparon para Quito llenos de grandes ilusiones.

Pero la realidad con que se encontraron al llegar, era muy distinta de lo que se habían imaginado, y las esperanzas empezaron a desvanecerse. Ecuador era un país extremadamente pobre, con muy pocos recursos y con muy poca ilusión por un santuario nacional. La parroquia del Sagrario, que se les había confiado, llevaba varios años abandonada; la gente que vivía en la zona no se preocupaba gran cosa de la parroquia y se había acostumbrado a acudir a otras iglesias para la recepción de los sacramentos. Pero lo que más descorazonaba a los misioneros era la convicción de que este trabajo había sido aceptado demasiado a la ligera, sin un conocimiento cabal de todo lo que realmente llevaba involucrado. El arzobispo estaba también decepcionado porque se había hecho a la idea de que los M.S.C. iban a asumir toda la responsabilidad de la nueva Basílica, incluyendo la financiación del proyecto. Se quejó al grupo de que no estaban haciendo nada en este sentido. El P. Morisseau hizo saber a la Curia Episcopal que se extrañaba de esta desviación de lo contratado. También informó al P. Chevalier que, en su opinión, lo mejor sería acabar de una vez con aquella pérdida de energías allí, y que todo el grupo se marchara o bien a Europa o bien hacia las misiones de Oceanía. Lo prudente hubiese sido seguir el consejo del P. Morisseau. Pero no era fácil volverse atrás, de golpe, de una decisión que se había tomado tan seriamente. Tampoco era fácil abandonar una ilusión de la que, con esfuerzo perseverante, tal vez se podría obtener algún provecho que mereciera la pena. Por eso el P. Chevalier les exhortó a perseverar en este sentido y a continuar esforzándose. Pero el grupo empezó a descomponerse por sí mismo. El P. Caër, excéntrico y sin pelos en la lengua, llegó a irritar al arzobispo hasta tal punto, que éste pidió que se le alejara de Quito. Se marchó a Perú, donde intentó enrolarse con los Padres Picpus. Al hermano Justo se le apartó de la comunidad y el arzobispo le tomó consigo como profesor de francés en el seminario del Ecuador. El hermano Javier Mayer que había llegado en 1899 para unirse al grupo, no duró mucho tiempo, ya que les abandonó el mismo año. El P. Peyrot llegó en 1899 y murió el año siguiente. Poco después de su muerte llegaron de Francia dos nuevos sacerdotes; uno de ellos, el P. Moncorget, murió a las dos semanas de llegar de una enfermedad que había contraído en el viaje.

A pesar de todo, los misioneros iban haciendo lo que podían: organizaban la parroquia, establecían la archicofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón... Respecto a la maravillosa basílica no se hacía nada; el P. Morisseau se enteró después de que el arzobispo había roto el antiguo contrato y había firmado uno nuevo con otra congregación religiosa.

Fue entonces cuando el P. Chevalier y su Consejo decidieron enviar al P. Jouët como visitador de la comunidad de Quito. Él había sido el más entusiasta y el primer defensor del proyecto y parecía el más a propósito para poner las cosas en su punto. En su viaje a Quito coincidió con el nuevo delegado apostólico, Msgr. Macchi con el que trabó buena amistad. Decidieron que entre los dos serian capaces de poner las cosas en orden, y tuvieron éxito: el P. Jouët, alternando la habilidad con la firmeza, logró que el arzobispo rescindiera el reciente contrato, haciéndole reconocer que continuaba vigente el firmado en Issoudun; reorganizó lo que quedaba de la comunidad; luego, pidió a Issoudun un padre con dotes de organizador para construir y dirigir la nueva basílica. (El P. Guyot gruñía por lo bajo: "ya que fue el P. Jouët el que nos embarcó en la empresa" que se quede él allá hasta terminar el trabajo). El hombre escogido para esta tarea fue el P. Pedro Barral, hermano de Francisco que ya estaba en Quito. Había sido el que había llevado a término la fundación M.S.C. en Salzburgo. En esta y otras empresas había dado pruebas de gran capacidad de organización. El Consejo General le señaló, punto por punto, en qué iba a consistir su labor: encargarse de la dirección espiritual de la obra de la basílica de acuerdo con el arzobispo y con el Comité responsable de toda la obra, lanzar una campaña de propaganda para recoger los fondos necesarios pero sin comprometer ni a la Congregación M.S.C., ni a la comunidad de Quito en obligaciones financieras. El P. Barral era un hombre muy capaz, entusiasta, independiente, pero al mismo tiempo, algo pagado de sí mismo. Lograba que se hicieran muchas cosas, pero a la vez corría el peligro de malquistarse con mucha gente en su camino. Efectivamente, consiguió que la construcción de la basílica se pusiera en marcha pero en este proceso chocó con el arzobispo, que pidió a Issoudun que lo retiraran. Después de una corta tregua marchó del Ecuador para nunca más volver.

Ocurría esto en diciembre de 1890. Hubo algunos otros cambios e intercambios de personal, pero, por mayo de 1891 los M.S.C. de Quito volvieron a insistir que todo aquel proyecto era irrealizable. En septiembre de aquel mismo año el Consejo General decidió abandonar Ecuador. Sin embargo, el P. Jouët, que se sentía personalmente involucrado en el asunto luchó y se esforzó para que se demorara la decisión, hasta el Capítulo General de 1893, que votó por unanimidad que se acabara definitivamente con toda aquella empresa. En abril de 1894 volvía a Europa el último M.S.C.

Iba a pasar mucho tiempo antes de que la basílica del Sagrado Corazón fuera construida. El deslumbrante santuario nacional ya no se construyó; a finales de la década de los años 90 se erigió solo una capillita dedicada al Corazón de María. La realización final distaba pues mucho de los maravillosos sueños propuestos a la primera expedición de aventureros M.S.C. Esta empresa supuso para la joven Congregación M.S.C. una considerable pérdida, tanto de hombres como de moral. Murieron en Ecuador dos sacerdotes, dos dejaron la Congregación y ninguno de los cuatro hermanos que fueran a Quito quedó en la Congregación. La "empresa de Quito" fue algo más que un fracaso, fue una tragedia, y hubo quienes juzgaron que había sido emprendida sin una planificación suficientemente elaborada. Había sido como una expedición para encontrar un nuevo Eldorado.

Julio Chevalier, un Hombre con una Misión (E. J. Cuskelly MSC)

8

La crisis M.S.C

1. CONSIDERACIONES GENERALES

El fundador de una congregación religiosa es un líder carismático. Mientras está formando a su alrededor el grupo de colaboradores, éstos se someten de manera natural al tipo de estructura, que técnicamente se describe como “organización de tipo carismático”. Los expertos en sociología destacan en tal organización:

a) El punto focal en el que se centra la organización, es la inspiración, las intuiciones y la dirección del líder carismático.

c) El don carismático del líder arrastra a otros detrás de sí, y le capacita para irradiar o imponer sus ideas a sus seguidores.

c) El control de la organización nace del ejercicio de estas mismas cualidades; y las decisiones están habitualmente enunciadas en términos definidos.

En los pasos iniciales de la formación de tal grupo, los primeros compañeros del fundador o líder carismático se fijan en él, buscando dirección, liderazgo y decisiones. La verdadera razón por la que se unen a un grupo nuevo, es precisamente porque creen que el fundador tiene la inspiración y las intuiciones que pueden dar forma al grupo. Si se vieran incapaces de aceptar este tipo de liderazgo y de organización, no se unirían. Naturalmente se crea una lealtad hacia el líder y una mentalidad que acepta con facilidad sus decisiones.

Sin embargo, conforme el grupo se desarrolla, en especial si se trata de un grupo que aspira a convertirse en una congregación religiosa dentro de la Iglesia, debe formar ciertas estructuras de organización. Capítulos, consejos y consultas van a tener gran importancia en su vida. Debe seguir las leyes impuestas por la Iglesia, e incluso el líder carismático tendrá que acatarías, perdiendo así algo de su libertad. Puede que él llegue a ser el Superior General de un Instituto aprobado, pero entonces tendrá que ejercer un tipo de liderazgo distinto, o al menos, un liderazgo que tenga en cuenta las exigencias de unas estructuras ya alteradas. En esta última fase, los miembros que se van uniendo al grupo, ya se sienten menos atraídos por la persona o el carisma personal del Fundador, tal como existe en él. Se acercan al grupo atraídos por ese carisma, pero sólo tal como existe ya en la naturaleza y fines determinados del instituto. Esperan que podrán encajar en la nueva fase de la organización por medio de los Consejos, Consultas, etc., y esperan, hasta cierto punto, que el fundador, aunque sea el General, esté tan sometido a las normas de la organización del Instituto, como lo están ellos.

Por eso, aún dejando de lado la consideración de las personas que entran en juego, vemos que el escenario está automáticamente predispuesto para provocar fricciones y tensiones cuando todo el grupo, compuesto de elementos diferentes, se esfuerce en buscar una forma nueva de entenderse y un estilo nuevo de trabajo en común, en el que todos están implicados. Podemos anticipar y predecir la clase de tensiones que seguramente van a surgir, entre los que creen que la ley suprema es la fidelidad al fundador, a sus inspiraciones e ideas, y los que juzgan que ahora todos están llamados a participar, mediante diálogos y debates, en las decisiones, las cuales han de tomarse con una mayor participación de toda la comunidad. Para algunos de la generación más antigua estas ideas serán calificadas de infidelidad; pero algunos de las generaciones jóvenes pensarán que no se acepta su mayoría de edad, o no se les deja hablar suficientemente.

Otro factor de tensión, entrará en acción cuando en el grupo dejen de predominar los de la misma nacionalidad, para convertirse en un grupo religioso de miembros de diferentes naciones. Esto ocurre principalmente cuando se considera que una cierta uniformidad es (o era) necesaria para la vida religiosa de un Instituto. Habrá inevitablemente diferencias nacionales y culturales, y algunas de éstas diferencias se introducirán en la vida religiosa con los candidatos. Con todo, estos candidatos se incorporan a un grupo que ya tiene un ideal religioso característico y un espíritu religioso definido. Cuando exiges a personas de una nacionalidad distinta que vivan la vida religiosa como tú la has vivido, se te planteará inmediatamente una pregunta, que no tiene fácil y rápida respuesta. De todo lo que pides a ese nuevo grupo, ¿cuánto hay de imposición de expresiones accidentales; y cuánto es, simplemente una declaración de lo que se exige en toda lengua o cultura, como respuesta generosa a un ideal religioso?

Se puede decir a priori que a medida que un grupo religioso va creciendo, debe ir efectuando una doble transición:

- De un liderazgo carismático y muy personal, a un tipo de gobierno más democrático.

- De ser un grupo de una cultura única, a ser una congregación internacional.

NB: Esta segunda evolución es, en nuestro caso, de menor importancia y muy periférica. De haber sido ésta la única tensión habida, no hubiese surgido la crisis MSC. En el curso normal de los acontecimientos, la legislación de la Iglesia provee a una Congregación religiosa de dos instrumentos, que faciliten el proceso de esta doble transición. Estos medios son:

- El Consejo General que aconseja y asiste al Fundador-General.

- El Capítulo General que reúne cada seis años a cierto número de miembros de la Congregación con el fin de legislar, resolver problemas y tomar decisiones para toda ella.

Circunstancias especiales

A pesar de todo, la situación política impidió a los M.S.C. el curso normal de los acontecimientos. La expulsión de los religiosos de Francia trajo consigo la dispersión del Consejo General. El P. Piperon estaba en Tilburg, el P. Jouët en Roma como procurador; el P. Guyot, aunque vivía en Francia estaba a cierta distancia de Issoudun. El P. Morisseau estuvo con el P. Chevalier durante algún tiempo, pero luego fue destinado a Tilburg y después a Quito. El Capítulo General debería haberse celebrado en 1885, pero el Consejo General juzgó que, por causa de la situación política y de la dispersión de los miembros, debía diferirse. Quizá no habría sido estrictamente necesario el posponerlo pero, por lo menos, había inconvenientes suficientemente graves para no celebrarlo, de los cuales podía juzgar el Consejo y que Roma aprobaría, para que se aplazara. Aquellos que pensaban sinceramente, que la Congregación todavía necesitaba hacer la doble transición que más arriba hemos mencionado, iban a sentirse decepcionados con esta decisión. Estimaban que, a pesar de todas las dificultades, debía y pudo haberse hecho un esfuerzo para celebrar el Capítulo.

También debemos hacer notar que las mismas cualidades, que capacitan a un Fundador para ejercer con éxito su liderazgo carismático, le hacen más difícil aceptar que ha llegado la hora del cambio. Él había sido escogido para declarar lo que significaba su visión en la realidad y para señalar el espíritu y el estilo de vida de la nueva Congregación. Hubo quienes se sintieron satisfechos de aceptar sus directrices y, precisamente por eso, nació la nueva Congregación. Ahora, esa misma cualidad de guía, que le capacitó para formar el grupo, le va a impedir detectar el momento exacto, en que tendrá que retirarse y dejar a otros expresar su opinión en las ¡decisiones y permitir que otros le digan, cómo tiene que adaptarse su espíritu a las diferentes culturas y mentalidades en evolución. La dispersión del Consejo General trajo unos efectos que el General no percibió en todo su alcance. El Consejo se había dispersado por los acontecimientos políticos; el P. Chevalier les consultaba a menudo por carta pero la correspondencia no hace colegialidad, pues recibían y escribían cartas como individuos, sin conocer, en la mayoría de los casos, el punto de vista de los otros consejeros. Por respeto al P. Fundador y sin antes discutir juntos y animadamente los problemas, solían estar de acuerdo con las propuestas del P. Chevalier, más frecuentemente de lo que lo hubieran estado en una situación diferente. Además, ya hemos visto un ejemplo de las maniobras del P. Chevalier cuando quería asegurar que se aceptase la misión de Oceanía. Entre algunos miembros del Consejo y también fuera de él, iba cundiendo la impresión de que el P. Chevalier estaba imponiendo sus puntos de vista, con cierto perjuicio para el bien de todos. Esto desembocó en un resentimiento. El aplazamiento del Capítulo General se interpretó, por esto mismo, como una prueba más de la poca disposición para hacer una consulta plena. Además, al no haber las reuniones regulares del Consejo, no le fue posible al P. Chevalier sondear la profundidad de este sentimiento de disgusto. De haber conocido el alcance de este descontento, hubiese actuado de manera diferente.

Existía también el asunto de las diferencias en las prácticas de vida religiosa, fuera de Francia: ¿eran una adaptación o una relajación? Y si eran algo de esto último ¿cuál era el mejor modo de atajarlo? El P. Chevalier escribía: "Esta dispersión de los miembros condujo forzosamente a cierta relajación de la disciplina de las reglas, especialmente en nuestras casas del Norte, donde las obras se han extendido con demasiada amplitud. Las costumbres de estos países, al ser diferentes de las de Francia, han abierto el portillo a más de un abuso. Nuestras primeras reglas, esbozadas al comienzo de la Congregación y para los religiosos que la componían entonces, ya no satisfacen las necesidades actuales." El Superior General, velando por el futuro de su Congregación, quiso antes de morir, dar los últimos toques a su obra completando las Reglas comunes y las particulares, que tenían buen número de lagunas. Su objetivo era corregir la arbitrariedad y conseguir la mayor uniformidad posible de conducta, en nuestras casas. Pensaba, y con razón, que ésta era su obligación más seria para evitar así traumas peligrosos después de su muerte. Para eso envió a los Superiores de todas las casas (incluso las más distantes) copias del borrador de estas nuevas Reglas, pidiendo al mismo tiempo, que, una vez consultados los miembros, le enviaran todas las observaciones. Él las tendría en cuenta en la redacción definitiva. Y así se hizo.

La presentación de este Directorio levantó un profundo descontento en las casas del Norte.

Con la misma finalidad en perspectiva, el P. Chevalier se puso a "completar las Constituciones" y las envió a Roma. Roma encontró algunos puntos demasiado exigentes, como los dos años de noviciado en vez de uno. Roma señaló también que la Congregación se vería obligada a elegir entre estas dos alternativas: La primera, si se mantenían las Constituciones antiguas, aunque se las modificara en algunos puntos de poca monta, podrían ser aprobadas definitivamente, puesto que los diez años de prueba ya estaban tocando a su fin. Segunda: si la Congregación adoptaba las nuevas constituciones, entonces tendrían que embarcarse en otro periodo de diez años de prueba. La decisión debía ser tomada por un Capítulo General.

EL CAPITULO DE 1891

El Capítulo General comenzó en Issoudun el 8 de enero de 1891. Los miembros asistentes eran: El P. Julio Chevalier, Superior General; Los asistentes generales:

PP. Piperon, V. Jouët, J. Guyot, A. Delaporte, J. Morisseau (Secretario General), F. X. Maillard (Ecónomo General); Los superiores locales T. Reyn (Amberes), P. Tréand (Glastonbury), L. Hartzer (Salzburg), X. Klotz (Tilburg), C. Ramot (Watertown). Como antiguo superior estaba presente el Obispo L. Couppé. Los supersticiosos notarán quizá como dato de mal augurio, que los capitulares eran trece.

Para seguir mejor la sucesión de los acontecimientos ocurridos durante y después del Capitulo conviene analizar tres temas diferentes:

1. Las Constituciones.

2. Oposición y crítica a la Administración General.

3. La existencia de ciertas irregularidades canónicas en la Congregación y las medidas tomadas para subsanarlas.

1.- Las Constituciones

Aquí no hubo ningún problema. El Capítulo votó unánimemente que se mantuvieran las Constituciones antiguas (aprobadas para 10 años en 1877). El 24 de julio de 1891, Roma dio la aprobación definitiva a estas Constituciones.

2.- Oposición a la Administración General y Crítica de la misma.

Puesto que este es el punto más complicado de todos los asuntos tratados, lo estudiaremos con más detalle en el capítulo siguiente, sin embargo, los elementos principales en él, no son difíciles de comprender. Fue, como ya hemos hecho notar, la expresión propia M.S.C. de la crisis, por lo demás bastante común, en ciertos períodos de transición de un grupo religioso. Notemos algunos hechos históricos que fueron destacados ampliamente en las discusiones del Capítulo. Como había habido un Capítulo General en 1879 debería haberse celebrado otro en 1885. El Consejo General, a causa de las dificultades de la persecución francesa y la subsiguiente diáspora M.S.C., juzgó que iba a ser demasiado difícil celebrarlo y pidió que se aplazara. Roma dio el Visto Bueno. En 1890, a petición del Consejo General, se prorrogó por 12 años el cargo del P. Chevalier como Superior General. El padre Chevalier había escrito unas nuevas Constituciones y un Directorio y los había presentado a Roma para su aprobación. Esto, como dice una cita del P. Chevalier, "levantó un violento descontento en las casas del Norte".

Ya en la sala capitular, el P. Reyn, superior de la casa de Amberes, intentó explicar por qué había nacido esta oposición y por qué existía todavía. Dijo: Una cosa esencial a las estructuras de la vida religiosa es que una Congregación tenga el derecho a elegir su Superior General a través del Capítulo General, y también el derecho a cambiar o a dejar intactas sus Constituciones y Reglas. Ahora bien, nuestros Superiores Mayores hicieron todo esto o intentaron hacerlo ellos solos. Ellos pidieron y consiguieron la prórroga del General en su cargo. Ellos pidieron (y por poco lo consiguen) el cambio de las Reglas y Constituciones. Ellos decidieron que nosotros no podíamos tener un Capítulo en 1885. Este Capítulo debe asegurarse que tales abusos no se repitan de nuevo.

Porque con esta manera de proceder nuestros Superiores Mayores usurparon las prerrogativas que, por ley y por derecho, pertenecen a la Congregación en su conjunto, en y por medio del Capítulo General.

Yo pienso que este punto está muy claro. Y creo que para nosotros, que vemos las cosas desde cierta distancia, tiene su validez. Más aún, este es precisamente el caso que mencionábamos más arriba en que se debe aceptar el cambio de estructuras: la transición de un grupo dirigido por un liderazgo muy personal y carismático, a otro gobernado más democráticamente.

Por desgracia es imposible discutir esos hechos en una situación real de la vida sin criticarlo o, parecer criticar las actuaciones de las personas implicadas en los mismos. Y a menudo, si no se comprende suficientemente el punto discutido o no parece ser aceptado, entonces, los criticismos personales se usan a menudo para forzar la idea. Los miembros de la Administración General se sintieron atacados. Apelaron a los acontecimientos históricos de los últimos años -la persecución en Francia y la diáspora del grupo M.S.C.- para justificar sus actuaciones. Pero se les replicó -acertada o equivocadamente- que no había variado mucho la situación en los últimos años y que si ahora era posible celebrar el capítulo, también lo habría sido antes, si se hubiese querido de verdad.

En cierto momento de las discusiones, dos miembros del Consejo General se separaron de la Administración Central y se pasaron al bando de los más jóvenes. Los PP. Guyot y Delaporte, se quejaban de que sus opiniones no eran muy tenidas en cuenta en el Consejo General, en el que, según ellos, los PP. Chevalier y Jouët tomaban la mayoría de las decisiones. El P. Jouët se convirtió, de manera especial, en el blanco de los ataques; y se criticaron buen número de decisiones de la Administración General de los últimos años, haciéndose mención particular de la fracasada expedición a Quito.

Aquellos que creían firmemente que el General-Fundador tenía todavía una función que desempeñar porque tenía derecho a ejercer un liderazgo personal y carismático, y aquellos que ponían un acento especial en la obediencia religiosa (una obediencia de acuerdo con este tipo de superiorato), pensaban que a los jóvenes les faltaba espíritu religioso. Este parecer se confirmaba, al oír lo que para ellos eran acusaciones injustas y poco caritativas. Aparecieron dos grupos bien distintos: la Administración General (o parte de ella) y los que estaban con ellos y "el grupo disidente". El P. General y los que le apoyaban estaban convencidos de que la siguiente dificultad, era parte también de esta concertada oposición.

Era ésta:

3.- La reacción a ciertas irregularidades canónicas que en su opinión existían en la Congregación

El Consejo General había aceptado que se examinaran estas irregularidades -pero no pudieron prever muchas de las conclusiones que resultaron-. La principal de ellas, según se decía, era poner muy en duda si el P. General había sido verdaderamente General de la Congregación durante un ¡buen número de años! Para entender las razones de este aserto conviene considerar algunos datos cronológicos: En 1869 el P. Chevalier fue elegido Superior General por 12 años. En 1881, al final de este período, por un Rescripto, se prolongaba su cargo para un año. En 1882 se prorroga por otro año. En 1883, lo mismo. En 1884, otra vez lo mismo. En 1885,1886, 1887, 1888... nada. En 1889, se le "prolonga por un año". En 1890, se le prorroga en el cargo para 12 años (decreto del Cardenal Protector).

Las cosas que vamos a relatar fueron un poco trágicas para aquel tiempo, aunque ahora, desde la perspectiva de los años, nos hagan sonreír más de una vez. Asistía al Capitulo un joven alsaciano, el P. X. Klotz, superior de Tilburg. Era un joven que prometía; había estudiado Derecho Canónico en Roma y el P. Chevalier había pensado en él como posible sucesor suyo en el cargo de Superior General. Al estudiar algunos documentos, tuvo sus dudas acerca de ciertos aspectos legales y las expuso ante el Capítulo. Sus dudas hicieron furor. Es que los cancionistas jóvenes, si son impetuosos, pueden dejarse llevar de su celo por la rectitud legal hasta tal punto, que algunas veces no prestan los mejores servicios al bien de todos. El mismo iba a escribir años más tarde, concretamente el 1 de noviembre de 1925: "Cuando Ud. dé cuenta de estos años tan agitados, tenga cuidado de no atribuir ninguna mala fe a ninguno de los bandos. Cada uno actuaba según su conciencia. Nuestros malos entendidos quedan aclarados por los hechos. Si en 1891 yo hubiese tenido la experiencia de 1925, al tener los documentos en mis manos, para leerlos en el Capítulo, no hubiese cometido la imprudencia de hacer públicas las irregularidades que descubría en ellos. Hubiese llamado aparte al P. Chevalier, hubiese redactado una apelación a Roma, la cual él habría firmado con sumo gusto y Roma, con su indulgencia habitual, hubiese dado una "sanatio in radice" ante la simple petición del Superior General. Esto hubiese puesto orden donde había desorden, sin alborotos, sin traumas y sin herir a nadie. Pero yo entonces tenía sólo treinta años. A esa edad uno no tiene tanto control de sus emociones como a los 67".

Y a esa edad ¿qué fue lo que hizo? Señalar la laguna que había entre los Rescriptos que prorrogaban el cargo de General del P. Chevalier. (En las discusiones aparecía que los PP. Chevalier y Jouët habían olvidado el Rescripto para 1884; cosa comprensible en aquellas circunstancias). La discusión se centraba en los años que van de 1883 a 1889. El P. Chevalier no había sido reno­vado en su cargo, por tanto, no había sido Superior General. Por consiguiente, todos los que habían sido admitidos a la profesión durante aquellos años no habían hecho una profesión válida y entre éstos que no habían "profesado válidamente" se contaban tres miembros de aquel mismo capítulo: el obispo Couppé, y los PP. Reyn y Delaporte. Y como Delaporte había tomado parte en la convocatoria del capítulo en calidad de Asistente General, tal vez el mismo Capítulo había sido convocado inválidamente.

El P. Jouët replicaba a esto que al hacer él la solicitud de prórroga en 1889 ya había explicado estas omisiones anteriores, como debidas a la inestabilidad de la situación en Francia y a la dispersión de la Congregación M.S.C. por Europa y, por tanto, decía él, el Rescripto de 1889 ya había traído consigo la "sanatio" de todas las irregularidades. El P. Chevalier era también de esta opinión, es decir, que "el Rescripto contenía implícitamente la "sanatio" de las irregularidades precedentes puesto que el P. Jouët las había mencionado en su petición".

Pero aquellos eran los tiempos (ya pasados para siempre, gracias a Dios) en que un solo canonista podía poner el temor de Dios y de la Inquisición a un grupo de mortales normales, que no conocieran el Derecho Canónico. En consecuencia, la respuesta del P. Jouët no eliminó del todo los temores. Entonces, el P. Klotz aumentó dichos temores al sugerir que algunos de ellos probablemente quedaban sujetos apenas y censuras a tenor del bien conocido decreto Romaní Pontificis. Por ejemplo los PP. Piperon y Ramot, quienes, como Maestros de Novicios, habían admitido postulantes al noviciado, antes de llegar las cartas testimoniales. Podían, por tanto, haber incurrido en ciertas penas; podían haber perdido la voz activa y pasiva en la Congregación y por ello no tener derecho ni a estar presentes, ni a votar en el Capitulo. Había más cosas aún, pero estas bastaban ya para decidir a los miembros del Capítulo a firmar un documento exponiendo a Roma sus dudas y pidiendo una "sanatio ad cautelam". Acordaron también que los delegados para llevar a Roma dicho documento fueran los PP. Klotz y Piperon quedando el Capítulo interrumpido mientras tanto. Todos los miembros del Capitulo, incluido el Padre Chevalier, firmaron el documento y los PP. Klotz y Piperon partieron para Roma.

Dado que el Capítulo se había dividido en dos grupos, el arzobispo de Bourges pensó que sería muy aconsejable que el P. Chevalier estuviera representado en Roma y que fuera el P. Jouët quien se trasladara allá con este propósito. El arzobispo escribió a este tenor al cardenal Mónaco, Protector de la Congregación, indicando, además, el consejo que ya había dado al P. Chevalier (carta de 21 de enero). El P. Chevalier no perdió el tiempo en aceptar el consejo y el 20 de enero, ya había enviado al cardenal Mónaco su carta. En ella se atrevía a sugerir que no estaría mal que el cardenal llamara a Roma al P. Jouët por telegrama. Además, por no fiarse demasiado de la opinión del P. Klotz insinuaba que podría ser muy útil que hablara en particular con el P. Piperon. Con telegrama o sin telegrama, el caso es que el P. Jouët marchó a Roma.

El documento que los dos delegados llevaban a Roma era realmente extraordinario. Mencionaba, claro está, las dudas que ya hemos apuntado. Pero añadía, además: que dos de los asistentes no recordaban si se les había consultado acerca de la solicitud de 1889 (en la que, por cierto, figuraban las firmas de ellos dos), más aún, que algunos miembros del Capítulo dudaban de la validez de las razones alegadas para aplazar el Capítulo (esto era un poco chocante por cuanto Roma había juzgado y aprobado estas razones). Luego, que al estar algunos asistentes dispersos, varios miembros habían sido admitidos a la profesión, sin el consentimiento de todos los asistentes. ¿ Es que eran válidas estas profesiones? El General había delegado a algunos Superiores para recibir la profesión (siendo así que las Constituciones hablaban de delegados Provinciales) ¿ serían válidas estas profesiones? Algunos novicios habían profesado fuera de la casa del Noviciado y parecía que estas profesiones eran inválidas. Algunos maestros de novicios, sin mediar el indulto exigido, habían sido nombrados Maestros, sin tener la edad canónica requerida.

El obispo Couppé, como obispo, ya no estaba bajo al jurisdicción del General y, por tanto ¿es que podía ser miembro del Capítulo? ¿Esos miembros "profesos inválidamente" estaban válidamente en el Capítulo? Por último, dadas las dudas acerca de la manera cómo se había prorrogado el cargo de General, ¿era legítimo el decreto convocando el Capítulo?

¿ Cuál era el resultado que los padres esperaban de la ida de esta representación a Roma? En el último párrafo del documento pedían que se subsanaran las irregularidades (si es que las había) para que el Capitulo pudiera continuar. El P. Chevalier, a lo menos, sospechaba que eran demasiado optimistas. En su carta del 20 de enero, escribía al cardenal Protector:

"Tanto si el Santo Padre juzga que el presente Capítulo sea disuelto como si juzga que continúe, me atrevería a sugerir a su Eminencia que tanto si continúa este Capítulo como si se convoca uno nuevo, Su Santidad podría dignarse designar un Delegado Apostólico para presidirlo, o bien Su Eminencia el arzobispo de Bourges, o en el caso de no poder asistir él, el obispo de Synope, su hermano y Coadjutor."

La sospecha no iba muy descaminada. El cardenal Mónaco había recibido instrucciones para "disolver el Capitulo y declararlo disuelto". Y esto lo hizo en un documento del 27 de enero de 1891. Añadía que los participantes se fueran a casa y que hasta nuevas órdenes emanadas de la Sagrada Congregación, la marcha de todos los asuntos debían continuar como hasta la fecha, y mientras tanto, que se enviaran a Roma las Actas del Capítulo. Pero cuando el General y sus Asistentes las buscaron por todas partes, notaron que no estaban en Issoudun. El P. Klotz, secretario del Capitulo, se había marchado a Roma llevándoselas consigo. Si es que el P. Chevalier temía que el P. Klotz no iba a dar a Roma una versión imparcial, éste le devuelve ahora el cumplido. Pidió permiso para ir personalmente a Roma. Se le niega este permiso y a pesar de todo, Klotz se marcha a Roma. En aquellos días se consideraba un proceder de este tipo, como una falta grave a la obediencia religiosa. El P. Chevalier nos dice que en Roma lejos de darle una bienvenida calurosa, le amenazaron con el entredicho.

Luego, con fecha del 15 de abril le llega al P. Chevalier una carta del cardenal Verga, Prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos. Era breve y estaba redactada en esos términos corteses que usa la Curia, incluso cuando "cita a alguien a Roma":

"Reverendo Padre:

Esta Sagrada Congregación de Obispos y Religiosos deseando vivamente poner fin a las dificultades, que han surgido en el Instituto de los Misioneros del Sagrado Corazón, del cual es Superior General Su Paternidad, le invita a venir a Roma, donde Ud. podrá aclararnos estos asuntos. Esperando su rápida respuesta con la indicación del día de su llegada, le deseo toda clase de bienes en el Señor...

Fue por mayo, cuando el P. Chevalier pudo cumplimentar esta citación, pero el mes de mayo, en Roma, está lleno de días festivos. Cuando llegó allí, se encontró con que el cardenal Verga estaba fuera, de vacaciones. Mantuvo una charla de media hora con el Papa y otra de dos horas con el Secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Religiosos. El Secretario estuvo "très affable et très paternel" pero debió dejar claramente indicado, que Roma no podía tomar a la ligera los errores, que habían originado las dudas acerca de la validez de las 190 profesiones.

Se conserva en los Archivos Generales un documento muy curioso de fecha 13 de junio. Comienza: "El Fundador y Superior General de la Congregación del Sagrado Corazón de Issoudun, de la Archidiócesis de Bourges, humildemente expone que han ocurrido en su Instituto algunas irregularidades..." Sí, "algunas irregularidades", tales como que quizás él no fue verdaderamente Superior General durante varios años; como que algunos superiores quizá no estaban válidamente delegados para recibir las profesiones de los candidatos; como que algunas veces, incluso, se recibieron novicios sin cartas testimoniales y profesaron a veces fuera de la casa del Noviciado y, por tanto, quizá su profesión religiosa no fue válida...

Por todo lo cual pedía una "sanatio" para todas esas irregularidades y para cualquier censura en la que pudieran haber incurrido en algún punto u otro. Roma, dada su larga experiencia, ni se inmutó por eso de "algunas irregularidades". La Sagrada Congregación concedió benignamente al cardenal Protector la facultad de absolver y regularizar, como se pedía. Esto sucedía el 15 de junio. Había en el Rescripto unas notas adicionales de cierta importancia, que el cardenal Mónaco cumplimentó: Primeramente, se confirmaba el rescripto que prorrogaba al P. Chevalier en el cargo de General por 12 años (es decir, desde 1890).

En segundo lugar, los Asistentes actuales quedaban confirmados en el puesto hasta el próximo Capítulo General, con la condición de que residieran con el General.

Tercero, se daba la "sanatio" de la profesión, a todos aquellos que la pidieran por escrito. El precio del Rescripto eran 23 liras.

El P. Chevalier empezó a hacer una gira por todas las casas explicando a los miembros estos puntos y dejando que cada uno tomara su propia decisión. Es significativo, que de todas las 190 personas, más o menos implicadas, sólo una dejó la Congregación. Esto parece indicar que, por intensa que hubiera sido la lucha, dentro del Capítulo, la mayoría de los miembros estaban contentos de seguir en la Congregación. Indudablemente todo este asunto no constituyó una experiencia muy afortunada, para los que se vieron más directamente envueltos en ella. Sin embargo, no faltan indicios de que la "crisis" se dramatizó exageradamente. La prueba es el número de personas que entraron en la Congregación durante este período:

Durante los años 1891-92 había treinta novicios (para sacerdotes); de éstos lo dejaron algunos pero profesaron 21 el 17 de octubre de 1892 y otros lo hicieron más tarde.

En el período 1892-93 había 26 novicios: el grupo principal de 14 profesó el 9 de octubre de 1893 y otros más tarde. Durante el período 1893-94 había 33 novicios y al año siguiente 38.

Después de la visita del P. Chevalier por las casas, se regularizaron todas las profesiones. Se despejaron los nubarrones de las dudas canónicas: Se nombró al P. Chevalier como Superior General para varios años, pero ahora con todo derecho. Se confirmó a los Asistentes hasta el próximo Capítulo. La cláusula sobre la residencia de éstos con el General, llevaba consigo que el P. Jouët, Procurador en Roma, no podía continuar como Asistente y el P. Guyot había renunciado, después del Capítulo. Se nombró para reemplazarlos como asistentes, a los Padres Maillard y Morisseau.

Quedaba una cuestión importante de orden práctico:

¿Qué se debía o qué se podía hacer acerca de un nuevo Capítulo General?

Un experto en técnicas modernas para resolver problemas diría, que la única vía para restablecer la armonía en una situación tan revuelta era que las partes interesadas hablasen claramente sobre los asuntos; en nuestro caso, en un nuevo Capítulo. Y esta era de hecho la idea del P. Chevalier (aunque él era de la opinión de que los Capítulos normalmente no son muy útiles, por esta vez compartiendo el modo de sentir de sus hermanos, creía que era necesario un nuevo capítulo.)

El 17 de febrero, el P. Maillard escribía al P. Jouët: "El P. Chevalier todavía cree, y nosotros también, que la única manera para calmar los ánimos y acabar de una vez con estos problemas, es hacer convocar un Capítulo presidido por un delegado Apostólico tan pronto como sea posible. Así que por favor, haga diligencias en este sentido..."

El 5 de septiembre de 1891, el P. Chevalier y sus Asistentes pedían oficialmente a la Santa Sede que se les permitiera celebrar otro Capítulo con los mismos miembros que en enero. (En esto el P. Chevalier estaba de acuerdo con el P. Reyn y compañía). La Santa Sede, naturalmente, todavía no había oído hablar de las técnicas del siglo XX para resolver problemas y probablemente no creía que este grupo concreto de M.S.C., fuera capaz de hallar una solución en un diálogo amistoso. El 27 de enero "se había disuelto el Capítulo y se había declarado disuelto". Por eso, como contestación a esta petición del 5 de septiembre se dijo que "después de haber sopesado cuidadosamente todas las cosas" la respuesta era "NO". Si tenía que celebrarse un Capítulo, se celebraría de acuerdo con las Constituciones aprobadas definitivamente hacía poco. Además, se celebraría sólo después de que la Sagrada Congregación diera el permiso, permiso que, por el momento, no estaba dispuesta a conceder.

El 5 de marzo de 1892 en respuesta a una petición posterior para celebrar el Capítulo, la Sagrada Congregación contestó que no lo juzgaba oportuno. Sin embargo, manifestaba que estaba dispuesta a escuchar las serias razones, que el Superior General pudiera querer presentar, para mostrar que dicho capítulo era necesario o útil.

El 17 de julio, como respuesta a otra petición del Padre Chevalier, se concedió el permiso. Pero, muestra de que la Sagrada Congregación todavía no se fiaba mucho del grupo M.S.C., es que impuso las siguientes condiciones, a saber:

1.a Presidiría el Capítulo Mons. A. Marchal, obispo de Sinope, como Delegado Apostólico, el cual debería entrevistarse con cada uno de los miembros antes de empezar el Capítulo.

2. a Los participantes tendrían que hacer 3 días de Ejercicios Espirituales, antes del comienzo del Capítulo.

3.a La elección de los miembros y la asistencia de los mismos será a tenor de los prescrito en las Constituciones.

4.a El cometido del Capítulo será la elección de cuatro Asistentes Generales y un Procurador General; así como la formación de una comisión de cuatro miembros que, bajo la presidencia del General, redactarán un Directorio.

5.a Los miembros si lo desean podrán manifestar su opinión libremente, pero esta vez todas las decisiones serán tomadas por la Santa Sede.

6.a El Delegado Apostólico tiene el derecho de clausurar el Capítulo cuando lo crea oportuno.

7.a En todo lo demás, que se observen las Constituciones.

Si Roma pensaba que con esto ya había encontrado la fórmula eficaz para resolver el problema M.S.C., se iba a llevar el gran desengaño. El 7 de febrero de 1893 se abría oficialmente el Capítulo bajo la presidencia de Mons. A. Marchal y, otra vez, los capitulares eran 13 (aunque faltando 5 buenos elementos del anterior):

J. Chevalier, Superior General; los Asistentes Generales: PP. C. Piperon, J. Morisseau (Secretario General), F. Maillard, A. Bátard (Ecónomo General); los superiores locales: T. Reyn (Amberes), V. Casas (Barcelona), C. Ramot (Glastonbury), F. Miniot (París), F. Barral (Quito), L. Hartzer (Salzburg), A. Lanctin (Tilburgo), F. Derichemont (Watertown). Como asunto extra a discutir, a petición expresa del cardenal Rampolla, estaba que el Capitulo se pronunciase sobre si procedía la supresión de la fundación de Quito. La votación de la supresión fue unánime a favor. Pero la cuestión más importante del Capítulo era la elección de los Asistentes y del Procurador. Resultaron elegidos los PP. Ramot, primer asistente, y Morisseau, Delaporte y Lanctin como asistentes. El Padre Guyot fue elegido como Procurador General.

Mons. Marchal, había exhortado a los capitulares a trabajar por la paz y la unidad y subrayó la importancia de elegir Asistentes que ayudaran al General, en vez de oponerse a él. Pero cuando leyó el acta que le habían entregado por escrito -según lo prescrito en la condición de elegir Asistentes que ayudaran al General, en vez número 5-, vio que estos cuatro hombres, al someter a su aprobación los documentos que tenía que llevar a Roma habían expresado más bien una fiera oposición al P. Chevalier. Tuvo sus dudas sobre el espíritu con que estos hombres estaban dispuestos a cumplir sus obligaciones. Y así lo expresó en su informe a Roma. "Me parece -decía- que la elección fue manipulada y que nada va a persuadir a los electores de que desistan de la decisión que han tomado todos juntos. Como son mayoría han nombrado como asistentes a aquellos que en 1891 se habían declarado más violentamente contrarios a la administración anterior..." (Informe del 11 de febrero). Como quiera que Mons. Marchal y el P. Chevalier eran buenos amigos, puesto que los dos tenían ideas afines sobre la autoridad y la obediencia, ninguno de los dos quedaría muy satisfecho de estas elecciones. Nunca se podrá determinar con exactitud hasta qué punto influyó el uno en el otro, para pensar que las elecciones habían sido inválidas. Pero ciertamente el uno confirmaba las sospechas del otro.

El 20 y el 22 de febrero se enviaron a Roma informes más completos. El 20 de marzo contestó la Sagrada Congregación que, a la vista de los informes, no aparecía claro si las elecciones habían sido válidas o no, dado que quizás habían sido manipuladas por los grupos. Según eso, Mons. Marchal tendría que hacer nuevas averiguaciones y enviar un informe más detallado. Por el momento, los asistentes recién elegidos no podrían ejercer sus funciones y se restablecía a los anteriores en sus cargos hasta tanto que la Santa Sede, después de ulteriores indagaciones, lo proveyera de otro modo.

Como resultado de la nueva indagación, Roma decidió que la Congregación M.S.C. necesitaba más ayuda exterior. Se nombró al arzobispo Boyer, el nuevo obispo de Bourges, Visitador Apostólico de la Congregación. Se declararon nulas y sin efecto las elecciones del 7 de febrero. Se nombró a los PP. Piperon, Morisseau, Reyn y Vaudon como "asistentes provisionales". El P. Maillard, había escrito a Boyer, que creía seria mejor para la Congregación que no le nombraran como asistente. Se designó al P. Carrière Procurador y Superior de la casa de Roma; al P. Bátard, Ecónomo y al P. Maillard, encargado de las Misiones. El obispo comunicaba todo esto en carta el 21 de agosto de 1893, añadiendo confidencialmente: "La misión de paz que se me ha confiado será fácil de llevar a término." Cuando él moría a finales de 1896, el P. Chevalier podía escribir al Santo Padre:

"Poco a poco se ha restablecido la calma, se han pacificado los espíritus, y se han unido los corazones con lazos que nunca más se volverán a romper. Podemos asegurar que, en estos momentos, hay perfecta concordia y armonía entre los súbditos y los superiores, así como entre todos los miembros de la Congregación".

2. UN ANÁLISIS PARCIAL

Después de haber seguido el hilo de los acontecimientos de este período de crisis, debemos intentar ahora volver sobre los pasos y ver si podemos lograr entender, esta parte de nuestra historia. Y debemos procurar hacer esto con el mayor respeto que nos sea posible, hacia nuestros hermanos ya muertos. Deberemos dejar que las muestras de debilidad humana (esas pequeñas cosas que pudieran empañar el bien que hicieron) queden enterradas con ellos. Es que lo más trágico de la crisis fue que eran unos hombres buenos, pero que se vieron envueltos en el torbellino de unos malentendidos, que les causaron grandes disgustos personales. Hubo equivocaciones por todas partes, pero nuestra tarea no es actuar como jueces, sino simplemente tratar de entender.

En este período de desarrollo, había, ante todo, dos ideologías básicas acerca del gobierno de la Congregación:

1.a El tiempo de la Fundación ya ha terminado. De aquí en adelante el Capítulo legisla, el Superior administra.

2.a El Superior General... (si es el Fundador) no es un Superior cualquiera... Es la cabeza y la raíz... Nosotros (los Asistentes) debemos ser los miembros primeros y las ramas principales, viviendo con la misma vida y la misma savia, para transmitirla a los demás. Los asistentes deben discutir los asuntos, ofrecer sus sugerencias, prestar o negar su asentimiento, pero nunca podrán oponerse sistemáticamente a un Superior General que es el Fundador. "La obra todavía está en período de for­mación y, por tanto, la iniciativa debe venir del Fundador, en armonía con aquellos que se han ligado a su obra y mantienen con él mutua confianza..." Ni siquiera un Capítulo puede imponer su voluntad sobre el Fundador si éste es totalmente contrario a las sugerencias de un grupo.

Como ya hemos visto, un buen número de participantes vinieron al Capítulo de 1891 convencidos de la primera tesis, y convencidos de que, al no convocar el Capítulo, la Administración General había privado a los miembros de la Congregación de sus derechos. Llegaban, pues, con ciertos resentimientos y el resentimiento conduce con frecuencia a afirmaciones exageradas, y si estas exageraciones son rechazadas, entonces aumenta el resentimiento. Hablaban del Capítulo como de un "Tribunal Supremo" que debía llamar a juicio a la Administración. M formular este juicio, tenía muchas cosas que criticar: como las demasiadas fundaciones de obras, sin personal para regentarlas. Pero lo que criticaban de manera especial eran las infracciones al Derecho Canónico: que el General no había consultado a los asistentes; que se habían obtenido indultos de Roma, en lugar de convocar antes un Capítulo; y, sin embargo, no se habían pedido indultos cuando hacia falta obtenerlos. En una palabra, los hijos ya sabían más que sus padres en algunos de esos asuntos y no tenían reparos en decir, que no comprendían los "turbios manejos" de la Administración General y sus descuidadas actitudes referente a las prescripciones del Derecho Canónico.

La Administración General que había vivido y trabajado bajo las dificultades de la persecución política, veía las cosas desde el ángulo de la experiencia y de la historia. Pensaban que habían hecho todo lo que habían podido para mantener viva la Congregación y que "fuerza mayor" las había dispensado de preocuparse demasiado de la ley. Habían dispersado a sus Asistentes (Piperon al norte y Jouët a Roma) para tener a los hombres de más valía al frente de los proyectos más importantes. Era muy fácil a los jóvenes que habían crecido en la protección de las casas que ellos habían levantado y sostenido con no pocos sacrificios y quebraderos de cabeza, decir ahora lo que debía haberse hecho.

Pero los "Padre Capitulares" estaban decididos a decir lo que debería hacerse de ahora en adelante. No estaban dispuestos a seguir gobernados por ese arbitrario tipo de gobierno. Querían ver, para empezar, que el General y los Asistentes vivieran juntos. Si esto no podía ser en Issoudun, que se hiciera en Roma donde estaban la mayoría de las Casas Generalicias. En vano podía protestar el P. Chevalier diciendo que en aquella etapa de la vida de la Congregación, Issoudun era vital para su existencia, como centro de las obras y como fuente de ingresos económicos. Todo fue en vano. El Capítulo votó que la casa Generalicia tenía que trasladarse a Roma. Esto era un ejemplo de 10 que el grupo de la oposición llamaría ''imponer decisiones al Fundador-General''. Era también un ejemplo, no canónico, de un Capítulo que obraba más allá de sus poderes.

Luego, cuando se pusieron al descubierto las infracciones al Derecho Canónico y se vio claro, que era necesario un recurso a Roma, no fue el Superior General quien elevó este recurso, ni su Procurador, sino que el Capítulo elegiría sus propios delegados a Roma, que fueron, como ya sabemos, los PP. Piperon y Klotz. Y quedaron resentidos del hecho que el propio P. Jouët fuera a Roma, pero no se pararon a considerar, si como Procurador tendría algún derecho a representar la Congregación en Roma; sólo se fijaban en que ¡el Capítulo, ese "Tribunal Supremo", no le había enviado! Y luego...

"Cuando los Delegados Oficiales del Capítulo presidido por el Superior General, regresaron de Roma con las manos vacías, fue él, Jouët, quien triunfalmente traía el decreto de disolución, que hacía imposible la elección de Procurador y de Asistentes". (El texto omite decir que el Capítulo denegó la insistente súplica del P. Chevalier, para que enviaran a Roma al P. Jouët).

La reacción ante este decreto de disolución fue muy fuerte, como es de suponer. El todopoderoso Capítulo había sido disuelto. No podían cambiar el gobierno central, como la lógica de su actitud exigía, y como habían planeado conseguirlo. Se dijo a todo el mundo, que se fuera a casa... y que continuarían siendo gobernados por esta administración que tanto habían criticado. El P. Guyot, un hombre de rápidas reacciones, juzgando que esta decisión era un insulto a la dignidad de los miembros del Capítulo, presentó la dimisión como asistente. El Padre Klotz renunció a ser superior de Tilburg. Los asistentes al capitulo, antes de separarse, se pusieron de acuerdo y decidieron, que se debía pedir la convocatoria de otro capítulo compuesto de los mismos miembros.

Está claro que entre un buen número de aquellos que estuvieron presentes persistía cierta mentalidad: como si ellos siguieran siendo "el Capítulo" y encargados de vigilar el cumplimiento de las leyes y la observancia de las Constituciones, con un ojo cuidadosamente puesto en la veleidosa Administración General. Parecía que no se daban cuenta plenamente de que, como más tarde escribió el P. Jouët, con alguna exasperación: "El Capítulo fue disuelto, sigue disuelto y permanece disuelto". El P. Klotz como "secretario" de un "Capítulo" que ya no existía, se llevó consigo las Actas del Capítulo, que el Superior General debía enviar a Roma. Continuó por algún tiempo siendo el más "representativo" del Capítulo. Llevó personalmente las Actas a Roma y aquí, juntamente con otros, a los que representaba, alquiló un abogado para que defendiera sus derechos ante la Santa Sede. Se sentía llamado, naturalmente, a defender los derechos de los oprimidos", como él los llamaba y sólo vivía pensando en el día en que se abriría de nuevo el Capítulo, para conseguir que se hiciera justicia. Cuando se enteró de que el P. Ramot podía ir destinado a Sidney como Superior, le escribió inmediatamente diciéndole que no fuera, porque su presencia sería necesaria en el próximo Capítulo. Klotz se consideraba a sí mismo como un Robin Hood religioso, dispuesto a reparar todos los entuertos cometidos contra la justicia.

Como escribía al P. Ramot: "Estoy armado de los pies a la cabeza"... etc., "y estoy atento a tus indicaciones, tanto para deponer las armas como para entrar en combate de nuevo. No te descuides en tenerme al tanto de las últimas noticias. Un día perdido podría ser fatal para nosotros... " Este grupo estaba tan convencido de la legitimidad de su causa, que no lograba explicarse la disolución del Capítulo a no ser...a no ser que hubiese habido algún manejo turbio en alguna de las encrucijadas.

Naturalmente, el P. Jouët había provocado la disolución y pudo haber usado algún medio poco legítimo para lograrlo, cuando vio que la razón estaba de su parte. Algunos llegaron a decir que les había calumniado ante el arzobispo de Bourges y ante Roma. Otros decían que Chevalier le había mandado conseguir la disolución, para que así pudiera continuar la antigua administración. Y si esto era cierto, ellos pensaban que estaban justificados en su lucha por la justicia.

El otro bando ponía gran acento en la autoridad, la obediencia y el respeto a la autoridad. Incluso aquellos que creían había mucho de verdad en las exigencias de los jóvenes, no podían estar de acuerdo con la manera con que éstos llevaron las cosas durante y después del Capítulo. No todos estaban seguros de que hubiera algo o nada que añadir, puesto que su Superior es también el Fundador. Pero todos estaban de acuerdo de que había algo positivamente equivocado, cuando se empieza a prescindir de lo que exige la virtud cristiana. El P. Piperon escribía con tristeza: "No acabo de ver el espíritu de Dios en esta tempestad. Cuando no hay respeto, caridad y obediencia, no puede ser obra de Dios. Esto es lo que me espanta..." Incluso el dulce P. Delaporte que les defendía, se veía forzado a admitir que "habían ido demasiado lejos". Piperon, en un informe a Roma acerca del Capítulo, decía también que era como una rabieta de niños de colegio... con falta de reverencia, con falta de gratitud y con exceso de presunción...”.

El P. Chevalier haba sido superior durante 35 años. Vivía en una época en que se ponía todo el acento en la obediencia religiosa. Tenía en los dos Marchals, el arzobispo de Bourges y el obispo de Sinope, dos hombres que compartían sus puntos de vista. Todos ellos insistían en que la obediencia y el respeto a la autoridad eran esenciales para la vida religiosa; pero, por desgracia, ambas cosas parecían estar ausentes. Por eso el P. Chevalier estaba convencido (y seguiría convencido hasta el final de su vida) de que la raíz y la causa de todos los problemas era la "falta de espíritu religioso". Y esto no se podía permitir sino que se debía resistir y como superior tenía que luchar contra su difusión. Los que se alineaban con el P. Klotz eran "los rebeldes", "la oposición", "el otro lado". Y sucedió que, en el Capítulo, tres de estos hombres habían sido superiores de las casas del norte: KIotz en Tilburgo, Reyn en Amberes y L. Hartzer en Salzburgo.

Puesto que Klotz había renunciado a su cargo de Superior de Tilburg, donde también hacía de Maestro de Novicios, tenía que ser sustituido o bien había que trasladar el Noviciado a otra parte. El P. Chevalier y el Consejo decidieron que se trasladara el Noviciado a Chezal-Benoît, cerca de Issoudun. Se consiguió un Rescripto de Roma, y se envió al P. Piperon para que trajera a los Novicios de Tilburg. Los PP. Reyn, Vandel y Meyer fueron a Tilburg para ver de impedir el traslado de los Novicios. Seguían opinando que no debía hacerse nada, hasta que no se solucionasen las dificultades (era una manera de perpetuar la existencia moral "del Capitulo", a pesar del decreto de Roma de que la Administración anterior continuara gobernando la Congregación).

El interés del P. Chevalier por salvaguardar el espíritu religioso, le empujó a dar un paso más: mandó que los chicos mayores de las Escuelas Apostólicas del Norte vinieran a Issoudun. Así el Escolástico estaría también bajo su tutela y vigilancia paternales. Esto, naturalmente, disgustó aún más a la "parte contraria". Se interpretó como un intento más, de disminuir la importancia de las casas del norte. Se dijeron cosas muy duras aunque también se escribieron cosas bastante razonables, sobre los inconvenientes de llevar a los chicos y los novicios a educarse fuera de sus países de origen, sobre todo, conociendo la actitud de los alemanes, que no veían con buenos ojos a los misioneros educados en Francia; teniendo en cuenta también la mentalidad de la gente que contribuía a la formación de los muchachos en los seminarios locales. A pesar de todo, fue la preocupación sobre "el mal espíritu" quien dijo la última palabra. También por esta época, algunos y el P. Jouët entre ellos, escribían y decían cosas poco prudentes, tales como que las palabras "católico y francés eran sinónimas". Esto no era, ni mucho menos, derramar aceite sobre las aguas turbulentas de aquel momento.

Todos los enfrentamientos de este tipo, si se prolongan, suelen conducir a una especie de obsesión en uno y otro bando. Si los de un lado estaban un poco obsesionados por el "complejo de capítulo", los del otro estaban tanto o más obsesionados por "el mal espíritu", aunque se viera con una crítica constructiva. Un ejemplo de todo esto, es la cuestión que se planteó a principios de 1893: a ver si el P. Chevalier tenía derecho a abrir las cartas de los Asistentes (no olvidemos que por aquel tiempo las normas de la vida religiosa exigían, que el Superior tuviera una cuidadosa vigilancia sobre la correspondencia de sus súbditos). Y el obispo de Sínope pensaba que era la cosa más natural, ya que el Superior General tenía derecho a saber lo que planeaban los "del otro lado". La verdad es que el P. Chevalier aprendió de esa forma, por medio de la correspondencia, algunas sabrosas noticias.

Otra obsesión era, que habían sido las maquinaciones del P. Jouët, las que habían traído la disolución del Capítulo. Algunos sospechaban que había sido el P. Chevalier, que le había empujado en esta dirección. Ciertamente el P. Jouët había hablado en Roma con el cardenal vicario de la posibilidad de la disolución. Además, el P. Chevalier había enviado al P. Jouët a Roma para que hablara en nombre suyo, no para ponerse de acuerdo con el P. Klotz. Llegar a saber ahora en qué grado el P. Jouët presionó o pudo presionar a la Sagrada Congregación, quedará siempre en el campo de las conjeturas. La correspondencia entre el P. Chevalier y el P. Jouët da por sentado que la decisión partió por entero de la Sagrada Congregación (la verdad es que ninguno de los dos podía insinuar otra cosa). Parece más acertado lo que escribió el P. Jouët: "El Capítulo se había suicidado" y la Sagrada Congregación declaró sólo que estaba muerto.

Quede claro que el Capítulo dramatizó exageradamente un buen número de cuestiones. Era un capítulo muy reducido de una congregación muy pequeña la cual, por cierto, aún no tenía aprobadas definitivamente sus Constituciones. Por eso, su pretensión de ser "el Tribunal Supremo" que representaba realmente a la Congregación, no le quitó el sueño a Roma. Al fin y al cabo era un Capítulo que constaba de 13 hombres, y los que no eran de la Administración General eran superiores locales nombrados por dicha Administración y elegidos por ella para participar en el Capítulo. El documento que el Capítulo envió a Roma, era una confesión del caos jurídico más completo, e incluso dejaba insinuar que algunos cardenales romanos habían otorgado indultos sobre supuestos canónicamente insuficientes. ¡Esta insinuación halagaría muy poco a los cardenales romanos! Luego, aquella solemne delegación de dos representantes escogidos especialmente, en vez de la normal representación del General o del Procurador, tampoco les impresionaría. Como muy bien apuntaba el cardenal Mónaco: "¿Por qué no se limitó el P. Chevalier simplemente a escribir una carta?" El hecho de que uno del grupo anti-administración fuera el P. Delaporte, sí les impresionó, pero desfavorablemente. Había sido Superior General de otra Congregación en Francia "los PP. de la Misericordia" y desde este cargo había gobernado tan mal dicha Congregación que se había visto obligado a abandonarla. Cuando se enteraron en Roma de que él era uno de los líderes de la mayoría del Capítulo, no sirvió para convencer a Roma de que esta reducida camarilla que se había erigido en jurado (siete o nueve de los trece del conjunto) fuera capaz de rectificar los errores o solucionar los problemas de la Congregación. Otra pregunta era, si el Capítulo tenía de verdad algún otro asunto que tratar. Se le había convocado para elegir entre las Constituciones antiguas y las nuevas. Esto ya se había hecho: Por lo tanto, dijo Roma, será mejor que hagáis las maletas y os marchéis a casa. (La verdad es que los miembros del Capítulo eran un poco ingenuos al pensar que podrían conseguir de la noche a la mañana la "sanatio" de tantas y tan diversas dudas como proponían. A pesar de la "presión ejercida" por el P. Jouët se necesitaron aún seis meses para conseguir el Rescripto. Eso le dio tiempo al P. Chevalier para hacer su larga gira por las casas del norte, antes de que se aclarara el asunto).

No sólo fue el Capítulo el que dramatizó, sino que el P. Chevalier hizo otro tanto. (Ciertamente es difícil no dramatizar en una situación de tanta carga emocional). El P. Chevalier empezó probablemente a exagerar cuando emitió su juicio sobre "los abusos de las casas del norte". El P. Delaporte escribía: "Antes del Capítulo de 1891 había en un reducido número de casas del norte cierto descontento y algunas ideas un poco especiales, pero nada para sentir preocupación. A estas casas se las había visitado muy poco, no tenían contacto con el Centro de la Congregación y estaban confiadas, por necesidad, al cuidado de hombres sin experiencia. Era inevitable que apareciera algún fallo. Pero teniendo en cuenta todas las circunstancias, veremos que la Pequeña Obra y los ministerios apostólicos eran allí florecientes y la situación económica muy satisfactoria.

De todas formas a pesar de los "abusos" que hubiera, lo cierto es que las nuevas Reglas que se reducían a minucias y a detalles sin importancia, no eran muy adecuadas para restablecer la disciplina religiosa. Algunos súbditos hicieron sus sugerencias, inspirados, parece claro, por la amistad y el buen deseo de ayudar, pero el P. Chevalier las tomaba como "ataques a mi gobierno". Uno de los ataques que se comentaban, había sido el del P. Reyn, quien había sugerido en el Capítulo que, silo exigía el bien de la Congregación, seria mejor que el P. Chevalier, continuando como Superior General, se quedara como párroco de Issoudun, y se le asignara un Vicario General, con la comisión de visitar constantemente la Congregación, para mantener así el contacto con los súbditos. Si en nuestros días, se le ocurriera a alguien hacer una sugerencia de este tipo a un Superior General, lo tendríamos por muy atinado, en cambio a Reyn se le tildó de revolucionario.

Cuando en julio de 1891 se aprobaron las Constituciones, Roma introdujo un par de modificaciones que vinieron a echar más leña al fuego. En efecto, exigía que para ser superior, además de la profesión perpetua, se debían tener 35 años cumplidos. También decía que, por el momento, sólo podían asistir al Capítulo los superiores actualmente en cargo (no los ex superiores). Esto era otro golpe para los que todavía se consideraban moralmente “el Capítulo”. La razón es obvia: algunos no tenían la edad requerida para ser superiores o asistir al Capitu­lo. Así Klotz, Delaporte y Guyot quedaban automáticamente excluidos. Una vez más se levantó el clamor de que esto era otra faena del P. Jouët, un complot deliberado para dejar a esos hombres fuera del Capítulo. Aunque, cuando les convenía, algunos se quejaban de que la Congregación se gobernaba demasiado por indultos y poco por las Constituciones, se alegraron, sin embargo, cuando el P. Chevalier consiguió el indulto, de poder nombrar superiores, a los que tenían menos de 35 años.

Luego vino el Capitulo de 1893 y su posterior anulación. Esto no ayudó nada a mejorar las disposiciones reciprocas de ambos bandos. Nos podemos imaginar las diferentes versiones sobre lo que condujo a la anulación: algunos decían que era otra maniobra de Chevalier y éste por su lado, estaba convencido de que aquel Consejo General tan especial, se lo había impuesto el "partido contrario". En esto no le sirvió de mucha ayuda el obispo de Sinope, Delegado Apostólico, ya que antes de la primera reunión con el Consejo le mostró a Chevalier los alegatos escritos de aquellos cuatro hombres criticando su gobierno; el mismo obispo no estaba muy favorablemente impresionado por ellos. Y a finales de febrero de 1893 escribió al P. Chevalier diciéndole que no podía aceptar su invitación de ir a Issoudun a hablar con él y con su Consejo. Se lo impedía un compromiso anterior. Más le decía: "No tengo ninguna confianza en las buenas ma­neras de esos agitadores y de seguro que me faltarían al respeto... No es conveniente que me exponga a esa clase de cosas.

En esos momentos las cosas iban tomando un cariz bastante sombrío en la pequeña Congregación M.S.C., incluso juzgándolo a través de ojos amigos. En abril del año anterior Mons. Marchal, arzobispo de Bourges, había escrito a Roma diciendo que a causa de la situación de Francia y de fuera de ella, el P. Chevalier ya no podía atender a toda la Congregación. Y que, a causa de la "incompleta organización del gobierno de la Congregación, se había debilitado la confianza en casi todos los súbditos y que algunos la habían perdido totalmente. Y con la confianza hablan desaparecido la obediencia y el respeto de la parte de cierto número de los miembros.

Los últimos acontecimientos iban a contribuir más a deteriorar la situación que a mejorarla.

Durante este período sucedió un hecho bastante más triste: la expulsión del P. Klotz de la Congregación. Se conservan muchas cartas escritas por él, dirigidas a él, o relacionadas con él. Podemos imaginar los tópicos principales, por un lado la afirmación de que él luchaba por la justicia y era tratado injustamente; por el otro lado, la aseveración de que era causa de desunión y que siempre estaba empeñado en provocar conflictos contra los superiores legítimos de la Congregación. Después de su expulsión el P. Klotz escribió varias cartas de arrepentimiento y pidió que se le admitiera de nuevo.

En 1893 se vio claro, que se necesitaban medidas serias y especiales para acabar de aclarar una situación, que había durado demasiado tiempo. El P. Chevalier volvió a su antigua costumbre de rezar novenas. Roma, por su parte, nombró un Visitador Apostólico imparcial y prudente, Mons. Boyer, el nuevo arzobispo de Bourges, y esta combinación de oración e imparcialidad fue saneando poco a poco al grupo. Se notó la imparcialidad, ante todo, en la elección de los asistentes: Piperon era el amigo fiel del Fundador; Reyn era el representante del grupo más joven, Morisseau había estado en algunas instancias a favor del Fundador y otras en contra; Vaudon parecía gozar del aprecio de todos. Boyer, el Visitador, se resistía a creer que todos los que criticaban la Administración General fueran unos rebeldes, y aconsejó al Padre Chevalier que se abstuviera de emplear estos o parecidos vocablos. Escuchaba a todos los que quisieran hablar con él y reconocía que no pocos de los puntos de vista de los jóvenes tenían validez. Consiguió incluso del P. Chevalier que admitiera de nuevo al P. Klotz en la Congregación, para darle una nueva oportunidad.

El P. Chevalier, por lo menos al principio, no estaba muy convencido de la imparcialidad del arzobispo. Pensaba que éste se inclinaba demasiado hacia "el otro lado" Sin embargo, aunque seguía rezando para que Dios "iluminara al arzobispo", hacía todo lo que se le decía y actuó así durante un buen número de años. Quizás esto reportaba a su alma y a su Congregación bienes mayores de los que él se imaginaba.

Cuando se nombra un Visitador Apostólico para una Congregación Religiosa, el General y su Consejo tienen que pedirle permiso para dar cualquier paso. Se deben someter a su aprobación todas las decisiones del Consejo, y se le debe dar constantes informes sobre la administración. Mientras dure este tiempo, el Visitador Apostólico se convierte en una especie de Super-Superior General, con poderes presidenciales. Su nombramiento es una señal para la Congregación, de que se está manteniendo una cuidadosa vigilancia sobre todas sus actuaciones. En este caso, quedaba muy claro para todos, que la Administración General tenía que dar cuenta escrupulosa de cada uno de sus movimientos. Era igualmente claro que les iría mejor aprendiendo a cooperar con la autoridad, ya que ahora estaba más comprometida la autoridad de la Santa Sede. Como en el Consejo General ya había representantes natos del "pueblo", no se podía negar que se estaban haciendo todos los esfuerzos por asegurar que fuera un gobierno para el "pueblo". Si existía un amor sincero hacia la Congregación, esta era la ocasión para que los miembros lo expresaran por medio de la armonía y la cooperación. Y como quiera que en la mayoría de los miembros existía tal amor por la Congregación, ello consiguió aquella paz que había prometido el Visitador. Sin embargo, antes de llegar a un final feliz, sobrevino otra nota triste: el P. Reyn dejaba la Congregación M.S.C. Durante todo este tiempo de crisis había estado viviendo su drama personal. Sus cartas al P. Chevalier impresionan de verdad. Era un hombre honrado; decía lo que pensaba rectamente. Y era incapaz de pensar aquello en lo que no creía. Y si el P. Chevalier lo tomaba a mal era muy desafortunado y triste para los dos. Veamos cómo escribía al P. Chevalier:

"Reverendo P. Superior, tenemos ideas distintas sobre las divisiones que hay en la Congregación, pero no he pedido a Dios nunca que triunfara mi punto de vista. Solamente le pido que prevalezcan la verdad y la justicia, y si estoy equivocado, que me de la gracia de someterme completa y humildemente. Por eso, Rdo. Padre, si le he causado algún disgusto fue solamente, porque en conciencia me creía obligado a actuar así. Y esto se debe a que en mi corazón de religioso hay dos grandes amores: uno para nuestra querida Congregación y otro para su venerable Fundador”.

Y en otra carta escribía:

"Reverendo y querido Padre: rece mucho por mí por que si duran mucho estas dificultades, me parece que mi; vocación corre peligro. ¡Ah!, si nuestro Rdo. P. Superior conociera un poco el estado de los ánimos, y si todos se atrevieran a hablarle con franqueza y con el corazón en la mano... estoy convencido de que nuestro tan querido Superior, no dudaría un instante en hacer cualquier sacrificio para satisfacer las justas aspiraciones de la Congregación. Porque la Congregación es su obra y los M.S.C. son sus hijos y él tiene un corazón demasiado grande y es un padre demasiado bueno, como para dejar perecer a sus mejores hijos. Me temo que nuestro Rdo. P. Superior tiene una idea falsa de la situación. Probablemente se cree que no se le ama y estima como se debería".

Así se expresaba el P. Reyn, que dos años más tarde iba a renunciar a su cargo de Asistente General, porque no tenía ninguna confianza en la administración del Padre Chevalier, y que poco después pedía salirse de la Congregación. Había hecho planes para irse a Bélgica a fundar una Sociedad de Capellanes de Obreros, como ahora se les llama hoy día. Se fueron con él, el P. Julio Vandel y algunos de los escolares. Se les juntó también el P. Klotz. El P. Vandel y un escolar francés, llamado Courbon, volverían más tarde a la Congregación. Los restantes se fueron para siempre. Ya hemos leído el sereno comentario del P. Klotz en sus últimos años. Antes de despedirnos definitivamente del P. Reyn conviene leer esta cita del P. Wemmers: "En 1930 me encontré en Roma con el P. Reyn. Me dijo que las penalidades que había sufrido durante aquellos años le habían enseñado a tener compasión de los sufrimientos de otros y que consideraba que su Congregación era una rama de la nuestra, que había crecido, por la gracia de Dios, en su propio suelo".

Tal vez es un poco difícil que dos Fundadores vivan y trabajen en armonía en una misma Congregación.

Este iba a ser el último suceso triste de la crisis. Pero todavía queda otro, aunque nos resulta difícil clasificarlo, si como triste o como gracioso: Dos de "los miembros de aquel capítulo", luchando todavía como en acción retardada, enviaron a Roma un ejemplar de los libros del P. Chevalier -uno sobre el Sagrado Corazón y otro sobre Nuestra Señora- con el deseo de que los condenaran. Pero el Santo Oficio ni siquiera se interesó por ello.

Julio Chevalier, un Hombre con una Misión (E. J. Cuskelly MSC)

9

El drama humano

1. LA CRISIS DE VÍCTOR JOUËT

Hay ocasiones en que un hombre tiene que morir por el pueblo, sea porque el pueblo lo exija, sea porque el hombre mismo reconoce que tiene que ser así. En esta ocasión de crisis de la Congregación M.S.C., las exigencias del pueblo eran manifiestamente claras, habían escogido una víctima, el P. Víctor Jouët. Esto se hizo evidente en el Capítulo de 1891, sobre el cual el P. Piperon escribió: "Encontré muy censurables y una evidente injusticia las acusaciones formuladas en pleno Capítulo contra el Rdo. Procurador General. Un criminal confeso y arrastrado delante de sus jueces, no hubiera tenido que escuchar nada tan duro y más intransigente".

Después del Capítulo, los más jóvenes repiten que el P. Jouët es el "único responsable" de todos los problemas. Algunos de los padres antiguos notan que este sentimiento era inamovible. "La causa principal de todos nuestros males, se encuentran en el modo de actuar del P. Jouët». El P. Jouët está totalmente "desvalorizado". Se sugiere que si el P. Chevalier quiere gobernar la Sociedad y restaurar el orden, tiene que deshacerse de Jouët; se llega a sugerir que él "tiene que denunciarlo como un entrometido, un chapucero y enemigo de la Congregación.

En defensa del P. Jouët, el P. Piperon escribe al Prefecto de la Sagrada Congregación de obispos y regulares:

"Llevé verdadera cuenta de las acusaciones presentadas de una forma tan desmedida contra él, tanto en las sesiones ordinarias del Capítulo, como en las conversaciones privadas y no encontré nada que autorizara tal modo de proceder contra él. En todas esas violentas reacciones sólo podía encontrar exageraciones de hechos muy triviales en sí, que hubieran podido explicarse con un poco de buena voluntad. Y para decir las cosas como las siento, a mi entender eran sólo rencores de chiquillos. Era obvio para mí, que era la pasión la que dictaba tales acusaciones... . Y continúa diciendo: "Hace ya veinticinco años, que conozco íntimamente al P. Procurador; yo afirmo, y si fuera necesario lo juraría, que no conozco a ningún otro religioso de la Congregación, más entregado al bien de esta Congregación, más obediente a su Superior, nadie que haya trabajado con más desinterés al bien común".

Como réplica a la sugerencia del P. Guyot de que en la forma de actuar del P. Jouët, residían las razones principales de las dificultades actuales, el P. Chevalier escribe de forma magnífica en su defensa: "Antes que nada debemos distinguir entre el Procurador, el Superior y el religioso.

"1. Como Procurador, ¿de qué podemos reprocharle? De nada, absolutamente de nada. Mucho tiempo tendrá que pasar, antes que encontremos a uno que le iguale. Cada asunto de la Sociedad, que fue puesto en sus manos, él lo resolvió con éxito. Es a él a quien debemos... que la Asociación de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón fuera erigida en Archicofradía Universal, con centro en nuestra Iglesia y a nosotros como directores a perpetuidad. Es a él a quien debemos nuestros Vicarios Apostólicos, la Procura de Sydney, el Seminario de Amberes. Es a él a quien debemos la estima de que disfrutamos en Roma y la simpatía de la Sta. Sede y de todos cardenales con quienes ha tenido que alternar.

"2. Como Superior su posición era muy difícil. Tenía mucho que hacer y sin duda se veía obligado a desatender algunos puntos y a realizar otros de un modo imperfecto. Estaba atareado en construcciones, libros de cuentas, en atender a los visitantes, con la Procura, con diligencias al servicio de todos, gobernando la casa con personal inexperto e insuficiente, con escolares a menudo indisciplinados, pretenciosos y exigentes... ; más aún, tenía que prestar su atención a la Asociación de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón, editar los Anales, la Escuela Apostólica, la administración, etc. Evidentemente estaba desbordado con tanto trabajo, tenemos pues que hacer concesiones debido a su situación.

"3. Como religioso: ¿de qué se le puede reprochar? Su piedad es admirada por todos; el espíritu de fe, anima todas sus actividades; su obediencia es ciega; su entrega es absoluta, hasta la inmolación. Su carácter es bueno, amable y fácil: es inteligente, sin pretensiones, mortificado, pobre, olvidado de sí mismo, nunca buscando su propia comodidad. Se encontrarán pocos religiosos en la Sociedad que tengan esa rara combinación de cualidades. El no está libre de defectos, lo sé, pero nadie es perfecto. Lo que me entristece más profundamente es constatar tan injusta violencia, manifestándose contra el Padre Jouët, que se desvive sólo para el bien de la Sociedad, nunca calculando lo que da en materia de celo y sacrificio; lo que me apena es ver tanta ingratitud con relación a él. Decidme: ¿quién ha trabajado tanto como él, para el éxito de nuestras obras? ¿No fue él quien dio el empuje actual a la Asociación de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón, como también a la Escuela Apostólica? ¿Quién fundó los Anales, llegando a los 16.000 suscriptores, algo que la gente parece olvidar esos días?

"¿No es él, quién en sus viajes, sus predicaciones, sus escritos, que son tan estimados, ha conseguido más que ningún otro, las simpatías y recursos que hoy disfrutamos? ¿No ha sido él, quien con su celo infatigable, con sus esfuerzos, con su savoir faire (saber hacer) ha organizado nuestras magníficas peregrinaciones? ¿ No fue él, quien salvó nuestra casa de Amberes de la ruina, cuando los padres jóvenes, que hoy se han vuelto contra él, la habían comprometido de tal forma, que el arzobispo de Malinas quería deshacerse de nosotros? Fue nuestro querido hermano, quien a pesar de estar enfermo, fue a interceder por nuestra causa, que era de verdad desesperada, y terminó por ganar la partida".

¿ Cómo puede suceder, que alguien tan altamente considerado por sus inmediatos colaboradores, sea tan duramente atacado por los jóvenes, al extremo que los PP. Guyot y Delaporte afirman que debería ser "degradado"? Ante todo consignemos, que aún sus más leales defensores admiten que no tuvo éxito como superior local. Esto lo hemos visto en el texto del padre Chevalier. Piperon también admite: "A pesar de sus numerosas y eminentes cualidades, nunca fue un administrador, no tenía habilidad para gobernar personas y resolver problemas materiales. Un hombre de negocios, predicador, escritor, dotado para resolver asuntos importantes, no podía sujetarse a los mil y un detalles que el gobierno de una casa comporta". En esto, él fue también víctima de las circunstancias. Con su personal tan limitado, el grupo de los M.S.C., en sus primeros años, tenía que confiar demasiadas responsabilidades a los individuos. Como superior de los estudiantes de Roma, el P. Jouët no podía emplear con ellos todo el tiempo, que el cargo requería. Los estudiantes se sentían desatendidos. Y cuando el P. Jouët regresaba a casa después de sus numerosas comisiones, reaccionaba fuertemente y con exceso de severidad ante la falta de disciplina en la casa. Y como consecuencia del malestar de la comunidad, un número de estudiantes tuvo que ser cambiado. Muchos de ellos afirmaban luego, que "gracias al P. Jouët, no hemos terminado nuestros estudios", y es gracias a él que el escolasticado de Roma era menos importante de lo que hubiera podido ser. Algunos de ellos que sentían resentimiento por el trato pasado y no tenían confianza en el P. Jouët, como consecuencia de sus experiencias de estudiantes, eran ahora miembros del Capítulo. Ellos también conocían, que al instalarse la casa de Roma, él había contraído líos monetarios. Su intervención en varias fundaciones, como la de Quito, era también bien conocida.

Y ahora, cuando se experimentaba que la Sociedad estaba demasiado extendida en proporción del número y algunos estaban preocupados por esta situación, era obvio que trataran de echar la culpa sobre el P. Jouët, especialmente cuando tenían viejos resentimientos contra él. Además, a causa del sentimiento que procedía del Capítulo, de que la Sociedad estaba demasiado gobernada por indultos y no suficientemente por las Constituciones, era natural que se le echara la culpa a él. Porque como Procurador, él había obtenido aquellos permisos que ellos reprobaban y había fallado en la consecución de otros, cuya ausencia causaba la gran confusión jurídica que aparecía en el Capítulo.

Que él, antes que nada, sólo actuaba como Procurador y que todas las fundaciones habían sido aprobadas por todo el Consejo, que toda la Administración cargaba con igual responsabilidad al no haber recabado los permisos necesarios, son cosas que algunos muy convenientemente tendían a olvidar, al escogerle a él solamente para el ataque. Otros no lo olvidaban, pero le atacaban sabiendo que así también atacaban al General. Ellos conocían bien las batalladoras cualidades del anciano y preferían esas escaramuzas con el P. Jouët. ¡Pero se encontraron con que el P. Jouët no era un luchador cualquiera!

Así, cuando él fue a Roma y regresó con el decreto de disolución del Capítulo, estaban totalmente convencidos de que lo había conseguido con falsos pretextos. Su obsesión con el Capítulo, Tribunal Supremo, convocado para rectificar todos los errores contra la Administración General, engendró la idea fija, que persistió durante mucho tiempo, que toda decisión venida de Roma opuesta a ellos, era debida a las maquinaciones del P Jouët.

Podemos insistir que ese viaje a Roma, se convierte en punto clave, cuando los miembros del Capítulo tratan de justificar su resentimiento contra el P Jouët. Y un resentimiento que se cree justificado o una furia tildada de "justa", es muy difícil de desterrar. Esa "justa furia" estalló en el Capítulo. Armados con cánones sacados del Código, los jóvenes se consideraban como iluminados cruzados de la justicia. (Y aunque él no lo menciona, cuando el P. Piperon puso en tela de juicio algunas de las acusaciones, se le dijo a la cara que era un viejo "ignoramus".).

Enviaron al P. Klotz, su reconocido campeón, a Roma, para luchar por su causa y traer varias “sanationes”. Y así una vez aclarado todo aquel lío causado por sus padres, se podría continuar la labor del Capítulo. Una cosa que consideraban importante, era sustituir la Vieja Administración con gente menos ignorante y más competente. El P. Chevalier escribió después que ya tenían señalados varios cargos, incluido el de Vicario General, a elementos de su grupo. Y el obispo de Sinope, se quedaría más tarde sorprendido por la sublime confianza de aquellos jóvenes inexpertos, que pensaban podrían gobernar la Sociedad, sin ningún problema.

Cuando una confianza tan presumida, tropieza con el fracaso, hay que echar la culpa a alguien. Cuando el campeón elegido regresa a sus lares y llega a casa sin su trofeo, él y sus electores gritan: ¡juego sucio! Nunca se preguntaron, si el Capítulo tenía derecho a pasar por encima de su General y Presidente, a propósito de quien tenía que llevar a Roma una petición de indulto. El documento no contenía más que esto; y varios indultos versaban sobre materias ajenas al Capítulo. Era sin lugar a duda una maniobra del Procurador.

"¿Por qué el P. Chevalier no escribió sencillamente una carta?", pregunta el cardenal Mónaco. El P. Chevalier veía que el P. Klotz iba para algo más que presentar un documento, iba a defender una causa. El joven campeón perdió la baza, lo cual nunca fue perdonado al P. Jouët.

Pero ambos, tanto el P. Chevalier como el P. Jouët sabían que durante el Capítulo de 1891, la mayor parte del criticismo dirigido al P. Jouët, estaba destinado al Fundador. Ello preocupaba al P. Chevalier, pero no parecía perturbar al P. Jouët indebidamente. Él escribió poco después al P. Chevalier, diciendo que no guardaba resentimiento contra los hermanos que habían hablado en contra suya, aunque admitía que le habían dejado un sabor amargo. Regresó a su despacho de Procurador, determinado a conseguir que se tratara al P. Chevalier, como se merece un General-Fundador.

Cuando se hubo marchado, el P. Chevalier recibió muchos "desinteresados" consejos, sobre cómo podría resolverse el problema. El P. Delaporte, que era un escritor profesional, inundó al P. Chevalier con cartas (una de ellas de 15 largas páginas) y en casi todas ellas había el consejo de "deshacerse del P. Jouët". La opinión de P. Guyot ha quedado consignada anteriormente. A pesar de su reiterada defensa del P. Jouët, el P. Chevalier advertía que la oposición hacia el P. Jouët era masiva. Los jóvenes suplicaban a su "querido Padre Superior" que mostrara un reconocimiento de la justicia de sus opiniones, que patentizara el corazón de padre, que ellos sabían que tenía. Eso quedaría evidenciado ante todos, si se deshacía del P. Jouët.

Él sabía que los jóvenes estaban equivocados, pero también veía que estaban impacientes. Quedarían solamente satisfechos, si se les entregaba la cabeza de Víctor Jouët. Y él no era ningún Herodes. La suya, era una terrible y penosísima situación, de la que no había posible evasión. Entre tanto, completamente ignorante de la posición de su Superior General, el P. Jouët le escribía alegremente desde Roma sobre lo bien que iban las cosas.

Por entonces llegó al P. Chevalier una carta, preguntándole si la Sociedad de los M.S.C. estaría dispuesta a permitir que el P. Jouët se encargara de una importante misión para la Propagación de la Fe en los Estados Unidos de América. Era un trabajo que además de ser importante para las misiones, causaría que los M.S.C. fueran mejor conocidos en toda la USA y redundaría en ventajas para toda la Sociedad M.S.C. He aquí pues algo que podría ser una solución para el P. Chevalier. Él escribió al P. Jouët, exponiéndole la proposición, insistiendo en su importancia y sugiriendo al P. Jouët que tal vez le gustaría aceptarla, una vez que tuviera resueltos los principales problemas que estaba tramitando en Roma. Él quedaría oficialmente como Procurador, con un Vicario que en su nombre atendiera sus obligaciones. ¿Qué opinaba el P. Jouët? El P. Jouët en su respuesta indica que le interesa la oferta. El P. Chevalier debió dar un suspiro de satisfacción, tal vez podría finalmente satisfacer a la turba, sin decapitar al P. Jouët.

Sin embargo, a medida que el año iba transcurriendo, el P. Jouët se sentía cada vez más perplejo. En Issoudun los asuntos no parecían estar tan clarificados, como él desde Roma presumía. Lo que pretendía él, era bien evidente: proteger la posición del Superior Fundador y tener a raya a los disidentes. Primero Morisseau y luego Chevalier parecían favorecer compromisos, compromisos que a él le parecían no tendrían éxito. Por eso escribió al P. Chevalier desde ese punto de vista: "Vd. se muestra inconsecuente y nos hace aparecer inconsecuentes delante de la Sagrada Congregación. Empieza por defender el asunto, alegando que al ser un grupo falto de espíritu religioso, están atacando a los legítimos superiores religiosos. Y ahora pretende que ese grupo se reúna en Capitulo para discutir y decidir, a fin de que sus puntos de vista prevalezcan. Ud. pretende que uno de ellos sea nombrado para el Consejo General (el P. Chevalier había escrito sobre la posibilidad de nombrar al P. Reyn como asistente). La Sagrada Congregación denegó esa pretensión de que escogieran un asistente, para sustituir al P. Guyot, y en cambio aprobaron nuestra elección de Maillard; y ahora Vd. quiere ceder ante ellos. Si Ud. Tenía razón en la primera instancia, como puede tenerla ahora, en que desea hacer concesiones a aquellos de quienes ha dicho que están animados de “mal espíritu”

Él vio, también que eran compromisos en los que él mismo estaba involucrado y vino a darse cuenta de la verdad, en la oferta del viaje a los Estados Unidos En

una carta del 10 de septiembre de 1891 el añade:

"Entonces ellos se volvieron contra el P Jouët y pidieron que se retirara El P Jouët redacto su dimisión (como asistente) a la propuesta que el P Piperon había hecho en nombre suyo El cardenal protector y Mons. Sepiacci, me dijeron No haga nada que no sea necesario... Pero Ud. quería seguir adelante y darles esa pequeña consolación, de la que ellos afirmaron, que no era suficiente... Entonces Ud. les propuso mi salida para América... Ud. tiene cartas de los PP. Klotz y Morisseau que dicen claramente que eso tampoco les dejará satisfechos. ..”El P. Chevalier no mencionó más lo de América. Pero a esas alturas el P. Jouët empezaba a percatarse del conflicto en el que su Fundador estaba metido. Esa sospecha se convirtió en certeza, cuando se dio cuenta de la fuerte animosidad concitada contra él. Escuchó algunas de las cosas que los otros escribían sobre él, a Issoudun, a Roma. Leyó incluso algunas. Leyó incluso afirmaciones como la que sigue:

"No me atrevo a sospechar que el P. Jouët quisiera o pudiera engañar, a pesar de la poca estima que tengo de su franqueza y lealtad."

"Reconozco que es muy piadoso, tal vez un poquito demasiado, según el estilo francés, es cierto, pero creo que es aún más político y diplomático que piadoso, un hombre que con sus trucos y habilidad, arrastra a la Congregación a la desesperación. ¡Ay! Si nuestra pobre Congregación hubiera sido gobernada como las Constituciones prescriben, hace tiempo que nos hubiéramos desentendido de este Procurador... un Procurador que sabe cuanto se le detesta, pero que se agarra al poder. Él es poderoso frente a los Superiores, que le han dado demasiado confianza; y toda revelación les comprometería tanto a ellos como a él... Y aquí expreso no sólo mi opinión personal, sino que me atrevo a decir, la opinión de la mayoría de los miembros de la Sociedad". El P. Jouët copió esa carta en su libreta de notas. Aún cuando sabía que el autor era un joven padre, grosero y difícil, debió sentirse herido, sin embargo, al leer el texto. Otros fueron más caballerosos, pero también expresaban la oposición...

Y al fin intuyó lo que tenía que hacer para la Sociedad, a la que tanto amaba y para su Fundador, al que amaba más todavía. Tenía que hacer por su cuenta lo que el P. Chevalier jamás se hubiera atrevido a hacer. Ahora veía con claridad que el P. Chevalier nunca recobraría la confianza de muchos de los jóvenes, mientras él, Jouët, perteneciera a la Administración Provincial. Él era la piedra de contradicción y aunque nunca entendería el por qué de todo ello, sabía que hay ocasiones en que un hombre tiene que morir por el pueblo. Él comprendió lo que tenía que hacer.

"Él pensó que tenía que sacrificarse en bien de la paz y el bien general y lo hizo con gran dolor. Retirándose, quería servir todavía a la Congregación. Fue en Roma donde tomó la decisión. Me había hablado largo y tendido, en diferentes ocasiones, de sus enemigos, sus perplejidades y de los motivos que le inducían a retirarse..." Así escribe el P. Piperon cuando estaba en Roma a mitades de 1892. El pretexto del P. Chevalier de la extracción menos penosa del P. Jouët de la escena europea de los M.S.C., enviándole a América, no tuvo éxito. El Padre Jouët encontró ahora el pretexto que él confiaba solucionaría el problema del P. Chevalier. Sacó a relucir la posible invalidez de su profesión perpetua en la Sociedad. No daré detalles aquí, pero en realidad su pretensión no tenía mucho peso. Pudo existir un problema canónico, pero no es convincente. Mis expertos en derecho canónico opinan que su profesión era claramente válida. Si hubiera existido una razón objetiva para dudar, el P. Jouët hubiera obtenido fácilmente una "sanatio in radice". Como escribió el P. Reyn en otro contexto, el P. Jouët ha obtenido más indultos que ningún otro hombre en la historia de la vida religiosa y si él hubiera realmente deseado un indulto, lo habría conseguido. En este caso es obvio que él no lo quería y la razón igualmente obvia es, que él necesitaba un pretexto jurídico, para poner en duda su situación en la Sociedad. De esa manera él podría retirarse de sus actividades oficiales, con razones que podría convencer al P. Chevalier de que las aceptara. Pero su motivación no era una duda jurídica, sino la creencia de que de esta manera él podía ayudar a restablecer la paz en la Sociedad.

No está claro en los documentos, sobre cuando se sinceró con el P. Chevalier. Pero una carta escrita en octubre de 1892, muestra todo lo profundamente que el P. Chevalier sentía la situación del momento. "Me siento desanimado al ver cómo todo el mundo me abandona. Sin embargo, nosotros hemos tenido siempre el deseo de hacer lo más acertado y de dar satisfacción a todos... Si tuviera que dar mi dimisión, estaría dispuesto a hacerlo, pues mi posición es realmente insostenible. La carta de Mons. Verius en que describe su audiencia con el cardenal Mónaco, me ha causado una pena indecible Él cuenta que el cardenal le ha dicho que usted también ha pedido para dejar la Sociedad... ¿Es posible que usted quiera abandonarme, usted también?"

De hecho, el P. Jouët había discutido su situación con el cardenal Mónaco. La contesta al P. Chevalier en 26 de octubre: "He visto esta tarde al cardenal Mónaco y le aseguré que más que nunca quiero permanecer entregado al servicio de Ud. y la Sociedad... pero más adelante veremos lo que Dios dispone. Esto es lo que dije a Mons. Marchal y al P. Piperon y esto es lo que le pido a Ud. que acepte, siendo, en la situación en que nos hallamos, lo mejor para mí y para los intereses de la misma Sociedad."

Yo rezo, y hago rezar a otros; y yo sufro ante ese estado de cosas, pero estoy convencido de que el bien de la Sociedad (a la que me siento más que nunca ligado, en su persona y en la del P. Piperon) saldrá ganando finalmente”.

El 10 de septiembre de 1892, escribió una petición oficial pidiendo ser excusado "por razones personales" de atender al Capítulo de primeros de 1893. En una de sus cartas escribió: "en bien de la paz"; esta era la razón verdadera. Para hacer su retirada de la Sociedad menos obvia, él tomó "una ocupación especial", como muchos M.S.C. tomaban entonces y otros lo han venido haciendo desde entonces. Se le encargó de la Archicofradía del Sagrado Corazón en favor de las almas del Purgatorio; tenía también la tarea de construir la Iglesia de Lungotevere Prati en Roma, que iba a ser una capilla para orar por las benditas almas. Con un dejo de su viejo humor, él añadió: "Eso no molestará a los vivos". (Después de su muerte, la Iglesia y la parroquia aneja, fueron confiados a los M.S.C. italianos).

Su situación con relación a toda la Sociedad, fue tramitada con gran secreto. El P. Jouët insistió mucho de que aparte del P. Chevalier, Piperon y más tarde Maillard nadie tenía que saberlo. Se le concedió una pensión anual de 1.800 francos. En enero de 1893, escribía: "Estoy todavía convencido, que poniéndome voluntariamente a distancia de los asuntos de la Sociedad, especialmente de la Administración, se calmarán los espíritus en ambos bandos y se conseguirá una solución pacífica."

Añadió que el trabajo para Las Benditas Almas, iba bien y veía en ello la señal de la bendición de Dios, que confirmaba su punto de vista. Y añade: "Nadie puede objetar que me dedique a las almas del Purgatorio, y así no turbaré la libertad de los vivos."

Hay que recalcar también que en su opinión, él sólo dejaba "los asuntos de la Sociedad", pero nunca la misma Sociedad. Se sentía ofendido si alguien omitía el MSC después de su nombre. Yo soy y sigo siendo en mi corazón y en mi alma, lo que siempre he sido de verdad, aunque no lo sea canónicamente... un Misionero del Sagrado Corazón. Fue usted mismo quien me dio el título siete años antes de que el Santo Padre me permitiera entrar en la Sociedad. Espero, todavía, que mi situación sea sólo temporal. Ha sido necesario para el trabajo por las Benditas Almas, a quienes deseo consagrar el poco vigor que me queda y para bien y paz de la Sociedad."

Él consideraba su situación sólo como cosa temporal. Pero los años van pasando y ya no cabe volverse atrás. Escribiéndole en 1897, el P. Chevalier le menciona que varios Asistentes y otros hermanos han oído comentarios de que ya no pertenece a la Sociedad. Esa impresión quedaba confirmada por el detalle de que firmaba: Jouët MASC, la A. indicando: Apostólico. "Yo contesté, dijo él, que el cardenal Vicario le ha pedido que se dedique a la construcción de la Iglesia del Sagrado Corazón en el Prati, dedicada a las Benditas Almas del Purgatorio y que desde ese momento quedaba sustraído a la jurisdicción de su Superior General, dependiendo sólo del cardenal Vicario, durante el tiempo que su presencia fuera necesaria para el trabajo que le habían asignado, pero que en el foro interno, usted permanecería siempre como Religioso del Sagrado Corazón de Issoudun."

Esta explicación, dijo el P. Chevalier, satisfizo a los Asistentes, que todos estimaban grandemente al P. Jouët: “porque usted está de tal forma ligado a la fundación de la Sociedad, en nuestros ojos y en los del público, que no podrían entenderlo si fuera de otra forma”.

En estas últimas palabras, tenemos también la explicación de por qué el P. Jouët no podía meramente ocupar un lugar cualquiera, al borde de la Sociedad M.S.C. Como el P. Ceresi escribió después de la muerte del P. Jouët: "Él era un hombre exuberante, en cuerpo y espíritu, nacido para altas empresas y lleno de combatividad, hecho para la acción... él no podía, por una ley vital en él y sin negarse a sí mismo, adaptarse a la inmovilidad". Él había sido compañero de armas del P. Chevalier, durante todo el período excitante de aquellos primeros años; ahora eso había terminado. "El no podía resignarse a quedarse inmovilizado en su celda". Necesitaba levantarse y moverse. El hecho de tomar esa nueva dirección, dice el P. Ceresi de "su antiguo superior y padre", se explica "bajo la luz de la fidelidad a una urgencia, íntima y personal y a la especial misión de su existencia".

Y fue en el mismo concepto de su misión" a la que el P. Jouët apelaba, cuando discutía su situación con el P. Piperon: "Mi misión en la Sociedad ha terminado. Veo que ya no puedo hacer en ella más bien". Nosotros quisiéramos mejor añadir, que debido a un capricho de la fatalidad, las cosas habían llegado a tan extraña situación, con relación a su posición en la Sociedad, que el paso último de su misión en la Sociedad, era el de "retirarse de sus asuntos". El desarrollo de este pensamiento, después de la anotada conversación con el P. Piperon, indica que esta fue también la conclusión a la que él había llegado. Pero él no se retiró pidiendo dispensa de sus votos; tal vez nunca hubiera tenido el corazón de hacerlo. Y en la lógica de la posición que adoptó, tampoco hacía falta.

A fin de tomar una posición que le permitiera "retirarse de los asuntos de la Sociedad", sin pedir la dispensa, él retrocedió al año 1872, cuando el Papa Pío IX le autorizó a dejar la Diócesis de Marsella, para llegar a ser M.S.C. Este permiso le fue concedido por siete años, "ad septennium", datado el 7 de julio de 1872. Inmediatamente hizo su profesión delante del Papa, el P. Chevalier, por su parte, renovando la suya. Pero este permiso de "siete años", nunca fue renovado, dice el P. Jouët: además, él continuaba siendo "un sacerdote de la diócesis de Marsella". Teniendo muchos amigos entre los cardenales y siendo un hombre de tanta influencia, se las amañó para que algunos de ellos aceptaran esta tesis: mientras que el obispo de Marsella se sentía feliz de contar con un sacerdote más en su diócesis. Sin embargo, lo que el P. Jouët se olvida de mencionar, es que:

- Antes de 1877, la profesión pública en la Sociedad M.S.C., era perpetua.

- El 3 de junio de 1874, junto con el P. Chevalier y el P. Vandel, él había renovado su profesión delante del Papa y los tres hicieron, además, el voto de estabilidad, que sólo podían hacer los de profesión perpetua.

- El 18 de enero de 1879, el obispo L. Robert de Marsella, escribió que consideraba al P. Jouët totalmente desligado de su Diócesis, para ser a perpetuidad MSC. No había, por lo tanto, ninguna necesidad de una renovación papal del permiso especial, para pertenecer a los M.S.C., cuando expirara el plazo "Ad septennium" en julio del mismo año.

Con cuanta sinceridad creía el P. Jouët en sus argumentos y cuán amplia era esa manera de "retirarse", sin dejar la Sociedad, que daba al P. Chevalier la impresión de que había desertado de su lado, no tenemos medios de conocerlo. Pero sea cual sea la respuesta a esos interrogantes, una cosa es clarísima, que lo que hizo el Padre Jouët en aquellas circunstancias, lo hizo por amor a la Sociedad de M.S.C. En su última voluntad y testamento, dejó sus propiedades de Marsella y Roma, al P. Carlos Piperon. Si Shakespeare tuviera que escribir su historia, podría haber utilizado las mismas palabras que usó para Bruto, que decían: "Este era el más noble de todos los M.S.C.”.

2. EL PADRE Y SUS HIJOS

Una cuestión tan compleja, como la crisis M.S.C., será comprendida mejor si se estudia desde ángulos diferentes. Mirando desde diferentes puntos de vista, se aprecia mejor el carácter de los personajes envueltos en ese drama humano. Recordemos que había un problema de grupo. Por eso tendremos una mejor comprensión de los factores implicados, si recurrimos a la ayuda de simples principios de dinámica de grupo. Todo grupo religioso activo, tiene dos series de finalidades:

a) Sus objetivos finales, o el trabajo a realizar.

b) La finalidad de satisfacer una urgencia emocional, los sentimientos de amistad o relaciones humanas.

Con relación al objetivo final de su actividad, debemos tener en cuenta, para nuestro propósito, dos cosas solamente. Primero, un grupo tiende a la insatisfacción, si sus miembros sienten continuamente, que el trabajo, sea el que sea, no se realiza razonablemente bien. Segundo, los miembros estarán asimismo descontentos, si se aperciben que no están suficientemente capacitados, para hacer el trabajo adecuadamente. Estos dos descontentos (en el campo del trabajo), pueden ser contrarrestados por factores en el campo emocional, o sea, por la comprensión y la amistad. Esto sucede especialmente, cuando se siente que los superiores, unidos a sus sujetos en una bien compenetrada inteligencia, advierten los defectos en el área de trabajo y están decididos a remediarlos tan pronto como sea razonablemente posible. Pero si correspondiendo al vacío en la satisfacción del trabajo, hay, además, un vacío en las satisfacciones emocionales, la situación objetivamente es tal, que el grupo corre un grave riesgo y puede desintegrarse o hacer explosión en un momento dado.

Entenderemos mejor lo que sucedió de 1891 a 1894, si comprendemos que la Congregación M.S.C. no proporcionaba a los miembros jóvenes una suficiente medida de satisfacción, en las dos áreas mencionadas en el párrafo anterior. Era una consecuencia inevitable de la dispersión causada por las persecuciones de 1880. Y tiene una explicación lógica, que excusa de toda culpa. Pero explicaciones lógicas, no pueden satisfacer las frustradas necesidades psicológicas.

Primero, el grupo M.S.C. estaba intentando hacer demasiadas cosas. Estaban comprometidos en más actividades, de las que podían atender. Este punto no hace falta discutirlo. Podemos simplemente citar al mismo Padre Chevalier: "La joven Sociedad de Misioneros del Sagrado Corazón, estaba oprimida por el peso de las actividades, que eran tan importantes como numerosas".

Si la Sociedad estaba "oprimida", es que también había hombres oprimidos. Y en tales circunstancias, las actividades no podían realizarse suficientemente bien. Esto queda claro, si consideramos, punto segundo, que muchos de los hombres realizaban actividades para las que no estaban preparados. "La Sociedad, habiendo usado todos los hombres y fuerzas disponibles, estaba sobrecargada con trabajos que no eran realizados adecuadamente. Niños, adultos, jóvenes, religiosos apenas salidos del Noviciado, estaban atareados en una muchedumbre de actividades."

Los más antiguos lo sentirían menos. Ellos tenían sus propios ministerios, predicar, escribir, trabajo pastoral. Pero eran los más jóvenes los destinados al trabajo de la educación, en seminarios y escuelas apostólicas. Hasta qué punto estaban sobrecargados, no es del caso el evaluarlo. Ellos sentían que la situación era lamentable, y los otros admitían que tenían razón al opinar así. Podrían aducirse razones para excusar ese estado de cosas, el período de fundación de la Sociedad, las persecuciones. Pero las buenas razones no ayudan a la gente, ante una situación que exige un remedio.

Ellos hubieran podido ser ayudados, si hubieran experimentado una comprensión amical, o un apoyo paternal. El P. Chevalier se lo prodigó de modo magnífico a los que convivían con él. (Ver Cap. XI). Pero la diáspora que siguió a 1880, los separó de Issoudun; y su nombramiento como párroco de Issoudun, le obligaba a residir allí. Era más que un Superior General de las épocas actuales, era su Padre y Fundador y el único Superior Mayor que tenían. Pero las circunstancias le mantenían separado de ellos y ninguna cantidad de correo puede sustituir el contacto personal. Y debemos también anotar, que aquella generación de jóvenes había estado privada de la relación de "padre a hijo" en el período de su formación religiosa. El P. Guyot era un maestro de novicios, habitualmente ausente; el P. Jouët, "debido a sus múltiples ocupaciones" apenas si estaba en casa, en el escolasticado de Roma.

Para hombres en esta situación, muy peligrosa en potencia, el Capítulo General tenía que haber sido un rayo de esperanza. Era una oportunidad de "tomar contacto" y a la vez la oportunidad de organizar un plan de trabajo más satisfactorio. Había esperanzas de solventar los problemas personales más inmediatos.

Al llegar a este punto, hagamos un alto para señalar como toda la situación, junto con el desarrollo histórico, se conjuraban para hacer del P. Jouët el objetivo de la animosidad general. Se creía, (no importa si acertada o equivocadamente, porque era un convencimiento muy arraigado) que el P. Jouët había sido el principal responsable de aceptar las actividades de la Sociedad. De esta forma él contribuía a aquella insatisfacción en las diversas actividades. Pero, todavía existía el hecho de que él había despedido de Roma a algunos estudiantes, antes de terminar sus estudios. Por lo tanto había que achacarle el que algunos se sintieran mal preparados, para realizar sus actividades adecuadamente. Cualquiera que conozca estudiantes, comprenderá qué amargo era ese resentimiento, que les era difícil olvidar. El P. Jouët les había decepcionado también en los largos años de escolasticado, en sus necesidades emocionales. Y a su modo de ver, al conseguir la disolución del Capítulo, había disipado sus esperanzas de poder salir airosos de una situación tan difícil y descorazonadora. Y cuando los problemas no conseguían mejorarse, les era cada vez más difícil perdonar al P. Jouët.

Sin embargo, lo central de ese drama personal sólo podía resolverse entre Chevalier y sus hijos. Al decir esto, no tengo la pretensión de convertirlo en un capítulo de novela sentimental o psicológica. Pero he aquí lo que cuentan las crónicas. El P. Piperon (¿y el mismo P. Chevalier?) resume la situación en esta frase escriturística: "He criado hijos y se han vuelto contra mí." El P. Guyot, escribiendo al P. Chevalier para darle su análisis personal de la crisis, dice que el P. Chevalier tendría que mostrarse con "un corazón de padre". Y al ir avanzando la histórica, vemos como los más antiguos, los PP. Jouët, Guyot, Piperon y Delaporte, se retiran hacia los bastidores, esperando que el drama principal se desarrolle en el proscenio. Y cuando uno mira a la correspondencia de aquellos días, desde este punto de vista que los mismos actores sugieren, es extraordinario constatar como la historia se desarrolla en un exacto paralelismo a los acontecimientos de la vida real, que muchos de nosotros conocemos tan bien. Me refiero aquí al caso de un padre, cristiano y bueno, que trabaja abnegadamente por su familia. Él está empeñado (por ejemplo) en organizar un nuevo negocio, que le exige trabajar hasta altas horas de la noche y a menudo en los fines de semana. Como consecuencia, apenas ve a su familia. Eso sí, él establece buenas normas de conducta: no llegar tarde por la noche, estudiar mucho. Los problemas ocasionales que surgen, son resueltos como casos de buena o mala conducta, pero no hay tiempo para un diálogo continuado o las buenas relaciones que surgen cuando se dispone de tiempo para la convivencia. Y entonces, un día, uno o varios de los niños, que han crecido hasta hacerse adultos mientras él tenía las espaldas vueltas a la familia, tienen un conflicto con su padre y hasta abandonan el hogar. De parte del padre hay una extraña sorpresa y de parte de ellos el convencimiento de que nunca más Podrán entenderse con su padre. Conocemos el diálogo y las recriminaciones:

“Todo el esfuerzo en organizar este negocio, era para la familia" (sí, pero nunca nos entregó ni su tiempo ni su persona). "Los padres tienen el deber de procurar que sus hijos obren bien, tienen el derecho de exigir respeto y obediencia" (sí, pero ya no somos niños ahora y tenemos también el derecho de discutir los problemas), etc. El paralelismo con el P. Chevalier y sus misioneros está bien claro, si observamos el curso de los acontecimientos. Y el curso de los acontecimientos empezó cuando el P. Chevalier publicó sus nuevas reglas. Estas, dice él, provocaron una violenta reacción en las casas del norte". Antes de esto a pesar de haber en potencia una situación problemática "omnia recte procederunt, atque in optima pace essent comportata", las cosas procedían pacíficamente. La publicación de las reglas provocó una inopinata perturbatio" (una perturbación insospechada). Esta reacción que causaron puede ser comprendida sólo sobre el telón de fondo que ya hemos planteado. Alguien que no haya comprendido la profundidad de la frustración psicológica, el estado de tensión en la dinámica de grupo, se sorprendería de esa fuerte reacción -particularmente de un Chevalier que creía obrar de forma razonable y de acuerdo con sus derechos, e incluso obli­gado por deber. Él era el Fundador, pensando dar los últimos toques a su trabajo, antes de su muerte..

El 20 de febrero de 1889 fue enviado a la Santa Sede, por un grupo de misioneros, un Memorandum presentando sus quejas: No había habido Capítulo, había irregularidades en la Administración, y finalmente, sin previa consulta, habían aparecido aquellas nuevas reglas, que eran demasiado detalladas, demasiado severas. El texto latino fue citado y glosado cuidadosamente, para demostrar "su severidad". Se daban ejemplos para probar, tanto el exceso de detalle, como las severas exigencias: se pedía a los estudiantes que rezaran juntos el breviario; todos tenían que guardar total silencio durante el día de retiro mensual, los Primeros Viernes; los religiosos no debían soplar en la sopa, ni acicalarse el cabello (¡¡nunca!!) tenían que cortarse las uñas.

El 5 de marzo, dicho Memorandum fue comunicado al Procurador M.S.C. "pro informatione et voto". El Padre Jouët, naturalmente, envió copia al P. Chevalier.

Este último contestó al P. Jouët en un tono lleno de serenidad y "medio sorprendido solamente" porque ya sé que el diablo lo intenta todo para meter el espíritu de discordia en medio de las más unidas familias religiosas»". El P. Chevalier era un hombre muy sobrenatural. Desgraciadamente, él estaba más especializado en demonología, que en dinámica de grupos. Mientras pudo poner las causas del problema en razones preternaturales, su fe le mantenía tranquilo y sereno. Esto contribuyó a que se le hiciera más difícil reconocer el problema y hallar una pronta solución. Esto también explica por qué el P. Delaporte escribía más tarde:

"He tenido una larga y amigable discusión con el Rvdo. P. General. Quedé desconcertado ante su serenidad. No hay duda ninguna sobre la rectitud de sus intenciones". Sí, nadie puso en duda esta vez su rectitud de intención. Y otros también se sintieron desconcertados por esa serenidad. Es muy edificante creer que con la ayuda de Dios todo acabará finalmente bien. Sin embargo, aquellos que creen tener una queja legítima, preferirían ver soluciones más humanas a sus problemas. En esta ocasión sus hijos gimieron a menudo en su desencanto -advertían que su padre se desviaba del núcleo del problema y atribuía a mala voluntad lo que sólo se debía a la frustración humana en aquella situación, que hubiera podido mejorarse.

"El Señor es mi testigo, escribió él, que al redactar las Constituciones y las Reglas comunes, buscaba solamente su gloria y el bien de los queridos hermanos ". (Esto nadie lo negaría. El Memorandum habla de él "como un hombre que aun está vivo y de una piedad sobresaliente"). Él continúa diciendo: "Después de treinta y cinco años de experiencia y sesenta y nueve de edad, siento que antes de morir, necesito dar los últimos retoques a nuestra amada obra, para evitar que en el futuro no haya ninguna conmoción, o decisiones arbitrarias". (Pero, querido padre, ellos dirían, esto es un sueño imposible). Él añadía, que al hacer las Reglas más precisas, llenaba solamente algunas lagunas. (Pero si uno llena todas las lagunas, especialmente para hombres desbordados por el exceso de trabajo, es casi imposible respirar). Él dice que "la traducción francesa, suprime la aparente severidad del latín" (y el Memorandum da más bien la impresión de una exposición escrupulosa). Aunque el Memorandum dice que ha introducido los cambios sin previa consulta, él señala que había consultado "a los asistentes, a todos los superiores del Instituto y a los padres más antiguos". (Esto es precisamente lo que nosotros pretendemos señalar, dicen ellos: ¿y los jóvenes qué?) De hecho, dice él, el Memorandum está escrito "por algunos padres jóvenes, sin experiencia de la vida". Y algunos jóvenes religiosos también dejan crecer sus uñas por pura vanidad y "tienen el cabello artísticamente peinado, como gente del mundo" -por qué no señalar pues, la recta manera de proceder como religiosos. Realmente, todo suena como un padre moderno y casi podemos escuchar la reacción de los hijos.

Profiere la queja justificable de un padre, ¿por qué no me hablaron primero, antes de enviar su queja a Roma? Hubiéramos podido discutirlo todos juntos. Y si no hubiéramos podido ponernos de acuerdo, podían haberlo discutido con los asistentes. Entonces, solamente hubieran podido recurrir a Roma, si no estaban satisfechos. Este fue el aspecto que más le hirió. Y es en este particular, donde los jóvenes no tenían una respuesta válida.

Al recurrir a Roma, a espaldas suyas, con una queja a la Santa Sede, sin darle la oportunidad de explicarse, o de arreglar las cosas "en familia", este fue su mayor error. Porque esto se sale fuera de los límites de las relaciones entre padres e hijos (aunque ellos afirmaran más tarde de que las habían restablecido). Se le hizo difícil a él, imaginar qué nuevos pasos se podían dar, durante y después del Capítulo de 1891, como no fuera una nueva búsqueda de diálogo. No podía ver en ello, más que "ataques a él y a la Administración" -como había sido el recurso a Roma. Se le hace muy difícil a un hombre, confiar en un hijo, que a sus espaldas, ha intentado que fuera condenado.

En todo el debate, Issoudun se parece muy como el negocio de aquel incidente de familia que antes propusimos como símil. Mucho antes, el P. Piperon había previsto que el tomar la parroquia traería conflictos: o bien la parroquia sufriría, o bien la Sociedad o tal vez las dos. La parroquia no sufrió, porque el P. Chevalier tenía a su lado buenos colaboradores. Él insistió repetidamente, cuanto significaba para la Sociedad desde el punto de vista financiero y, por tanto, para la formación de los jóvenes mismos, que tanto le criticaban. Él presentía, que ellos no apreciaban lo que Issoudun estaba haciendo para la Sociedad y para ellos. No atinaba a comprender como ellos pretendían cambiar la Casa Generalicia de Issoudun. Pero él no podía vislumbrar lo que Issoudun le hacía a él y de rechazo a ellos. Le mantenía apartado de ellos, que es la razón por la que le querían saliera de Issoudun. Pero comprendiendo que Issoudun era muy importante para la obra y por lo tanto para la Sociedad, estaban dispuestos a un compromiso; que se quedara en Issoudun, si así tenía que ser. Pero que se nombrara un Vicario General, que realizara el papel de padre de la Congregación. Tenían demasiado cariño y respeto hacia él, para que ni siquiera se les ocurriera proponer un nuevo General. Sin embargo, él interpretó la sugestión de un Vicario General, como un signo de que ellos querían deshacerse de él y tomando los ataques a Issoudun como ingratitud. En realidad era su manera de decir, que puestos a escoger entre Issoudun y él, es a él a quién preferían.

Así, después de dos Capítulos, clausurado uno y anulado el otro, permanecían los malentendidos y los resentimientos; había disgusto por un lado y por el otro el sentimiento de estar condenados a una continua frustración. Las palabras que los jóvenes habían usado impulsados por esa frustración, eran verdaderos ataques. Ellos se habían ciertamente sobrepasado, pero encontraban muy duro ser catalogados como rebeldes, dominados por el mal espíritu. Padres e hijos estaban metidos en un callejón sin salida y había mucho sufrimiento en ambas partes. El P. Delaporte y Guyot escribieron largas cartas al P. Chevalier, proponiéndole soluciones para arreglar todo el problema. Ambos recibieron severas reprimendas por su pretensión. Y eso no fue sólo por el dolor que el P. Chevalier sentía por la desagradable situación con relación a los jóvenes. Él reaccionó así, a causa de un doble disgusto. Le aseguraban que los jóvenes le amaban y respetaban, que lo que tenía que hacer era mostrarse con su verdadero corazón de padre. Eso es 10 que pretendía él. Sin embargo, al irse complicando la situación, le estaban exigiendo que sacrificara al P. Jouët. En el mismo momento que pretendían un tratado de paz definitiva con él, estaban haciendo la guerra al P. Jouët. Y el P. Piperon dijo: "Los que dirigían esta guerra hicieron un mal inmenso; he estado siempre convencido de ello... Me compadezco de los que le han obligado a retirarse; yo siempre mantengo el más sincero afecto y la más viva gratitud hacia este amado sacerdote. Su decisión de salirse, afligió grandemente al P. Chevalier. Era otro sorbo de amargura, de la mucha que tuvo que beber aquellos días. Amaba tiernamente al P. Jouët y nunca olvidó su infatigable entrega a la Congregación".

En los comienzos de la Sociedad M.S.C., el P. Chevalier tuvo que verse privado del P. Maugenest, su más datado y amado co-fundador. Hacia el ocaso de su vida, el P. Jouët su más íntimo amigo y alter-ego fue obligado a seguir el mismo camino, separándose de él. Indudablemente, cosas así hacen mella en el corazón de un hombre. Por la manera de obrar del P. Jouët en aquellos años difíciles, adivinamos qué clase de hombre era, y así podemos imaginar algo del pesar que sentiría el P. Chevalier, cuando alguno de sus "hijos", exigía que este hombre tenía que ser sacrificado, para que ellos pudieran reconocer en él al corazón de su padre. Por eso comprendemos mejor el por qué, en respuesta a sus pretensiones, él apelara a la autoridad. Sencillamente, no podía hacer lo que le pedían. Tenía que negarse. Cuando comprendemos lo que se le pedía y la tragedia que sobrevino aquellos días en la vida de hombres tan buenos y generosos, no encontramos exagerada la afirmación del P. Chevalier, de que el maligno estaba interviniendo en los conflictos que aquejaban a la Sociedad. Podemos pues hablar también, tanto de demonología, como de dinámica de grupos.

Eventualmente, el P. Jouët aclararía que no hacia falta sacrificarle de cara al bien común; él se sacrificaría a sí mismo. Sin embargo, esto no se supo hasta finales de 1893 y para el gran público, mucho más tarde todavía. En enero de 1891, después del Capítulo, el P. Chevalier se encontró en una situación intolerable. El no podía realizar el movimiento que le pedían sus "oponentes". Pero se decidió a hacer otros. Tal vez si enseñaba los dientes a la oposición, amainaría la tormenta. Sustituyó al P. Delaporte, como superior de la casa de París y se dispuso a verificar otros cambios para alejarlos del campo de batalla. Así trató de enviar al P. Ramot a Sidney -pero al grito de alerta del P. Klotz, el P. Ramot rehusó marchar. El P. Pedro Tréand (aunque clasificado por el P. Chevalier como moderado, solamente), fue entonces enviado a Sydney-, de lo que la Provincia australiana quedará eternamente agradecida.

Pero esos cambios no sirvieron de nada. Confirmaban sólo en su opinión, a los que opinaban que Chevalier estaba obstinadamente opuesto a los cambios necesarios; y, además, hizo vacilar a otros. Y suministraron material al P. Klotz, para la campaña subversiva que desencadenó por aquel entonces.

¿Qué iba a hacer el P. Chevalier? Tenía que hallar una solución al problema, tal como estaba planteado. No siempre es fácil poner en práctica la norma de aconsejarse bien; de ver más allá del "problema aparente", el problema real que está detrás. El problema se presentaba al P. Chevalier, en términos más bien desagradables:

- El Memorandum fue enviado a Roma, a espaldas suyas.

- Se lanzaban ataques a su Administración, con falta de caridad y “un rencor propio de chiquillos”. (P. Piperon).

- Existía aquel fiero (y para él incomprensible) ataque al P. Jouët.

El no era ni psicólogo ni sociólogo. Él era el Fundador y Superior General de una Sociedad religiosa, que otros parecían empeñados en destrozar. Era un hombre que creía sinceramente en la obediencia y en el deber de conciencia de un superior, de conseguir que sus súbditos obraran por virtud. Las mismas cualidades que le habían permitido fundar una nueva comunidad religiosa en circunstancias difíciles, habían también contribuido al problema actual. Y ahora contribuían a la dificultad en solucionarlo.

Porque allí donde reside la fortaleza de un hombre, allí está también su debilidad. El P. Chevalier era un hombre fuerte, un hombre de inagotable energía y amplia visión. Tenía la valentía de arriesgarse y la tenacidad para conseguir. Su fortaleza era su debilidad y uno se puede preguntar, si hasta aquel momento él había realmente constatado esa debilidad. “Todos hemos nacido altivos y agresivos», él escriba". ¿Pero qué decir de aquellos que han nacido indecisos, tímidos y tienen necesidad de apoyo y estímulo? ¿Con su tremenda dedicación, no exigía tal vez demasiado de otros, que no pedían responder con la misma entrega que él ponía? En su amplia visión de organizar una sociedad misionera, ¿tuvo bastante en cuenta el mundo más limitado de los jóvenes, inexpertos, desbordados por la presión de un trabajo que excedía a lo que ellos con calma y eficiencia podían atender? Bajo la presión de su propio trabajo, tomando por descontada la misma entrega total en los demás, sus cartas se vuelven “lacónicas en el tono y con acento autoritario”. Había caído en la brusca idiosincrasia del Berry y sus cartas ya no estaban informadas en aquel “carisma de bondad” que había siempre destacado en sus relaciones personales con los demás. La tensión del trabajo no le permitía la calma de una carta amable, que tanto le habría ayudado. Las suyas, eran puramente casi siempre cartas oficiales; y eso quiere decir que su correspondencia estaba dedicada en gran parte a tomar decisiones o a materias disciplinarias. Además, para hacer más fácil el cumplimentar las decisiones del Consejo General, los superiores locales acostumbraban publicar directivas difíciles, como emanadas del Superior General. Como consecuencia: "Reverendo Padre, nuestros jóvenes no le conocen y eso es lamentable. Cuando otros mencionan su nombre, es siempre con exagerada severidad”.

Y lo que se necesitaba entonces más, era "una corriente de bondad y paternal condescendencia, que preceda de usted, Reverendo Padre, y entonces los hermanos volverán a usted y permanecerán a su lado". Esta era la respuesta, ¿pero cómo ponerla en práctica, en la actual coyuntura de hechos? Durante mucho tiempo sólo le quedaba al P. Chevalier la actitud de esperar, rezar y confiar.

La salida de la Sociedad de Reyn y Klotz, fue un momento decisivo. El P. Klotz era el principal agitador y así una fuente de disensión desapareció. Pero el P. Reyn, Julio Vandel y otros seis o siete estudiantes marcharon también y esto hizo descubrir a otros que estaban en un proceso de auto-destrucción. La retirada del P. Jouët de los asuntos de la Congregación, extinguió en algunos sus sentimientos más agresivos. En aquellos años, el P. Chevalier aprendió también a percibir más allá de los problemas presentes; y a despecho del Memorandum y de los ataques, aprendió también a confiar. Porque el Padre Reyn salió, no por resentimiento, sino como un hijo que se arrodilla pidiendo la bendición del padre. E inmediatamente el P. Chevalier recibió una consoladora carta de los estudiantes. Ellos estaban naturalmente perturbados por los últimos acontecimientos y por la salida de algunos de sus compañeros. Discutieron su futuro, y en dos diferentes instancias, representantes de los grupos holandeses y alemanes, hablaron al P. Chevalier. Él quedó profundamente afectado al ver que su sola preocupación era salvar su vocación M.S.C. Ellos sugirieron que a esa finalidad, pudieran regresar a sus países natales, para continuar sus estudios. En las discusiones, "aunque serio y un poco tieso, él fue tan amable como siempre

Fue evidentemente una discusión cara a cara. Él sugirió la posibilidad de ir a Roma; también les dio su opinión que al tener ahora al P. Vaudon como director del Escolasticado, los problemas desaparecerían. Los estudiantes replicaron que, sinceramente, no compartían su confianza en el P. Vaudon; ni creían que el ir a Roma, les ayudaría en la situación actual. Ellos creían que para su vocación como M.S.C., lo mejor era volver a las casas de sus países natales. Esta proposición "fue evidentemente inspirada por la gracia", escribió el P. Chevalier.

Poco después fue erigida la Provincia del Norte, comprendiendo sobre todo las casas y personas de Amberes, Tilburgo y Salzburgo. Así como antes, el P. Chevalier había considerado que la idea de una nueva provincia, era un "movimiento separatista", ahora en cambio lo vio como un paso positivo. No mucho después el P. Chevalier pudo escribir al P. Jouët: "Gracias a Dios, desde la salida de los PP. Reyn y Klotz y la erección de la Provincia del Norte, la concordia, la paz y la unión reinan de nuevo en nosotros. Quiera el Sagrado Corazón consolidar aún más este estado de cosas.

Es imposible señalar todos los pasos en este proceso de solución de los problemas. Pero sí que se solucionaron -no de la noche a la mañana y no sin sufrimientos. Un poco más tarde solamente, encontramos al P. Chevalier, suplicando a los otros que le dieran alguna oportunidad- que no le acusaran a él por cada decisión que alguien encontraba un poco dura:

"Usted sabe bien, querido amigo, que en todas las cuestiones sometidas al Consejo yo sólo tengo un voto. Yo no quiero imponer mi opinión. En los últimos cuatro años, para no decir siempre, esta ha sido la línea de conducta que me he impuesto, no importa lo que otros puedan decir- así que, por el amor de Dios, no me haga a mí responsable por las decisiones tomadas".

Había todavía problemas humanos, desavenencias entre personas, quejas. El P. Chevalier -cuya calma y serenidad no dejaba de impresionar y maravillar a la gente, sufría mucho interiormente. Este sufrimiento, aunque rara vez, se ve ocasionalmente delatado en una carta:

"Estoy disgustado, cansado y enfermo de todas esas desavenencias.»A pesar de eso sus cartas se van transformando en mensajes cálidos, amicales y ponderados: "No des demasiada importancia, querido amigo, a las historias de algunos hermanos, que probablemente usan mi nombre como una cobertura para expresar sus propios sentimientos. Bástele saber que yo le aprecio y le tengo en gran estima y más que nadie me congratulo de las cualidades con que el buen Dios le ha dotado". Ahora recurre ya frecuentemente a un PS. , ya lleno de atención, ya lleno de buen humor, a veces una combinación de los dos. Por ejemplo, dice al P. Vaudon: "Me dio pena el enterarme de su accidente y confío que se recobrará rápidamente. Quedé muy aliviado al oír que no era nada serio. ¿Querrá creer, que cuando les conté a los vicarios de la parroquia (incidentalmente, todos buenos amigos suyos), la forma como usted se cayó del coche, los muy bribones se echaron a reír?"

Otros sufrieron también, a lo largo de todo este período. El P. Guyot escribió en 1896 que su vida había estado "literalmente emponzoñada por Capítulos", y que no quería oír de nuevo esa palabra. Ni quería aceptar ninguna posición de responsabilidad en la Sociedad. "Yo quiero pasar mis últimos días en ella y morir ahí en la obediencia y en la paz; esta idea de que me puedan confiar alguna autoridad, me tortura y me oprime”. El P. Delaporte, que murió en 1895, no quedó muy afectado por todo aquel conflicto. A pesar de sus 122 kilos, se sentó ágilmente en su silla de la vida y aceptaba lo malo como lo bueno con equidad de espíritu.

Hay, sin embargo, un caso en que vemos al P. Chevalier vivir minuciosamente todo la historia de aquella épo­ca, el caso de Julio Vandel, el sobrino del más famoso Juan-María Vandel. El 11 de febrero escribió al P. Chevalier una apelación muy incoherente, pero repetida varias veces: "es usted, Padre, el único que puede salvar la Sociedad", "es usted, dicen muchos, el responsable de todos estos conflictos y usted ha comprendido que a través del P. Jouët es a usted a quién atacan", "estamos todos convencidos... de que usted no puede defraudar a sus hijos, ni usted, ni el Corazón de Nuestro Señor". Si el P. Chevalier hubiera podido entrever todo el fondo del problema, habría comprendido las necesidades emocionales, detrás de ese grito del corazón. Él vio sólo el problema aparente y escribió una carta, aparentemente para el P. Jouët:

"Para archivarla. He aquí una carta insolente del Padre Vandel, a quien he contestado con afabilidad, pero con firmeza y sinceridad." No tenemos copia del contenido de esta respuesta, pero una carta posterior del Padre Vandel, reconoce realmente esta afabilidad y expresa su gratitud "por las muestras de paternal afección que me ha mostrado". Y continúa repitiendo que él cree que la solución tiene que venir del P. Chevalier; y entonces contesta "a las preguntas que usted me ha formulado". Primero, él no admite que estuviera equivocado al no expresar su preocupación sobre el estado de la Sociedad. Que lo había hecho una vez en Roma y "los resultados no fueron, ¡ay! para animarle a la franqueza. Inmediatamente el P. Jouët me alejó de Roma, un año antes de acabar mis estudios. Sabe Dios que he perdonado de todo corazón a este querido padre, pero es más difícil borrar la impresión que me dejó". Continua mencionando el estado de las casas "algunas sin bastante personal, o con hombres incapaces, o que no han recibido la preparación adecuada... usted mismo, Reverendo Padre, ¿no está agobiado por el peso de tanto trabajo? Y si usted no se cuida, y no se preocupa de su descanso y su salud, tendría a lo menos que preocuparse por el hecho que sus obras y las almas se resienten como consecuencia". E insiste, hay demasiadas personas con exceso de trabajo y es contra este mal, que el Capítulo tenía que haberse concentrado.

Él reconoce haber escrito con excesivo apasionamiento, pero aquellos que se sienten afectados por el estado de las cosas, se ven a veces impulsados a expresarse duramente. Además, es irritante para los jóvenes, ver que les aplican las palabras de San Pablo, sobre los neófitos, que son empujados por el orgullo y caen en las trampas del demonio. Cuando en la misma carta a Timoteo, señala el P. Vandel, San Pablo también dice que no hay que dejar a nadie que desprecie su juventud. Que los otros no son la oposición, sino gente que ha expresado su honesta opinión y que siguen con una sincera devoción a su persona y a nuestra querida Sociedad... y haciendo sólo un poquito, usted podría recobrar su afección, la profunda consideración de que usted debería estar siempre rodeado". Su carta fue firmada y refrendada por el P. Meyer.

Pero la espera se iba prolongando y en febrero de 1894 el P. Vandel dejó la Sociedad, junto con el P. Reyn. Pero antes había enviado un Memorandum al cardenal Mermillod en Roma. En una copia del mismo, escrita por el P. Jouët, leemos: "el Rvdo. P. Jouët, cuyas brillantes cualidades son bien conocidas, pero que por desgracia ha perdido la confianza de sus hermanos y realmente no representa a la Sociedad”. Pero no mucho después de haber dejado a los M.S.C., se pone de nuevo en contacto con el P. Jouët, por mediación de una prima suya en Roma, la Hna. Leontina Vandel. Esta vez, era para tramitar su regreso a la casa del padre. En septiembre de 1894, escribió a su prima, que su readmisión era prácti­camente un "fait accompli" (hecho consumado). "Gracias a nuestro querido P. Jouët... El Rdo. P. General no ha dejado piedra sin mover, para llegar a esa rápida y feliz conclusión". Esta feliz conclusión llegó finalmente y partió para Sidney, para unirse a su amigo, el P. Treand, ambos del mismo pueblo suizo. A bordo ya del barco, escribía:

"Mi venerado y bien amado P. Jouët:

"He dejado Europa con el corazón colmado por su bondad, su caridad y su amistad. Cuando el barco salía del puerto, no podía apartar los ojos de usted. Vi la gran señal de la cruz que usted trazó en el aire. Recibí su última bendición y le envío mi último adiós y mis últimas palabras de gratitud... "

En enero siguiente, el P. Chevalier le escribió: "Qué bueno es Dios, qué admirables sus caminos. Él nos ha hecho pasar a usted y a mí, por una serie de dolorosas pruebas". Los resultados fueron buenos para usted y buenos para la Sociedad, que tiene ahora una nueva Provincia y Dios "me ha llenado de consolación que ha sido tanto más dulce, por cuanto había sufrido mucho. Digamos pues junto con el P. Jouët: Vivan las dificultades, viva el Sagrado Corazón". Y como conclusión:

"Dé mis cariñosos saludos a los queridos padres y hermanos, y rece mucho por este que nunca le olvida..."

Como contestación, el P. Van del escribió:

"La última carta estaba tan llena de paternal ternura, que quedé profundamente emocionado por ella”.

Aunque un caso especial, el asunto del P. Vandel no fue, sin embargo, un caso aislado. La crisis había terminado. El padre y los hijos se habían encontrado de nuevo.

Julio Chevalier, un Hombre con una Misión (E. J. Cuskelly MSC)

10

Misión cumplida

1. SU VIDA DE RELACIÓN CON LA IGLESIA LOCAL

Es una aseveración muy generalizada hoy día, que todo cristiano ha de vivir y trabajar en el ámbito de su Iglesia local. Aunque era el Fundador de Congregaciones internacionales, el P. Chevalier estuvo sujeto a esta ley, mucho más que otros Fundadores. Para él, la "iglesia local" era un triángulo con un vértice en Issoudun el otro en Bourges donde vivía el arzobispo y el tercero en París, donde estaba en el poder un gobierno anti-religioso. La correlación entre estos tres factores influyó mucho en la atmósfera en que se desarrolló su trabajo.

En el último período de su vida, la posición del Padre Chevalier se hizo más difícil, debido a la actitud del arzobispo, para con él y sus misioneros. El P. Chevalier era un hombre de Iglesia cabal y le gustaba que sus relaciones con las autoridades eclesiásticas, fueron no sólo correctas, sino también cordiales. Y en conjunto fueron relaciones felices. Sin embargo, "aunque no tuvo las mismas amistosas relaciones con los seis arzobispos, bajo quienes vivió y trabajó, fue siempre más que correcto y sabía cómo combinar una actitud de absoluta deferencia, con la firme entereza en defensa de sus propios derechos y los intereses de su comunidad religiosa".

Una rápida ojeada a las principales conexiones Chevalier-arzobispo, nos ayudará a comprender cierto número de circunstancias en aquellos últimos años de la vida del P. Chevalier, a la vez que nos dará conocimientos más profundos de su carácter. Durante el vital período de crecimiento de su Congregación, tuvo la fortuna de tener arzobispos que fueron de verdad sus amigos y colaboradores. Los primeros de todos, el cardenal Dupont y el arzobispo Menjaud, apreciaron su trabajo y favorecieron su desarrollo. A la muerte del último, en diciembre de 1861, le sucedió su coadjutor, el príncipe-arzobispo Carlos Amable de la Tour d'Auvergne Laraguais. Se puede deducir lo que significó su amistad para los M.S.C., por esta cita de la oración fúnebre sobre el arzobispo, dieciocho años más tarde:

"Podríais con razón, sino reprochármelo a lo menos lamentarlo, sino os citara a vosotros, Religiosos del Sagrado Corazón de Issoudun, como testigos. Decidme, ¿pudo un Fundador hacer más por vosotros, de lo que él hizo? "

La respuesta a esta pregunta retórica, nos la da el P. Piperon: "El P. Chevalier encontró en él, a un iluminado y prudente consejero, a un devoto protector, a un padre cariñoso, al apoyo más sólido de la Congregación, en la que el venerable prelado estaba tan interesado, como si fuera su propia obra."

"Cuando el arzobispo murió, continúa el P. Piperon, temimos durante un tiempo, que el P. Chevalier no podría sobreponerse a su dolor. En sus últimos años, cuando mencionaba a ese ilustre bienhechor, se notaba una viva emoción en su voz. Él amaba verdaderamente al venerable arzobispo, como el mejor de los hijos ama y venera al más cariñoso y tierno de los padres".

Fue este gran amigo y sabio consejero, quien ideó la buena estrategia de nombrar al P. Chevalier como párroco de Issoudun. Nombrándole como rector inamovible, consolidaría a la Congregación M.S.C., en el momento de las dificultades políticas, que él preveía como inevitables. "Cuando en 1872, el arzobispo de la Tour d’Auvergne, ofreció a la Sociedad la parroquia de Issoudun, yo le presenté algunas buenas razones para no aceptarla. Su Eminencia replicó: No es mi deseo imponérsela; yo sólo obro en los intereses de la Congregación. ¡Tenemos ahora una República! Y en Francia, podría desviarse hacia los extremos. Tal vez algún día la posesión de esta parroquia, será la tabla de salvación para su Instituto y sus obras. Esta profecía se realizó."

Pero en 1880, había ya un nuevo arzobispo, J. Marchal (1880-1892). El también quiso ayudar al P. Chevalier, para que utilizara la parroquia de Issoudun, para eludir, en cuanto fuera posible, los efectos de las persecuciones. Cooperó con ellos, pidiendo a Roma "que los misioneros del Sagrado Corazón, fueran dispensados de la vida común y colocados bajo la autoridad de los obispos de las diócesis en que vivían, como delegados apostólicos, at nutum S. Pontificis. Estamos convencidos de que haciendo esto, será posible evitar la dispersión de la Congregación; les permitirá conservar su escuela apostólica y escolasticado y continuar la obra de la gran peregrinación de Nuestra Sra. del Sagrado Corazón". Sus esperanzas no se realizaron totalmente. Pero cuando el escolasticado se disolvió acogió a cinco seminaristas M.S.C., en su propio seminario yendo el mismo a recibirles en la estación de Bourges, para conducirles en su propio coche a su lugar de refugio.

Sin embargo, ello hizo posible al P. Chevalier y a sus sacerdotes, mantener su terreno en Issoudun, dándoles cobertura legal. El P. Chevalier pudo así preparar su informe a las autoridades civiles: "Usted viene a expulsar a los religiosos. No hay ninguno. Todos los que viven en esta casa, son sacerdotes seculares, incorporados a la diócesis de Bourges y han recibido sus facultades de su Eminencia el arzobispo de la diócesis, quien es el propietario de esta casa, desde el 24 de junio." Es muy importante recalcar ese arreglo tan particular, como causa de las medidas que los M.S.C. tuvieron que adoptar en 1901, cuando el obispo de entonces sería menos amigo y menos colaborador.

El arzobispo Marchal, fue también un buen amigo del P. Chevalier, aunque su amistad, de algún modo no tuviera un buen comienzo. Un arzobispo viniendo a Bourges aquellos días, estaba en una situación particularmente difícil. Como obispo, tenía que ser el jefe espiritual; y encontró en Issoudun a otro jefe espiritual ya instalado. Espiritual y económicamente, Issoudun era un centro muy importante en la diócesis. A algunos del clero local, no les hubiera disgustado ser nombrados para aquella parroquia. El nuevo arzobispo oyó rumores y criticismos, a los que dio cierto crédito. Aunque algo prolija, demos la siguiente acotación, porque hace resaltar algunos puntos interesantes.

"Después de la muerte del arzobispo de la Tour D’Auvergne, que tanto se interesó por el P. Chevalier y sus obras, cuando el arzobispo Marchal fue nombrado arzobispo de Bourges, recibió cierta cantidad de cartas de sacerdotes de la diócesis, contra el P. Chevalier, que afirmaban que no se cuidaba debidamente de la parroquia de S. Cyr, empleando todo su tiempo en la basílica del Sagrado Corazón y sus obras personales. Se decía contra él, que no había introducido ninguna actividad parroquial; que había descuidado el Catecismo y otros movimientos de seglares etc..

"Y sucedió que cuando el arzobispo Marchal llegó para hacer su primera visita a la comunidad, en la fiesta de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón, se mostró bastante frío con el P. Chevalier. Durante la comida, Su Eminencia preguntó quién sería el predicador para la ceremonia de la tarde, que tendría lugar en la Basílica. El P. Chevalier, aprovechó la ocasión para decir que si su Eminencia quería decir algunas palabras, los fieles -en realidad, todos- se sentirían muy felices y halagados. La respuesta del arzobispo fue muy ruda. Le dijo, que posiblemente había tenido la oportunidad de decir al arzobispo de la Tour d'Auvergne, lo que tenía que hacer, pero que él no se dejaría manejar por el P. Chevalier. Que él gobernaría su propia diócesis de la forma que a él le parecería mejor, etc., etc. El pobre P. Chevalier recibió el duro golpe sin decir una palabra y con la mayor humildad. ¡Ni que decir tiene, que reinó completo silencio, el resto de la comida! Sin embargo, antes de abandonar la comunidad el arzobispo comprendió que se había excedido y pidió disculpas.

"Algún tiempo después el arzobispo vino para administrar la confirmación a Issoudun Pidió todos los registros de las actividades organizadas en la parroquia Le trajeron una buena docena de registros el del Stmo. Sacramento, el del Rosario el de las Madres Cristianas el de las Hijas de María el de los grupos de juventud el del Catecismo de Perseverancia, el de niños y niñas, el del Apostolado de los Soldados, el de los Catequistas Voluntarios, el del Grupo de Sirvientes; el de la Comunión General de las niñas para los primeros viernes de cada mes; las Conferencias de S. Vicente de Paúl para visitas y ayuda a los pobres el trabajo de las Hermanas al cuidado de los enfermos la obra de la Propagación de la Fe, de la Santa Infancia y de San Francisco de Sales Todas estas actividades habían comenzado con el P. Chevalier y sus misioneros El arzobispo y su hermano el Vicario General examinaron uno después de otro todos esos registros. Inspeccionaron la Iglesia y las nuevas de pendencias. Antes de dar la confirmación el Vicario General, obispo Augusto Marchal fue recorriendo los asientos de los niños, preguntando indiscriminadamente a un gran número de niños. El arzobispo, por su parte, llamó ante sí a cuatro de ellos, dos niños y dos niñas y les hizo muchas preguntas, sobre todo el catecismo. Después de ese interrogatorio tan riguroso, el arzobispo se levantó y tras previa consulta con su hermano, habló a los niños, felicitándoles por sus conocimientos. "Me siento obligado a decir, dijo él, que la parroquia de Issoudun, está entre las mejores de la diócesis por su organización, por la preparación de los niños, etc"

"El Vicario General declaró por su parte, que en Issoudun las cosas se hacían de la misma forma como él lo había hecho, cuando era párroco.

"Incluso anunció que le gustaría un día presidir una lección de catecismo. Cuando llegó la ocasión quedó asombrado y encantando de ver el ámbito de la Iglesia de S. Cyr llena de jóvenes de ambos sexos. Más tarde, en ocasión de sus visitas pastorales, acostumbraba citar a Issoudun como ejemplo, en su organización de la catequesis. Acostumbraba a decir que sólo en Issoudun se enseñaba públicamente el catecismo, desde el púlpito, durante la misa de los niños. Y que allí seguían al pie de la letra la prescripción del Concilio de Trento de enseñar el catecismo cada domingo. Antes de partir de Issoudun, el arzobispo llamó al P. Chevalier y le dijo: Le extrañaría la forma como le traté en mi primera visita. Bien. Le puedo decir ahora, que entonces tenía ideas preconcebidas contra usted y su administración de la parroquia. Tendrá que perdonarme, pero el caso es que había recibido una serie de cartas de sacerdotes de la diócesis que contenían calumnias indignas. Conservo estos nombres aquí, dijo, golpeándose la frente, y le aseguro que no les perderé de vista."

a ¡Ah! Eminencia, dijo el P. Chevalier, mejor que olvide todo eso. La naturaleza humana es así. Yo he sobrevivido a cosas peores.

Años más tarde, el arzobispo Marchal, habiendo estudiado todas las obras del P. Chevalier, especialmente las de la parroquia, exclamó un día a la hora de comer:

"Ojalá que todas mis parroquias fueran atendidas por religiosos: ganarían mucho." Y eso lo dijo después de haber elogiado al párroco y sus vicarios. El mismo día el P. Chevalier recomendó al arzobispo a un sacerdote, que esperaba ser nombrado canónigo y que le había pedido que le mencionara delante del arzobispo. Este le dijo, con su franqueza habitual: "Le diré una cosa, Padre. Yo no soy muy amigo de nombrar canónigos y menos al que usted me recomienda, porque fue uno de los que escribieron contra usted, a poco de ser nombrado obispo de Bourges." "Bien, en este caso le recomiendo doblemente a su benevolencia. No podría darme mayor satisfacción que el que fuera nombrado canónigo, por el bien que ha hecho a la diócesis."

Y este sacerdote, fue efectivamente nombrado canónigo; el arzobispo acabó finalmente aceptando órdenes del P. Chevalier. Esta narración indica, naturalmente, mucho más de lo que parece a simple vista. Muestra que el P. Chevalier era un modelo de humildad, mansedumbre y caridad. Da una idea de su celo apostólico y de su actividad pastoral.

Al arzobispo Marchal, le sucedió el arzobispo J. P. Boyer (1892-1896). Fue nombrado precisamente durante la crisis M.S.C. y fue también designado como Visitador Apostólico de la Sociedad. Ni la desagradable situación de la Sociedad, ni su propio temperamento favorecieron una más cálida y amistosa relación con el P. Chevalier. Él reconoció que se le había harto difícil discernir entre lo acertado y lo equivocado, en la disputa interna de los M.S.C., SIN EMBARGO, vio claramente que lo peor que podía hacer, sería dar la impresión de que se inclinaba de un lado u otro. Se esforzó en dar la impresión de la completa neutralidad, que se espera de un buen árbitro. Pero para el P. Chevalier, acostumbrado como estaba, a unas relaciones totalmente diferentes con su arzobispo, esa nueva experiencia no era de su agrado. Refunfuñaba a solas en sus Notes Intimes, sobre: "El Visitador Apostólico... que nunca nos visita... que permanece tranquilamente en su palacio". En una carta al arzobispo, insinuó como de paso, una muy intencionada, aunque delicada indirecta: "Es una lástima, Eminencia, que a pesar de ser el Visitador de la Congregación, su salud no le permita visitar personalmente las casas, vería que nada es desatendido, que todo se hace de acuerdo con las Constituciones.

Sin embargo, este arzobispo terminó por apreciar las cualidades del P. Chevalier; y él mismo P. Chevalier acabó por comprender las razones por las que se mantenía a distancia. Escribió que tal vez la oposición del arzobispo "era más aparente que real". Jamás habría intentado ahora hacer sugerencias a su Ordinario local. En las cartas a anteriores arzobispos, "había presumido sugerir" y "me aventuro a proponer", etc., y lo hacía con una espontánea confianza. Ahora, era citado a menudo al palacio episcopal de Bourges. Y ahora le encontramos escribiendo frases como éstas: "Eminencia, querría indicarme, por favor, la línea de conducta que tengo que seguir ". "No deseando hacer nada sin la total aprobación de su Eminencia, me atrevo a proponer..." El P. Chevalier tuvo que practicar durante cuatro largos años esa completa obediencia, un tanto humillante. Pero lo hizo sin vacilar.

Pero aunque le gustaban los arzobispos, no le agradaba nada que miraran por encima de sus hombros, ni que estuvieran siempre detrás de él. Probablemente tampoco le agradaba recibir todos los documentos oficiales, sancionados con esta fórmula: "De acuerdo -Visto y aprobado" y firmado por el arzobispo-Visitador Apostólico.

En consecuencia, cuando en 1896 murió el arzobispo Boyer, no perdió tiempo en escribir al Santo Padre. La carta fue redactada naturalmente en el estilo apropiado. El contenido era éste: Santo Padre, hace cuatro años, a causa de las dificultades internas de nuestra Sociedad, en su paternal solicitud, nos dio un Visitador Apostólico. A la vez que lloramos ahora su pérdida, le agradecemos su amable intervención. Él realizó su cometido tan bien, que ahora ya no necesitamos más Visitadores. Le suplicamos su autorización para poder valernos por nosotros mismos, tener un Capítulo General y continuar nuestra obra.

Con gran satisfacción suya, esta petición fue atendida. Y posiblemente muy a tiempo. Pues el P. Boyer fue sucedido por un hombre cuya amistad el P. Chevalier nunca consiguió. Su último arzobispo, Pedro Servonnet, permaneció siempre frío hacia él y nunca le prestó ninguna clase de ayuda en las futuras dificultades con el Gobierno francés. Los historiadores de la diócesis de Bourges, nunca le calificaron muy alto: "Un prelado piadoso y austero, llevando una vida de seminarista en su propio palacio, duro consigo mismo y con los demás, pero en muchos aspectos mediocre, inadecuado y de carácter voluble. Era un "arzobispo republicano", que "no podía contener su celo republicano". Esta pasión le cegaba, hasta el punto de hacerle creer en la integridad de los personajes en el poder, incluso en los peores momentos del combismo. Su ineptitud o su ingenuidad eran demasiado evidentes en este punto, para que no aparecieran en el exterior; le hicieron muy obstinado en sus juicios, aunque él conservara su buena fe.

El P. Chevalier era un realista; tenía muy poca confianza en la República. El y el arzobispo adoptarían pues diferentes actitudes, sobre la línea de conducta que los religiosos deberían adoptar después de 1901. Pero la divergencia de sus opiniones políticas era conocida de antemano. Pero pronto aparecieron otras divergencias. La primera de ellas, fue sobre asuntos financieros. El P. Chevalier, a pesar de ser contrario a su opinión, pero cediendo a la presión del cardenal Boyer, había accedido a comprar la propiedad de Chezal-Benoît. El acuerdo fue, sin embargo, condicionado a la aprobación del Gobierno, pero cuando esta aprobación no acababa nunca de llegar, tanto el P. Chevalier, como Mons. Bardel (Auxiliar de Boyer), consideraron que el contrato había caducado. Pero Servonnet no tenía la misma opinión. Como consecuencia, hubo unos meses de relaciones tensas entre los dos.

Con diferencias en la política, habiéndole después lesionado en su cartera, el P. Chevalier ofendió ahora al arzobispo en su orgullo. Este último estaba teniendo ciertas dificultades en abrir un colegio católico en Chatearoux. Esta escuela había sido fundada por una sociedad civil y ampliada después por el legado de una tal señora L. Marchain, y tenía que ser reabierto con la condición de que el colegio fuera dirigido por religiosos. Con un gesto un tanto autocrático, el arzobispo decidió que Podía ignorar los deseos de los laicos y decidió que el colegio fuera regentado por una plantilla de sacerdotes de la diócesis. Los laicos se resistían y, además, se pusieron en relación con el P. Chevalier, para que los M.S.C. tomaran la dirección del colegio. El P. Chevalier se puso en contacto con el arzobispo, pidiéndole consejo. Este contestó a vuelta de correo, diciendo: "Acepto. Y nombro al P. Vaudon, superior del centro y al P. Pouvreau, director oficial, de cara a la Academia". Pero ambos eran M.S.C. y ambos tenían sus responsabilidades en Chezal-Benoît. Por eso el P. Chevalier recordó al arzobispo, que él no tenía autoridad para hacer tales nombramientos, cuya sola competencia radicaba en el superior religioso. En este caso, puesto que los superiores religiosos opina­ban que el P. Vaudon, a pesar de sus muchas cualidades, no era el hombre idóneo para dicho cargo, no podían aceptar la propuesta del arzobispo. Este último intentó afirmar que sí tenía derecho y para esto citó algunos documentos de Roma. El P. Chevalier permaneció firme, rehusando aceptar la interpretación de los documentos, hecha por el arzobispo. Considerando que lo que estaba en juego era una importante cuestión de principios, permaneció firme, a pesar de que el superior del seminario de Bourges, le vino a decir: "Conozco al arzobispo. Si persiste en su negativa, tendrá en él un enemigo irreconciliable, que podrá hacerle mucho daño ". A pesar de todo, una vez discutido el problema con sus asistentes, se sintió obligado a mantener su posición.

De allí en adelante, la actitud del arzobispo fue ciertamente de irreconciliable enemistad; y fue una enemistad, que venía determinada por estos motivos: "diciendo que el P. Chevalier quería gobernar la diócesis" y en una definitiva obsesión en lo referente á dinero. Por ejemplo: "Su eminencia desaprueba el hecho de que se ha construido un grande y lujoso convento en Issoudun y en cambio no se ha gastado nada en la parroquia de S. Cyr o para obras útiles a la región". Basta visitar a Issoudun, para desvirtuar esa acusación de lujo, y, además, autoridades independientes dan fe de lo mucho que el Padre Chevalier gastó en S. Cyr. Hemos citado el testimonio de una autoridad calificada a propósito de la obstinación del arzobispo; y cuando gente obstinada tiene ideas fijas, poco se puede hacer sobre ello. En cuanto al asunto del dinero, queda aclarado en esta carta al P. Chevalier: "He leído con interés la narración que usted me hace de sus hermosas fiestas. Si, usted tiene una basílica hermosa y sólida. Ya quisiera yo construir una más modesta para Sta. Solange. ¿Cuándo llegue el momento, querría usted ayudarnos con esplendidez? Necesitaríamos alrededor de 10.000 francos...". Como comentario el P. Chevalier anotó al final: "una carta llena de ironía?”

Sin embargo, no podía resignarse sin más, a la oposición de su arzobispo. En una carta dirigida a él, el día de su onomástica, la concluía con esta humilde petición: "Eminencia, en la ocasión de su fiesta le suplicamos olvide las quejas, que pueda tener contra nosotros y nos perdone si hemos cometido alguna falta y nos muestre su buena voluntad hacia nosotros, que es lo que más deseamos". El arzobispo replicó:

"Le agradezco sus buenos deseos que tengo por sinceros; ya sé, que usted siempre ha tenido hacia mí toda la deferencia, que yo podría desear. Pero tenemos que reconocer que existe oposición entre los intereses que son de mi responsabilidad y los de su Congregación, tal como su administración los entiende... De buena gana quisiera mantener una discusión abierta sobre este tema, cuando se presente la ocasión, aunque no lo considero necesario, ni tampoco veo posible que llegáramos a un acuerdo... » La rama de olivo fue rechazada.

Así, al correr de los años, constatamos una variedad de experiencias, en las relaciones del P. Chevalier con los distintos arzobispos de Bourges. En primer lugar, con el Príncipe arzobispo de la Tour d'Auvergne, disfruta de una amistad íntima y fecunda, una amistad tan profunda que en ningún momento de su vida le hemos visto verter lágrimas tan abundantes y amargas, como sobre los restos mortales del querido difunto". En segundo lugar, le hemos visto insultado públicamente, en su propia casa, por el nuevo arzobispo -y luego trocar malevolencia por amistad, para finalmente ser reconocido por todos como un hombre extraordinario y sacerdote ejemplar. Le hemos visto someterse respetuosamente, por un período de más de cuatro años, a la autoridad del Visitador Apostólico, obedeciendo tan humildemente como un novicio. Y finalmente, le hemos visto como, para bien de la Congregación, con una actitud respetuosa pero firme, no tolera que su legítima autoridad sea contestada. Hemos visto también, sus esfuerzos, para que esto no conduzca a una actitud de permanente oposición y como no se resigna fácilmente, al no poder conseguir una completa armonía con su arzobispo. Pero cuando sus aperturas de paz, son urbana pero definitivamente rechazadas, todo lo que puede hacer es continuar con su corrección de siempre y tirar adelante. "El señor nos lo da, y el Señor nos lo quita"; con o sin el favor del arzobispo, él tiene una misión que realizar y un montón de cosas que hacer.

La primera de ellas, sería convocar un Capítulo General. Contemplando la situación actual de la Sociedad M.S.C. en aquel momento, vio que "la paz, unión y armonía más completas reinan ahora entre nosotros ". Mirando hacia el norte, donde el 5 de mayo de 1894, había sido erigida una nueva Provincia, con el P. Ramot como Provincial, podía escribir: "La Provincia del Norte... nos da una profunda satisfacción». Desde el sur el cardenal Moran, de Sydney "me ha escrito una carta, cantando las alabanzas de los hermanos, convencido que nuestra Congregación, muy amada y altamente considerada por el Episcopado australiano, tiene un gran porvenir en estos países, (se refiere a Australia y Oceanía)? Quedó muy consolado por lo que vio y oyó; y presintió que "un Capítulo complacería a todos y consolidaría aún más nuestra Sociedad y la daría un nuevo impulso".

Había pedido la reunión de este Capítulo en febrero de 1896, pero aunque fue convocado para el 15 de agosto del mismo año, los miembros no se reunieron hasta el 19 de julio de 1897. Durante el retiro previo, en una de sus conferencias, antes de entrar en la materia del Capítulo, el P. Chevalier aludió muy ligeramente al pasado inmediato. Hablando de la Sociedad M.S.C. dijo: "Conocen su origen, las crisis que ha tenido que atravesar, las dificultades que ha encontrado y la divina protección que ha recibido. Nuestra Congregación, querida por el Cielo, tiene una Misión especial...”. Entonces recordó a los capitulares, que ellos tenían que construir el futuro. Insistió en que para bien de la vida religiosa, se requería una regla que fuera firme, "aunque impregnada de caridad". Puso especial énfasis en los deberes de los superiores y en la necesidad de un sentido de responsabilidad en el trabajo. Todo dependía de ellos, de su sentido de responsabilidad, de su prudencia, de su buena administración.

Uno de los temas tratados, aunque no de tanto importancia, fue sobre el uso del hábito. Desde hacía tiempo había sido objeto de discusión, pues en la Provincia del Norte su uso se había relajado un poco. Aducían como argumento, que en los países protestantes, cuando se salía de casa con una sotana, que tenía en el pecho un corazón rojo, en lugar de ser motivo de edificación, sucedía todo lo contrario.

La decisión del Capítulo fue: hay que llevar el hábito, pero cuando los M.S.C. salgan a la calle ¡que dejen el corazón en casa!

El 11 de agosto, escribiendo una carta circular a todos los miembros de la sociedad, el P. Chevalier, dijo: “que el Capítulo difícilmente habría podido tener un éxito más feliz”. Incluso la crónica, redactada en el latín oficial del documento, hablaba de la risa que resonaba en la sala capitular: "Non raro quaedam solutio vel explanatio fuit data iis verbis, quae spontaneos risus cierent et fessis animis exoptatam aferrent relaxationem” Poco después, puesto que las cosas iban bien en el norte y abundaban las vocaciones, se decidió erigir el 1 de septiembre de 1897 una provincia alemana. El P. Humberto Linckens fue nombrado Provincial. La elección de esta provincia alemana, fue precipitada por las especiales condiciones que el Gobierno alemán imponía a los misioneros en sus colonias. La misión de nueva Pomerania (hoy Nueva Bretaña), asignada a la provincia del norte en 1894, ahora se convirtió en la misión de la provincia alemana. Y en un posterior intento de mejorar las relaciones con el Gobierno alemán, la provincia alemana quedó sujeta directamente a la Sagrada Congregación de la Propagación de la Fe. Cosa que no ocurría en las otras provincias.

En agosto de 1898 el P. Chevalier fue a Hiltrup, para la inauguración de la casa central de la nueva provincia. Allí cayó muy enfermo y tuvo que estar confinado mucho tiempo en su habitación. Entonces empezó a comprender, que la edad iba dejando sus huellas (tenía 74 años) y que había llegado la hora para que uno más joven tomara las riendas. Pensando sobre el particular, es natural que se acordara de Jouët que tanto le había ayudado en la organización de su obra. Le escribió explicándole sobre el estado de su salud y de cómo pensaba había llegado la hora de que pasara a otro la responsabilidad de gobernar la Sociedad. Los asistentes, dijo, lo aprueban, "pero con la condición de que yo quede al frente de la Congregación para el resto de mi vida y que se nombre un Vicario, con el derecho a futura sucesión. Yo preferiría lo contrario" o sea, un nuevo Superior General. El P. Chevalier explicó sus razones a la Sociedad en una carta fechada en julio de 1899. El capítulo se reunió solo en abril de 1900. En la Capítulo dijo: "Yo ofrezco pura y simplemente mi dimisión, y pido a mis queridos hermanos que la acepten".

Pero el Capítulo no aceptó su dimisión. Como prueba de la veneración y afecto que sentían por su Fundador, le reeligieron como Superior General (con 28 votos de los 31 del total). Sólo entonces accedieron a su petición de tener un Vicario General y eligieron al P. A. Lanctin para dicho cargo. El P. Genocchi, fue elegido Procurador General. Pero incluso dentro del reducido círculo de un Capítulo M.S.C., tuvo una vez más un poquito de problemas episcopales, esta vez con un obispo M.S.C., Mons. Couppé, Vicario Apostólico de Nueva Bretaña. Al igual que muchos obispos misioneros, él tenía un gran interés en la buena marcha de su territorio misionero. Preocupado por la necesidad de más misioneros, no estaba de acuerdo con la provisión del Directorio de 1897, que establecía que ningún M.S.C. puede ser obligado a ir a misiones, si él no lo desea. Habiendo recurrido a la Congregación de Propaganda Fide, había obtenido permiso para exigir un juramento de ir a misiones, a todo joven que deseara entrar en el Noviciado de Hiltrup. Confiaba de esta manera asegurar una constante leva de personal para su misión. Por la misma razón, afirmaba que las casas M.S.C. de Amberes (Bélgica) y Kensington (Australia), deberían estar totalmente orientadas a las misiones entre infieles. Finalmente, deseaba unas reglas muy estrictas sobre las contribuciones económicas de los bienhechores. El Capítulo General de 1900 discutió todos estos problemas y trabajó en la cuestión de las relaciones entre la Sociedad de los M.S.C. y sus propios obispos. Para el P. Chevalier, el Capítulo fue el final de una era. De ahora en adelante el Gobierno de la Sociedad podía dejarse en manos del P. Lanctin. Él podría quedarse en Issoudun con la ilusión de pasar los años restantes de su vida en paz, en un tranquilo semi-retiro. Su Congregación gozaba de estabilidad y estaba en pleno desarrollo. Incluso, en Francia las leyes anti–religiosas no habían sido aplicadas con demasiada severidad y los M.S.C. tenían siete residencias en el país, con la casa de Filosofía en el territorio francés de Argelia. Sin embargo, esto no fue más que una calma superficial. Los sentimientos anti–religiosos desatáronse de nuevo, nuevas leyes fueron promulgadas, que fueron puestas en ejecución con gran rigor por aquel a quien se le ha dado en llamar "el pequeño P. Combes".

2. LAS LEYES DEL PAÍS

El 2 de julio de 1901, fue votada la «ley relativa a las Asociaciones». Se ha dicho, que en realidad era una ley contra las sociedades religiosas, pues su objetivo fue dar un nuevo golpe a la Iglesia y en particular a las Congregaciones Religiosas. Puesto que eran asociaciones", caían bajo la ley, dentro de la que sólo se permitirían aquellas, cuya finalidad no fuera contraria a las constituciones del Estado. Además, todas las asociaciones (y por lo tanto las congregaciones de religiosos), tenían que estar sometidas al control del Estado. El Estado juzgaría si debían o no existir, de acuerdo con su utilidad pública. Todas debían pedir una autorización especial, bajo pena de disolución: pero, naturalmente, esa autorización no sería concedida sólo por el hecho de pedirla. Alguna Congregación, como los jesuitas, comprendieron que para ellos era bien inútil pedir dicha autorización. Muchos otros decidieron intentarlo.

Los M.S.C., ¿qué debían hacer? El hecho de que su "republicano" arzobispo afirmaba que en los archivos de París había un copioso y desfavorable informe sobre ellos, no les animaba a pedir la aprobación. (Más de un obispo republicano había apelado a esa táctica para desanimar a las congregaciones religiosas de su diócesis). Pero había, además, un argumento poderoso y es que los M.S.C. y el P. Chevalier en particular, no tenían fe en la buena intención del Gobierno. Decidieron pues, no pedir la autorización. Los acontecimientos probarían más tarde la cordura de esta decisión; muy pocas órdenes fueron aprobadas y a los menos 1.500 centros religiosos fueron clausurados. El 2 de noviembre de 1902, de 59 peticiones de autorización, 54 fueron denegadas por el Gobierno: El 18 de marzo de 1903, de 28, 25 fueron rechazadas, etc.

En Junio de 1901, el Consejo General se reunió seis veces para discutir lo que procedía hacer, cuando la ley fuera aprobada. En el primer capítulo de este libro, he­mos dado la opinión de que el P. Chevalier era un hombre que inspiraba confianza. Él inspiraría ahora esa confianza a sus hermanos. Escribiéndole con ocasión del 50 aniversario de su ordenación sacerdotal, el P. Guyot dice:

"Doy gracias a Dios, que nos ha permitido tenerle con nosotros hasta el momento; su experiencia y su espíritu de decisión, servirán para salvar mucho material de este naufragio. Pienso que cuando llegue el día fatal del voto, no nos sorprenderá desapercibidos. Se habrán estudiado y aprobado medidas adecuadas. Por favor, indíquenos la actitud que debemos tomar...

"Estaremos unidos en espíritu con los hermanos, que estarán reunidos a su lado, Reverendo Padre, con los mismos sentimientos de afecto, respeto, sumisión y el deseo de ver que sus días se prolonguen para verle colmado de la gracia de Dios y que el reino del Corazón de Cristo, se acreciente en nosotros y que nuestra pequeña Sociedad, salga victoriosa de las pruebas que se avecinan.

Ese voto de confianza y estima es más sorprendente al proceder de uno que en el pasado disintió del P. Chevalier en cierto número de cuestiones.

Al discutir el P. Chevalier y sus consejeros, el curso de acción que procedía adoptar, pensarían naturalmente ante todo, en lo que ya se había hecho en 1880, cuando con la ayuda del arzobispo Marchal, se habían simplemente fusionado con el clero local. Pero ahora Servonnet era el arzobispo de Bourges y esto representaba una gran diferencia: "Podríamos eludir (la ley), a lo menos en parte, si el obispo cooperara, tomándonos bajo su protección, y nos incorporara al clero diocesano. Pero es bien cierto, que él, tanto o más que el Gobierno, quiere desalojarnos de Issoudun. El ha declarado sin más que no dará un paso para mantenernos allí; es más, él cree que el P. Chevalier no puede seguir como párroco. Es esta enemistad del arzobispo y su connivencia con el Gobierno, lo que ocasiona la mayor dificultad”.

Esta opinión del P. Meyer, queda confirmada por el P. Genocchi, que escribe desde Roma: “Me gustaría ver al arzobispo con un poco más de simpatía hacia el P. Chevalier y los padres de Issoudun. Pero no tiene ninguna... Está incluso convencido, de que no se nos quiere en Issoudun y que pronto nos habremos marchado”. Aunque estas cartas fueron escritas un poco más tarde, las realidades que contenían estaban ya muy claras en las mentes de los hombres que en junio y julio afrontaron el futuro de los M.S.C. Juzgando inútil el pretender la autorización del Gobierno, sabiendo que el arzobispo no les apoyaría, tuvieron que decidir si era realmente importante quedarse o no en Issoudun. La respuesta a esta cuestión está contenida en el documento que el P. Meyer llevó a Roma el 20 de julio, cuando fue allá en nombre del Consejo, para discutir la situación, con las Congregaciones Romanas. Tenían que preservar, costara lo que costara, las obras de Issoudun. He aquí las razones:

1. Si perecen las obras de Issoudun, todas las actividades de la Sociedad en Francia y en las misiones, perecerán. Porque la recluta para la Sociedad se hace por medio de las Escuelas Apostólicas; y así tenemos que sostener niños, novicios y escolares (actualmente 70 niños, 20 novicios, 70 escolares 160 personas) y esto supone más de 100.000 francos. Y esta cantidad procede de Issoudun, por medio de los Anales, donativos para la Escuela Apostólica, Misas, etc. Archicofradía, etc. Si se nos despoja de las obras de Issoudun, tendríamos que despedir a esos 160 estudiantes, que significarían vocaciones perdidas y una inmensa ruina material y moral. De otra parte, si conservamos las obras de Issoudun, aunque no seamos aprobados, las actividades principales estarán a salvo, porque las vocaciones no faltarán. La escuela apostólica, el noviciado y el escolasticado serían instalados fuera de Francia, cerca de las fronteras.

2. Repercusión de estos desastres en las misiones:

a) No habrá más misioneros; y por lo tanto dentro de poco el total abandono de los Vicariatos de Nueva Guinea y de las Islas Gilbert.

b) Como también la interrupción de muchos donativos, en particular estipendios de misas, para los misioneros.

c) Nuestra destrucción, traerá consigo la de las Hijas de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón, que son las indispensables colaboradoras de nuestros misioneros".

El Memorandum continúa todavía, para robustecer más el argumento, pero queda bien claro lo que está en juego. Hay que consignar aquí, que como a lo largo de los últimos años, el P. Chevalier lucha por las Hijas de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón, tanto como por su propia Sociedad M.S.C. Fue ahora, cuando otros empezaron a comprender claramente, lo que el P. Chevalier había tan a menudo sostenido, la importancia de Issoudun para la buena marcha de las dos Congregaciones.

Habiendo decidido que era vital, que a lo menos algunos M.S.C., quedaran en Issoudun, quedaban por resolver dos cuestiones más. ¿Quién se quedaría? ¿Y cómo conseguirlo? Para el primer interrogante, no había prácticamente más que una respuesta: el P. Chevalier era el párroco inamovible de Issoudun> reconocido por la ley como tal. Si él lo dejaba, Servonnet no lo sustituiría con otro M.S.C. Además, a causa de su edad y frágil salud, ya no podría visitar su dispersa Sociedad, en su capacidad de Superior General -a causa de eso había pedido un Vicario. Si abandonaba Francia, muy poco podría hacer por la Congregación; en cambio, quedándose podía todavía hacer mucho. Si le era posible, pues, se quedaría; pero esto significaba que la Sociedad estaría gobernada mejor en el exterior, si él dimitía como Superior General a favor del P. Lanctin, que tenía ya el derecho de sucesión. Algunos de sus compañeros permanecerían a su lado en Issoudun y los otros se esparcirían por distintos lugares de Francia.

¿Pero cómo conseguir esto? No podían quedarse como miembros de una asociación, que no estaba autorizada, ya que automáticamente dejarían de ser miembros de la asociación. Por aquellos meses, Roma estaba muy atareada, tratando de encontrar medios y maneras de ayudar a las congregaciones religiosas de Francia, a mantener lo necesario para sobrevivir. Finalmente en marzo de 1903 saldría ese decreto: "Dadas las circunstancias particulares en que las Congregaciones religiosas se encuentran en Francia... ". Pero incluso antes de ese decreto, ciertas decisiones importantes fueron tomadas y se dieron urgentes permisos.

El 23 de agosto, el P. Genocchi, escribió al P. Chevalier: "He explicado a los dos cardenales mencionados (Gotti y Parocchi), su situación referente a la parroquia de Issoudun. El cardenal Parocchi opina que usted debe hacer todo lo absolutamente posible, para retener su posición. Le aconseja que pida la secularización, que podrá usar tanto delante del arzobispo, como del Gobierno, cuando fuera necesario. El cardenal Gotti es de la misma opinión: dice que usted tiene que hacer, por sí mismo, la petición, pura y simplemente... Tiene que decir sencillamente, que teniendo serias razones para solicitar la secularización, en vistas a guardar su posición de Arcipreste, usted hace la petición a la Santa Sede". El 28 de agosto, el P. Chevalier envió una doble petición a Roma, pidiendo que fuera aceptada su dimisión como Superior General y que pudiera secularizarse, "por el tiempo que las circunstancias lo exijan". Ambas peticiones fueron acordadas. En la Analecta de diciembre de 1901, se afirma, que por las razones que hemos visto anteriormente, el P. Chevalier dimitió como Superior General y pidió cierta secularización: quandam secularizationem".

Algunos años más tarde, el P. H. Peeters, oliendo un poco de escándalo en la palabra "secularización" y no atinando a valorar el significado del “quandam”, difundió el rumor de que el P. Chevalier había abandonado la Sociedad. Este rumor se extendió largo y tendido, como pasa con todos los rumores, especialmente los que huelen a escándalo. Sin embargo, si se consideran las especiales medidas tomadas "para el tiempo en que duraran las especiales circunstancias en que se encontraban las congregaciones religiosas en Francia", todo el asunto queda bien aclarado y con un sentido muy positivo.

Se precisa aquí una observación, que puede ser muy útil, y es que en aquel momento nadie usaba aquella distinción que apareció años más tarde, entre “exclaustración” y secularización. Antes del Código del Derecho Canónico de 1918, toda separación del propio Instituto, se llamaba secularización. Si alguien deseaba salir de la Congregación, pedía una "dispensatio super votis», dispensa de votos. Pero en esos casos especiales, en que muchos religiosos se encontraron, no había cuestión de dispensa de votos. Pedían solo una "absolutio a vinculo quo tenentur erga Institutum" -una disolución del lazo que les unía al Instituto, de forma que podían ser agregados al clero secular. Y "debido a las especiales circunstancias", esta petición fue concedida. Fue de acuerdo con esta última y "más reciente" fórmula, que la dispensa del P. Chevalier fue otorgada. Él la solicitó en estos términos: "para que pueda secularizarme durante el tiempo que lo exijan las circunstancias, aunque guardando en el foro interno mis obligaciones de religioso”.

Se comprende, que debido al doble sentido de la palabra “secularización”, algunos no lo veían tan claro, como lo hacía el P. Chevalier: ya en la Analecta de junio de 1902, se explicaba que: "No existe la menor duda que un religioso secularizado de esta forma, continúa siendo verdadero religioso, casi de la misma forma que los religiosos que son enviados por los Superiores a un país lejano". Pero había una pequeña diferencia, muy interesante. Los que disimularan su conexión con su instituto religioso, se les pedía que llevaran camuflada en su persona, alguna señal de su afiliación religiosa.

Los M.S.C. tenían que llevar sus corazones, cosidos en el interior de sus sotanas.

El P. Chevalier no se quedó solo en Francia. La llamada Provincia Francesa (dicha provincia fue erigida oficialmente solo el 25 de agosto de 1905), tuvo su primer Consejo Provincial" del 20 al 26 de febrero de 1902, en Barcelona. Lo presidió el P. Lanctin, Superior General y a la vez Provincial de Francia. Uno de los asuntos estudiados fue el "personal de la provincia". El 3 de octubre de 1901, la Administración General se había trasladado a Chimay, en Bélgica, y sus miembros (PP. Lanctin, Ramot, Piperon, Meyer y Carrière) estaban inscritos como pertenecientes a la provincia francesa. Ahora nuestro interés inmediato se centra en la tercera categoría de inscritos: (la segunda era el grupo del Consejo Provincial):

En Issoudun: Rev. PP. Chevalier, Heriault, Brunet, Perriot, Michel, Maillard, Bátard, Bertin, todos ellos secularizados.

En París: P. P. Bouvier, Morisseau, Astier. Secularizados.

En Vichy: P. Guyot, secularizado.

En sus diócesis: P. P. Doutre y Suchet, secularizados.

No sabemos si todos esos Padres tenían sus corazones cosidos en el interior de sus sotanas, pero todos se consideraban como misioneros del Sagrado Corazón. El P. Doutre, que salió de la Congregación, obtuvo un ulterior rescripto de dispensa de sus votos, el 4 de noviembre de 1902.

Los M.S.C. secularizados, que permanecieron en Francia, una vez regularizada su situación por Roma, reanudaron su trabajo en las obras que tenían encomendadas. Pero antes que nada, tenían el deber de vivir su vida religiosa. El P. Lanctin en febrero de 1902, hizo una visita canónica a las casas de Issoudun y escribió esto, sobre la parroquia de S. Cyr:

“Todos viven muy unidos al P. Chevalier y sienten por él un fuerte y profundo afecto. Comprenden que al estar todos sus hijos dispersos, les toca a ellos mostrarle una mayor, una más alegre y cariñosa afección, consolándole» le con su celo sacerdotal, con el buen espíritu religioso, con su caridad en la buena concordia entre todos. Deben obedecerle en todo, no sólo como Superior local, sino, incluso como Superior General, cuyos poderes le cedo por delegación”.

Fueron no tanto los poderes delegados, sino más bien su paternal interés y aquella posición privilegiada de ser “el más antiguo hombre de estado”, lo que hizo que mantuviera siempre un vivo interés en todo lo que sucedía en la Sociedad. Daba con franqueza su opinión al P. Lanctin y más tarde al P. Meyer, cuando este fue elegido Superior General en el Capítulo General de 1905. Ni vacilaba en escribir al cardenal Protector con sugerencias sobre lo que se podría hacer relativo a los propuestos cambios en las Constituciones”. Como también se le consultaba asiduamente en los casos especiales.

Es obvio que la colonia de los M.S.C. secularizados, se consideraban a sí mismos más bien como "religiosos dispersos", un termino que se aplicaba frecuentemente aquellos días. La carta que sigue, con fecha 29 de diciembre de 1904, del P. Bertin al P. Lanctin, muestra como llevaban una vida casi normal:

"Con viva alegría y la más profunda gratitud, quiero comunicarle por la presente, que el 25 de diciembre de 1904, tuve el placer de consagrarme más íntimamente al Sagrado Corazón, pronunciando el cuarto voto, en las manos del Venerado Padre Fundador de nuestra querida Congregación.

Ojalá que Ntra. Sra. del Sagrado Corazón se digne ayudarme, a trabajar mejor de ahora en adelante para la gloria del Sagrado Corazón y los intereses de nuestra querida Congregación. Y usted, Rdo. Padre, dígnese bendecir a ése, que se siente feliz de declararse su afectuoso y devoto hijo, en el Corazón de Jesús... Firmado: Bertin".

A continuación de la firma, están estas palabras: “Yo certifico, que el P. Bertin ha hecho el cuarto voto en mis manos, el 25 de diciembre de 1904 -J. Chevalier.”

Los religiosos dispersos, estaban lejos de considerarse “hermanos separados”.

En aquellos últimos años, el P. Chevalier concluyó su carrera de escritor. Siendo como era un apóstol del Sagrado Corazón, no desperdició ninguno de los medios posibles de predicar el amor de Cristo e infundir profundamente esta devoción en los corazones de los hombres. Puede que no sea un escritor muy dotado, pero parte de su filosofía de la vida es, que no hace falta ser “águilas o santos”, para realizar algo digno de Cristo. Sabía que sus libros hacían bien a muchas personas. El hecho de que sus libros necesitaran varias ediciones, prueba de que en esta forma realizó también su vocación misionera. Él había escrito ya cierto número de obras:

1. “El Sagrado Corazón de Jesús en sus relaciones con María”. Que se llamó: “Nuestra Señora del Sagrado Corazón”, a partir de la segunda edición.

2. "El Sagrado Corazón de Jesús."

3. "Historia Religiosa de Issoudun."

4. "La escuela del Sagrado Corazón."

5. “Meditaciones para todos los días del año, según el espíritu del Sagrado Corazón.” (2 vols.).

6. "El Sagrado Corazón y el Cielo".

Hubo también otras menores, muy pequeñas publicaciones, como un retiro, y una colección de himnos, para uso de sus feligreses.

Y ahora, en los últimos años, escribió: “El Apocalipsis y los Tiempos Presentes”. Fue concluido en 1904 y debido a su extrema debilidad física, gran parte fue escrito penosamente, sosteniendo el papel, sobre sus rodillas. Era como una expresión de su lucha contra "el Mal Moderno" y en un apéndice dice que la Francmasonería es “una secta diabólica, inspirada por el mismo Satán”. Sabía que el Gobierno no lo vería con gusto, ni que el arzobispo Servonnet lo aprobaría. Y con una hábil y diplomática maniobra, consiguió que su libro fuera “aprobado por el Maestro del Sagrado Palacio”, en Roma.

Sin embargo, no queremos decir que estaba obsesionado por los males de su época. ni que tampoco veía en ellos algo puramente negativo. El 13 de abril de 1906, escribió al P. Meyer: "Sepamos ver en las pruebas que Dios nos envía, como una previsión de su amor y misericordia. Tratemos de sacar provecho de ellas. Tal vez las Congregaciones Religiosas habían olvidado su hermosa y sublime misión. Se habían acostumbrado a una vida fácil, tal vez algo mundana. La Divina Providencia parece querer convocarles de nuevo a la primera vocación, que es la continuación de la vida de Jesucristo en el mundo, participando de sus sufrimientos: si vis perfectus esse. La práctica de la pobreza es un tesoro que nunca fallará. Los sacerdotes y religiosos nunca estarán faltos de lo que necesitan, si ellos son lo que deben ser. Por eso, en este particular, de cara al futuro, no siento ninguna aprensión. La persecución, como la pobreza, es una bendición. Lejos de quejamos sobre ello, deberíamos alegramos como los apóstoles, de haber sido considerados dignos de sufrir con y por nuestro divino Maestro."

Hay una calma maravillosa en esas palabras, que proceden de un hombre que sufría de una penosa enfermedad y que sentía los efectos, tanto de la pobreza como de la persecución. La separación entre Iglesia y Estado, había sido votada el 9 de diciembre de 1905. Las subvenciones que el Gobierno pagaba anteriormente a los sacerdotes, fueron suprimidas. En la opinión del P. Meyer y de otros, posiblemente no podrían retener sus propiedades en Issoudun. Mientras ellos se preocupaban, el P. Chevalier mantenía su calma y confianza de que podría llevar a feliz conclusión su último trabajo, por el que se había quedado en Francia. Esta última acción la llevaría a término antes de morir, para bien de la Sociedad. Y no sólo para la Sociedad M.S.C.

"Debemos también salvaguardar la propiedad de las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Ellas han sacrificado todo lo que tenían para la construcción de su convento, que ahora ha puesto en manos de la sociedad civil, sin ninguna compensación. ¿Es que podemos abandonarlas? De ninguna manera. Están ahora sin dinero y sin medios, precisamente cuando las peregrinaciones han sido prohibidas. Se han entregado generosamente a nosotros y a nuestras misiones.”

La sociedad civil, a que se refería, era la "Société Inmobiliére de l'Indre", fundada en 1897, de forma totalmente legal. En aquella época el P. Chevalier había previsto que los religiosos quedarían probablemente desposeídos de sus propiedades. Por esta razón había organizado una sociedad civil, que adquiriera legalmente la propiedad» de los inmuebles, que pertenecían a los religiosos. No obstante, era tal la fuerza de los sentimientos masónicos contra la Iglesia, que incluso la corrección legal de esta sociedad, no salvó a los religiosos de la expropiación. La “ley de asociaciones”, tal como la aplicó Combes, tomó buen cuidado de ello y un día las propiedades fueron puestas a subasta. Para muchos parecía el final de una larga batalla, habían luchado bien, para perder al fin. Pero el P. Chevalier no podía admitir la derrota. Existía todavía una posibilidad. En 1903 había enviado por medio del P. Nysters, 40.000 francos, para que fueran depositados en un banco de Bélgica y en 1906 escribiría que confiaba aumentar la cantidad hasta 60.000.

Su plan era concertar la ayuda de amigos que fueran de sí bastante ricos, para que el Gobierno llegara a creer que actuaban por cuenta propia y a través de ellos comprar las propiedades de la Iglesia, cuando fueran puestas a subasta. Serían vendidas por mucho menos que el valor real y posteriormente el P. Chevalier podría reembolsar a los compradores, con aquel dinero que él había recogido y ahorrado a este fin. El vizconde Bernardo de Bonneval, un buen amigo del P. Chevalier, fue de invaluable asistencia, para llevar a la práctica este plan. Y por ello fue calurosamente elogiado por la Santa Sede, que le agradeció la ayuda prestada a la Iglesia en aquellas aciagas circunstancias. Con su ayuda, las propiedades M.S.C. fueron salvadas y posteriormente recuperadas con el dinero recogido con tanto esfuerzo por el P. Chevalier. Bonneval compró la Basílica; trasladó a la cripta el cuerpo del P. Juan María Vandel, (que previamente había sido enterrado en el parque vecino). También obtuvo permiso para preparar en el mismo lugar, una tumba para el P. Chevalier. La Basílica fue abierta al público pocos días antes de su muerte. Con sus fieles colaboradores había conseguido luchar con éxito su última batalla a favor de las obras que había comenzado. En este aspecto su misión había terminado.

Sin embargo, sería falso dar la impresión de que el P. Chevalier durante este tiempo, estaba meramente “usando” la parroquia de S. Cyr para otros fines. Era un hombre demasiado íntegro para hacer eso. Y era, además, un hombre de quien se decía tenía una “pasión por las almas”. Esta pasión debería morir con él y hasta la muerte, se entregaría al ministerio parroquial, con toda la energía que le quedaba. Para esta labor contaba también con un equipo de abnegados vicarios. He aquí un testimonio muy interesante, referido por uno de los hermanos, a propósito de estos últimos años; en 1904 estaba muy enfermo, y sus compañeros temían que fuera a morir, debilitado por las hemorragias y las enfermedades. El hermano dice así:

"En este momento tan critico para su salud, en que uno podía decir que estaba entre la vida y la muerte, el buen padre, sin preocuparse de su enfermedad, llevaba una vida muy activa, como si estuviera en perfecta salud. Nunca omitió ni el Rosario ni el Breviario; recibía visitas, contestaba su abundante correo y a menudo, creo yo, se olvidaba de sus propios sufrimientos, al entregarse totalmente a los demás. Al mejorar su salud el P. Chevalier reanudó sus actividades habituales, entre ellas decir su misa, primero en su propia habitación donde tenía un hermoso altarcito, en el que podía celebrar por especial permiso del Santo Padre. Pero su celo no estaba satisfecho con esto y pronto iba ya a la Iglesia, a oír confesiones y predicar.

"Me parece verlo, casi corriendo, de lo contento que iba para aparecer de nuevo en medio de sus queridos feligreses. Qué alegría para él, pero también para todos, porque, ¿quién no conocía al P. Chevalier? Incluso los más hostiles a la religión o los pobres, se sentían felices de poder encontrarle, cuando iba y venía de la Iglesia, porque no era siempre fácil el visitarle en casa. Durante mucho tiempo continuó su ministerio, pero solo Dios sabe al precio de cuanta fatiga. Los vicarios querían aliviarle, sobre todo de la misa dominical, pero rara vez aceptó su ofrecimiento y eso tan sólo cuando ya no podía absolutamente más. Él consideraba el servicio de la misa parroquial, como un deber personal y quería continuarlo hasta el final.”

El final no estaba lejos. Pero antes, el P. Chevalier tuvo que pasar por lo que en algunos aspectos fue su hora más triste, pero también la más gloriosa. Presionando aún más lejos la separación de la Iglesia y el Estado, el Estado iba reclamando las propiedades del clero y expulsándoles de sus residencias. El 15 de diciembre, incluso Servonnet "el arzobispo republicano", fue expulsado de su palacio. Pero nuestro interés radica menos en el palacio episcopal, que en la casa rectoral de Issoudun.

"El lunes, 21 de enero de 1907, una fecha que quedará grabada para siempre en el recuerdo de muchos feligreses, hacia las ocho de la mañana, un comisario de policía, acompañado de tres gendarmes y dos alguaciles, se dirigió a la residencia del párroco. Encontró la puerta cerrada. A pesar de la fuerte llamada, la puerta permaneció cerrada y entonces, se fue a dar cuenta del fracaso de la misión que le habían encomendado. Regresó a las dos de la tarde, acompañado esta vez además de sus policías, de un especialista en forzar puertas, llamado París, que trabaja con M. Naudin, un cerrajero de la calle Amendier; esos dos nombres pasarían a la posteridad, porque varios cerrajeros rehusaron participar en este acto de brutalidad."

"Después de tres llamadas que no obtuvieron más efecto que las de la mañana, el comisario ordenó a París, que descerrajara la puerta. Este, pálido y tembloroso, pues había una multitud que empezaba a murmurar, tomó un hacha y golpeó la puerta que resistió el golpe. Al instante la gente gritó: ¡Fuera con los ladrones! ¡Viva el P. Chevalier! A cada golpe del hacha, que resonaba lúgubremente, causando una penosa impresión a la gente presente, se repetían los mismos gritos. Finalmente la puerta cedió y el comisario se encontró cara a cara con el arcipreste, rodeado de sus vicarios el conde de Bonneval y algunos hombres de la ciudad. El P. Chevalier protestó valientemente contra las odiosas medidas tomadas contra él, que nunca había transgredido las leyes del país. Los vicarios protestaron igualmente.”

"Habiendo escuchado sus protestas, el comisario ordenó al arcipreste que saliera; él dijo que estaba imposibilitado de hacerlo y que si querían expulsarlo de su casa, tendrían que llevarle en vilo. A una orden del comisario, dos policías, quitándose la capa y las gorras, empuñaron la silla de brazos donde el venerable sacerdote estaba sentado. Como entre ambos no tenían bastante fuerza, fueron ayudados por el mismo comisario. Durante toda la escena, París, el forzador de puertas, con un aire grosero, tenía la gorra en la cabeza y fumaba un cigarrillo." "Cuando el P. Chevalier apareció en la puerta, acarreado por la policía, la multitud, descubriéndose, gritaba: ¡Viva el P. Chevalier! ¡Viva el P. Chevalier! ¡Abajo los ladrones! El P. Chevalier fue colocado en un carruaje, que le llevó a la calle Daridan, a una casa puesta a su disposición por el conde de Bonneval. Se cantó el "Parce Domine", mientras resonaban en la calle los gritos de: ¡Viva el P. Chevalier!

"Tan pronto como el P. Chevalier fue trasladado a su nueva morada, recibió muchas visitas; cada día, una fila interminable de gente, de todas las condiciones sociales, fue a rendirle homenaje y decirle qué pesarosos estaban por lo que había acontecido.

"Habiendo expulsado al párroco de su residencia, el comisario desalojó también a los vicarios, PP. Hériault y Brunet; fueron cogidos por el brazo y conducidos a la puerta, porque ellos tampoco hubieran dejado la casa rectoral, si no es por la fuerza.”

Es este un relato emocionante y conmovedor. Muestra que ni la edad, ni la enfermedad, ni la persecución consiguieron doblegar el indomable espíritu del P. Chevalier. Pone en evidencia también, la lealtad y total adhesión de sus hermanos y nos permite ver la veneración del pueblo, que le amaba.

El P. Chevalier iba a morir unos meses más tarde, pero aún le quedaba algo por realizar. Continuó y llevó a término felizmente el asunto de recomprar las propiedades M.S.C. Tenía aún que dar a sus feligreses todo el poco tiempo que le quedaba, tenía también que visitar viejos amigos, sabiendo que era por última vez. Con anticipación había ya redactado sus Testamentos Espirituales. Ellos reflejan algo de las graves preocupaciones de los años 1880 en adelante. Son la expresión de la solícita preocupación de un padre al despedirse de sus hijos por última vez, deseando - tal vez vanamente, pero impulsado sólo por su deseo de protegerles - de eliminar en lo posible cualquier daño. Hay que leerlos con estas consideraciones en vista. Los Testamentos son tres, e indican los grandes amores de su vida: los M.S.C., las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón y el pueblo de la parroquia de Issoudun. Había uno para cada grupo.

El lunes, 21 de octubre de 1907, exactamente nueve meses después de su expulsión, murió el P. Julio Chevalier. Murió fortificado por los últimos sacramentos de la Iglesia, con sus amigos y hermanos en la cabecera de su lecho. Entre ellos estaba el P. Meyer, Superior General de los M.S.C. Otros amigos suyos estaban lejos y la mayoría de sus hermanos en el exilio.

En Bélgica, el P. Piperon pensaba en él y rezaba por él. Era también un anciano, pero dispuesto a ir -probablemente muy deseoso de ir- a Issoudun, si su superior le daba permiso. Al oír que el P. Chevalier estaba gravemente enfermo, el 11 de octubre había escrito al P. Meyer: "Durante todos esos días, nuestras oraciones han sido para el Rdo. P. Chevalier y hoy más que nunca. ¿Piensa Reverendo Padre, que mi presencia podría serle útil de alguna forma? No veo como podría serle útil, pero si usted piensa que sí, deme sencillamente la orden, pues yo no deseo emprender este viaje, si no es por obediencia."

No se le impuso esta obediencia y el humilde P. Piperon, que nunca hizo presión para conseguir lo que deseaba, hizo su último sacrificio. Y lo hizo con virtuoso donaire, escribiendo en estos términos al P. Meyer:

"Quedé muy consolado al saber que usted estaba en Issoudun para recibir las últimas palabras y el último suspiro de nuestro bien amado Padre... Nadie mejor que usted para confortarle en sus últimos momentos."

El P. Chevalier no quiso flores sobre su féretro, ni quiso se predicara ningún panegírico. Concluyamos solamente esta sección, con dos breves citas:

"Pastor de almas en el más alto y noble sentido de la palabra, el P. Chevalier fue durante 60 años el buen consejero, el amigo fiel y seguro de todos aquellos que buscaban la luz de su profunda fe o apelaron a su corazón, que era una fuente inagotable de amabilidad y compasión. Perseguido junto con muchos de sus hermanos, permaneció sonriendo pero inalterable en la adversidad; nunca dejó escapar una palabra de rencor contra aquellos, que parecía se habían propuesto destruir su obra”.

"Los fieles de su parroquia, lloraron por él, como por un padre y le rogaron a él, como a un santo."

3. DATOS Y NÚMEROS

En los primeros años de la vida del P. Chevalier, su visión y su entusiasmo son los que dominan. Más tarde es la "agonía" de enfrentarse con las dificultades, que le acosaban de todas partes. Pero en los últimos años es el hombre, que sobresale por lo que es. De aquí, que de alguna forma, el hombre ha dominado la historia, que se ha reducido a una especie de telón de fondo, dentro del que se desenvuelve. Para no dejar desvaídos muchos detalles históricos, damos ahora algunos datos y realizaciones, a la vez que algunas cifras hasta la fecha de 1907, datos y números que no encajan fácilmente en el texto del capítulo.

En 1905, durante el Capítulo General de la Congregación, el P. Lanctin, sucesor del P. Chevalier, presentó un documento que había recibido de la Santa Sede, permitiéndole dimitir como Superior General. Las razones eran mala salud y la convicción de que el cargo rebasaba sus fuerzas. El P. Meyer fue elegido como sucesor suyo y continuó en el cargo de Superior General hasta 1920. El mismo Capítulo de 1905 decidió que la Casa Generalicia fuera trasladada a Roma, lo que se verificó poco después del Capítulo. Un poco más tarde, el P. Meyer escribía a su amigo el P. Julio Vandel, en Sydney:

"Si el P. Treand hubiera estado en el Capitulo, apostaría ciento contra uno, que hubiera sido él el sustituto del P. Lanctin, porque él es un hombre que tiene el don de unir, mientras que usted y yo, somos gente de un partido y tenemos algunos de nuestro lado y otros en contra. De todas formas las cosas se desarrollaron muy bien durante el Capítulo; fue incomparablemente mejor que el de 1900, sin cuestiones personales, sin disputas, en completa armonía, con un interés sostenido en todas las cuestiones y un esfuerzo intenso de parte de todos... Cambio de Asistentes... el buen P. Piperon era realmente demasiado anciano, hubiera sido cruel obligarle a ir a Roma".

La Congregación estaba entonces dividida en cinco Provincias:

La Provincia del Norte, erigida el 5 de mayo de 1894.

La Provincia Alemana, erigida el 1 de septiembre de 1897.

La Provincia Italiana, erigida el 1 de septiembre de 1900.

La Provincia Francesa, erigida el 25 de agosto de 1905.

La Provincia Australiana, erigida el 8 de diciembre de 1905.

Un nuevo Capítulo General, se reunió en Roma del 5 de septiembre al 4 de octubre de 1907, para la revisión de las Constituciones.

En 1906, las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón trasladaron su casa Generalicia a Thuin, en Bélgica. Mantuvieron siempre estrecho contacto por correspondencia con el P. Chevalier. La Madre María Luisa Hartzer no sobrevivió mucho al P. Chevalier. Murió el 22 de febrero de 1908.

He aquí las principales estadísticas de ambas Congregaciones, en el momento del fallecimiento del P. Chevalier.

Al final de 1907, la Congregación de M.S.C., fundada por el P. Chevalier, tenía alrededor de 800 miembros:

4 obispos.

325 sacerdotes.

272 hermanos.

201 estudiantes.

Los datos y números el 8 de diciembre de 1907 eran:

Superior General: P. Eugenio Meyer... Via di Porta Pinciana, 32, Roma.

Asistentes:

P. G. Genocchi.

P. J. Field.

P. J. Wemmers.

P. E. Kuntz.

PROVINCIAS

1. Provincia del Norte:

Provincial: P. T. Okhuijzen.

Casas: en Holanda: Tilburg, Arnhem. En Bélgica: Borgerhout-Anvers, Heverlee.

Misión de la Provincia:

Prefectura Apostólica de Nueva Guinea holandesa.

Prefecto Apostólico: P. Neyens, 14 sacerdotes, 11 hermanos.

2. Provincia alemana

Provincial: P. H. Linckens.

Casas: Hiltrup. Oeventrop. Salzburgo.

Misiones de la Provincia:

Vicariato Apostólico de Nueva Pomerania:

Obispo Couppé, 27 sacerdotes, 41 hermanos.

Vicariato Apostólico de las Islas Marshall:

Superior Religioso y eclesiástico: P. Erdland, 2 sacerdotes, 4 hermanos.

3. Provincia Italiana:

Provincial: P. N. Nicoló.

Casas: Roma, Omegna, Florencia.

4. Provincia Francesa

Provincial: P. P. Carrière.

Casas: Issoudun: Basílica y Secretariado; París; Canet de Mar y Barcelona en España; Friburgo (Suiza); Thuin (Bélgica); Québec, Beauport (Canadá).

Misiones de la Provincia:

Vicariato Apostólico de Nueva Guinea Inglesa: Arzobispo Navarre; Coadjutor Obispo de Boismenu: 26 sacerdotes, 23 hermanos.

Vicariato Apostólico de las Islas Gilbert e Islas Ellice; Obispo Leray, 23 sacerdotes y 14 hermanos.

5. Provincia Australiana:

Provincial: P. Tréand.

Casas: Randwick, Douglas Park, Fingal (Tasmania) Port Darwin, que dependía de Randwick.

Casas bajo la autoridad directa del Superior General:

Inglaterra: Glastonbury, S. Albans, Braintree.

U.S.A.: Watertown, Natick.

La Congregación de Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, fundada veinte años más tarde que los M.S.C., tuvo también un lento comienzo. Sin embargo, hacia el año 1907, había hecho un firme progreso y se habían destacado como hermanas misioneras. El estado de su Congregación era el siguiente:

FRANCIA

Issoudun - 4 hermanas.

No podía expansionarse en Francia> a causa de las persecuciones.

BÉLGICA

Thuin - Casa Generalicia y Noviciado. 22 hermanas; 6 novicias y postulantes.

Superiora General: Madre M. Luisa Hartzer.

Asistentes: Madre M. Valeria, Madre M. Stanislas, Madre M. Eugenia.

La cuarta Asistente era la Madre M. Gertrudis, que residía en Issoudun, para mantener a la Congregación en contacto con el P. Chevalier.

Tongre Notre Dame - 3 hermanas.

Dour - 5 hermanas.

Ham sur Heure - 2 hermanas.

Couillet - 3 hermanas.

Un total de 39 hermanas, la mayoría ocupadas en el cuidado de los enfermos.

AUSTRALIA

Kensington - 15 hermanas; 10 novicias y postulantes.

Botany Bay - 5 hermanas.

Bowral - 4 hermanas.

Bowraville - 5 hermanas.

Mathinna - 4 hermanas.

Campbelltown - 4 hermanas.

Gormanston - 3 hermanas.

Queenstown - 5 hermanas.

Un total de 45 hermanas, la mayoría dedicadas a la educación.

MISIONES

Thursday Island - 5 hermanas.

Nueva Guinea Inglesa - 27 hermanas, distribuidas en 6 Estaciones.

Nueva Pomerania - 13 hermanas, distribuidas en 3 Estaciones.

Islas Gilbert - 18 hermanas, distribuidas en 8 Estaciones.

Un total de 63 hermanas trabajando en las Misiones.

Son así 32 casas con 151 hermanas, 16 postulantes y novicias.

Julio Chevalier, un Hombre con una Misión (E. J. Cuskelly MSC)

11

Julio Chevalier:

Personalidad y perfil

"Nuestros jóvenes no le conocen, y es una pena", escribió el P. Vaudon al P. Chevalier en 1892. Estos jóvenes han recogido sus impresiones sobre su Fundador de terceras personas y "cuando otros hablan en su nombre, lo hacen siempre con excesiva severidad". Los jóvenes se marcharon a otros países; y con frecuencia hicieron circular esas impresiones, recibidas indirectamente. En este último capítulo dejaremos que los hombres que de verdad conocieron al P. Chevalier den su testimonio, para que todos lo conozcan; testimonios de su conocimiento personal y directo del hombre, tal como era.

Estos testimonios serán casi exclusivamente de hombres, que vivieron muy cerca de él durante largo tiempo. Dadas las peculiares circunstancias de las persecuciones de las congregaciones religiosas de Francia, no hubo muchos hermanos que permanecieran con el P. Chevalier, después de 1880. Los que viven muy cerca de otra persona llegan a conocer todas sus limitaciones y debilidades humanas. Se ha dicho, además, que nadie, es un héroe para su ayuda de cámara. El hombre que es una excepción a esta regla, es en verdad un hombre excepcional y el P. Chevalier fue una excepción notable. No pretendo aquí construir un caso sobre el testimonio de uno que fue su ayuda de cámara en un sentido estricto, aunque éste tenga su propia y elocuente cualidad. El hermano holandés, Hno. van Heugten, que cuidó del P. Chevalier en sus últimos años, fue naturalmente preguntado por su opinión sobre el Fundador. La tradición oral retiene que su contestación fue siempre "C'était un géant", que pueda traducirse libremente, diciendo: fue un hombre grande en todos los aspectos. Sin duda uno busca un comentario más completo que éste y los hombres que harán el comentario de este capítulo son los que trataron íntimamente con el P. Chevalier, como coadjutores o secretarios. Dejaremos pues que hablen sus testimonios con un comentario tan breve como sea posible.

Sin embargo, antes de oír las voces M.S.C. que posiblemente pueden ser sospechosas de prejuicio, es interesante y grato advertir que el testimonio más completo y más elocuente, procede de uno que ni siquiera fue M.S.C. El Abate L. Belleville, sacerdote de las diócesis de Bourges, escribió el elogio siguiente:

“El olvido encubre el recuerdo de la mayoría de los hombres, como la hierba cubre sus tumbas. Pero hay algunos que, cuando mueren, ocupan un lugar en la historia y pueden decir con el poeta: Non omnis moriar. El P. Chevalier es uno de éstos. Su nombre permanece unido a una obra y a una posteridad viviente en medio de la que perdurará, como los patriarcas en su numerosa descendencia y los fundadores de órdenes en sus familias religiosas.

"Sin embargo, si le observamos en sus primeros años, fue una persona corriente con escasa promesa de un futuro brillante. Sus primeros profesores dudaban de él y fue admitido a las órdenes no sin vacilación. En esto se parece al Cura de Ars, lo que quizá le honra... No obstante, él se abrió camino. Creó una orden religiosa; erigió grandes construcciones, incluso escribió libros que, aunque no sean obras maestras, tienen su estilo y autoridad.

"Pero la obra maestra de un hombre es la del espíritu, puesto al servicio de una idea. Parece que el P. Chevalier vino a la vida con una idea a la que se consagró sin reservas y sin vacilar. Es una idea mística -la devoción al Sagrado Corazón y una realización práctica: la fundación de una Congregación de Misioneros del Sagrado Corazón. Su vida entera se resume en esto. Fue hombre de una sola idea y de una sola obra. Habiendo tomado cobijo, por así decirlo, en el Corazón de Cristo, nunca lo abandonará, pase lo que pase. Una y otra vez, por una razón o por otra, pueden cerrar la capilla o la basílica, pero él nunca pierde la esperanza de regresar.

"No le gusta el ruido; no se aviene con la violencia; pero no renuncia a sus derechos; camina tranquilamente hacia su meta y nada puede desviarle; es de una terquedad simpática.

"Tiene a su servicio una fortaleza adicional; una calma y un autodominio imperturbables. Lo hemos visto víctima de toda clase de dificultades, expuesto a las contradicciones -y nunca perdió la paz del alma. Durante aquellos inolvidables días de fiesta en que congregó junto a sí a numerosos obispos, a tantos sacerdotes e ingentes multitudes de fieles, lejos de estar agitado parecía estar allí como "un organizador inmutable". Entregándose por completo a la persona que le hablaba, parecía no tener en la mente otra cosa que la materia de la conversación. Hombre de fácil acceso, era amable con todos. Su persona entera respiraba sencillez; pero era la sencillez de la paloma que, según el evangelio, estaba aliada con la prudencia de la serpiente.

"Sin embargo, fue un hombre que tenía que mover a muchos hombres y a muchas cosas. Aún no estaba bien aposentado en su sitio, que ya hizo sentir su influjo. Encontró la frase, un título que dio a la Santísima Virgen y lo hace resonar en el mundo cristiano, que quedó conmovido por él. Nuestra Señora del Sagrado Corazón es invocada de una parte a otra del mundo, e Issoudun se convierte en un centro famoso de peregrinación. Se construye una basílica, que sin duda sólo necesita la pátina del tiempo para que su gótico moderno obtenga la aprobación incluso de los más exigentes críticos de arte. Y pronto la misma ciudad de Issoudun será confiada a su cuidado. De ahora en adelante, el padre Chevalier será párroco de Issoudun y superior de los misioneros.

"Esta es la gran obra, que le da derecho a la gloria a los ojos de los hombres y, sin duda, ante el juicio de Dios. Demostró que era capaz de mover tanto a los hombres como a las piedras; de levantar tanto el edificio de una orden religiosa, como los muros de una basílica. Sus discípulos procedían de todas partes, de cerca y de lejos, de parroquias rurales y de seminarios, de los ámbitos del mundo y de la religión, que le envió a los que buscaban camino. Como el mismo Dios, él aceptó a todos: et infirma... et ignobilia... et contemptilia. Dentro de breve tiempo los encontrareis de nuevo, en Europa, en América, en Oceanía...

"Nadie pensará que tal obra puede realizarse sin dificultades o contradicciones; las pruebas son naturalmente inevitables y necesarias sobrenaturalmente. El P. Chevalier se encontró con ellas a lo largo de su camino. Ni le sorprendieron ni le desanimaron. Ni siquiera perdió aquella serenidad de alma y de rostro, que le caracterizó. "Su Congregación había crecido rápidamente, con la entrada de elementos quizá demasiado heterogéneos para que se fusionasen en una unidad. De este hecho surgieron diferencias de puntos de vista, de aspiraciones y de tendencias, que tenían que manifestarse más tarde o más temprano. No todos estuvieron tan ligados a Issoudun como el P. Chevalier. Para él, fue la cuna de sus hijos y soñó con unirlos a menudo alrededor de este hogar bendito."

"La persecución resolvería este problema, expulsándolos a todos de la casa paterna, condenándolos al exilio. Se quedó solo en este país de Francia que, para nosotros los católicos, o bien devora o bien rechaza a sus hijos.

De por vida Superior General de esta orden religiosa tuvo que renunciar a su título y a su cargo, y ocultar el último lazo que aún le ligaba a su familia religiosa. Un poco más tarde fue echado de su casa y fue llevado enfermo, impasible como un senador romano en su silla de ruedas; este anciano de ochenta años era echado a la calle.

"Había acrecentado su obra en la prosperidad; en la adversidad se las arregló para perfeccionarla. Con una sencillez inmutable llevó su católica reputación, que fue una especie de halo para él. Roma le apreciaba, los Papas le respetaban. Sus relaciones con los seis arzobispos bajo cuya autoridad vivió y trabajó no fueron todas igualmente amistosas. Pero él fue siempre mas que correcto y siempre combinó una actitud de absoluta deferencia con la entereza de sus propios derechos y los intereses de su comunidad.

"No intentamos, ni podemos escribir aquí una vida del Rev. P. Chevalier Pertenece a sus hijos espirituales llevar a cabo esta tarea, no dejaran de hacerlo Pero como no podemos enterrar su gran memoria tan solemnemente, como la ciudad de Issoudun sepulto sus restos mortales, le rendimos al menos este modesto homenaje Y nosotros confidencialmente proponemos su maravillosa vida sacerdotal a la imitación de todos sus hermanos en el sacerdocio".

El retrato está primorosamente equilibrado y bellamente esbozado. Es el retrato de un hombre que es fuerte y sereno a la vez, de fácil acceso y amable para todos; y todo ello, porque habiendo tomado cobijo en el Corazón de Cristo, jamás lo abandonará, pase lo que pase. Las palabras de Belleville coinciden con las del P. Piperon que conoció al P. Chevalier más que ningún otro. Aunque las hemos citado ya una vez, vale la pena recordarlas aquí de nuevo:

"Aún hoy día, después de cincuenta años, le hallamos bondadoso, compasivo y afable con todos aquellos que vienen a él. Se ha hecho a todos los hombres, para ganarlos a todos para Jesucristo. Este es el gran secreto que le atrajo tantas almas de todos los países..."

La caridad expresada a través de la amabilidad fue lo característico de toda su vida. Fue tan característico, que la gente lo daba por supuesto. Es de notar cuán a menudo, como de paso, se decía de él que era "amable como siempre", que tema todo el tiempo disponible" para cualquiera que se le acercaba. Otra cosa que se daba por habitual y mencionada casualmente como bien conocida fue su "inefable sonrisa": se reía con aquella maravillosa sonrisa que iluminaba todo su rostro". Estas observaciones aparecen al relatar hechos acaecidos; sus autores no se proponen dar una descripción de su carácter. Por este motivo son más valiosas. Dice mucho de una persona, cuando lo que más se menciona sobre ella es su "maravillosa sonrisa", su cortesía para con la gente y su amabilidad, que se sabe estarán siempre allí. Aquí aparece, también la explicación de por qué tenía aquel especial don del liderazgo:

"Tenía todo lo que se necesitaba para mandar a los hombres y dirigirlos; sabía cómo atraerlos, entregándose a ellos; se hacía querer de ellos por el encanto de su persona y la persuasión de sus palabras. Y todo esto era para que pudiera darles a Dios, ya que tenía el alma de un apóstol."

Sin embargo, la aparente sencillez de su cortés caridad era el resultado del constante esfuerzo ascético planeado y aplicado en cada detalle. Era la ascética con una inspiración mística, pues procedía del convencimiento de que él personalmente y los otros todos "estaban atraídos por el amor del Corazón de Cristo, envueltos en su ternura, con sus favores prodigados sobre nosotros". La inspiración mística y las exigencias ascéticas aparecen en su meditación sobre la caridad fraterna.

Místicas en su inspiración, sus ideas sobre la práctica de la caridad eran extremadamente prácticas. "Si no tratas de dar gusto a los demás, si te crees mejor que ellos, si los desprecias porque no comparten tus opiniones, si hablas con superioridad o desdén, entonces no tienes caridad. Si le hieres en la discusión por falta de modales o amabilidad, haciéndote pasar por una persona superior, que pretende conocerlo todo y cuyos juicios son inamovibles, demuestras que la caridad no está en ti... Si alguien te pide un favor, no te niegues a hacerlo; si alguna cosa no le agrada, esfuérzate en no hablar de ella en su presencia, y si no está de acuerdo contigo en ciertas cosas, no discrepes de él de un modo brusco. Evita las disputas, la murmuración, la mofa y el sarcasmo y también los reproches, a menos que sea tu oficio el hacerlo »

Él practicó lo que predicaba. Por ejemplo, había escrito: "Si a tu vecino le sucede algo bueno, alégrate con él como si te hubiese pasado a ti: felicítale de corazón. Si, por otra parte, él tiene adversidades, apiádate de él como si tú estuvieras sufriendo en su lugar y no escatimes esfuerzos para manifestarle tu simpatía."

En el testimonio de las monjas que le conocieron vemos un ejemplo de qué bien podía llevar a la práctica este consejo: "El Rvdo. P. Chevalier, Fundador de las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, se interesaba vivamente por ellas en todas las ocasiones. Venía a verlas con frecuencia y les daba conferencias, especialmente en las fiestas de la Santísima Virgen... Estaba presente en todos los acontecimientos importantes de la comunidad: ceremonias de toma de hábito, Profesión, partida de las religiosas misioneras, u otros. El día de su propia fiesta él venía a recibir los saludos de las religiosas, que le daban la enhorabuena. Solía responder muy a propósito y usaba las flores de su ramillete, para explicar el simbolismo espiritual de cada una.

"Dos rasgos principales de su carácter quedaban grabados en la memoria: su gran bondad para con todos y su hombría indomable...

"Cuando las postulantes llegaban a la comunidad la Madre M. Hartzer solía enviarlas a ver al Padre Fundador. Este buen Padre, las recibía con sin par amabilidad y estaba encantando de ver crecer el pequeño rebaño.

"Por otra parte fue una auténtica angustia para él cuando vio que la gran comunidad tenía que dejar Issoudun para buscar refugio en Bélgica, ante la incertidumbre de cuánto tiempo podrían aún permanecer a salvo en Francia. Entonces, intensificaba en lo posible su paternal ternura, para con las pocas que permanecieron en la Plaza del Sagrado Corazón.

"Cuando había una partida para las Misiones, él quería ir a ver a las que se quedaban y consolarías en aquel momento de tristeza. Solía prometerías que algún día él iría con ellas a Nueva Guinea. Esto era todo lo que se necesitaba para enjugar sus lágrimas.

Porque comprendía tan bien la práctica de la caridad, el P. Chevalier sabía que tenía que ser una virtud humana, y que ganaba considerablemente si estaba sazonada de buen humor.

"Las muchas cosas que tenía que hacer y el cuidado que ponía en aquellas faenas no le impedía tomar los recreos con la comunidad; siempre estaba allí. Cuando aún estaba en el Sagrado Corazón, de vez en cuando, especialmente en invierno, le gustaba jugar una partida de damas con un hermano, preferentemente con uno de los coadjutores. A veces se divertía con pequeñas e ingeniosas trampas. El buen hermano siempre terminaba descubriéndolas; entonces sus apasionados reproches nos divertían -y más al P. Chevalier.

"Serio y reservado como era por lo general, no dedicando demasiado tiempo a las visitas en el despacho, siempre fue alegre y locuaz en el recreo. Su gran diversión era bromear con los hermanos y tomarles el pelo gentilmente, especialmente con aquellos que se prestaban a sus ingeniosas ataques y a sus rachas de ingenio; los recreos con él eran divertidos y sedantes.

"Tenía gran facilidad para la rima y usaba este don a menudo para satirizar a alguno de los hermanos. Sus versos estaban llenos de humor y sus alusiones eran picarescas y muy atinadas. Pero esto lo hacía siempre tan finamente y con tanta cordialidad y buen humor, que ninguno podía sentirse ofendido por ello; con frecuencia aquellos que eran el blanco de las canciones aplaudían con más fuerza que los demás De esta manera todos estaban a sus anchas y sin perder nada de su autoridad o de su prestigio, él se ponía al mismo nivel que el menos importante de nosotros. Aunque tenía la autoridad suprema en la Congregación nunca se aprovecho de ella, nunca fue otra cosa que el' "primus ínter pares". Por eso su compañía era tan agradable, este fue uno de los más encantadores aspectos de su carácter."

El P. Hériault que nos da esta descripción de a vida comunitaria en Issoudun fue durante muchos años compañero del P Chevalier y su ayudante en la parroquia. También nos explica que el P. Chevalier no limitaba sus bromas a los miembros de su comunidad. Trae a la memoria el siguiente incidente que ocurrió después de que el P. Chevalier ganara en una tómbola un juego de copas trucadas, con un licor sellado sólidamente dentro del vidrio.

"La Nochevieja, según su costumbre, las Hijas de San, Vicente de Paúl venían a felicitar el Año Nuevo a su párroco y padre. Después de los acostumbrados saludos, el P. Chevalier decía a las hermanas: “ Mirad, he recibido un licor excelente. Ya que es Año Nuevo, lo beberemos juntos a vuestra salud.” Las buenas religiosas se asombraron por la invitación. “Pero Padre, dijo la Madre Gaillard, nunca nos ha hecho una invitación parecida. Ya conoce bien que nuestras santas reglas nos prohíben aceptar nada, especialmente licor.” El P. Chevalier insistía, la Madre Gaillard continuaba poniendo reparos. Al fin el P. Chevalier fue a su armario y tomó la bandeja con las copas llenas de licor. El mismo tomó una. "¡Vengan! ¡Hermanas!, bebamos todos una copa, es muy suave y no les hará ningún daño". "Pero, Reverendo Padre, dijo la Madre Gaillard, no puedo comprender por qué insiste tanto". Pero la Hermana Teresa, normanda (un auténtico apóstol en la parroquia, que murió llorada por todos) intervino y dijo a la Superiora: "Madre, ya que el P. Chevalier nos invita a tomar una copa, ¿por qué negarnos? No nos hará ningún daño; y, además, tenemos que obedecerle." Así pues la Superiora y todas las hermanas se dispusieron a probar el licor. E hicieron esfuerzos inauditos para beberlo. "Bueno, Reverenda Madre Gaillard, dijo el P. Chevalier, ¿qué piensa de mi licor?" "Extraño repuso ella, no puedo ni saborearlo, es totalmente insípido". "¿Y tú qué, Hermana Teresa?, ¿cómo lo encuentras?" "¡Oh!, Padre dijo, no puedo tragar ni una gota; no sale nada de la copa." Las más inteligentes metieron sus dedos en la copa y descubrieron el engaño. Entonces se troncharon de risa. El día siguiente los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y los cantores de S. Cyr, tuvieron también sus copitas sin poder tampoco saborear el licor. Al P. Chevalier le encantaban estos pequeños trucos, que aún hoy día se recuerdan".

Caridad y trabajo apostólico

La Caridad fue la virtud dominante de su vida. Para él caridad significaba algo más que ser amable con la gente. La caridad de Cristo fue lo que le llevó a trabajar incansablemente por la extensión del Reino. El P. Maillard que le conocía bien y como secretario tenía una idea muy exacta de cuanto hacía el P. Chevalier, escribió sobre "la casi increíble cantidad de trabajo que hizo durante su vida". Y más detalladamente nos explica:

"Fundador y durante cuarenta y siete años Superior General de una Congregación, que se extendió considerablemente en los últimos años; durante cuarenta y cinco años párroco de una parroquia de 12.000 almas, parroquia no fácil de llevar: con una correspondencia voluminosa, aún halló manera de escribir varios libros que debieron exigirle mucho estudio e investigación... De esta manera se le cita como modelo de actividad y como un trabajador incansable.

"Por ejemplo, durante el período de 1872 a 1880, desde que fue nombrado coadjutor de Issoudun hasta las expulsiones, su Reglamento era el siguiente:

"Solía dormir entonces en la Comunidad del Sagrado Corazón: a partir de las cinco de la mañana estaba en la meditación con sus hermanos: a las 6 iba al confesionario de la Basílica: a las 6,30 celebraba la misa en el altar de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, luego, después de dar gracias, estaba de nuevo al servicio de sus penitentes... Terminado el ministerio desayunaba mientras examinaba la correspondencia. Pasaba el resto de la mañana en su despacho escribiendo cartas y recibiendo a cualquiera de los hermanos que deseara verle... A las 11 se iba a la parroquia a enseñar el catecismo a los niños hasta el mediodía. Comía en la parroquia y pasaba el resto de la tarde allí, a disposición de los feligreses. Si no tenía visitas se iba a visitar a los enfermos de la parroquia.

"A las 6 de la tarde regresaba a la Basílica para los ejercicios de la comunidad y permanecía allí durante la noche. (Solamente después de las expulsiones de 1880 tuvo que vivir todo el tiempo en la parroquia, ya que el Gobierno sólo permitía que permanecieran en la Basílica dos sacerdotes, para cuidar de la propiedad. Pero el cambio de residencia no cambió sus costumbres ni su programa; fue tan asiduo a los ejercicios de la pequeña comunidad de la parroquia, como lo había sido en la gran comunidad del Sagrado Corazón).

"Sus cargos de párroco y Superior General de la Congregación le traían una turba de visitantes; los recibía con suma cortesía, dándoles siempre tiempo para que le expusieran con calma sus asuntos, luego, al fin de la entrevista, amablemente les mostraba la puerta, y después volvía a la tarea interrumpida como si no hubiera sido estorbado en absoluto. Por usar una expresión que el mismo repetía, se podía decir que era como "un buey en el arado", abriendo un surco con energía sosegada y constancia inquebrantable, sin permitir que le detuvieran ni la irregularidad del terreno, ni ninguna otra dificultad."

Los capítulos precedentes han proporcionado sobrada evidencia de la dedicación apostólica de la vida del P. Chevalier. No hay necesidad de entretenemos más en ello. No obstante, quizá deberíamos hacer notar que, en su trabajo, se interesaba por los pobres de un modo particular. Les daba con generosidad, a pesar de que sabía que a veces le engañaban con sus historias. Solía decir que prefería dar a una persona sin merecerlo, antes que negarse a dar cuando la necesidad era auténtica.

"Nunca dejó de maravillarse o de dar abundantes gracias a la divina providencia que, a medida de las necesidades de su Congregación, le enviaba no sólo el pan de cada día, sino también a veces ofrendas considerables. Por otra parte, él generalmente repartía a manos llenas entre los pobres, parte de las ofrendas que recibía. Cuando hablo de los pobres, decía su primer ecónomo y secretario, no quiero decir solamente la gente indigente de su parroquia o de cualquier otra parte, con los que era sumamente compasivo y con limosnas muy copiosas. Hablo también de las obras de educación y de apostolado (fuera de nuestra propia congregación) a las que entregaba con corazón y mano generosas. Cuando después de 1880, el Gobierno francés había suprimido las subvenciones mo­netarias que hasta entonces había concedido a los seminarios mayores, el P. Chevalier organizó una colecta entre el clero de la diócesis de Bourges, sobre el que tenía gran influencia.

Puso su propio nombre en cabeza de la lista por una suma bastante grande y su ejemplo fue tan bien seguido que el dinero así recogido, y garantizado para los años posteriores, fue superior a la cantidad suprimida por el Gobierno. Fue este admirable gesto de caridad y de celo para sostener las vocaciones sacerdotales, lo que obtuvo para el P. Chevalier y su obra, la simpatía del Arzobispo Marchal de Bourges, que hasta entonces, había estado más bien indiferente y reservado hacia la Congregación...

"La obra de la Buena Prensa se aprovechó considerablemente de su generosidad; los periódicos buenos tales como l'Univers, la Croix, le Peuple Francais, etc., más de una vez le pidieron ayuda, que recibieron en la medida de sus posibilidades".

Había una evidente amplitud en sus obras de caridad y en su visión particular. Comprendió el valor de los medios de difusión. Y el interés por su propia Congregación no le desvió de un interés más amplio por cualquier cosa, que tendiera al bien de la Iglesia. Precisamente porque su mente y su corazón estaban abiertos a todos, también lo estaba su casa, ya que la hospitalidad es una de las expresiones de la caridad:

"Practicó una hospitalidad generosa, especialmente con el clero, regular o secular. Su casa estaba siempre abierta a sus hermanos en el sacerdocio y aunque la mesa era sencilla y frugal, su bienvenida era siempre muy cordial. Este hecho contribuyó mucho a granjearle la simpatía del clero de la diócesis de Bourges.

"Las conferencias de eclesiásticos de la región de Issoudun, que comprendía doce parroquias, se tenían regularmente, seis veces cada año, en la residencia del P. Chevalier. Según los estatutos diocesanos, cada párroco de la conferencia pagaría 15 francos anuales para cubrir el costo de las reuniones. El P. Chevalier nunca pidió este dinero a los miembros de la conferencia y si por casualidad alguno se lo daba, él lo aceptaba para sus obras y se lo agradecía efusivamente como si fueran bienhechores suyos.

"Los sacerdotes venían a menudo a la comunidad del Sagrado Corazón, ya en peregrinación, ya a hacer un retiro de unos pocos días. Nunca nos permitía reclamar nada en absoluto por su estancia. Si, como sucedía a menudo, alguno de ellos dejaba un donativo para recompensar a la comunidad, el P. Chevalier quería que mostráramos una viva gratitud. "

De estas dos últimas citas se deduce que el P. Chevalier fue un hombre agradecido, no cesando nunca de maravillarse o de dar abundantes gracias a la Divina Providencia, agradeciendo efusivamente a la gente lo que otros tal vez hubieran considerado les era debido. Un hombre auténticamente agradecido es un hombre humilde en el sentido positivo que la humildad tiene en la Escritura: el hombre cuya fragilidad no le preocupa, sino que le da motivos de alegrarse maravillado cuando el poder de Dios viene en su ayuda. Es la actitud del alma que puede cantar un Magnificat ante las maravillosas obras de Dios, y se siente abrumado por la bondad humana.

Ya que todo era así, él estaba franca y completa­mente convencido de que lo que había sido capaz de lle­var a cabo era obra de Dios. Y simplemente por esta ra­zón no le gustaba que otras personas le diesen sus cum­plidos por lo que él había hecho. Otros apreciaban sus cualidades:

"Reverendo Padre... Sois venerado por vuestros hijos, todos están de acuerdo: la Providencia os ha dado mu­chas cualidades, las cualidades de que están dotados los Fundadores."

Sin embargo, en la mente el P. Chevalier había todavía hondos recuerdos de la impotencia de la pobreza. En primer lugar, nunca se olvidaría de lo incapaz que había sido de entrar en el seminario, hasta que no le llegó la ayuda de la providencia. En segundo lugar, el cumplimiento del sueño de fundar a los M.S.C. se hizo posible gracias a una ayuda semejante. En tercer lugar, conocía que era la gracia de Dios la que le había ayudado a superar su propio carácter, para así poder vivir la bondad de Cristo. Convencido de que todas las cosas nos han sido dadas, vivió las consecuencias lógicas de esta convicción. Mientras él gustosamente se uniría a un himno de gratitud a Dios y al Sagrado Corazón, sentía turbación si alguno le felicitaba.

"Si la alabanza era pública, no podía ocultar su desagrado. Esto podía leerse en su cara contraída y, al final de la reunión, se quejaba enérgicamente. Había invitado a predicar una novena o un triduo solemne, a un religioso de talento y de gran celo. Este hombre le había agradado porque su predicación era sencilla y segura. Pero el último día el predicador creyó que era muy apropiado cumplimentarle (incidentalmente, lo hizo con palabras muy apropiadas) por las hermosas obras derivadas de su celo. Era en el momento de la gran expansión.

"Pero al P. Chevalier no le agradó en absoluto. Apenas salimos de la iglesia cuando él me dijo: ¡El hombre ha perdido la cabeza! No predicará nunca más en nuestra capilla. De verdad, que no se debe profanar la palabra de Dios. Cumplió su palabra. Sin embargo, debemos admitir que a medida que pasaban los años se volvió más prudente en sus juicios, aunque siempre se mostró adverso a las alabanzas humanas."

Era completamente sincero en su humildad. Podía, por consiguiente, afirmar con toda sinceridad sus propias imperfecciones. Un buen ejemplo de esto se halla en su Testamento Espiritual. Allí vemos dos aspectos de su humildad: un humilde desprecio de sí mismo y un sincero agradecimiento a sus hermanos:

"Confieso humildemente no haber estado a la altura de la misión que me fue confiada. El abuso de la gracia y mis numerosos pecados, han paralizado muchas veces la acción de la Divina Providencia. Sin duda habré escandalizado y dado mal ejemplo. Pido humildemente perdón por esto y suplico a todos mis hermanos que también me perdonen y rueguen a Dios, que se digne usar conmigo de misericordia y admitirme en el cielo, a pesar de mi indignidad.

"Les doy sinceras gracias por el afecto, que siempre me han mostrado, por su valiosa colaboración, su profundo interés por la Congregación, su constante abnegación en favor mío y a nuestras obras. Es un gran consuelo, que llevaré conmigo al sepulcro."

Era evidente para todos, que - aparte del reconocimiento de sus propias faltas y de pedir perdón por ellas - el P. Chevalier sintió que ni él ni los otros debían perder el tiempo preocupándose por su persona. Ponía escasa atención a su apariencia personal - incluso después de que uno de los feligreses dejó un peine y betún fuera del confesionario (incidente que él relataba con gran regocijo). En las grandes ocasiones se le vio alternando con visitantes ilustres, teniendo una birreta sobre la oreja y vestido como el párroco rural que él pretendía ser. Escribió sus "Notes Intimes"; pero al leerlas se tiene la clara impresión de que estaban dictadas más por el sentido del deber, que por algún interés de escribir sobre sí mismo. En su misa de réquiem no hubo oración fúnebre, puesto que había pedido que no debían cubrir con flores, ni su memoria, ni su ataúd.

La verdad naturalmente era, que estaba tan abstraído en su misión por Cristo y por los otros, que no tenía humor para nada que desviase la atención hacia sí mismo. Porque era un hombre extraordinariamente determinado, fue un hombre de una sola obra y de una sola idea. Amado sea en todas partes el Sagrado Corazón. Para esto vivió; para esto trabajó. Su concepción de la vida y sus actitudes cotidianas estaban marcadas por aquella recia simplicidad de que habló Belleville. Esto fue el resultado de la virtud, fruto del prolongado y decidido esfuerzo para lograr el dominio de sí mismo. La sencillez se había introducido en su vida, ya que estaba convencido de que la caridad "era la virtud primordial del Sagrado Corazón" y había hecho de ella la pauta y estilo de da su vida. Él había conseguido dar a su vida aquella uniforme sencillez, que procede de la caridad intensamente vivida. Esto no es fácil; exige que se acepten las pormenorizadas y cotidianas exigencias de la caridad. En una vida llena de contactos personales esto exige un ascetismo constante y total. La primera exigencia de la caridad la vio como un esfuerzo infatigable por trabajar para extender el Evangelio. La segunda fue que su entera personalidad y el modo de actuar con los demás, debían estar llenos de la bondad y cortesía, que irradiarían la bondad de Cristo. No fue fácil esto para él, pues tenía un temperamento vehemente e impaciente, que tema que dominar con continuados esfuerzos. Cuán bien lo consiguió, con la gracia de Dios, lo evidencian las diversas personas cuyos testimonios hemos citado.

Y aún hay más. Después de su muerte, algunos de los amigos íntimos escribieron sobre su "amor a los enemigos". Este modo de hablar tiene un buen precedente evangélico. Sin embargo, no es posible que el P. Chevalier hubiera clasificado como enemigos a los que se le oponían.

Como observa el abate Belleville:

"Las pruebas son naturalmente inevitables y necesarias sobrenaturalmente. El P. Chevalier las encontró en su camino; ni le sorprendieron ni le desanimaron."

"Esa es precisamente la naturaleza humana", dijo una vez, cuando le informó el arzobispo de Bourges que cierto sacerdote le había criticado severamente, diciendo que él no se ocupaba debidamente de la parroquia. E inmediatamente se puso a recomendarle insistentemente para que se concedieran a este hombre honores eclesiásticos en la diócesis De hecho, aquellos que le conocían solían decir que la manera más segura de recibir de él un favor era ofenderle primero. Era la misma bondad, si alguno de los francmasones que había trabajado contra la Iglesia en general y sus obras en particular acudía a pedirle ayuda. En estas circunstancias él simplemente ponía en práctica lo que había escrito:

"Si a veces otros te hacen sufrir, aguántales en castigo de tus pecados, viendo la mano de Dios en aquellos que te afligen, ya que ellos son solamente instrumento de su justicia. "

Durante el tiempo de la crisis en su propia congregación M.S.C., esta extraordinaria caridad apareció con suma claridad. El P. Klotz era la causa principal de todas sus aflicciones y el P. Lanctin estaba entre los que se le oponían. Sin embargo, en medio de toda la "batalla", en 1891, el P. Chevalier propuso y consiguió que el Consejo General aprobara la concesión de 1.200 francos a la familia Lanctin porque estaba en apuros económicos. El 4 de marzo del mismo año consiguió que el Consejo incrementara la ayuda económica que había concedido a la familia del P. Klotz.

Acciones como esta conducen inapelablemente a este juicio: en verdad fue un gran hombre en todos los aspectos.

Antes de concluir esta materia hay un testimonio que debemos considerar: "Por desgracia, tuvo enemigos en su propia congregación entre sus propios hijos. Muchos de estos sujetos o por celo o por ambición, se atrevieron a denunciarle de un modo ignominioso, ya al arzobispo incluso a Roma.

"En la ceremonia de la confirmación de 1895 el cardenal Boyer me llamó a su habitación y durante una hora larga me hizo preguntas acerca del P. Chevalier y me preguntó si le conocía a fondo. «Eminencia, le dije, he sido su coadjutor durante veinte años y le conozco mejor que nadie.» «Bien, ¿qué piensa usted de él?» «Pienso, contesté, que es un hombre santo, humilde, modesto, regular en todas las cosas, caritativo y con una gran entrega para bien de todos.» «¿Qué piensa usted de su moralidad?» «¿Por qué me hace una pregunta como ésa, Eminencia?» «Se lo pregunto. Usted respóndame bien.» «Eminencia, debería desear que todos los sacerdotes de su diócesis fueran de la misma integridad que el P. Chevalier! » « ¡Entonces no tiene nada que reprochar a su Superior! » «Una cosa solamente, Eminencia, que es demasiado bueno.»

"Acto seguido su Eminencia me dio un abrazo y me dijo: Querido Padre, usted es el único que me ha hablado de este modo. Muchos lo han denunciado ante mí: algunos incluso han manchado (¡sic!) sus canas. Es infame, padre; y he de conseguir que se haga justicia." De hecho, después de la muerte del cardenal Boyer, que tuvo lugar el año siguiente, Mons. Bardel, auxiliar de Bourges y hoy obispo de Sees, vino a ver al P. Chevalier y le dijo:

"Padre, no todos sus sacerdotes son amigos suyos. Antes de marchar de Bourges le traigo todas las cartas que escribieron a Mons. Boyer contra usted. No quiero que este expediente permanezca en los archivos del palacio arzobispal. Se lo traigo. Puede leerlo y ver que le censuran. De esta manera el P. Chevalier conoció a todos sus enemigos, incluso aquellos que habían tenido la indignidad de calumniar su moral. (Ambos han muerto -un sacerdote y un hermano-). El buen Dios los ha juzgado. El P. Chevalier guardó este expediente hasta la muerte...

"Se vengó de sus enemigos recibiéndoles con amabilidad y caridad. Les invitaba a la mesa y les trataba mejor que a sus amigos. He visto a varios sentarse a la mesa con él sin que sospecharan que él tenía en su poder sus cartas denunciándole al cardenal Boyer. Leyendo este famoso expediente no hacía más que repetir: Que Dios los perdone."

La mansedumbre de un hombre fuerte

Julio Chevalier fue un hombre fuerte, con esa extraordinaria fortaleza, que basada en la confianza en Dios, puede afrontar dificultades aparentemente insuperables. De esto concluimos que fue más que un simple hombre de acción. Un hombre de acción puramente natural no puede aguantar con esperanza y paciencia el vacío de tan largos años, como él lo hizo. "En todas estas circunstancias se apoyó mucho más en su confianza en Dios, que en sus propios recursos." A pesar de las persecuciones políticas, debido a su impulso y resolución, su congregación creció y floreció, mientras que otras declinaron. Algunas más pequeñas, desaparecieron por completo. Otras, mayores y más extendidas perdieron todas sus provincias de Francia. Él pudo perseverar, decepcionado pero no desanimado, cuando los nuevos arzobispos de Bourges, influenciados por informes en contra suya, le eran abiertamente hostiles. Por lo general, cuando llegaron a conocer su verdadero valor, estos prelados se convirtieron en admiradores, como lo fueron los arzobispos Marchal y Boyer.

"Fue el mismo en las difíciles e incluso peligrosas fases por las que tuvo que pasar la Congregación... (señaladamente en la más terrible de todas: la provocada por los acontecimientos ocurridos de 1891 a 1894)... En este deplorable período la mayoría pensaba que la Congregación iba a hundirse. El P. Chevalier, creo yo, no compartió tales sentimientos, me parece que tenía una completa y absoluta confianza en el feliz resultado de estos acontecimientos. La historia ha demostrado que él tuvo razón. "

El P. Chevalier fue un hombre fuerte y en su propia vida personal esta fuerza fue empleada para ejercitarse en adquirir la virtud de la mansedumbre. Todo lo que se ha dicho de él y especialmente los incidentes referidos en alguna de las últimas páginas, prueban lo bien que lo consiguió. Pero recordemos que fue la mansedumbre de un hombre fuerte -ya que la mansedumbre es virtud de un hombre fuerte porque es la fuerza dirigida y controlada. Cristo no dejó de ser manso cuando arrojó del templo a los cambistas- para lo gloria de su Padre. No le faltó mansedumbre cuando calificó a los fariseos como sepulcros blanqueados e hijos de Satanás.

El P. Chevalier tenía el temperamento de un luchador. Desde sus días de seminario había rehusado luchar para defenderse a sí mismo o su buena reputación. Había controlado y dirigido su energía para luchar contra las dificultades, que se enfrentaban a su Congregación. Aún calumniado, no luchaba para defenderse. Pero en los años críticos de la Congregación, estaba en litigio algo más que su reputación personal. Por ejemplo, el P. Jouët era en expresión del P. Piperon, víctima de una injusticia atroz. El P. Piperon lamentaría la injusticia; El P. Chevalier se dispuso a luchar contra ella. El P. Guyot y Delaporte eran dos hombres que, en debate público y en cartas privadas al Fundador, atacaban al P. Jouët. Debido a su edad y reputación, ellos podían tener más influencia que otros, en que tal injusticia prevaleciera. Por eso al replicar a sus cartas, el P. Chevalier no sólo defiende a su amigo y hermano sino que presenta con un lenguaje enérgico, las razones por las que ellos no estaban autorizados a arrojar piedras sobre el P. Jouët.

El P. Piperon también vio en alguno de los jóvenes, rencor de colegiales, falta de obediencia y de caridad: dado que la misma supervivencia de una Congregación depende de la obediencia y de la caridad, el P. Chevalier consideró a algunos de estos hombres como demoledores de la mismísima existencia de su Congregación, que él consideraba era obra de Dios y para la gloria de Dios. No podía cruzarse de brazos sonriendo, dejando que la destruyeran. El P. Klotz, en expresión propia se había declarado armado de la cabeza a los pies, dispuesto a lanzarse a la lucha. Y esto lo hizo de muchas maneras, exhortando a la desobediencia y sembrando la discordia entre los estudiantes. Y cuando se quebró su lanza contra la coraza del P. Chevalier y recibió el escarmiento que merecía por su pretensión, hubo gritos de que el P. Chevalier pegaba demasiado duro. Leyendo ahora alguna de sus cartas, fuera de su época y fuera del contexto, algunas personas han creído deducir que el P. Chevalier era realmente duro. Pero esto es olvidar algo del Evangelio: es no querer comprender que cada una de dichas cartas fueron escritas solamente para defender a ciertas personas de una injusticia atroz, o bien para defender a la misma Congregación. Estas cosas no quitan nada al carisma de mansedumbre del P. Chevalier. Muestran que tenía la mansedumbre de un hombre fuerte; era manso, amable, respetuoso en la mayoría de las circunstancias de la vida, pero enérgico contra el rencor y la injusticia. El P. Chevalier, escribió Belleville, fue hombre de una sola idea y de una sola obra. La obra la hemos visto ya. La idea "es una idea mística... Habiendo tomado cobijo por decirlo así en el Corazón de Cristo, jamás lo abandonará pase lo que pase. "

En estas palabras, el Abate Belleville describe bellamente lo que él considera la cualidad mística de la espiritualidad del P. Chevalier. Desde luego, si se identifica "misticismo" con pasar largas horas en oración contemplativa, resultará imposible aplicar el término a la vida del P. Chevalier. Sus escritos, incluso sus Notas Intimas no son ciertamente los escritos de un místico. Y el P. Piperon, por naturaleza un "alma más contemplativa" que Chevalier, creía que no había bastante oración en su vida, para corresponder a la idea que el mismo P. Piperon tenía del perfecto Fundador El P. Guyot expresó la misma opinión - aunque la contestación del P. Chevalier sugiere que pasaba en oración largas horas de la noche, más de lo que muchos imaginaban.

Sin embargo, el término místico se emplea con bastante frecuencia para indicar el vivir conscientemente la vida espiritual como un don experimental de Dios, más bien que un esfuerzo personal en la ascética o en la práctica de la virtud. La vida de caridad del P. Chevalier puede considerarse como una cierta cualidad mística. Después que pasó por la etapa de obvio esfuerzo ascético, apareció una notable transformación en su vida cuando descubrió el misterio de Cristo viviente en él y que actuaba y amaba a través de él. Tenía tan presente a Cristo ante sus ojos durante su meditación, y a Cristo en su corazón, en su oración y en la práctica de la caridad, que parecía vivir una unión consciente de Cristo en sus manos - Cristo trabajando con él en sus actividades apostólicas. Estaba consciente de la presencia de Cristo en toda su actividad como lo estaba en el momento de su oración. Por eso escribiría en sus reglas:

"Los misioneros tendrán una tierna devoción al Corazón adorable de Jesús; no olvidarán que es el manantial de todas las gracias, un horno de luz y de amor, un abismo de misericordia; acudirán a él con frecuencia en sus pruebas, en sus tentaciones, en su hastío, en sus dificultades."

Además, adivinaría a Cristo en las personas por las que trabajaba, viéndolas siempre como "las almas que eran tan queridas de Cristo". Tenía, en cierto sentido, una mística de la misión, consciente de participar en la misión de Cristo, Sumo Sacerdote y Apóstol, consciente del amor de Dios dado a cada hombre con quien tropezaba. Esto no quería decir que él pensaba que podía encontrar a Dios en los otros sin hacer esfuerzos para encontrarle habitualmente en la oración y de un modo más especial en la eucaristía. En su propia vida activa, su asidua práctica de los ejercicios religiosos de su comunidad religiosa, está confirmada para aquellos que le conocieron. Hemos visto el testimonio del P. Mallard. El P. Hériault da su propio relato:

Su regularidad:

"Durante los treinta años que yo he tenido el honor de ser su coadjutor y de vivir con él, siempre dio ejemplo de la más grande regularidad. Aparte raras excepciones, era siempre el primero en la oración de la mañana a las 5. Si uno de sus religiosos estaba ausente de las oraciones, él tiraba con brío de la cuerda de la campana interior, y os aseguro que despertaba a cualquiera que no hubiera oído el timbre. Si alguien omitía la mediación, a la hora del desayuno, aprovechando una oportunidad, le diría: Bien, querido padre, ¿ debía estar muy cansado, ya que no le hemos visto en las oraciones de esta mañana?, o bien, ¿estuvo ausente anoche atendiendo algún enfermo que hizo que faltara a la oración esta mañana? De este modo como de paso, daba una pequeña lección a su religioso. A pesar de sus muchas visitas, fue siempre muy fiel al examen de conciencia. Fue puntual también en las horas de la Misa: No podía comprender cómo alguno podía hacer esperar a los fieles. La vigilia de las fiestas o las mañanas de las grandes solemnidades, cuando se veía retenido en el confesionario por los penitentes que le obligaban a retrasar un poco la Misa, a duras penas podía aguantarlo. Por esta razón solía aconsejar a los fieles que no aguardasen al último momento para confesarse, a fin de no detener al sacerdote que había de celebrar la Misa.

"Su piedad":

"A diferencia de ciertos santos, el P. Chevalier no tuvo lo que yo llamaría una piedad que llamara la atención. Su piedad consistió ante todo en el propio deber cumplido. A pesar de sus muchas obligaciones, no descuidó ninguno de sus ejercicios espirituales... Decía muy bien la Misa con mucha devoción. En su última enfermedad la siguió diciendo hasta el final...

"Después de la Misa se iba al confesionario y perma­necía allí mucho tiempo. Hacía puntualmente la visita al Santísimo Sacramento todas las tardes. Recitaba piadosamente el breviario. Iba al confesionario a rezar Maitines y Laudes todas las tardes desde las 5,30 hasta las 7. Muchas almas en dificultades o atormentadas por el remordimiento, se aprovechaban de su fidelidad en el confesionario para desahogarse con él.

"Se confesaba regularmente una vez por semana, a menos que su confesor estuviera ausente o no le pudiera atender... Tenía una devoción del todo especial al Sagrado Corazón. Diariamente recitaba el acto de Reparación al Sagrado Corazón, así como la Letanía del Sagrado Corazón. Rezaba muchas veces al día al Acuérdate a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Nunca se fue a la cama sin haber rezado el rosario. Hacía con frecuencia la Novena a Nuestra Señora del Sagrado Corazón... Era en sus breves instrucciones sobre el Sagrado Corazón o sobre Nuestra Señora, que aparecía su sólida piedad; como también en sus breves pláticas en el confesionario, según los relatos de muchos de sus penitentes."

Conclusión

Podríamos escribir más; podríamos repetir cosas ya escritas en otros capítulos. Pero todo esto apenas mejoraría ese bosquejo de su persona. Quizá nuestro último testimonio, será mejor que sea el del P. Maillard, dado en los tiempos difíciles de 1891, y dado como solemne testimonio a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares:

"Puedo afirmar que durante los dieciocho años que he tenido la buena suerte de pertenecer a nuestra Congregación, me he sentido obligado a admirar el celo y piedad de nuestro venerado P. General y Fundador; pero mi admiración ha crecido hasta convertirse en veneración en los últimos cinco años, porque en ese tiempo, viéndole de cerca y contemplándolo cada día he podido apreciar mejor la vida de abnegación y de sacrificio continuo de nuestro venerado Superior General."

El P. Chevalier murió el 21 de octubre de 1907.

Su muerte fue "apacible, tranquila y serena". La fuerza y la serenidad habían marcado su vida: en la muerte fue también fuerte y sereno.

"Su muerte fue muy conmovedora y hermosa. A la cabecera de los moribundos uno siente ordinariamente una inmensa piedad por tanto sufrimiento y tanta debilidad, y uno tiene que cuidarlos como si fueran niños pequeños. El P. Chevalier, por el contrario, parecía morir con la plena fortaleza de su fe y de su voluntad; no había debilidad, sino serenidad y calma que inspiraba respeto y hacía bien al alma."